

CUENTOS Y RELATOS
de las
Regiones Naturales
PROVINCIA DE SALTA

Sesenta más uno

60 + 1

Gustavo Flores Montalbetti

2026



Flores Montalbetti, Gustavo Marcelo
Cuentos y Relatos de las Regiones Naturales de la Provincia de Salta
1° Edición – Salta
Editorial
319 páginas; 14 x 20 cm
ISBN N°807101

Diseño de Portada: Acuarela de Delfina Corbani

Género: Narrativa Argentina

Título:

“Cuentos y Relatos de las Regiones Naturales de Salta – Cuentos
Folclóricos”

Edición digital

Esta obra cuenta con el auspicio del Concejo del Folclore de América,
del Consejo Federal del Folclore Argentino, del Instituto de Estudios
Científicos del Folclore Argentino, del Instituto de Estudios Científicos
del Folclore y del Centro de Patrimonio de la Provincia de Salta.

Salta – República Argentina

Prohibida la reproducción total o parcial de la obra sin permiso del autor

A María Alejandra, mi esposa,

a nuestros hijos

**Gustavo Mariano
Matías Alejandro
María Victoria
Delfina María**

a nuestros nietos

**José Ignacio
Francisco
Joaquín
María Constanza
Julia Alfonsina
Nicolás Farid
Alfonsina
Joaquina**

Unos instantes

A mi amigo Miguel Ángel Torres

Después de aquel día Fermín no volvió a tener noticias.

Fermín Arroyo y el flaco Raúl Bienvenido Casas habían sido compañeros en cuarto y quinto grado de la escuela primaria. Fermín siempre recordaba el día en que quedó entreverado junto a otros compañeros de nueve y diez años en un grupo que además reunía los repitentes y otros alumnos que cursaban atrasados. El resto de los menores, o la parte débil, era un resto que andaba siempre perdido y no solo en cuanto a altura, pues aquellos tenían sus temas de conversación, formas de actuar y códigos típicos de la edad. Eran modos que los más chicos escuchaban por primera vez y trataban de entender, pero mientras tanto, eran el centro de bromas y burlas. En ese mismo listado figuraban los que no tenían condiciones con que ofrecer resistencia y defenderse en las discusiones que a diario surgían en el aula, y que en el siguiente recreo eran llevadas al patio de atrás y se transformaban en peleas a trompada limpia. Las de los grandes eran brutales y encarnizadas, a tal punto que las maestras temían intervenir y buscaban la participación de doña Rosalía la ordenanza. Robusta mujer criada en el campo y dueña de un carácter endurecido a fuerza de sortear situaciones complicadas en sus tiempos de viudez, que cuando era alertada de alguna riña no escatimaba rigor al exigir disciplina a los muchachos que encontraba en el preciso “toma y daca” y no mezquinaba golpes con el cabo de la escoba o del estropajo. Aunque, para suerte de los más chicos como Fermín Arroyo, el endeble Raúl Bienvenido Casas era el mayorcito que protegía a los más pequeños y se trenzaba con los que no medían las consecuencias de sus agresiones. Más de una vez llevaron a Raúl a Dirección y lo sentaron en un escritorio por lo que restaba de la jornada para que escribiese con caligrafía de carta y a modo de penitencia, tres

hojas completas de la consabida y gastada frase con que las maestras acostumbraban a inculcar buenos modales: “No debo pelear con mis compañeros”

El enorme patio era testigo de las ruidosas rondas formadas al momento en que dos muchachos se mojaban la oreja, o bien, cuando uno de ellos pisaba el escupitajo que su ocasional contrincante estampaba en el suelo, dando a entender el desafío. Los gritos azuzando a pelea se alzaban por encima del coposo chañar que lo sombreaba. Con cierto aire de nostalgia Fermín solía recordar la trifulca en la que el flaco Raúl lo defendió de uno al que apenas le llegaba al pupo. Aquella vez sucedió que fastidiado por tantas estupideces y en un cruce de palabras y sin medir las consecuencias, Fermín le dio un empujón y a cambio recibió un sonoro cachetazo. En cuanto se percató de la situación, el flaco Raúl Casas se acercó frotándose las manos, ajadas y cortajeadas, y antes de que el otro se avivase ya le había asestado un par de sopapos. El muchachón no era ningún manco y a los puñetazos se revolcaron como perros enfurecidos hasta que doña Rosalía llegó a tranquilizarlos al grito de:

-¡Paren ché!-, y asestando unos cuantos garrotazos al bulto. El primero en levantarse fue Raúl con el delantal sucio por la sangre que chorreaba de su nariz; aunque su rival, Puchero le decíamos, estaba peor. Había terminado con un ojo en compota, el labio partido y un tajo en la cabeza; y como era hijo de un médico, doña Rosalía dejó a un lado lo que había quedado de la escoba y a los tirones lo llevó al hospital. La maestra le colocó a Raúl un tapón de gasa con agua oxigenada para detener la hemorragia y lo sentó a que cumpliera la penitencia.

Fermín Arroyo y Raúl Casas ni siquiera vivían cerca, y a pesar de la diferencia de edad eran bastante afines en la forma de ser. En cierto modo, Fermín trataba de imitarlo, porque además de buen compañero, el flaco Raúl era uno de los pocos que se ponía de pie para responder:

“presente” al momento en que la maestra le dirigía la palabra tomando asistencia. Llegaba a la escuela luego de caminar casi media hora y llegaba puntual, con el delantal bien almidonado y planchado, a veces tan rígido que parecía de cartón. El flaco Raúl era un alumno estudioso y Fermín no se explicaba la forma en que se las ingeniaba, pues sabía que le faltaban algunos útiles y el manual, pero en quinto grado llegó a ser abanderado. ¡Claro!, cómo no iba a ser abanderado si respondía primero cuando la maestra preguntaba algo al azar y también era el que se acercaba al escritorio a entregar la hoja cuando el resto aún trataba de resolver el punto tres de la prueba de lengua o matemática.

Raúl Bienvenido Casas, a los catorce años se veía escuálido y ojeroso y en más de una ocasión se desmayó en medio de la clase, sin que después la maestra dijera el motivo. La cuestión era que, al salir de la escuela, el flaco Raúl pasaba por su casa a dejar la bolsita de útiles y el delantal, y a veces con suerte a comer algo. Después salía corriendo a encañar tabaco en alguna finca cercana, a desmalezar un potrero o a emparejar el jardín de algún vecino. ¡Con razón andaba siempre con las manos ajadas y lastimadas!

Fue en quinto grado cuando en la esperada conmemoración del 9 de julio, Raúl no encabezó la marcha como tanto ansiaba y como esperaban sus compañeros. ¡¿Cómo podía ser que fuese otro y no el flaco Raúl Bienvenido Casas, el que, abrazando el mástil llevaría la bandera flameando en esa incomparable mañana de sol?!, ¡si hasta sus rivales de puño estaban expectantes! Ese desfile sería la mejor oportunidad que tendría para desagraviar a su difunto padre, mostrándose a los ojos del vecindario como el alumno que se destacaba por su entrega y dedicación, además de trabajar. Pero si él mismo se relamió durante un recreo entero describiendo su marcha por la calle principal portando en alto la enseña patria y pasando delante del palco en que las autoridades lo aplaudirían con la boca abierta. Aunque lo soñó una y otra vez y lo describió en otras tantas, nunca supimos el

motivo por el que Raúl no estuvo al frente de la columna de las palomitas blancas, ni desfiló erguido como un muñeco de yeso y con la cabeza en alto marcando el ritmo del alumnado.

Al inicio de la primavera Raúl se ausentó por una semana, hasta aquella mañana, ya pasado el segundo recreo, en que desde el interior del aula Fermín alcanzó a verlo parado a un lado de la puerta. Le pareció tímido, quizás avergonzado; ni siquiera levantó la cabeza para mirar hacia adentro y saludarlo. Permaneció con la vista fija en alguna grieta del piso y rascándola con la punta de su zapatilla casi deshecha durante el tiempo que su madre tardó en explicarle a la maestra que le habían detectado una enfermedad y estaba impedida de hacer sus tareas habituales. Abandonó los estudios y trabajó día y noche para mantener a su madre y a sus dos hermanos menores; que eran más flacos que él. Perdió ese año y otro más, pero al siguiente terminó de cursar en una escuela nocturna. Pasados otros cuatro años, terminó de rendir como alumno libre todas las materias y aprobó los exámenes del secundario con 10 felicitado. Los directivos del colegio lo invitaron a desfilan en la fecha patria que se aproximaba para reconocerlo públicamente como el mejor alumno que había promocionado el colegio. Casi cumpliendo veintiún años, Raúl Bienvenido Casas se dio el gusto de lucir en el pecho la escarapela que le hiciera su mama vieja para aquél 9 de Julio, desfilando henchido de altivez por hacer flamear la bandera el 25 de Mayo. Aunque también, por el íntimo regocijo de dejar florecer un resentimiento retenido que le pesaba como una piedra atada a la cintura y del que se libraría en el momento justo en que el director del colegio y el intendente le entregasen la medalla de oro y el diploma en presencia de todo el pueblo. Entonces dejaría de ser el hijo del tristemente recordado borrachín que muriera arrollado por un tren. Esa mañana, Fermín Arroyo aguardó un par de horas subido a la rama de un árbol de la plaza, y cuando el sol estaba a plomo sobre la gente, lo vio acercarse con la firmeza de un soldado haciendo el recorrido de

una punta a otra con el rostro imperturbable y sin mirar a los lados, sin importarle los aplausos y los: -¡Bravo Raúl!-, que le dijeron. Fermín lo vio pasar, tenía los ojos vidriosos y el llanto contenido en una mezcla de alivio y alegría.

Al poco tiempo, Raúl y su familia se trasladaron a un pueblo lejano al aceptar un cargo en una estación de servicios. Pasaron muchos años sin que tuviesen noticias.

Cierta noche en que Fermín Arroyo tomaba café con unos amigos, alguno de ellos mencionó al loco Casita, y luego comentó que a poco de que la madre muriera, Casita había amanecido convulsionando y al parecer, atormentado por problemas que no pudo superar. En consecuencia, luego de estar internado durante algunos meses quedó con cierta "alteración de la cabeza". Solo por curiosidad Fermín le preguntó quién era el tal Casita:

-Es Raúl Casas, que ha reaparecido hace unos días-, dijo y allí quedó la cosa.

Un atardecer en que Fermín se dirigía a su casa, de repente lo vio aproximarse en sentido contrario y por la misma vereda y aquellos comentarios le cayeron encima como una catarata. Cuando estuvieron a punto de cruzarse atinó a saludarlo sin obstaculizarle el paso, pero el flaco Raúl, casi rozándolo, siguió de largo. Fermín se detuvo con tristeza a mirar cómo se alejaba mientras una doble sensación lo conmovía; emocionado ante el gusto de encontrarlo luego de tanto tiempo, pero a la vez turbado de verlo abstraído y enajenado, como dentro de una cápsula invisible; ausente del mundo.

Tal como hiciera con alguna frecuencia, Fermín fue una mañana a desayunar en la confitería donde se reunía con sus conocidos hasta poco antes de las ocho, hora a la que cada uno marchaba a ocuparse de lo suyo. El salón estaba aún desierto, tomó un periódico y se sentó. Tan concentrado estaba que no se dio cuenta de que alguien ocupó la silla del frente; hasta que escuchó:

-Hola, buen día-,

-Hola-, respondió sin saber de quién se trataba. Fermín lo vio con los brazos cruzados y del lado contrario de la mesa, con la camisa empapada en su intento por peinarse y la mirada inyectada hacia cualquier parte. Sorprendido escuchó:

-Che Fermín, ¿me pagas el desayuno?-

Fermín quedó murmurando:

-Raúl Bienvenido Casas, el flaco Raúl Bienvenido Casas-, que en tono más fuerte repitió:

-¡Che Fermín, me pagas el desayuno?!-, con que terminó de despabilarlo. Recuperando el aliento respondió:

-¡Que gusto Raúl!, pedí lo que quieras-

Aquella mañana, su excompañero de escuela ordenó un desayuno con facturas. Comió una detrás de otra, sin interrumpir los bocados y haciendo solo las pausas necesarias para unos sorbos de café con leche. En el rato que compartieron, Fermín le hizo preguntas tratando de averiguar algo de su existencia, aunque sin certeza, si con la sola expresión que reflejaba su cara y por como andaba de andrajoso y sucio podía adivinarse que la locura lo había llevado a un estado de virado y abandono. De todas formas y a pesar de insistir un par de veces, el flaco Raúl no contestó porque estaba muy ocupado. Entonces, Fermín se acodó y se limitó a acompañarlo en silencio y mirándolo masticar con desenfreno y atragantarse en lo que hacía desaparecer medialunas y sacramentos con un ancho par de bocados y sin darse tregua entre la que acababa de comer y la que ya había levantado. Al terminar la tercera taza de café con leche y la dieciochoava factura, sacó una servilleta y se limpió la boca, tomó el tiempo que necesitó para incorporarse y acomodar la silla. Lentamente se refregó las manos, igual de percutidas y lastimadas que en la escuela, y antes de retirarse extendió su brazo derecho y simplemente dijo:

-Gracias-

En los escasos segundos que duró aquel apretón de manos, Fermín halló la mirada de aquél flaco Raúl Bienvenido Casas que conociera y aunque solo por unos instantes, sintió que había traspasado el oscuro cascarón que lo encerraba.

Una de Leones

En medio de la Sierra de Cresta del Gallo, muy cerca del Cerro Bayo fui a pasar unos días a la finquita de Crisanto. Entré en vehículo hasta el camino vecinal y luego a pie durante cinco horas hasta el lugar en que me esperaba. Cargué mis alforjas en un caballo y enfilamos para el Pie del Alisar. Como nunca, Crisanto que andaba de mal humor y puteando me contó que días atrás mientras rodeaba ganado había encontrado muerta una ternera hosca overa, cubierta de tierra y hojarasca en el fondo de una cañada. Al acercarse vio las huellas de dos leones marcadas en el barro del arroyo. Las siguió hasta pasar el Huaico Hondo casi sobre la ladera del Cerro Pajarito, pero las perdió en la otra banda del río.

“El león cuando está satisfecho de comer y lamer sangre tapa los restos de su presa para regresar días después si es que no tiene la suerte de cazar otro animal, aun cuando la carne se pudre. Tiene hábitos y preferencias que resultan curiosas. Si se ceba con potrillos solo busca alimentarse con su carne, entonces le llaman potrillero. Si se ceba con cabras, cuando encuentra la majada mata a varios animales de una sola arremetida, a éste le dicen león cabrero. Pero no ataca a los humanos, salvo que se vea acosado y no tenga alternativa de huir”

Durante una jornada estuvimos vigilando el lugar y bajamos hasta el cauce del hilo de agua con que helechos y begonias crecen a la sombra de los árboles. En el escondrijo en que ocultaron a la ternera Crisanto dispersó las hojas con que estaba camuflado y revisó los restos intentando saber si los pumas andarían rondando:

-¡Vealó, acá'stá el rastro fresco, algo han comió!-, y agregó al ver los desechos:

-¿Visto?, vé la sangre, han'tao comiendo y lamiendo los puta-

Era la señal de que quizás volverían en dos o tres días.

Regresamos una mañana temprano y luego de dejar a los caballos atados en el alto, llevamos nada más que las armas y algo de comer; y por supuesto que un vinito. Nos sentamos contra un tronco a unos veinte metros de la ocasional y temporaria sepultura sin nada que nos obstaculizara la visión. Al rato el viejo comenzó a caminar atento a la dirección del viento, mirando la copa de los árboles y escuchando a los pájaros. Si se aproximaba hacia donde yo permanecía sentado, lo hacía en completo silencio y me hablaba susurrando. Actuaba con tanto cuidado que ya me había contagiado, pues anduve medio agachado y despacio y caminé como pisando vidrios cuando me incorporé para ir a orinar. Pasado el mediodía y después de picar algo me recosté en la gramilla con el sombrero cubriéndome la cara. Cabeceaba un sueñito profundo que Crisanto interrumpió al tocarme una pierna con la culata de la escopeta y diciendo por lo bajo:

-Escucheló, áhi vienen-,

Al sentarme, presté atención poniendo una oreja hacia donde me indicaba, parecía que jugaban aguada arriba. Comencé a transpirar, aunque sentía que un hilo frío me recorría la espalda. Al cabo de unos minutos de silencio los escuchamos rugir de nuevo entre unos matorrales que sacudían en la orilla opuesta a poca distancia. Entonces pensé para convencimiento propio haber leído alguna vez que estos bichitos no atacan al hombre, pero al escucharlos en libertad y tapados por los arbustos puedo asegurar que meten miedo. Crisanto sacó del bolsillo de su chaleco dos cartuchos cargados con balines y los metió en las oscuras bocas de la escopeta del 12. Yo tenía un rifle automático calibre 22 con el cargador lleno de balas. Antes de salir en puntas de alpargatas, acucillado y taloneándose el culo me dijo en tono de orden:

-Usté quedese áhi en'detrá-

Aunque lo hizo con el arma afirmada en su hombro, demoró unos segundos para hacer un solo disparo seguro. El león más grande se pegó un par de revolcones en medio de fuertes resoplidos y quedó con

el cogote destrozado tendido encima de la hedionda osamenta que iba a buscar. Con un rápido brinco la hembra se perdió de vista. Muerto y degollado daba miedo tenerlo cerca. Ante la duda pregunté:

-¿Che Crisanto la otra no vuelve?-,

-No, ya s'ido pa'l bajo, no va vení-

En acomodar el caballo que estaba asustado y cargarle el león en las ancas se nos fue el resto de la tarde. Una vez en el rancho lo atamos a la balanza de pilón antes de cuerearlo, pesaba sesenta y ocho kilos.

-¡Miesca, menudito ¿no?! , dijo.

Me quedé dos noches más, y a la siguiente mañana regresé. Tiempo después nos encontramos en el pueblo mientras andaba de compras y conversamos durante un buen rato. Crisanto me contó que, pasadas unas semanas, un día temprano en que estaba ocupado cortando tientos debajo del alero, los perros corrieron enfurecidos para el lado del corral. Manoteó la escopeta colgada en un horcón del rancho y corrió a través de un montecito guiado por los ladridos. En la playa del río, los cuatro perros tarasconeaban al aire y saltaban tratando de alcanzar la rama en que la leona permanecía abriendo el hocico y tirando zarpazos intimidatorios. -Enseguida i'yegao ande estaba l'alboroto. Enojada demá 'taba la liona, la'bian hecho enculá fiero los perro. Mi acercáo un poco y ahí nomá li apagao un cuetaso, se ha venío seca al suelo. Ahora no hay ninguno jodiendomé las vaca-

En el alero de su rancho, dos cráneos de lions cuelgan como trofeos.

Queríamos llegar a El Quejón

Recorriendo la Serranía de San Antonio pasamos la curva del arenal, y no pudimos continuar la marcha por un derrumbe de tierra colorada que ocupaba el ancho del camino y lo cortaba por espacio de unos treinta metros. Las lluvias del verano habían arrastrado rocas y tierra hacia el bajo, dejando una estela que se podía seguir con la vista hasta el fondo mismo del cañadón. Desde allí tuvimos que continuar a pie por el cordón de las estribaciones serranas. Al irse cerrando la senda escuchamos los ladridos un buen trecho antes de llegar a unos palos cruzados a modo de tranquera que nos interrumpieron el paso:

-¡Buen día!-, gritó Juanito, haciendo embudo con las manos. Nos quedamos aguardando hasta que alertado por el movimiento de la perrada salió un hombrecito añoso que se quitó el sombrero y nos estrechó la mano contestando:

-Güen día, Artidorio Zerpa pa'lo que guste mandá..., mmm'si pué.,

-Don Artidorio, ¿cómo anda?, le dije y no respondió, pero me miró con un gesto que evidentemente era para preguntar lo que había dicho, repetí:

-¡Que si anda bien!-,

-¿Cómo dice?, digamélo má juertecito pa'que l'oiga-, me dijo alzando la voz y con la mano ponía una oreja como pantalla,

-¡Que si anda bien!-, volví a decirle,

-¡Aaaah si, poca gente d'entra po'acá..., mmm'si pué-, respondió. Sorprendido por su respuesta y pensando que sería lo que había escuchado, se me ocurrió preguntarle:

-¡Usted conoce El Quejón?!-, dije en tono subido,

-¿Cuálo cajón?-, haciendo un gesto de que me importa,

-¡No cajón no. Quejón. El cerro El Quejón!-, precisé la pregunta,

-¿Usté diz...,?, ¿qué decirá pué?-, respondió algo molesto,

-¡Que si sabe dónde queda El Quejón!-, dijo Juanito impaciente,

-Esperá, esperá que ya nos vamos a poner de acuerdo-, le dije y volví a dirigirme al hombrecito para que nos dijese si:

-¡¿Hay alguna casa por acá cerca?!-,

-¡Ah, eso no lo sabería decíle!!-, contestó ahí nomás,

-¡Pero si usted vive aquí desde siempre, ¿cómo que no sabe?i., le inquirí perdiendo la paciencia,

-¡Así será pué hombre, es que yo salgo a véce pa'Tedín y otra pa'Cru Quemada, áhi tengo conocío!-, respondió poniéndose de pie.

-Juanito me parece que no nos vamos a entender con el abuelo-
No obstante, insistí en preguntarle:

-¡Don Artidorio, ¿tiene dos caballos para que nos alquile?!-,

-Y yo se lo vendería pero entuavía no pué si ansinitu 'tan lo sapayo, ¿ve la quintita?-, dijo señalando un sembradito, y nos hizo reír por lo que había entendido;

-¡Que nos alquile dos caballos!-, volví a intentar,

-¡Que se yo a cuanto se va vendé el kilo!-, dijo alzando la voz como para que dejase de molestarlo. Con gestos de fastidio saqué la bolsa de coca para yapar el acullico y el hombrecito abrió los ojos como si hubiese visto un montón de oro. Relamiéndose y con un hilo de baba bajándole por la comisura de los labios, se acercó un paso mientras estirando un brazo, decía:

-Y güeno, ya que lo cónvida-, y antes de que pudiese hacer cualquier movimiento, metió la mano y sacó un puñado que contenía casi todo. A un costado mi amigo riéndose acotó:

-Ahora también va a querer bicarbonato, cigarros y ginebra-,

-Me parece Juanito, que mejor seguimos a pie-, le dije. En eso nos interrumpió el lugareño:

-¡Dimeló la bica pué!, se me lo perdió un vaca con cría y no lo puedo hayá entuavía. Todo eso cerro i'buscáu y nada, ya me lo está

pareciendo que si ha perjudicao nomá. ¿Cigarrito?-, me pidió poniéndose un dedo en la boca.

-Bueno don Artidorio, seguimos camino-, dije resignado,

-¿¿Como, ya si van?!-, exclamó al vernos acomodar las mochilas,

-Sí, queremos llegar al Quejón esta misma tarde-,

-Pero tan lindo que lo conviersamo ¿pa'ndi mierda se van?-, dijo algo preocupado:

-¡Hasta El Quejón!!-, dije acercándome,

-¿¿De cuál cajón diz usted?, ma've si se sabe esplicase pué!-, respondió. Miré a Juanito haciendo un ademán de poca paciencia:

-¿¿Otra vez con lo mismo?!-,

-No se me lo vayan. Lo vua mostrá l'instrumento que yo tocaba antaño, en'denante siendo mozo-, dijo y entró apurado al rancho. Regresó trayendo una trompeta en sus manos, se colocó la boquilla en los labios e intentando hacerla sonar, pero el resultado fue un colgajo de mocos:

-¡Va carajo, si yo l'hacia juncioná!, renegó mientras se limpiaba con la manga del saco.

-¡Aaaah, así que usted era músico?!- averiguó Juanito,

-Sí, yo le hacía l'instrumento. Pero endijpué que me lo ha dao la polmonía ya mi jodío, ahura mi cuesta demá-

Juanito volvió a preguntar:

-¿¿Tocaba usted cuando era mozo?!-,

-Sí pué, me lo regalao mi tata hace tantísimo-,

-¡Qué buena, está casi nuevita!-, dijo Juanito acercándose para verla mejor,

-¡Vé, pare que l'hombre sabe entendéle!-

El Juano resopló hasta sacarle unas notas e hizo unos movimientos al compás de la música. El viejo se reía y aplaudía gritando:

-¡Bravo 'sa mierda, bravo pué!-, dando silbidos de aprobación,

-¿Y cómo carajo escucha éste ahora?-, me pregunté,

-Será que agarra los agudos nomás-, dijo el intérprete. El viejo metió la cuchara diciendo:

-Será que lo estudiao po'eso lo toca así-, dijo gustoso,

-No, yo de puro culiyo-,

-¿Ha visto?, yo tocaba dí'óido, así nomá. Ma'vé sopleló en'di güelta-

Mi compañero estaba agarrando la cuesta abajo y sacó la botella de ginebra para hacerle unos tragos:

-Se me seca la boca pué-, se justificó y pasó la botella.

Don Artidorio después de varios sorbos se despegó del envase, puso cara de asco y exclamó tiritando:

-¡¡Brrruuuh carajo que'bia estáo juerte. Qui'mierda é!!-, y se acodó en el palenque.

El Juano se ponía colorado inflando los cachetes como globo y con los ojos que parecían salirse por el esfuerzo, pero siguió prendido a la trompeta. A la trompeta y a la botella. La cosa es que entre música y chupeteos nos agarró el atardecer y decidimos prender un fuego para pasar la noche. Don Artidorio queriéndonos brindar alguna comodidad, nos dijo:

--Endijpué se me lo acomodan ahicito en la pieza ande'stán los peyone d'ioveja, van dormí calientito áhi—, y acomodando su huesuda humanidad sobre un tronco, comenzó a contarnos de épocas pasadas:

-Yo le hacía al instrumento pa'cuando se hacía el mesachico. Tantísima gente se ajuntonaba pa'l día del festejo el santito; s'íbamo en'de a pié dende aquí po'l Ebro hasta La Trampa. Entonce tráiban un cura pa'oficeá misa en la capiyita. Sabíamo salí temprano antecito que'l gayo cante teníbamo el santo emperifoyao, aguaitandonó arriba la carlinga. Lo custodeaba entonces la finada Rosa, mujer de don Ramón, también finao el pobre. Ya pa'salí el sol d'entraba a dale al bombo legüero el mesmísimo Zenoncito pa'que si yegue la gente y en'de áhi arrancabámo el mesachico. Yo con la jetona pa' tuitos lao sin

mesquinále polmón. Se perdíbamo po'l monte hasta que dábamo en l'otra finca pa'inceá la festividáde. Endijpué se cómia y tomaba bien, y en tantito se largaba la cacharpaya hasta l'otro día-,

Después se refirió a otros pasajes de su vida, no menos interesantes, hasta cerca de la una de la mañana. Le hicimos algunas señas como para que entendiese que nos íbamos a dormir, yo me acomodé a un costado de la hoguera dentro de la bolsa de dormir y Juanito se metió en el cuartucho que horas antes nos había indicado. Viéndome en la “cama de campo”, exclamó:

-¡Vélo esti'otro, pare gusano áhi. Si v'enfermá pué!-, y entró a su rancho. Tenía razón don Artidorio, así nomás fue, pero el que amaneció enfermo y no de frío fue Juanito. Se levantó enfermo de las picaduras que le propinó la tropilla de pulgas que aquella noche estuvo de fiesta. Enseguida se sentó en una piedra y comenzó a sahumar la ropa y a frotarse piernas y brazos con ginebra, a la par que renegaba:

-¡Mirá como tengo que desperdiciarla por estos bichos de mierda!-, decía rascándose con el mismo empeño que pondría un perro. Como a las cuatro de la tarde decidimos volver. Juanito no le daba descanso a las uñas dándole a la rascadura por debajo de la camisa, desprendiéndose y bajándose el pantalón, y quitándose las botas. Acompañaba cada sesión con interminables puteadas, mientras don Artidorio escondía su pellejo y lo observaba cubriéndose su desdentada boca. Un par de veces me pareció ver que me dirigía una mirada de complicidad, más, sin estar seguro no dije nada, aunque, en cierto momento pensé que ese ajado criollo escuchaba más de lo que aparentaba. Lo que no puedo dejar de mencionar, es que nos sonó a tomada de pelo y muy descarada por cierto, cuando al despedirnos, le dijo a Juanito:

-¡Pucha l'hombrecito esti si que'bia sío quejón!-

Todo por una pelota

En el pueblo donde cumplí algo más de treinta años de permanencia, con mi familia habitábamos una antigua casa construida durante la época de oro del ferrocarril. Hasta no hace muchos años, buen número de viviendas databa de aquél entonces y aún se erguían algunas armadas con tablas de pino canadiense; época en que trajeron centenares de vagones cargados con ellas. Colindando con la nuestra había un enorme caserón de material con un terreno que abarcaba más de media cuadra, que no se aprovechaba en el buen sentido, pues no tenía plantas ni árboles frutales o de sombra. Desde el primer recuerdo que guardo de haberme trepado a la medianera que las separaba, ese espacio estuvo siempre cubierto de yuyales y montones de escombros mezclados con latas y fierros oxidados y maderas podridas. Su dueña era una mujer mayor oriunda de Tarija que aparecía por dos o tres meses al año para conseguir un albañil de poca monta que hiciese algunos arreglos menores y remozar la fachada con pintura a la cal. Trabajo que el ocasional oficiante encaraba de acuerdo a como se lo permitían las botellas de vino que iba consumiendo mientras trataba de hacer las tareas encomendadas. Durante el resto del año la casona permanecía cerrada y deshabitada, y creo haber sido el único intruso que caminó dentro de sus límites durante esos días, pero solo en las horas de la siesta y cuando ocasionalmente saltaba la pared para buscar la pelota que rebotaba en el parapeto que servía de travesaño al arco de mi hermano.

Cerca de la pared compartida y con el paso del tiempo, en el suelo comenzó a marcarse un estrecho círculo denotando cierto grado de hundimiento, el que se agravó lentamente y a medida que se deshojaron los meses de estío de los cuatro calendarios siguientes.

Acaso, lo que me resultaba más llamativo radicaba en que, a pesar de afondarse por algo más de medio metro, no terminaba de desplomarse. Pues, como según por esos años se estimaba, al producirse un hundimiento en el terreno de una vivienda, los entendidos aseguraban que se trataba de un pozo ciego; fuese en uso o descartado. De manera que evitaba pasar por sus cercanías cada vez que entraba a rescatar la pelota, aunque desde ese momento, arrojaba de pasada la piedra o el cascote más grande que tenía a mano con la intención de ver y escuchar el estrépito que provocaría cuando cayese esa porción de suelo; pero no hubo caso.

Me alejé de lo futbolístico y en consecuencia de rescatar el balón y puse dedicación en otras actividades de moda; más que nada por cuestiones de la edad. Desde entonces, el hipotético pozo quedó extraviado en algún recodo de mi adolescencia. Así pasaron los años, hasta que en una nublada tardecita de invierno y como quién espabila la modorra que ataca después del almuerzo, con un sobrino calentábamos las piernas haciendo unos tiritos al arco y viendo el efecto que tomaba la pelota de acuerdo a la parte del pie con que la impulsábamos. En uno de aquellos tantos tiros, la redonda repicó en el borde de la tapia de ladrillos carcomidos y salitrosos y cayó al otro lado. Tal como lo hiciera decenas de veces, repetí los pasos y me di un envite para asirme al caño que sostenía el parral, y luego de colgarme por medio cuerpo salté sobre un montón de escombros. Pero ese día, ya cruzada la medianera me detuve con la mirada fija en un agujero oscuro que resaltaba del color amarillento de los yuyos secos. Con cautela me acerqué al borde y una vez en cuclillas me incliné a uno y otro lado queriendo aprovechar la luz del sol, medio oculto por las nubes. En el instante en que divisé que el agujero parecía abrirse en un abismo, me alertaron los gritos de mi ocasional oponente deportivo reclamando mi regreso. Esa noche no pude dejar de pensar en el foramen y me dormí casi de madrugada vencido por el cansancio. Lo último que recuerdo es

haber cerrado los ojos escuchando el encorinado y pendenciero canto de un gallo que se alargaba con el repiqueteo lejano y desafiante de otro gallo más guapo y peleador que hacía llegar su clarinada desde la otra banda de las vías. Entre mis familiares no hice comentarios. Aguardé a las primeras horas de la tarde del sábado para investigar con la oportuna soledad cómplice que reinaba en la tranquilidad de la siesta. Arrodillado al borde del pozo, rocié con alcohol una bola de papel de diario y la encendí, luego de arrojarla y contrariamente a lo que estimaba no tardó en detenerse en firme y consumirse por completo en pocos segundos. En los breves instantes que duró la caída de la improvisada antorcha, alcancé a ver que el orificio había sido excavado en un grueso estrato de arcilla cortado por unas fajas de pedregullo. La uniformidad de la pared delataba que alguien había invertido una buena cantidad de horas en emparejarla. También divisé un estrechamiento en el agujero, y en el fondo, unas piezas cuadrangulares en el revoltijo del desplome. Al comprobar que el pozo tenía fin, las cosas cambiaban. Resolví regresar con un trozo de cuerda y una linterna en el intento por averiguar algo más que su profundidad. Primero até una piedra y la deslicé hacia abajo marcando cinco brazadas y media, lo que significaba que la excavación tenía alrededor de seis metros. Con ayuda de la luz artificial fueron resaltando nuevos detalles. La boca circular alcanzaba el metro y medio de diámetro en superficie y hasta un metro de profundidad, a partir de allí el marcado angostamiento tomaba la forma de un escalón ya derrumbado en casi todo el perímetro; y en el casi que no cayó, quedaron apoyadas dos de aquellas piezas regulares, que resultaron ser ladrillos de barro cocido. Apenas por encima de ese nivel, un diminuto agujero escurría constantemente un hilo de agua, quizás proveniente de algún caño de alimentación de las dependencias de servicio de la casona, pero averiado lo suficiente para que hubiese constante humedad. Filtrando en esa dirección, la pérdida había socavado el escalón de sostén de los ladrillos y agudizado aún más el deterioro ocasionado por las lluvias. Poco más abajo de la mitad, una oscura

mancha dejaba ver que la boca volvía a abrirse en la horizontal con dirección al poniente. La sombra en forma de medialuna con los extremos hacia abajo y la diferencia de color en los sedimentos dibujaban el arco de medio punto de la puerta de entrada a un túnel. Allí detuve la investigación y cubrí el orificio con un par de maderos y cartones, y les coloqué encima, un par de parvas de yuyos.

En alguna oportunidad y por boca de un viejo poblador había escuchado el comentario que involucraba *“unas construcciones coloniales en el centro del valle, donde después levantaron el pueblo al lado de las vías del ferrocarril”*. El interlocutor decía haber escuchado la versión de un tío abuelo, quién a su vez la había escuchado de un criollo veterano ya cuarteado por los años y que, en una ocasión, imbuido del coraje por los ánimos que imparte el alcohol le relató que: *“mi abuelo contaba que antaño cuando todavía andaban las tribus de indios, unos curas extraños habían construido tres casas grandes separadas una de otra por un tiro de piedra. Una casa era para que vivan los curas, otra donde atendían y curaban los enfermos, y la otra era el cuartel de soldados”*. Algo que no pasaba de ser interesante para un cristiano que no se conmovía más allá del momento en que llegaba a sus oídos, pero a mí me produjo el clásico cosquilleo del que siente el impulso de continuar indagando. Así fue que, lupa en mano, leí un pesado libro que contenía cartas y documentos escritos en castellano antiguo; párrafos de letras casi dibujadas con profusos firuletes y espirales. Sorteando algunas dificultades, comprendí el texto y alcancé a transcribir valiosos datos; aunque adivinando algunas frases. El asunto fue que después de largas charlas con los pocos longevos que por entonces conservaban algún recuerdo aletargado, y de escarbar, leer y revisar papeles apolillados y casi desechos, comencé a descular una idea medianamente cierta del rompecabezas de hechos allí acaecidos, donde muchos años después y por razones estratégicas, los ingenieros del ferrocarril trazaron el tendido de las vías. Las referencias indicaban que el

asentamiento primario surgió como alternativa de dar solución a los inconvenientes que se manifestaban en la salud de los pobladores de la naciente ciudad de Salta del Valle de Lerma. No me fue difícil imaginar el porqué de los notables de la ciudad, que decidieron derivar de inmediato a la Hacienda de La Viña en el Valle de Cianca, distante a unas doce leguas, a quienes padecían una enfermedad contagiosa. A unas cuatro o cinco leguas de la mencionada finca, se levantaban dos construcciones fortificadas con fines militares, tratando de contener a las enfurecidas avanzadas de los grupos originarios; una hacia el Norte (en Betania) y la otra hacia el Sur (en Cobos). La cuestión fue que, al detectarse los primeros casos de lepra en la ciudad, los enfermos fueron enviados a la mencionada hacienda. La casi fatal pestilencia de la triste caravana, llevó a que los lugareños le dieran mal recibimiento, y con la seguridad que otorgaba la distancia, la guiaron hasta una alejada caballeriza a la que ni los negros esclavos se animaban a entrar. Ante tal contrariedad, los Jesuitas que iban a cargo, reclamaron que se le diera otro destino y se previesen mejores condiciones. Entonces, las autoridades decidieron construir un hospital a una legua de distancia del casco de la Estancia, pero, como no podían dejarlos librados a su suerte con tanto indio revoloteando, construyeron además una residencia para los Padres Jesuitas y otra donde se alojarían los soldados de la custodia. La calidad de las construcciones no fue mejor que precaria, pues de ellas no quedó ni una seña o resto, aunque, lo que subsistió para confirmar la existencia del antiguo caserío, quedó al descubierto por el capricho de una pelota.

De acuerdo a registros de viejos cronistas, en el mismo ámbito donde se ubicaban las casonas de mi infancia solo que con tres siglos de antelación, se había instalado el convento en el que vivieron cuatro Jesuitas que trajinaban de arriba a abajo los montes tratando de evangelizar a los Pelichocos, Palominos, Tobas, Pilagás, y otros que alternaban su paso por la zona. Grupos que querían “devolver” las atropelladas de que eran objeto, acosaban con ferocidad las estancias y

caseríos, pues desde allí partían las columnas que incursionaban y rastrillaban el terreno palmo a palmo, para atraparlos y hacerlos trabajar como mano de obra gratuita. Volviendo al tema del agujero descubierto, a poca distancia de la superficie se abría una puerta de entrada al túnel, demarcada por una sola hilera de ladrillos de barro cocido que se habían colocado prolijamente hasta una altura suficiente para que una persona caminase erguida, luego se cerraban entre calce y ajuste hasta la forma de media luna. Las paredes se habían recubierto con piedras en pirca seca entreverada con ladrillos cocidos, y se orientaba al poniente. Alcancé a internarme no más de diez o doce metros, y tuve la desesperante sensación de sofocación debido al aire pesado y enrarecido por tantos años de encierro. En el corto trayecto recorrido distinguí que el suelo de tierra apisonada había sido bien emparejado y permitía caminar sin dificultades, en tanto, el techo en forma de arco había sido reforzado a cada metro con caballetes y escuadras de madera. A punto de recular apunté la linterna hacia las tinieblas, pero su luz se difuminaba tanto que no alcancé a ver más allá de donde tenía asentadas las plantas de los pies.

Por espacio de algunos meses, no volví a acercarme al túnel, hasta que un vecino en comentario de rueda de café aludió a que desde algunas semanas atrás notaba que el fondo del terreno que había destinado para cultivar hortalizas y aromáticas, se estaba hundiendo. Después de reírse, alguno dijo que se apurase a cosechar las zanahorias, otro le aseguró que era por un pozo ciego y que en cualquier momento iba a quedar con la mierda hasta la cintura; luego cambiamos de tema. El atardecer me encontró golpeando la puerta de su casa. Antes de despedirnos me dijo que el día que hiciese cavar, me avisaría; y cumplió. A poco de clavar el pico escuchamos un ruido sordo, había caído una piedra y dejó un bonito y negro agujero. Encendí la linterna y me agaché para revisar y enseguida advertí que se trataba del mismo túnel, aunque el cierre no estaba a la misma profundidad del primer hueco, pues aquí

tenía no más de un metro. En pocos días tuve parte de la respuesta, al encontrar otra puerta de la galería proveniente del leprosario que lo conectaba con la fortificación militar mediante un ramal desprendido de la principal. Creo haber caminado un tramo de nueve metros hasta aquella otra puerta y avanzado cinco pasos más por el primer pasadizo hasta encontrar la que servía de acceso a la vía que las comunicaba con el lugar de residencia de los Jesuitas. Después de mirar en superficie, calculé la distancia desde el desmoronamiento hasta el punto en donde debía estar la entrada que utilizaron aquellos antiguos habitantes. Quedaba evidente que el hueco de acceso había sido sellado por la gruesa capa de pavimento que ya por entonces cubría algunas calles del pueblo. El ramal que conducía a la estancia militar se había cerrado por completo por la tierra y piedras de un desprendimiento, quizás reciente. Lo sorprendente fue que, en una hornacina excavada sobre la pared del lado derecho, aún permanecía colgado el hábito deshilachado y roto de un Jesuita. Hábito polvoriento, testigo de historias que nunca llegaremos a conocer. Encima de la base de la hornacina y colocado en espiral yacía un rosario junto a un par de gastadas sandalias de cuero. Ni siquiera el profundo escalofrío que me produjo la emoción de verlos, como tampoco las ansias de seguir husmeando, me llevaron a dejar una huella encima de ellos.

Pasaron veinte años y el azar quiso que pudiese conocer la ubicación de la tercera de aquellas históricas y ya olvidadas construcciones. Un nuevo vecino que comprara una casa en las cercanías, la demolió para levantar otra. En medio del desbarajuste que comprende descolgar pesadas techumbres, de echar abajo altos paredones de adobe y de retirar gruesos pisos, encontró una espesa tapa de hormigón asentada encima de una doble cruz armada con robustos troncos de quebracho taponando un hueco. Un par de metros por debajo del sello se abría la tercera de las puertas con cierre en arco de medio punto.

¡Que equivocó!

Finalizando un mes de febrero, con un grupo de amigos en dos areneros; autos flacos les decía mi hija María Victoria; a la Finca La Punilla, marchando por la escabrosa, maltenida y estrecha huella que serpenteaba por los faldeos serranos. Lo hicimos aprovechando de que doña Efrigenia me prestaba el rancho donde antiguamente funcionaba la escuela a la que asistían los niños de varias familias que se asentaron durante los años en que un obraje maderero y un aserradero concentraban la mano de obra de varias familias de la zona.

Recién estaba terminando la temporada de lluvias, y los yuyos y arbustos habían crecido tanto que sobrepasaban la altura del alambrado que rodeaba el predio, aunque la caballada que retozaba suelta por ahí, se encargaba de cortar los que crecían por los alrededores. Dejamos los vehículos a dos pasos de la cerca para evitarnos el tener que acarrear por mucha distancia el equipaje. Entramos y salimos del rancho a golpes de machete en cada una de las recorridas, aprovechando para ir despejando el corredor de entrada. En la primera pasada que hice cargando una caja con mercadería y verduras, le di un puntazo con el dedo gordo al tocón de una raíz de buen porte, de la cuál su tronco se proyectaba inclinado y casi al ras del suelo, un par de metros. Tan bien o tan mal se había estirado en ese espacio, que de cualquier forma entorpecía a quién entrase por el portoncito. Después de evitar un tercer tropiezo mientras descargábamos, al hacer la cuarta pasada cargando la conservadora en la llevábamos el hielo y las bebidas, olvidado de que debía esquivarla, caí ruidosamente encima y la tapa se soltó desparramándose el contenido. Recogí las botellas y demás cosas y me dirigí a buscar un machete con el que comencé a golpearlo como a dos cuartas por encima

del punto de nacimiento y donde mostraba un agujero que casi le traspasaba el tronco. El resto hacia la punta estaba seco, así que lo corté justo por debajo del mencionado orificio. Para rematar la acción de descarga de la bronca y desagravio, arrimé al fogón el pedazo de tronco seccionado. Con los muchachos rastrillamos todo el lugar y amontonamos la maleza hacia un lado de la entrada. Al caer la tarde apareció el gaucho Plácido con su nieto Benjita y tres arrieros, regresando de la Peña Colorada, adonde habían ido a campear unas vacas para traerlas al corral. El gaucho les dijo que siguiesen camino y las encerrasen y desmontó cerca del poste en el que ató su caballo mientras nos saludaba:

-¡Buenas, ¿como'stán?, se'han venío a pasía?!-, y al ver el predio más limpio y sin maleza, agregó:

-¡Se'bian puesto a machetiá y limpiá, pue!, ¡qué lindo lo'han dejáo!-, en lo que se acercaba mirando hacia todos lados. Pero de pronto se detuvo a un tranco donde blanqueaba el tocón y palideció, se tomó la cabeza con las dos manos en una expresión en la que se mezclaba sorpresa y susto y dijo:

-¡Uuuuy, que cagada!!, ¿qué lo ha pasao al cedroncito?!-

Viendo que hasta le había cambiado el color del rostro y escuchando su alboroto, pregunté:

-¿Cuál cedrón?, ¿ese tronco era un árbol de cedrón?, pero si no tenía hojas y el tronco estaba podrido. Además, entorpecía la pasada-, le respondí,

-Nooooo pué don comué, pero cuando empezaba la primavera empezaba a verdiá el cedroncito. Daba demás hoja-,

-Plácido, no me di cuenta de que era un cedrón-, le dije medio apichonado,

-¡Putá, vea que sí!, que equivocó que se'mandao. Tanto que lo cuidaba la patrona. Se vénia a regálo y a echálo veneno pa' l'hormiga. Lo'bia sabío plantá el finao de su agüelo de la Efrigenia. Ha de tené más de cien año-, acotó afligido; y me dejó pensando en el largo tiempo que

hubo de mantenerse en pie esquivando caballos, vacas y bichos hambrientos, además de las heladas, para que en un arranque de estupidez y en cinco minutos lo tirara abajo. Pero ya estaba hecho y de nada valían los lamentos.

El gaucho entró con andar apesadumbrado hasta la galería, agarró una silla por el respaldo y se acomodó para tomar unos mates, mientras acongojado miraba lo que había quedado del tronco en aquél impensado arranque de furia. Algo más tarde, siguiendo con la charla y para comenzar el aperitivo, descorchamos una damajuana en el momento en que llegaban de vuelta los otros arrieros luego de encerrar los animales. Los invitamos a tomar asiento, pues ya venían con caras de querer aplacar la seca. En la tercera de las rondas de servir los vasos, habíamos hecho bajar a menos de la mitad el nivel del envase:

-¡A su salud de ustedé!-, decía alguno y se clavaban un ruidoso y paladeado fondo blanco, en tanto continuaban comentando sus cuestiones:

-¡Don Plácido, la vaca hosca overa que' estaba pa'l bajo, ¿es la de don Pedro?!-, preguntó uno de los muchachos,

-¡Ahá!-, asintió el gaucho,

-¿Tiene ternero no?-, volvió a preguntarle,

-¡Ahá!, si pero no es d'eya; capá que'ncontrao un guaschito por'áhi. Es vaca demás vieja. Montón di'vece el Pedro ha yevao toro pa'que la arremanguen y no se la'n podía empreñá. ¡Seca 'bia'sío!-,

-Capaz que será como usted dice—, asintió y Plácido le aclaró:

-Ansi'é pué, vo so nuevito aquí. Como Pedro cría cabrito no le interesan los animale. Dice que'sa vaca se la regalao el suedro, pu'eso no se anima carniála, pero todo los año la encorralla pa'la marcada y le asienta el fierro; la pobre ya'stá señalada hasta n'el hocico-, y dejando escapar una risita burlona, agregó:

-Y como'é demá flaca, cuando se muera no va sacá ni pa'cése un puchero, y con tanta marca que tiene n'el cuero, no le va serví ni pa'lfombra-,

-Usté la'visto las orejana que han agarrao pa'l parque?, Eran tre vaca que han rajao pará'i-, acotó Rulo,

-Esa han de vení de lao l'Hebro y capá que de la finca l'alemán, respondió Plácido y de pasada comentó:

-Ya la van atendé los chango de Alsogaray. Eso d'enseguida nomá l'enlazan y las cagan comiendo, no le perdonan ni'una-

-¡Ah!, pero de cuál di'eyo dici'usté?-, insistió Rulo,

-¿Cómo que cuál di'eyo?, cualquierita pué, si los cuatro han salió igualito al tata!-, respondió,

-Si doncito, ya sé cuál son los chango--, dijo un tal Manuel,

-Los cuatro son petiso, del mismo altor-, agregó Rulo,

-Y tienen sombrero de igual colora-, de nuevo Plácido,

-Y andan igualito de sucio y jediondo-, agregó Manuel,

-Y pa'pior, muentan cabayo del mismo pelo-, acotó Rulo.

Como viendo de disipar dudas en medio de las carcajadas, Plácido dijo:

-Pero hay unito di'eyo que anda con bota pa'un solo lao-,

-¿Cómo es eso?--, le pregunté,

-Se mí'hace que's el mayor. Pareci que's faltito el muchacho-, alguien aumentó:

-Los cuatro son así-, y el gaucho terminó de decir lo suyo:

-Pa'pior, el que yo digo es amarrete como el solo el puta. Hace montón di'año que se compra las bota en el boliche del ruso ese pa'l frente la estación de trene en la ciudá. Dice que'l viejo se la cobra barato, pero le da dos de la misma pata diciendolé que si'usan igual que las ampargatas. No sé quién decía que'l viejo vendía botas que'ran resago de no sé qué guerra y que han tráido pa'cá. Ansí que cuando l'opa se viene andando di'a pata pa'lao di'uno, no se sabe si va'vení pa'l lao que mira o pa'l que camina-

Seguimos conversando de cosas que suelen sucederles en sus salidas al cerro, aunque, a cada rato el gaucho Plácido miraba de reojo

para el lado del portoncito, y como sin creer, movía la cabeza de un lado a otro y volvía a la carga:

-¡Qué don Gustavo, l'hecho mierda l'arbolito!, ¿qué vamo a decíle ahura a mi jefita?-, a lo que, sin darle respuesta alguna, yo levantaba las cejas en señal de arrepentimiento. Pero tanto insistía el gaucha sobre aquél desgraciado asunto, que me hacía sentir incómodo. Y peor aún era el sentimiento de culpa, porque me acordaba de las veces cuando andaba de paso por el lugar, la mujer se deshacía en atenciones. Así que cada vez que Plácido miraba y se acordaba, o hacía una acotación acerca del arbolito, le demostraba mi remordimiento:

-¡La verdad, que flor de macana!-

Pero a medida que fueron pasando los minutos, en medio de sus ocasionales reproches y el vaciado de la segunda damajuana, comenzó a tomar el asunto con cierto humor, pues ya sonreía y sus frases eran menos incisivas:

-¡Aaaah, que cosa con l'arbolito ¿no?, y bué, ¿qué le vamo hacéle?!-

Poco más tarde sacamos un paquete de fiambres, aceitunas y papas fritas, y mientras hacíamos la picada, Plácido apuntó con un dedo a lo que quedaba del tronco y acompañó el gesto con una sonora carcajada.

-¿De qué se ríe don Plácido?-, preguntó uno de los muchachos,

-¡Y que'ahura me va dejá de inflá las pelota y se va'í a tomá mate con cedrón a la mierda la vieja. Más mejor pa'mí pué, así ya no me va jodé con hacéme vení hasta'cá pa'yevále hojita!-, dijo en una sentida frase que sonó a desquite con su mujer; de alguna forma.

Suerte para mí que doña Efrigenia no apareció por el lugar y cuando en la tarde del siguiente día partimos de regreso, la cosa quedó como un secreto entre el gaucha y los demás presentes. En todas las ocasiones que después nos vimos en el pueblo, no hubo una en que no me acordara de preguntarle la forma en que le había explicado el motivo

de la ausencia de su querido arbolito, que hasta el momento del desgraciado incidente había sido como un integrante más de la familia.

Pasaron los meses, y al entrar la primavera, aparecimos de nuevo y fuimos a parar a la escuela abandonada, ya olvidados por completo del cedrón. Los árboles comenzaban a verdear y algunos mostraban botones a punto de reventar, aunque los pastos aplastados y amarillentos denunciaban un invierno que, más duro que de costumbre, todavía se alejaba. Junto al portoncito del jardín el cascarudo tocón del añoso cedrón, se alzaba erguido mostrando renovadas fuerzas y habiendo echado una increíble cantidad de frondosos brotes.

Doña Efrigenia nunca mencionó el tema, y por suerte, aún sigue mandándolo al Plácido a que le corte hojas del cedrón de su abuelo.

Paulino Llanos

En las primeras horas de una calurosa mañana, un finquero de la zona apareció manejando su camioneta rumbo al hospital. En la caja descubierta del vehículo se había colocado una frazada sobre la cuál yacía un hombre y a su lado permanecía sentado un muchacho de unos veinte años. La camioneta estacionó frente a la guardia y descendió presuroso pidiendo una camilla, enseguida acudieron los enfermeros y con esfuerzo procedieron a trasladar al corpulento paciente al interior de un consultorio.

A Paulino Llanos lo habían parido y criado en una finca del paraje El Prado, y al igual que su padre, que había sido el peón de confianza de su patrón, él lo era del hijo que ahora manejaba el establecimiento. Una húmeda y sofocante tarde de febrero y mientras su madre trabajaba encañando hojas de tabaco, lo dio a luz sobre unos fardos envueltos en lona de arpillera. Apenas estaba comenzando el último grado de la primaria cuando quedó huérfano, desde entonces su vida no fue otra cosa que trabajar en el surco. Era un tipo sencillo y responsable y sin mayores vicios. Salía de tanto en tanto al pueblo, y habitaba con su mujer y sus dos hijos una humilde casita cerca de la que había levantado un horno de barro y un corral de gallinero. Algo apartado, en una esquina al final del alambrado de deslinde, el patroncito le había dado permiso para engordar una pareja de chanchos, y Paulino se comprometió hacerle parte cuando tuviesen cría. Al terminar la tabaqueada se dedicaba a cuidar a sus animales y a plantar algunas hortalizas, labores que alternaba con las de limpieza de los alrededores del casco de la finca. Nadie como él conocía esas tierras, ni siquiera su propio dueño. Además, desde niño había aprendido los secretos que se aplican cuando están creciendo los almácigos de tabaco, la manera de

acomodar las hojas después de cosecharlas, la forma de colocarlas en las estufas y el cuidado que hay que poner a partir de que se enciende el fuego hasta que están completamente secas. Sin apurarlas hay que dejarlas madurar despacito, sin darles calor de más pero tampoco que les vaya a querer faltar, sabía decir a sus ayudantes.

Calzando botas de goma y con la pala al hombro, se despedía de su esposa y caminaba hacia la oscuridad de los potreros, cuando recibían el turno del agua. Una tranquila y estrellada noche de octubre, Paulino estaba trabajando solo y escuchando el repetido toc toc de los golpes que daba en la tierra con la pala para abrir o cerrar los pequeños canales, mezclado con el ruido de su chapoteo en el barro. El caudal venía generoso y enseguida calculó que le ganaría al canto del gallo, para entonces ya tendría lista la pava y se sentaría en la galería a tomar unos mates antes de acostarse a descansar. Eran casi las tres de la madrugada y llevaba hechas varias tablas, pero aún le quedaba regar el potrerito del fondo. Cada tanto y a la espera de que el agua recorriera todos los surcos del sector que correspondía, clavaba la pala y se apoyaba en ella. Encendía un cigarro o cambiaba el acullico. En eso estaba, al momento en que, sin pensarlo, giró mirando el cielo hacia el norte; el cigarro colgó pegado a su labio cuando por sorpresa abrió la boca al ver un fuerte resplandor que surgía por detrás de un manchón de vegetación natural. Rezongando empuñó la herramienta como un arma, y creyendo que podía tratarse de alguien que había ido a robarle los chanchos, caminó apurado en esa dirección por el sendero que lo atraviesa. Pero muy lejos estaba de ser lo que había presagiado, porque al salir de la espesura quedó parado como estatua, y en su cobriza cara de criollo pasmado bajo un viejo sombrero se le marcaron inconfundibles rasgos de miedo a lo desconocido.

A más de cuarenta y ocho horas de estar internado recuperó sus sentidos y sin emitir palabra se puso a llorar como un chico. El médico

que lo atendió desde un principio, después de darle un calmante comenzó a hablarle en un intento por saber que era lo que le había provocado ese prolongado estado en que lo hubo encontrado uno de sus changos, ya que en ningún momento pudo detectar síntomas de alguna enfermedad. Con lentitud y tartamudeando, Paulino relató su experiencia:

-Era una luz fuerte y amarillosa pero chata, no muy alta pero grandecita. Como plato hondo iluminado parecía y tenía una parte oscura chiquita al medio; como una puertecita. Ahí cerca andaban caminando dos tipos con ropa briyosa, así como de lata. Cuando me han visto, se han empezado a venir para donde yo estaba; he querido correr, pero las piernas no me respondían. Se han parado delante de mí y me llevaban así de tanto *mientras indicaba una diferencia de altura de casi cuarenta centímetros*. Después me hablaban, pero yo no les entendía nada, y cuando movían la boca se les hacían lucecitas de colores en el pecho; de ahí parece que hablaban. Yo los miraba sin saber que decir ni hacer, no me podía mover. Uno se me ha acercado más todavía y me ha agarrado del brazo, de ahí ya no me recuerdo nada más-, dijo con un nerviosismo que aumentaba con cada frase.

-Bueno está bien, ahora siga descansando que a la tarde se va a su casa-, dijo el profesional y se retiró de la habitación para ir a plantearle el caso a otros médicos con los que se había reunido durante una pausa para tomar café. Solo obtuvo frases de burla y sonoras carcajadas, ante el hecho de pensar que su colega se había tragado eso de estar atendiendo a alguien que había tenido contacto con extraterrestres. Sin embargo, aún incrédulos y por lo extraño del caso, previo a darle el alta lo sometieron a una junta médica. Allí comprobaron de acuerdo a sus palabras que en uno de los brazos tenía las marcas de cinco largos dedos, estampadas como quemaduras bien cicatrizadas.

Noche en Betania

A la memoria de mi amigo Juanito Adamo

Los días de fin de semana tenía la costumbre de hacer ronda por lugares alejados, que para mí guardaban cierto interés. Y como siempre había algún amigo dispuesto a acompañarme, en la tarde de un sábado pasamos con el Pepe a buscar a Juanito en su finca de Betania para que nos llevase a conocer El Fuerte. Enorme construcción de dos plantas, asentada en el faldeo de un cerro, y del que sus paredes de adobe están levantadas sobre un robusto basamento de piedra, con una serie de habitaciones que en ciertos casos se comunican una con otra, salvo en el sector donde se hallaba la cocina. A la planta superior se podía acceder por dos escalinatas posteriores, ubicadas en cada extremo del edificio y unidas por el largo balcón del frontispicio. Sus paredes estaban revocadas con barro alisado y pintadas a la cal, en donde los adobes no estaban ulcerados, partidos o carcomidos, y el techo a dos aguas estaba armado con gruesos troncos que soportaban un cierre de tejas coloniales. Una ancha galería ocupaba el frente de punta a punta, y por debajo, un sótano de iguales dimensiones; con la puerta original tapada por un grueso sello de hormigón. Decía que, aquel sello lo hizo un antiguo arrendatario sin justificación alguna. Pero después supimos que el hormigón que quedaba a la vista estaba sobre una tapa preexistente armada con troncos de quebracho amurados a la base. En algún momento de su historia sirvió de casco de la que fuera una importante finca de la zona. Luego pasó a ser un puesto de guardia y contención de las incursiones de ataque que realizaron a la ciudad de Salta los nativos de la Región del Chaco; por lo que durante muchos años mantuvieron allí a una numerosa dotación de soldados. Hacia uno de sus lados y hasta no hace mucho tiempo, se podían ver los restos de un molino en el que

una muela de piedra se accionaba por una corriente de agua que bajaba encauzada por un angosto canal empedrado. Esto era lo que quedaba en el año 95 y dentro de poco, tal vez ni siquiera sus cimientos. Estaba deshabitada y algunos de las habitaciones se ocupaban para guardar herramientas, insumos y accesorios utilizados para cultivar las tierras que lo rodeaban, otras, como corrales.

Decidimos pernoctar ocupando la habitación contigua a la cocina que, por encontrarse en mejor estado, pudimos acondicionar rápidamente. Una tremenda curiosidad por saber si aún habría algo en ese recinto inferior con anterioridad a que clausuraran su acceso, nos llevó con Juanito a la tarea de aflojar y retirar unas piedras del costado de los cimientos para husmear en su interior. Como siempre y anteponiendo su recelo de tipo supersticioso, el Pepe se negó de manera terminante a darnos una mano y partió a comprar los ingredientes para preparar la cena, diciendo:

-¡Ustede'stán loco, ¿vaya'sabé que mierda van encontrá?!-

Después de mucho socavar el barro que ligaba las piedras y de aflojar una para retirarla del encastre del ancho de la pared, al final logramos hacer un agujero de unos treinta centímetros de diámetro. Casi oscureciendo, el Pepe había regresado y se entretenía encendiendo el fuego para asar un pollito en una improvisada parrilla. Ahí se quedó sentado y empacado, igual que una mula, mientras fuimos a investigar el sótano. Alumbramos con la linterna empujando mutuamente nuestras cabezas para ver mejor, aunque ninguno podía distinguir más de una espesa bruma en el ambiente, nos carcomían las ansias por descubrir algún objeto de la época. Permanecemos esperando a que se disipara un poco para volver a la carga, en tanto el Pepe nos llamó a cenar. Abandonamos momentáneamente la empresa, aunque con Juanito acordamos regresar lo antes posible. El ocasional cocinero mostró su bocota al preguntar:

-¿Y, que ha pasáo?, ¿han encontrao algún muerto?-,

-No se ve nada Pepe, hay mucho humo, pero ya vamos enseguida—, contestó Juanito.

-¡Dejensé de jodé y tapen ese agujero. A vé si hay alguna alma áhi.

Después los va andá persiguiendo, jodan nomá ya van a vé!-, nos retó enojado. Convencidos de que nada nos haría desistir, le dijimos que así haríamos. Al rato volvimos al lugar con la esperanza de que se hubiese aclarado el interior, mala suerte, seguía igual. Aplicando un principio básico de Física, repetimos la operación de retirar una piedra del punto diagonalmente opuesto, de manera que se originase una corriente de aire para ventilarlo. Pusimos manos a la obra y terminamos de hacerlo pasadas las doce de una noche cerrada con nubes muy bajas:

-Bueno, ahora sí, el aire que entre por acá va a salir por el otro agujero. Mañana vamos a poder ver que hay-, dijo Juanito.

Seguramente que Pepe dormía hacía rato, dejando la lámpara encendida para que nos acomodásemos al volver. Cansados y con sueño, bordeamos la construcción caminando por debajo del frente de la galería, cuyo piso quedaba casi a nivel de nuestras cabezas. Para acceder a la habitación que ocupábamos, debíamos girar en la esquina, pero después de hacer unos pasos nos frenamos en seco en el mismo instante en que vimos salir del primer orificio, una columna de humo amarillo que a poco de superar la pared se elevaba hasta perderse en las nubes. Muy espesa y tan regular que parecía estar circulando por un tubo invisible, a la vez que iluminaba intensamente los alrededores con una luz de la misma tonalidad. Sentimos el calor que emitía y un penetrante olor a azufre. Buen rato después de que se nos pasaran la sorpresa y el susto, la primera reacción fue acercarnos. Como la curiosidad siempre supera la prudencia, quisimos saber qué pasaría si la tocábamos. Entonces Juanito levantó una varilla y la movió de un lado a otro para atravesarla. La parte de la varilla que había entrado en la columna, desapareció. Hice lo mismo con un palo bastante más grueso y tuvimos igual resultado, con la diferencia que en determinado momento la intensidad de la luz fue mayor y el extremo del leño quedó

encendido. Nos miramos intrigados y caminamos rodeándola para entrar a la habitación. Llamamos al Pepe a viva voz y con un par de samarreadas:

-¡¡Pepe, vení a ver, apuráte!!-

Se levantó y salió por detrás nuestro rezongando:

-¡¿Qué mierda pasa?!-, refregándose los ojos. Afuera estaba oscuro.

-¡Ya no está, no hay nada!-, dije dándome vuelta.

-¡¿Pa'que me han ido a despertá?, ¿que había?!-

Le expliqué con lujo de detalles. Y agregé refunfuñando:

-¡¿No li dicho yo que se dejen de jodé?!-, volvió a su cubil y se envolvió en las frazadas.

Temprano en la mañana volvimos con Juanito. Hasta donde pudimos ver, en el centro del sótano se amontonaban los restos de varios fusiles, algunos con bayoneta calada; pero tan oxidados que, de haber podido tocarlos, quizás se hubiesen desarmado. Contra la pared del fondo y abarcando todo el ancho del habitáculo había gran cantidad de una sustancia negra, acerca de la que solo hicimos conjeturas. No vimos con claridad otra cosa en medio de tanta cosa desintegrada y herrumbrada. Quizás algún cañón y balas, el contenido de unas petacas de cuero, cadenas, arneses y uniformes; aunque, vaya uno a saber que es en realidad lo que se había guardado allí. Antes de regresar, el Pepe nos hizo tapar los agujeros colocando las piedras y pegándolas con barro para disimular las huellas de la investigación.

Tiempo después, un ingeniero químico me explicó la posible razón del fenómeno:

-En el sótano, posiblemente se depositó un considerable número de barriles de pólvora, pues la sustancia negra debe haber sido el carbón de la mezcla. De ella y sin poder precisar el modo, también se evaporó el azufre y hasta que ustedes intervinieron se encontraban entreverados con la madera hecha polvo de los barriles que servían de envase. Es muy

posible que hubiera una cierta cantidad de ceniza de huesos, humanos o no, que aportaron fósforo. El otro factor importante y necesario para que se produzca un fenómeno de estas características, es que el ambiente haya permanecido herméticamente cerrado durante muchos años. Con el tiempo, el azufre y el fósforo se transformaron en gases y se licuaron, y algún elemento o sustancia aumentó la adherencia de sus átomos. Así llenaron todo el espacio en forma de espesa nube amarillenta que, al ser liberada e impulsada a la atmósfera por una corriente de aire a baja temperatura, posibilitó que se formase esa columna de “humo” de forma regular más liviana que el aire y con la condición de inflamable al entrar en contacto con un cuerpo sólido. Por eso ardieron la varilla y el palo con que la atravesaron-

En oportunidad de reunirnos nuevamente con mis amigos, les comenté la justificación lógica más aproximada que podía tener aquello que habíamos visto con Juanito, sin haber tenido en cuenta, que el Pepe no nos acompañó en el citado momento. Cuando terminé mi exposición, el susodicho, haciéndose el canchero mientras encendía un cigarrillo, hizo su acotación:

-¡¿Han visto?, yo li'dicho de las alma de los coso que vivían áhi!-

No es solo una leyenda

Dicen los que comentan conocer a alguien que se jacta de haberlo visto, que “el familiar” es un enorme perro de pelaje negro al que cualquier cristiano puede llegar a ver desde el comienzo del crepúsculo vespertino y hasta la hora en que las tinieblas van desapareciendo, pues seguro se ha de ocultar con las primeras luces de la madrugada. Mientras dura la penumbra anda de aquí para allá con las patas envueltas en el intenso chisperío que sale de la cadena de gruesos eslabones que arrastra sujeta del cogote. Anda siempre resollando un humo blanco, espeso y fétido, al que, si por casualidad alguien aspira, de a poquito se va quedando suco hasta que le llega la muerte. Además, muestra unos enormes colmillos por entre los que chorrea el asqueroso espumarajo que destila. Sus apariciones están relacionadas con las tierras y potreros en que se cultiva caña dulce, de los que también dicen ser el ambiente propicio donde la bestia vive a sus anchas y rondando por donde se le da la gana. Aunque también dicen que, lo más importante, es comer un peón de tanto en tanto; y hasta comentan que en ocasiones añade a su dieta un forastero o borracho que se anima a entrar en sus dominios. Dicen que no cualquiera pasa por los cañaverales como Pancho por su casa, nada más que los que trabajan en el ingenio pueden hacerlo, pero también rumorean que algunos trabajadorcitos tampoco han sido vistos de nuevo. Por ahí hablaban de algún peregrino que durante el día caminaba por el costado de las tablas de los cañaverales y de otros que cortando camino se metían a atravesarlas. Lugares estos en los que después se encontraba una prenda o una alpargata perteneciente al ignorante o atrevido que en horas nocturnas y vaya uno a saber porque motivo, se animó a entrar. Están los que afirman que cuando el familiar aparece caminando lento y con las cerdas del espinazo en punta y también destacan haberlo visto

correr sin necesidad de tocar el suelo. Entonces para que algún pobrecito pueda evitar que lo atrape, a más de buen conocedor del terreno, debe ser ágil, inteligente y rápido; y mucho mejor si anda lúcido y reflejoso. Por lo tanto, sobran los dedos de una mano para tener idea de cuantos pueden ser los que realmente han escapado de sus bocados y ahora pueden contarlos. Pues teniendo la seguridad de que se trataba de un cristiano que se le ha escabullido, hay que considerar el estado emocional en que ha quedado; porque, si bien no le llegó la hora, la otra cuestión es que haya sabido evitar sus malos influjos. Los que palanganearon de haber tenido un encuentro con “el familiar”, hablan del modo en que han podido escaparse y salvar el cuero, jurando y perjurando que no es otro que el mismísimo Satanás. Pero también manifiestan con total convencimiento que, si por obra del cielo en esa vuelta zafaron de la difícil situación, tienen la certeza de que cualquier rato se les aparece de nuevo y afirman en tono de resignación que el resultado ha de ser muy distinto. De todos los decidores que escuché y aunque muchos colocaron delante de sus ojos los dedos en cruz y la besaron jurando por Dios y por su madre y hasta por su bendita descendencia, de todos quedé dudando. Es decir, de casi todos. Josito Martínez es un campesino al que conozco desde hace mucho tiempo, vive con su mujer y sus cuatro hijos en una casa cedida por el ingenio en el que lleva tarjando treinta y dos años de trabajo. De ellos, los últimos dieciocho venía desempeñándose como capataz de un grupo de chacareros con los que cuidaban unas quinientas hectáreas separadas en cuatro sectores; cada uno con varios potreros de caña dulce. La casa que habita Josito y su familia está como quién dice, encajada en el corazón del Lote Santa Lucía, rodeada de robustos y coposos árboles y muy cerca de una acequia de riego. Por detrás de la arboleda se alza la empalizada de los corrales en que Josito mantiene encerrados los caballos. A tres de esos animales solía utilizarlos por turnos en sus recorridas diarias, teniendo también bajo cuidado a un par de potros del jefe de campo.

Josito fue desde siempre un fiel creyente y seguidor del Señor y de la Virgen del Milagro, tan creyente que, en su dormitorio y a un costado del ropero tenía dispuesta una pequeña mesa en la que reposaban sus imágenes y el librito de la Novena junto a una antigua Biblia que le había regalado una bisabuela. Por debajo del vidrio que vestía la tapa había varias estampitas bien ordenadas; la del Sagrado Corazón y la Virgen del Perpetuo Socorro, entre las que recuerdo. Como hombre de campo, Josito estaba acostumbrado a ciertas cosas extrañas; cosas que según dicen, solo suceden en el campo. Solía decir que eran tantas y tan raras las que vio a lo largo de su vida que, a medida que le fueron pasando, con los años aumentó los pedidos de protección en el mensaje de sus rezos. En los meses de cosecha y cuando el turno de la noche lo ocupaba, además del rosario que llevaba al cuello, Josito se colocaba el escapulario de la Virgen del Carmen y por dentro de la copa del sombrero acomodaba la estampita de San Benito. Está de más decir que en la cintura por encima de la faja, brillaba el cabo de plata de su inseparable puñal.

En ocasión de visitarlo un día domingo y mientras pasábamos los últimos minutos del atardecer otoñal en la galería, Josito Martínez me contó lo que le ocurriera en el transcurso de una encapotada noche de invierno y mientras soportaba el castigo de una persistente llovizna impulsada por una ventisca inclemente. Después de asignar tarea a los dos últimos chacareros, apuntó en dirección de la costa del río queriendo achicar distancia para salir frente a la vieja grúa de carga que había en el potrero del fondo. Lo atravesó montando al Comandante, que aparte de su caballo preferido era un animal con el que se conocían hasta en las mañás. A paso lento hacían el trayecto que restaba hasta las instalaciones del ingenio. Josito dijo que marchaba copleando bajito por la orilla del canchón en que el jefe de taller sabía amontonar acoplados en desuso, carcasas de tractores viejos y una larga lista de

cosas que ya no eran más que chatarra. No faltaban recorrer ni cien metros para llegar adonde la huella torcía al poniente, cuando de pronto, el Comandante cabeceó un par de veces negándose a seguir, y aunque ahí lo exigió, un trecho más adelante se sentó sobre sus patas e hizo un medio giro mientras bufaba cortito pero fuerte. Como no acostumbraba a chicotearlo y ante su rechazo a continuar, desmontó y quiso tranquilizarlo con un par de palmadas en el cogote y hablándole en la oreja; pues esa conducta le resultó inexplicable y sus intentos de convencerlo a retomar la marcha, fueron inútiles. Lo desconoció cuando bellaqueó por demás arisco y de una forma tan brusca como no lo había hecho siquiera en tiempos que lo domaba. Y se abatió aún más cuando lo vio salir a todo galope y en sentido contrario hasta que desapareció confundido con la negrura de la senda. Apabullado, Josito Martínez dijo que solo atinó a decir:

-¡A la mierda el Comandante, primera vez que me deja de a pata!-, mirando el hueco por donde lo había visto perderse. Resignado a caminar la distancia que le restaba hasta su ocasional destino, se pasó las manos por la cara intentando secarse y despabilarse un poco. Mientras hacía los primeros pasos ajustándose la copa del sombrero, por el rabillo del ojo vio la macabra figura agazapada que salía a cortarle el paso por detrás de unas chapas retorcidas. Josito dijo que se detuvo alerta, pues aquello con apariencia de animal se acercaba sin ruidos e inmerso en la densa humareda de sus propios resuellos. El consabido chisporroteo le brotaba de entre las patas a pesar de la humedad, igual que salpicadero de una fragua resoplada. No supo el por qué, pero alcanzó a distinguir claramente a la oscura bestia de ojos amarillentos y descomunales fauces que lo tenía centrado en la mira. Y enfático dijo que atinó a acomodarse el poncho por encima de los hombros y persignarse, dispuesto a hacer lo que un viejo cura criollo ya difunto le había enseñado por lo que puta pudiera.

Una callecita de tierra sembrada de charcos de agua en los que se reflejaban unos debiluchos y perezosos rayos de sol, recibió a Josito cuando entró a Campo Santo, con la jeta como clarín de guerra y silbando con todas las fuerzas de sus pulmones a pesar del cansancio que lo dominaba. El ala del sombrero de paño marrón estaba chamuscada por completo y el poncho desgarrado casi a la mitad de su largo; como tarasconeado por la perrada del enemigo.

Empuñando el mate mientras miraba apagarse el día por sobre las cumbres del San Germán, Josito Martínez agregó:

-Ha sido la peor noche de mi vida y también la más larga. Me he defendido y peleado como ni yo mismo sabía que era capaz de hacerlo; mano a mano con el mismísimo diablo transfigurado. He ganado después de mucho dar y recibir. Podría contarte otras cosas que han pasado durante la lucha, pero tengo que cumplir una promesa-

La duda pendiente

En las provincias de nuestro Noroeste decimos “tapao” a lo que en muchos lugares denominan tesoro, considerándolo un conjunto de joyas, una porrada de monedas o lingotes de metales preciosos, y en general a cualquier objeto de oro o de plata al que su original poseedor hubo escondido en un hueco en la tierra, aprovechando alguna cueva, en un horado sobre la peña de un cerro, a lo mejor al pie de un árbol fácil de reconocer, y aún en las gruesas paredes de antiguas construcciones. Si la fortuna era más bien reducida, pudo haberse guardado en zurrone, petacas de cuero o quizás, en vasijas de barro. Si el bulto era de volumen más considerable, tal vez lo ocultaron primero en uno o varios arcones o baúles de madera. Las historias y leyendas que nos vienen desde la época de la colonia, suelen decir que quienes disponían de los mencionados bienes se ocupaban de resguardarlos en un lugar considerado seguro, de acuerdo a su imaginación o sirviéndose del medio en que se encontraban.

Haciendo referencia a los que ocasionalmente sus dueños trasladaron en penosos y peligrosos viajes, quizás quedaron enterrados en un punto del camino donde aquellos viajeros hicieron posta, por temor a ser asaltados. Muchos de esos tesoros aún permanecen ocultos en esos lugares elegidos y por lo que comenta la gente del campo, pueden identificarse por el color de la luz que despiden, haciendo referencia a lo que llaman “farol o luz mala”. Teniendo en cuenta el color del gas emitido que la origina se puede conocer que metal es el que está enterrado. Pero lo antedicho no es todo, porque además no cualquiera puede ver la luz, sino exclusivamente el que ha sido elegido. Cuestión de creer o no. Tampoco yo creía hasta que hice un viaje llevando algunos elementos y otras menudencias necesarias para acondicionar un rancho

cercano al paraje Sombra i'Toro. Iba acompañado por siete muchachos que lo hacían con el solo motivo de comerse un asado y tomarse unos buenos vinos por la noche. El lugar en cuestión queda como yendo al Parque Nacional de la Estancia El Rey, pero cruzando los cerros del fondo de la Finca El Hebro.

A poco de llegar limpiamos los alrededores y en la vetusta construcción que aún se erguía resistiendo el paso del tiempo y las crueldades del clima acomodamos los catres y las colchonetas para después dedicarnos a preparar el esperado asado. Terminamos de cenar y la noche se alargó en una sobremesa amenizada por cuentos y versiones de hechurías y varios litros de vino, según pasaban las horas. Inevitablemente aparecieron al ruedo las anécdotas personales que alguno fue sacando a relucir, protagonizada por otro de los presentes que se encontraba con la guardia baja y haciéndolo por algún rato, el centro de las burlas. Antes del cuarto de la modorra y con el vencimiento al que ineludiblemente conduce la bebida, la muchachada se fue marchando de a uno a sus respectivos aposentos. Pasadas las tres de la mañana fui el último en hacerlo y por lo tanto el que debía apagar la lámpara que pendía de un tirante del alero. Acomodé mi catre de campaña frente a la puerta del rancho y me dormí profundamente. No sé la hora que transcurría, pero aún estaba oscuro, de repente y sin saber porque me recordé y senté a mirar una luz blanca que permanecía suspendida contra la pared. Por un instante pensé que podía ser el reflejo de la luna entrando por un agujero de la chapa o bien que alguno de los muchachos para salir a orinar a campo raso había utilizado el mechero que colgábamos a un lado de la puerta y al regresar lo dejó encendido. Pasada la primera impresión de sorpresa y ya bien despabilado traté de hallar una respuesta a lo que presenciaba en solitario y en silencio. Me levanté y revisé las lámparas, estaban todas apagadas. Entonces me encaminé a la galería buscando la luna, pero por su ubicación ni por cerca podía ser el centro que emitía la luz, pues se

ocultaba por detrás de la oscura cumbre del cerro que se alzaba a espaldas del rancho. Aproveché que estaba en la galería para lavarme la cara con agua helada, después entré de nuevo al rancho y me paré muy cerca de la luz a observarla detenidamente. Con la respiración algo normalizada, pude ver que a partir de la línea de unión que formaba el techo de calamina y la pared de adobes, se irradiaba con un color blanco similar a la luz de neón, pero si bien era intensa no llegaba a molestar y mucho menos a encandilar. Quizás fuese porque misteriosamente los rayos que le daban forma, se cortaban a unos veinte centímetros del núcleo. Era algo como imaginarme la cuarta parte de una esfera fosforescente pegada en ese ángulo, pero sucediendo en la realidad. En ningún momento tuve miedo, recelo u otra sensación que alguien puede percibir ante algo que de manera inmediata no permite elaborar una explicación coherente. Volví a mirarla y para convencerme de que era “aquí y ahora”, le pegué un par de cocachos a la pared, aunque enseguida me recosté y con la vista fija en ella volví a dormirme. Guardé el secreto para no ser el payaso del día, como sucede en estos casos, debido a la incredulidad y considerando que el tema se convirtió en algo muy especial, hice silencio absoluto. De manera que la cosa quedó así por algún tiempo, hasta que en oportunidad de realizar otro viaje al vallecito conversé con Crisanto acerca de aquella experiencia:

-Es un tapao sin duda, y que yo sepa a la luz esa que usted dice no la visto nadie antes. El único que puede cavá y sacálo sin que le haga daño es usted por eso le ha salío-

A varios años después del hecho, aún no he averiguado si es cierto. Saber con certeza si esa luz realmente provenía de un tesoro enterrado, es aún una duda pendiente.

Hubo una vez una laguna

La Laguna de La Cabeza de Buey, era un hermoso lugar enmarcado por las verdes serranías del Valle de Cianca y donde años atrás, se alzaba un achaparrado pero frondoso monte habitado por corzuelas, chanchos, osos meleros y otras especies en su más puro estado salvaje. Eran animales que acudían en distintos momentos del día para abreviar en el espejo natural que tenía unas seis hectáreas en tiempo de seca y el doble cuando las lluvias inundaban los sectores cercanos a la sombra de la arboleda que hacía de entrada. Su origen era el agua del arroyo que bajaba del paraje El Estanque, y terminaba su recorrido al empozarse en una depresión natural que quedaba a una distancia de cien metros del camino. Al pasar en automóvil, se la divisaba a todo su largo, y cualquier persona podía llegar hasta sus orillas que se encontraban rodeadas de altos pajonales y gruesos yuchanes, algunos manchones de tipas, y frondosas talas que, al cargarse de frutos atraían a las pavas del monte, loros, todo tipo de palomas y otras aves. Era el lugar ideal para escuchar el canto de los pájaros que bajaban a tomar agua y comer. Con frecuencia se podían encontrar camadas de tortuguitas del monte a la vuelta de la madre, bandadas de cientos de sampaculito o biguá, y otras especies de patos silvestres; y aunque no había peces grandes abundaban las mojarras. Los fines de semana llegaban cazadores a buscar los patos que se amontonaban y anidaban en los alrededores del brazo de agua que alimentaba la laguna; sector estrecho y de difícil acceso para los visitantes que iban con intenciones de alterar la tranquilidad. Pero como los cazadores querían cobrar más piezas de las que podían cazar al vuelo en sus andanzas, se adentraban en botes mal armados con cámaras de camiones y tablas.

Se supo alguna vez que dos intrépidos muchachos entraron a los pajonales con escopeta y morral cerca del atardecer. Desde la línea de monte uno de ellos se atrevió a entrar navegando en la laguna sobre una precaria embarcación y ayudándose con un largo palo utilizado a modo de pértiga en su intento por alcanzar el pajonal de las nidadas. Cuando estuvo lo suficientemente cerca de los nidos comenzó a disparar, pero enseguida le sacudieron bruscamente la rústica embarcación. Tuvo que hacer unos osados malabares para no caer al agua, aunque en un santiamén se la destruyeron. Mientras tanto, su compañero de aventuras alcanzó a ver a la distancia la forma apresurada y alborotada en que salió a tierra firme y alarmado por su pedido de auxilio. El asunto es que se rumoreaba que ni el mismo afectado supo la forma en que logró salir y alcanzar un lugar seguro. Según dicen que dijeron los cazadores que, en aquellos duros momentos de incertidumbre y desesperación, el que iba en el bote alcanzó a ver el hocico de un enorme yacaré negro que lo quería para la cena. Nadie pudo dar una explicación acertada de la forma en que los yacarés llegaron a la laguna, pero desde entonces, sucedió que nadie volvió a cazar.

Hace algunos años el curso del arroyo fue desviado para ser ocupado en riego de las tierras que se cultivaban en las proximidades de sus nacientes. El espejo se fue achicando de a poco y un día, desapareció. Al poco tiempo, las estribaciones de la serranía que enmarcaba la depresión ocupada por el espejo de agua, fue desmontada. Luego pasaron la rastra y extendieron unos sembradíos de poroto. De aquella laguna de La Cabeza de Buey, solo nos queda el recuerdo. Hicieron desaparecer todo vestigio de asentamiento, aun habiendo sido uno de los ámbitos en que se encontraba un parador o puesto de finca, que servía desde mucho antes a que se estableciera el antiguo Camino Real que unía a Buenos Aires con Lima, seguramente por la seguridad que en la época tenían los viajeros y arrieros de que allí

tenían suficientes pastos y agua para la caballada y el ganado. Era un punto de mucha importancia y donde en 1812 tuvo lugar uno de los combates más significativos, librado y ganado por el Escuadrón de los “Decididos de la Patria”; integrada por jóvenes de entre 13 y 20 años en un resonado triunfo por parte de las tropas patriotas al mando del general Manuel Belgrano.

El Viborero

En la época de los años 50 y 60, el oficio de “Viborero” era una actividad medianamente lucrativa ejercida exitosamente por algunas personas poseedoras de particular talento y ciertas habilidades especiales. Además de practicar ciertos trucos de magia y de dominar un conjunto de artes que comenzaban por la locución y terminaban con el despliegue de precisas mañas para convencer a su ocasional auditorio a que comprase las baratijas y otros productos que ofrecían, aquellos viboreros de antaño, eran personajes de un carácter y sagacidad singular. Vestían de saco y corbata durante sus ruidosas demostraciones callejeras. Eran una rara y heterogénea mezcla de prestidigitador, hipnotizador, embaucador, nigromante, faramallero y comerciante, especializados en atraer a los transeúntes que pasaban por las cercanías.

En mi memoria aún aparece la figura del hombre más popular del gremio cuando visitaba el pueblo y aunque nunca supimos su verdadero nombre, simplemente lo llamábamos “don Solari”. Llegaba en el entonces famoso tren “Cinta de Plata” enfundado en un traje beige, brillante por tantas pasadas de plancha y descendía los escalones con una sonrisa amplia y sin dejar de lado unos gestos de circunspección. Las cajas, bolsos, valijas y otros bultos con que se trasladaban don Solari y señora, las cargaba alguno de los changarines hasta el añoso Hotel Plaza. En tanto equipaje transportaban sus efectos personales y su negocio, que incluía las jaulas de los animales con que armaban el espectáculo en la Plazoleta Ferroviaria a dos pasos del andén de la estación. Don Solari y señora tenían la costumbre de almorzar y cenar en el “Copetín al Paso Álvarez”, que don Jesús con una inseparable boina, atendía junto a su esposa, doña Carmen; a quién recuerdo con su delantal y una amplia sonrisa dirigiendo y correteando de la cocina al salón.

Los chicos de la cuadra y los del vecindario nos amontonábamos cuando escuchábamos sonar su voz socarrona y de aguardiente barato igual que un altoparlante anunciando:

-¡En un rato voy a sacar la víbora que tengo en la valija!-

Sobre la mesita colocaba una vieja valija de cuero. Mientras tanto nos entretenía con las piruetas del mono Panchito y a la par que promocionaba alguna baratija para la venta haciendo alarde de las bondades de lo ofrecido. Utilizaba sus famosas frases:

-¡Al que compre dos frascos de este maravilloso champú. ¡Saben que!..., al que compre dos frascos de champú le voy a regalar..., ¡si escucharon bien!, le voy a regalar este hermoso peine. Imprescindible en cualquier momento, para la cartera de la dama o el bolsillo del caballero!-, y también:

-Vean esta hermosa gorra de baño. Toquen, toquen, para que vean el material. Calidad insuperable, necesaria en todos los baños. ¡Y saben que! ..., al que compre una gorra le voy a regalar..., ¡si escucharon bien!, le voy a regalar este práctico cepillito para uñas!-

Acto seguido tomaba una moneda y ejecutando hábiles y rapidísimos movimientos de manos en pases de magia la hacía desaparecer; y la recuperaba chasqueando los dedos cerca de la oreja de alguien. De a ratos introducía la mano en un bolso y sacaba un puñado de caramelos que arrojaba al aire al grito de “manchancho”, con los que se armaban unos tremendos remolinos de pisotones y codazos. Cada animalito participaba de un número con acciones de destreza y pruebas, y acostumbraba a premiarlos colocándole un dulce en el hocico o el pico, fuese mono o loro, a lo que respondían con más piruetas y alboroto. Pero el momento culmine acontecía cuando don Solari levantaba lentamente la tapa de la valija mientras anunciaba:

-¡Ahora viene la Marta Julia, si señor!-, tal era el nombre de la víbora. Entonces deslizaba sus manos en el interior, y creando clima de suspenso hacía que el público se apeñuscara otro poquito. Hasta que de pronto..., ¡por fin, la Marta Julia!. Una vez afuera de la valija la hacía

desplazar por entre sus brazos, se la colgaba del cuello y la besaba con ternura, luego y con cuidado la posaba en el suelo y le decía:

-¡Marta Julia, usted se queda quieta ahí!-

Cuál era o donde estaba el truco, nunca lo descubrimos, pero la Marta Julia, ahí permanecía. A veces pedía un voluntario y le colocaba la lampalagua como si fuese un collar diciéndole en tono tranquilizador:

-Ayudante, si usted no se mueve, la Marta Julia no le va a hacer nada-, y lo dejaba parado a un costado del improvisado escenario para continuar entreteniendo a la platea. Otro animalito era un loro viejo, bautizado Pedrito, al que le había enseñado algunas tretas, aunque resultaba todo un éxito cuando lo posaba en su hombro para cantar a dúo, en perfecta armonía y cronometrados al segundo, los acordes de la “Marcha Peronista”. Entonces el loro Pedrito resultaba más aplaudido que cualquier cantante moderno y don Solari quedaba como el maestro de los maestros. Su permanencia en el pueblo estaba relacionada al éxito que alcanzaba con sus diarias presentaciones. Los que regularmente asistíamos a escucharlo parlotear, un mes de marzo nos extrañamos de no verlo llegar. Pasaron los meses y los trenes, pero “el viborero” no llegó. No llegó en el transcurso de aquel año, ni tampoco en los años que siguieron. Algunos años más tarde comentaron en el pueblo que don Solari padecía una seria enfermedad que le impedía salir de gira como lo había hecho durante toda la vida y reposaba en su casa de Tucumán. Por boca de un vecino se supo que nunca volvería. Que el mono Panchito amaneció un día parando la cola por tantos abriles que cargaba sobre sus espaldas, el loro Pedrito, a pesar de que era peronista terminó su plumífera existencia almorzado por un gato hambriento, y que la fina y larga Marta Julia acabó sus días metida en un frasco de alcohol en el estante de un museo.

La imagen de “don Solari el Viborero” quedó guardada en la memoria de quienes disfrutamos muchas jornadas con su sana charlatanería.

Quien quiera creer que crea

Después de que cenáramos al más clásico estilo campero, haciendo la sobremesa y a poco de acodarnos con un generoso vaso de vino tinto, Olegario Cisnero, un casi ermitaño de la Sierra del Gallo, aflojó la lengua y comenzó a desembuchar lo que le había sucedido, “hace poquito que hará” según su propio decir, en el placentero transcurso de la madrugada con que culminaba una noche de inusual ajetreo. Olegario Cisnero, como hombre de extenso y regular trajín por los muchos senderos y huellas que atraviesan los montes y serranías aledañas a los Peñones Colorados, era una persona huraña y de pocas pulgas, y no le gustaba que lo interrumpieran mientras hacía uso de la palabra; menos aún que alguien del momentáneo auditorio dudase de lo que estaba contando y le hiciese una aclaración. Un fiero recuerdo aún latía en su sesera, y era evidente que la cuestión no le resultaba fácil de expresar. Cuando estuvo dispuesto comenzó a hacerlo con una serie de esquives y volteretas previas, dando lugar a pensar que era un tipo perspicaz para crear el ámbito propicio en su intento por magnificar el impacto que podía lograr de acuerdo con la perspectiva de su relato. En aquella ocasión, una vez que estuvo preparado dio paso a revelar uno de sus secretos:

-De no creé vea, de no creé. Que si yo mesmito no lo hubiera visto, no lo creyo a denguno. Porque po'aquí más dí'uno sabe decí que's cierto, que cuando se anda de pa'quí y pa'yá, cualquierita lo puede topá n'el monte a cualesquiera hora; y mejor si dí'noche. Pero todo puro bla bla y bla bla nomá, no son de fiále. Pero yo si, yo los vu'á contá lo justo y la verdá. Ansí que si lo toca andá más rato de noche por la senda, fijensén bien y no se vayan queré bajá del cabayo ni p'oriná, ansí s'estén orinando. Ansí de tanto'es.

Y si saben cargá un medayita o crucefijo, andelón teniendo a mano pa'tenélo cerca. Porquí'uno no conoce lo que lo va tocá en su propio destino de cad'uno, po'eso hay que tené precaución y andá con cuidao-, y así continuó perorando por espacio de otros veinte minutos, hasta que Cándido, uno de los paisanos que nos acompañaba, sacudiendo la modorra que baja luego de llenar la panza y con unos vasos de vino encima, a lo que se sumaba el soporífero discurso del protagonista, con cautela y aguardando a que hiciera una pausa movió una mano y le llamó la atención:

-¡Che Olegario, disculpamélo la cuchariada, pero porque no contá dí'una sola vez lo que ti'a pasao pué. Ya'stás haciendo demás largo el entripao pa'que sea chorizo!-

Olegario se molestó y golpeó la mesa en el instante en que se incorporó a responderle:

-¡Mire vea amigo, mavé si me deja hablá con tranquilidad pa'contále lo acontecimiento. Capá qui a'usté no lo'stá interesando, 'tonce metaló otro vaso y tengasé áhi quietito y mudo nomá!-, volvió a acomodarse en la silla y continuó:

-La cosa ha'sío po'l susto que mi'dao l'otra noche cuando m'ido pa'la casa. Yo venía güelviendo di'ayá di'arriba el puesto, y 'taba cerráo la noche 'taba. Despacio nomá vénia porque garbeaba despacito pero tupido, y 'taba temedor de que se me lo refale el cabayo n'el despeñadero en la costa el río. Áhi 'tába puro barro nomá, despué en la cuesta'rriba sí'anda bien. Yo ya me lo vénia maliceando algo, po'quí' cuando apena i'cruzao l'arroyo me'a cantao un urraca. Y ya cuando i'tomao po'lotra costa, poco más arriba 'taba norteando-, sin detenerme a pensar lo corté:

-¡¿Que estaban qué?!-, le pregunté. Enojado volvió a ponerse de pie e hizo la aclaración:

-¡Que vénia'norteando. Que'l viento vénia'norteando. Que córria viento dil'Norte pué. Que no sabi lo que's!-, rezongó,

-Ah bueno sí, pero entonces, era que estaba soplando viento Norte-, le apunté. Olegario no podía con su mal genio. Ruidosamente rejunto un gargajo, y en un completo silencio lo escupió lejos, y me advirtió:

-¿Usté mocito, me va dejá hablá pa'contálo?...-, o de no!

Al verlo así me limité a cruzar el dedo índice sobre mis labios y a acomodarme en el asiento. Retomó el hilo y siguió:

-Po'eso lo digo que ya lo maliciaba apena empezao a nortia. Y antesito di'yegá pa'la casa 'taban caendo hojas di'lo árbole. Lo caschi que vénian dilante de mi, 'taban mudito y no lagraban. Óscuro demá vea, y cuantito mi desmontao lí'escucháo que han empezao a yorisqueá. ¡Aaaahhhh carajo, juira perro cagón!, lí'dicho, y se han cayao. Se han echao y 'tonce i'dentrao pa'la cocina pa'sacá lo jójoro y priendé el mecherito e'la galería. Cuando i'salío pa'juera, mí'dagüeltáo y ahicito 'taba...-, hizo una pausa para persignarse antes de continuar:

-No me van a queré creyé lo que mí'á pasáo-, hizo otra pausa que respondía a un impulso reflejo en cámara lenta para empinar el codo y ayudarse con la carraspera que lo estaba atacando. Gustoso paladeó el vino y volvió a lo suyo:

-¡M'estaba esperando el coludo, qui'mierda!-, dijo resollando y con la cara que pasaba de una mueca a otra, achicando los ojos por el recuerdo del susto y desencajándolos por el enojo. Algunos de los presentes no entendimos a lo que se refería, y por suerte, Cándido habló para sacarnos la duda:

-Che Olegario, ¿quién decí que te'speraba?-,

Olegario Cisneros se reclinó en su casi deshecha silla y frunció el ceño al ver su expresión, lo que pareció darle más ímpetu aún:

-¡El coludo lo digo pué. El mismo diablo, carajo! Los caschi se me lo'an pegáo a la pierna más asustao qui'yo. ¡Ah miesca que'bia sio fiero el coso ése. Si mí'agarráo tiembladera cuando dicho que me quería yeváme. ¡Ay Virgencita mía, Mamita Santa y Tatita Dio!- ¡gritáo. Y agregó:

-Diga qui'yo lo yevo siempre l'escapulario que mi'a dao la finada mi mujer, ¿lo ve? Lo'i sacáo pa'mostraseló y mi'puesto a rezá cerrando l'ojo. Decuando lo'i abierto, el coludo ya no'staba, se'bia ido y mi ha dejáo. Áhi nomá i'agarrao y mi'güelto pa'lo del compagre. Pero mi' julepiao demá fiero vea!-

Más de uno quedó desorientado y tratando de procesar lo que había escuchado, aunque también repasé cada pasaje de su historia mientras la charla se había encaminado para el lado de los bueyes perdidos. Olegario, solita su alma, se vació una botella más. Cerca de la medianoche se palmeó la barriga un par de veces, saludó:

-'Ta mañana 'tará siendo-, montó su caballo y se alejó despacio.

Su relato sin fisuras no daba pie a que se lo considerase un embustero. La cuestión era simple pero no me dejó convencido, y para tantear si Olegario Cisnero había contado algo que en realidad se trataba de un suceso de su imaginación o solo había repetido un hecho de su fantasía, en el transcurso de la mañana siguiente me acerqué a lo de Crisanto Castillo para preguntarle que había sucedido, pues hasta ese momento creí que era la alucinación producto de una espectacular borrachera. Para sorpresa mía Crisanto dijo que lo de la aparición del diablo era cierto, y que él como conocedor y hacedor de ciertas mañas y trabajos de curandero, no se animaba a ventilar algunas cosas. Dijo que, a la mañana siguiente, bien temprano, anoticiado por el mismo Olegario de la mencionada aparición, dijo que se marchó en soledad al lugar, según indican ciertos principios a los oficiantes del tema, y antes de desmontar al llegar al rancho, ya iba esparciendo agua bendita a su paso. A un costado del sendero y contra la peña del cerro, en una charca de agua de lluvia, halló las huellas descomunales e inconfundibles de aquella indeseable presencia, saliendo de una cañadita y se dirigió derecho a la casa.

Crisanto contó que, para "sanar" la morada de Olegario tuvo que hacer un trabajo que le llevó tres días "por demás cochinos". Que

comenzó rezando a la vuelta de la charca y terminó bordeando la alambrada de la quinta, dejando en el suelo varias cruces hechas con piedras. Que llevó cuatro velas blancas y dos botellas de agua bendita, una imagen de la Virgen, y un frasco con un menjunje preparado para la ocasión; que contenía algunas especias y yuyos, insectos, partes de animales y otros ingredientes, entre otras cosas que le eran imprescindibles para limpiar el lugar. Por último, Crisanto, bajo juramento me aseguró que todo lo que había dicho Olegario Cisnero, era verdad. Ahí quedó la cosa y no averigüé nada más. Cambio y fuera.

Quien quiera creer, que crea.

El Pituco

La vistosa cabaña construida con costaneras descartadas en el aserradero había sido emplazada en un espolón rocoso al que las aguas del río golpeaban con furia, aunque poco más abajo se aplacaba formando un amplio y profundo pozo cristalino, que luego de recorrer un pronunciado y estrecho meandro salía retomando la misma fuerza con la que entraban. Además, se sumaban las de un arroyo menor a poco de caer en salto de una altura de unos quince metros en un punto donde su constante discurrir había socavado una garganta en la roca viva. Conocí el lugar en el transcurso de un invierno y en días en que la ausencia de lluvias permitía transitar sin dificultades la sinuosa traza que cortaba los cerros y atravesaba en tres puntos del trayecto, un profundo arroyo de aguas alborotadas que discurría enmarcado por coposos cedros y nogales. Invierno frío, por cierto, del que sentí aún más el rigor cuando con uno de mis primos salimos al abra de El Cucho a casi dos mil metros de altitud y nos sorprendió una neviza tupida que blanqueaba por encima de la fronda y el pastizal. Paisaje que, según supe después, no era común todos los años.

Media hora más tarde llegamos a la cabaña del Huaico Hondo donde vivía un hombre mayor, más bien un anciano que se presentó como “el Pituco Ismael Soriano”. Pero a decir verdad y haciendo honor a su apelativo, aunque pasaba su existencia en la soledad de aquella serranía montosa, se notaba cierto esmero por mantener algún cuidado en el aspecto de su persona a pesar de una evidente falta de higiene en su ropa. Lucía bien afeitado, olía a perfume barato y tenía el cabello teñido de un color negro azabache y endurecido por el exceso de gomina que lo hacía resaltar como el casco de un motociclista de los años 50.

Hacia la parte de menor pendiente del espolón y bordeando la pronunciada barranca, había una espesa arboleda natural, enfrente de la que se erguían unos cuantos árboles de frutales. Del otro lado de la huella por la que se accedía, permanecía en pie una antigua construcción que no pasaba de ser una simple techumbre de calamina levantada con rústicos cabríos montados sobre pilotes de palos labrados. En aquél entonces, funcionaba todavía una enorme sierra con la que se hacían los primeros cortes a los troncos, para poder bajarlos en camiones vigueros. La huella por la que entramos se interrumpía justo al borde de la correntada y en la margen contraria estaba el primer repecho del cerro, donde se formaba un embudo que terminaba por encajonarla en un angosto desfiladero al que las lluvias y los derrumbes que provocaban, se habían encargado de taponar por completo. El asunto era que en vehículo se podía llegar hasta la cabaña, casi una posta para los pocos cristianos que habitaban la zona y para los obrajeros que se establecían temporalmente en turnos de trabajo, y los que de uno y otro lado de los cerros transitaban por necesidad. Pero, durante los meses en que las nubes daban rienda suelta a las lluvias, se interrumpía la pasada de vehículos, y la única alternativa de entrar y salir era haciéndolo por los caminos de herradura que, además, se entrecruzaban en el Huaico Hondo y enfrente de la cabaña en que envejecía el Pituco, que repetía:

-Siempre se yega p'al Guaic'ondo de donde vosotros quierais que sea que vengan de cualquiera procedencia-

El Pituco Ismael Soriano tenía para contar más historias que Marco Polo y lo hizo durante los tres días en que estuvimos dando vueltas por los alrededores y las dos noches que pernoctamos cerca del abra. Lo curioso de este hombre era que se expresaba mezclando algunos términos de castellano antiguo con palabras de acentuado regionalismo y por ahí, hasta yapaba algún barbarismo, resultando entretenido y gracioso escucharlo; pues en cuanto decía algo había que

desmenuzar la frase para entender lo que en realidad había querido expresar y después, pensar y armar la respuesta adecuada. La más interesante de sus vivencias se refería a una de las huellas que permanecía obstruida por la espesura y era tan empinada que no la utilizaban ni las vacas, pues ascendía por otros mil metros hasta el sitio en que un explorador español; de quién se le pegó al padre del Pituco, el hablar en castellano antiguo y que luego se lo pasó a él, descubrió en el siglo pasado unos estratos ricos en mineral de cobre entre los que se alternaban unas venas de cuarzo aurífero.

Según contó el Pituco, su padre conoció al español, cuando pasó por allí haciendo un extenso itinerario recolectando muestras y espantando a todos los animales salvajes y a los lugareños a puro tiro de dinamita en su plan por hacer unos socavones siguiendo la inclinación de los estratos que eran de su interés. Que el tipo era un veterano de guerra experto en explosivos, fugado de un campo de concentración y entrado ilegalmente al país, que había llegado escondido en un barco que atracó en el puerto de Santa Fe para cargar trigo. De allí, al poco tiempo se vino al norte atraído por las posibilidades de incursionar en la minería y meses después, regresó con una pala mecánica montada sobre orugas, un aparatoso y robusto molino con cinta transportadora, una caldera a leña para generar energía y demás adminículos con que comenzó la explotación de minerales. Aunque el destino le jugó una mala pasada o quizás, en su apuro por triturar pedregullo de cuarzo, él le jugó la mala pasada a su destino por exceder la cantidad de dinamita que detonó en una sola carga. La explosión que provocara fue de tanta magnitud que causó el derrumbe de la cumbrera del cerro en que estaba con sus hombres. El deslizamiento de la descomunal masa rocosa arrasó con todos los árboles y máquinas que habían dejado en una estrecha mesada. Algunos de los mineros que lo acompañaron en la ocasión, eran bolivianos con experiencia en el tema, y al verlo aparecer con los cartuchos calcularon el reventón y salvaron el pellejo al correr a ocultarse en una profunda cañada transversal. El español o lo que pudo

haber quedado de él y su espíritu de osadía se encuentran sepultados en el socavón sellado por el alud.

Dos oscuros huecos en la peña y parte del mecanismo de la oruga de tracción quedaron como testimonio de aquella historia en el fondo de la quebrada. Aunque, una pequeña parte de ella se mantiene guardada debajo de la cama que fuera del Pituco Ismael Soriano, en tres cajones cerrados aún repletos de cartuchos de dinamita.

El Fantasma de la Esquina

A mi amigo y primo José de Guardia de Ponté

Una fría tarde de fines del mes de junio de 1985, Robustiano Campos recibió la invitación de un amigo para que lo acompañase a pasar unos días en una finca ubicada en la serranía de Santa Bárbara. Habían contratado sus topadoras para que abriese caminos y desmontase unos potreros que totalizaban casi doscientas hectáreas. Así fue que la siguiente madrugada los sorprendió viajando y cuando el día estaba queriendo clarear, se internaron por una polvorienta huella. A poco de andar, desviaron el rumbo por otra más polvorienta y estrecha hasta desembocar en unas lomadas por las que discurría un arroyo de aguas transparentes. Los maquinistas llevaban trabajando casi dos meses y residían en un campamento consistente en una casilla rodante con dos camas cuchetas y otras comodidades, un acoplado tanque con agua potable y un mesón con bancas de troncos debajo de una frondosa arboleda. A causa de unas lluvias fuera de estación habían suspendido el desmonte en una ladera de considerable pendiente, debido a que el barro provocaba que las máquinas se resbalasen con peligro de caer al vacío. Como debían aguardar a que los lodazales se oreasen, las trasladaron a otro cerro para abrir una huella, donde las enormes palas se hundían picando la tierra con brutales mordiscos, mientras Robustiano, sentado en una lomada lindera observaba intentando conocer el sector del que provendría el arroyo. Esa noche luego de la cena uno de los muchachos comentó que el domingo anterior había caminado en repecho por el cauce y terminó internándose en una hondonada colmada de helechos entrelazados de una barranca a otra, no permitiendo que se filtrasen los rayos de sol. También mencionó haber divisado un rancho a considerable distancia, pero por lo avanzado de la hora dijo que no se animó a llegar.

Robustiano Campos salió al día siguiente cargando un morral con algo de comida y dispuesto a caminar. Siguió el arroyo por espacio de tres horas y comprobó que era cierto lo de la hondonada en que los helechos superaban la altura de un hombre de a caballo. Trepó a cuatro pies por la pared de la barranca y salió al alto, anduvo durante buen trecho sorteando la arboleda hasta que su espíritu aventurero encontró lo que buscaba: la pequeña construcción ubicada en un estratégico promontorio rocoso y contiguo al corte del cerro. Había sido levantado con adobes revocados y tenía un techo que apenas superaba la altura de su mano extendida. Contaba con una puerta y dos ventanas pequeñas y una galería de troncos labrados en el frente. En la parte trasera estaba el horno de barro y un montón de leña apilada. Hacia la izquierda, un sendero ascendía por corto trecho y se perdía en las irregularidades del terreno, mientras del otro lado y a poca distancia las aguas de un arroyito desgastaban un espolón de roca pura y se confundían con otras en un solo chorro que bajaba serpenteando entre las piedras.

Robustiano presionó las hojas de ambas ventanas y se dio cuenta de que estaban trabadas por dentro, como lapidadas. Eran sólidas al igual que la puerta, que además se encontraba afianzada con un portentoso candado de hierro forjado y ensartado en un rústico accesorio del mismo metal. El espacio debajo del alero estaba ocupado por una mesa hechiza sobre la que permanecían invertidas tres banquetas de igual manufactura; y el suelo mostraba la apariencia de haber sido barrido y regado poco antes de su llegada. Quedó de pie curioseando los alrededores hasta que en determinado momento percibió que los pájaros habían dejado de trinar. La quietud y el silencio lo apabullaron en los minutos que su mirada recorrió la serranía del fondo cubierta por una espesa arboleda salpicando los paredones amarillentos y rojizos que afloraban sobre la línea de corona. El repentino saludo lo sorprendió y despabiló:

-Ave María Purísima-, como antaño se acostumbraba,

-Sin pecado concebida-, respondió instintivamente y giró sobre sus talones para encontrarse con un hombre de mediana edad y rostro oscuro y curtido. Con inocultables muestras de cansancio, el recién llegado descolgó dos pares de gastadas alforjas de cuero de los hombros y las colocó en la horizontal de un caballete de palos que crujió bajo su peso. Quitándose el sombrero se acercó a estrecharle la mano:

-Buenas doncito..., Gaspar Aballay soy-, dijo sin titubear y el visitante casi sobrepuso sus palabras al responder:

-Robustiano Campos señor y el gusto es mío-, dijo inclinándose apenas. El criollo se apuró a bajar dos taburetes y Robustiano hizo lo propio con el restante. Disculpándose, Gaspar agitó un trozo de lienzo para limpiar la espesa capa de polvo de la tapa, después abrió el enorme candado y entró al rancho. Un par de minutos duró el ruido de los utensilios de cocina precediendo la llegada del mate, una bombilla de plata, un tarro de yerba y la pava. Enseguida apareció con un brasero de hierro colmado de carbón, raspó un fósforo de cera y encendió la negra parva. Casi nada dijeron. Cuando el agua estuvo a punto, Gaspar Aballay cebó el primero, lo vació con una enérgica sorbida y lanzó de costado un pesado escupitajo que se deshizo contra el suelo como una gota gigante de lluvia. Entonces comenzaron un mano a mano con el mate y la charla y no tardaron en dejar de lado las formalidades. En pocos minutos la conversación pasó a ser casi un interrogatorio de Robustiano, al que Gaspar afrontó sin alteraciones con su pausada forma de arribeño y extendiendo las respuestas al relacionarlas con otros sucesos de su apartada existencia. Le contó que trabajaba como puestero en esa finca desde que era niño; época en que, si bien caminaba firme y seguro, mejor aún montaba como un avezado jinete. De a poco le fue narrando su vida y sin darse cuenta estuvo haciéndolo con la de su padre, don Serafín Aballay, al que había visto morir con el colete puesto y aprisionando el lazo entre sus manos cuando volvía de los cerros de San Juan de Dios arreando una recua de vacas. Por él supo que su abuelo,

don Candelario Aballay, atravesando el Cerro de la Sachapera y mientras cabalgaba por el Sendero Flaco, en una noche de llovizna se desbarrancó con su caballo en una rodada que terminó por quebrarle el espinazo. El viejo quedó sucho y estropeado esperando en su catre la madrugada final. Supo además que su bisabuelo, el renombrado Saturnino Aballay, había sido el montador más atrevido hacia cualquier punto cardinal que se apuntase. Jinete capaz de hacer las piruetas más peligrosas e impensadas que cualquier cristiano pudiese imaginar que un criollo en su sano juicio podría hacer. Dijo que el cabo de asta de taruca del puñal tenía cuatro marcas por igual número de despenados con los que se había batido a duelo. Pero su suerte de atrevido y bravucón lo acompañó hasta la tarde en que desmontó en “la Posta del Cachilo” con intenciones de embucharse nada más que dos copitas de ginebra, y que una vez acodado en el mostrador terminaron siendo dos porrones de la fuerte. Al salir de la fonda, un puñal traicionero le encontró el costado desprotegido y se hundió entre sus carnes perforándole un pulmón. Soportando el dolor cabalgó hasta la tranquera de su rancho y se desplomó desangrado a la sombra del Sombra íToro que todavía se alzaba enhiesto y con la copa frondosa como entonces.

Robustiano supo también que don Raimundo Aballay, el tatarabuelo, era quién les había heredado su estrella. Un criollo que había dejado sus huesos subiendo y bajando vacas de los cerros circundantes y que terminó su vida en un confuso episodio con otro arriero que marchaba rumbo al puesto de Las Víboras. Gaspar le contó también que todos los Aballay habían compartido su vida con mujeres traídas de otros lugares, de los más lejanos que cada uno pudo hacerlo para tratar de evitar, aunque fuese en parte, la desgracia que los tocaba; pero que no hubo caso, no pudieron o no supieron encontrar el modo de esquivarla, pues la concubina de cada uno de los Aballay concibió un solo hijo varón. Gaspar lo dijo con pesadumbre y recitando frases armadas con palabras precisas de su escaso vocabulario, aunque suficientes como para no dejar dudas de la apretura que lo afectaba. Le dijo también que, a

diferencia de sus legadores, prefirió quedarse en soledad para ver la manera de terminar con su existencia y el apellido que cargaba y sobre el que pesaba una oscura maldición.

La desgracia de los Aballay de Esquina de Quisto, la de los Aballay de la Serranía de San Luis en el “Cresta del Gallo” se había originado ante la decisión errónea de un antepasado que, con mucha sed por andar en el monte bajo el sol, marchó al paraje La Cañada y la apagó embuchándose unos cuantos vinos. Envalentonado y queriendo cortar camino en su apurado regreso, enfiló para el rancho internándose por el recodo prohibido de La Salamanca en la más completa oscuridad, sin llegar siquiera a distinguirse las manos. Camilo Aballay aflojó las riendas de su animal y le confió su existencia, y despreocupado dormitó tranquilo hasta que el animal se detuvo y resolló varias veces sin espantarse. Camilo se esforzó en abrir los ojos y vio una luz púrpura que le impidió continuar o recular, pero alcanzó a divisar la inconfundible imagen con cornamenta que aventaba su capa, por debajo de la cual sobresalía la cola en punta de flecha. La bestia lo abordó de inmediato con un ofrecimiento que en sus oídos sonó increíble. A pesar de estar despierto, Camilo permaneció como hipnotizado y fue convencido para que empeñase su alma y la de su descendencia a cambio de algo que jamás conseguirían durante el transcurso de todas sus vidas trabajando de puesteros.

La segunda pava anticipó la prolongación de la charla, en tanto el sol de la tarde caía cejando su recorrido y la voz de Gaspar Aballay sonaba reflejando la crudeza de los resabios sedimentados en capas amargas que colmaban su tolerancia cuando le dijo a Robustiano que, siempre había vivido en soledad y nada más que por seis meses había sentido la alegría de tener una mujer a su lado viéndole engrosar la cintura con los cambios de luna. Le dijo que quizás había cometido el error de revelar el secreto que le venía de sus ancestros, pues al día siguiente lo abandonó, llevándose su preñez por todo equipaje. Gaspar,

con inocultable dolor le confesó que aquél lejano predecesor terminó pactando con el diablo poco antes del amanecer; aquél corajudo Aballay que tomara un atajo en el recodo del camino, entró al rancho entorpecido por la borrachera y el susto, babeándose y tartamudeando, queriendo excusarse con su mujer que se hamacaba en un rincón canturreando y alimentando al hijo de ambos. Como si nadie más hubiese, la mujer le siguió dando la teta. Camilo se sentó en el camastro y a duras penas se acomodó para dormir lo que restaba del día y toda la noche hasta el siguiente mediodía. Sobresaltado abrió los ojos soportando aún la rebeldía de la resaca y se dirigió al arroyo para aliviarse y aclarar la mente en la fresca correntada. Se cambió de camisa y apuró un plato de guiso humeante, ensilló su caballo y se marchó pensando en aquella fiera imagen a la que suponía de fantasía, a la que creía haber soñado. Aquella fiera imagen de la que, con todas sus fuerzas, ansiaba que solo hubiese sido la parte fea de una pesadilla, no pudo resultarle más real al momento en que retiró las cuatro alforjas rechonchas de monedas de oro de un hueco de la peña. Cayó de culo, atontado y con la mirada extraviada, y recién se convenció de que no era el resultado de un delirio provocado por el alcohol ni un sueño, y que, en realidad, dos noches antes había cometido un tremendo error. Camilo Aballay conmovido y arrepentido hasta la médula, guardó el botín y regresó con su familia para contarle a su mujer lo sucedido. El joven Camilo murió poco tiempo después de aquel episodio devastador, duró menos de un año; pues durante los últimos meses agonizó sin consuelo a causa de los zarpazos que le diera un tigre que lo aguardaba enarbolado y al que Camilo había herido a balazos en dos de las muchas oportunidades en que se cruzaron. El tigre y Camilo eran enemigos del monte y al final ganó el tigre. Muerte trágica la suya y sin que pudiese disfrutar de una sola moneda, al igual que quienes lo sucedieron. Fue el primero de la dinastía Aballay en ser enterrado en la planicie contigua al rancho, a la que se accedía trasponiendo unas lometas que se alzaban por detrás del horno de barro. Así fue que, con la despedida del Aballay

de cada generación, el descampado se transformó en un cementerio por él inaugurado y con el paso del tiempo, las tumbas de doce hombres de su misma sangre quedaron dispuestas en tres líneas.

Gaspar comenzó a desviar la conversación hacia donde necesitaba, al terreno de su conveniencia. Lo hizo cuando adivinó el borbotamiento en las entrañas de Robustiano Campos y guiándose por la forma en que se le iluminaba el rostro cada vez que le mencionaba las alforjas llenas de monedas, o las dos por separado. Gaspar Aballay terminó de tentarlo al señalarlas con un gesto de su cabeza y diciendo que podría llevárselas a cambio de un pequeño favor. Un pequeño favor consistente en algo sencillo que debía hacer en solitario y mientras hubiese luz. Como al pasar también dijo que eso lo ayudaría a cortar de cuajo la maldición que arrastraban los Aballay desde hacía tantos años que nunca pudo saber cuántos eran con certeza. La codicia impulsó a que Robustiano aceptara sin titubeos aquella jugosa y seductora propuesta. Enseguida se incorporó presuroso y aferró la pala apoyada en un horcón, hizo unos pasos y volviendo la mirada, preguntó:

-Don Gaspar..., cuando llegue al cementerio, ¿qué tengo que hacer?-, sin percatarse del centelleo que en ese instante adquirían los ojos de aquél Aballay que se esforzaba por aguantar la agitación. El criollo respondió:

-Sencillo don. Pa'l fondo hay un nogal alto y áhi cerquita nomá, como yendosé pa'l bajo, 'tá la sepultura que tiene que cavá. Saqueló la calavera y metalá en la bolsa. Cuando se vaya, yevelá pa'enterrala al pie del altar d'esa capilla derrumbiada que'ra e'los cura Jesuita. Es la contrucción que'stá d'esta banda del río n'el cruce del camino, antesito de agarrá la güeya que lo trae pa'cá-

Robustiano Campos miró el cielo y calculó que aún quedaba una hora de claridad, ajustó el puño en el cabo de la pala, tomó una bolsa de arpillera y se alejó con pasos largos siguiendo el estrecho sendero que terminaba en el camposanto familiar. En cuanto llegó se aproximó al nogal y se arrodilló junto a una vieja cruz de madera con el nombre

grabado a cuchillo y comenzó a cavar con impaciencia; clavando y retirando la pala con ímpetu. Palanqueando y aflojando terrones y volviendo a clavarla para remover el endurecido interior de la tumba, hasta que saltaron unos restos de tela mezclados con trozos de costillas. Se detuvo conteniendo la respiración e intuyendo la ubicación del cráneo, y enseguida y casi con desesperación, aunque por miedo a dañarlo, escarbó lo que faltaba metiendo las manos en la podredumbre. Cuando sus dedos lo aferraron, cuidadosamente lo retiró y lo levantó con lentitud mientras su rostro dibujaba una sonrisa de satisfacción. Le quitó la tierra pegada repasándolo con la manga de su camisa y antes de envolverlo en la arpillera, le estampó un inoportuno beso en la frente. El barro de su transpiración y los sedimentos mezclados con las cenizas de aquella sepultura maldita recién profanada, le quedó adherido en los labios.

Caminando de regreso se detuvo en las líneas de tumbas y examinó la inscripción de las cruces. Había leído la de “Camilo”, se detuvo en la de “Serafín”, al lado “Saturnino” y pegadita nomás la de “Raimundo”. Continuó hasta la de “Candelario”, algo más alejadas, la de “Esteban” e “Hipólito” y prosiguió hasta que en la primera de las hileras pasó por frente a la de “Bustamante”, después la de “Carlino”, la de “Venerado”, la de “Ernestino” y por último: “Gaspar”,

-¡¿Gaspar?!- dijo en voz alta y quedó como congelado. Luego se aproximó a releer la inscripción. La frase era clara:

“Gaspar Aballay diciembre de 1933 – febrero de 1985”

Hizo una rápida cuenta y exclamó:

-¡Carajo, lleva muerto más de cuatro meses!-, al momento en que un frío metálico y finito, similar a la hoja de una navaja lo recorrió desde la planta de los pies hasta la mollera por el lecho de la espalda. Enseguida lo sofocó un repentino golpe de calor y cayó de rodillas gritando un prolongado “no” que desbordó la serranía.

Desafíos eran los de antes

Por los lejanos años 20, los modos de diversión de la muchachada eran muy distintos a los presentes, pues entonces no se disponía de los adelantos técnicos e informáticos de hoy para disfrutar las diferentes alternativas que se ofrecen, ni siquiera disponían del servicio de electricidad. Entonces se ocupaban de buscar la forma de gastar el tiempo libre en un pueblo que solo contaba con un par de cientos de casas desperdigadas a lo largo de las vías. Esa sí que era toda una tarea ya que la gente mayor mataba las horas organizando reuniones en las que se armaban encarnizadas partidas de naipes o tal vez simplemente charlaban de sus proyectos o bien del futuro de la zona. Pero la gente menuda tenía que ingeniárselas tratando de entretenerse sin transgredir las normas que les imponían.

Lo que sigue sucedió en la naciente General Güemes que entonces no pasaba de ser un triste caserío que rodeaba a la estación de trenes.

El Pepesito calzaba día y noche una gorra azul y se entretenía andando a la vuelta del corral en el que su papá mantenía la caballada encerrada y donde diario llegaba después de cumplir con sus obligaciones de la escuela en compañía de un peón que se encargaba de cuidarlo.

Donde hay un niño, enseguida y sin saber cómo, van apareciendo otros que al principio se muestran callados y tímidos, aunque con el correr de los minutos se sueltan a conversar y opinan o preguntan. Como el caso del hijo de un vecino que también tenía varios fletes. Una de esas tardes, el chango estaba sentado en un travesaño del corral y mirando como el Pepesito se sacudía en el lomo de un zaino que marchaba al trote y a cada ronda que concluía alababa el andar del animal. Luego de escuchar su comentario por tercera vez consecutiva, el que lo observaba no se pudo contener y al instante le mojó la oreja:

-El malacara mío es mejor que ése-,

Herido en su amor propio, la repuesta del Pepesito no se hizo esperar:

- Desde cuando el chuncho rengo ese anda más rápido-,
- ¡Desde siempre!, que jugamos que le gana-,
- ¡Meta! hagamos una carrera-,
- Te la hago. Pero mejor le enganchemos los carros-,
- Vení mañana a la tarde y la corremos-

Tal como habían quedado, al día siguiente cada uno apareció con su caballo arnesado y enganchado a las varas del carro para dar lugar al desafío no sin antes haberlo comentado con sus respectivos amigos. Se dirigieron a la línea de largada donde un petiso sin dientes subido a un tronco daría la señal de partida con un pañuelo amarillo. El circuito establecido era subir por la calle N° 5 hasta la plaza y tomar por el potrero del Naranjito para llegar a la acequia del Codito. Desde allí regresarían orillando el trazado de la vía hasta el punto de partida luego de haber completado un trayecto de casi mil quinientos metros.

Cayó el pañuelo señores y largaron parejo, pasaron bordeando la plaza ante la sorpresa de algunos mayores que en su caminata diaria vieron pasar a todo lo que daban a esos muchachos entusiasmados con la velocidad que alcanzaban sus vehículos. Corrieron casi a la par y sin darle descanso al látigo. Por el pajonal del triángulo las cosas siguieron igual, pero al alcanzar la huella que iba paralela a las vías unos perros trezados en furiosa y encarnizada pelea se les cruzaron haciendo espantar a los caballos. En brusca maniobra por esquivarlos sin perder su posición uno de los conductores produjo un roce entre los carruajes. Después vino una maraña de ruedas, un fuerte golpeteo resonando en el seno de una densa e impresionante polvareda de la que salieron despedidos algunos trozos de arneses y maderas. Primero cesaron los ruidos y luego se fue disipando la nube de polvo. Lo que quedó era para asustarse. Los seguidores de la carrera se mantuvieron en silencio hasta ver que los pilotos salieron caminando por su propio orgullo de tamaño

entrevero. El Pepesito apareció con las canillas chorreando sangre y quejándose por el revolcón en un cadillal, y a pesar de su estado no paraba de acomodarse la gorra. El otro chango que había quedado estaqueado sobre un matorral de churquis tenía unos cuantos raspones y no había sufrido mayores consecuencias. Los carruajes quedaron destrozados, uno clavado contra un robusto algarrobo y partido por el medio, el otro sin las ruedas y en posición invertida adentro de un zanjón. Los caballos asustados resoplaban y tiraban patadas entre relinchos y corcovos queriendo deshacerse de lo que quedaba de los arneses colgándole del cogote. Por cierto, con anterioridad a esta particular carrera ninguno de los caballos había sido utilizado para tiro. Una vez que les pasó el mal rato a los muchachos, tuvieron que aguantarse el embate de sus respectivos padres cuando se enteraron de lo acontecido, y por supuesto les dejaron en sus respectivos traseros, las huellas de unos azotes por dejar los carros fuera de servicio. Pero, sobre todo, como uno de los padres dijera a su hijo en ese momento de enojo:

-Los latigazos que te doy son por haber tratado a mi caballo como si fuese un animal-

Aun es una incógnita

Siempre fue un motivo de desvelo para ciertos habitantes de los pueblos cercanos que conocían la historia o creían conocerla, hasta el día en que un grupo de aventureros creyendo estar listos para llevar adelante tamaña empresa, entraron a buscar el tesoro que, según las versiones, permanecía oculto en alguno de los pasadizos. Esta historia lleva en su haber más de doscientos años y según dicen ocurrió en la finca conocida hoy con el nombre de La Cueva. Corrían los primeros meses del año 1942 cuando en la Sierra del Gallo, el joven Evaristo Robles escuchó de boca de su abuelo el relato del que pocos en su familia tenían conocimiento. Decía que el tesoro estaba compuesto por una gran cantidad de objetos de oro guardados en petacas y alforjas de cuero que habían sido transportadas por unos curas bajo la guía de indios extraños a esas tierras. El Evaristo, siendo mozo treintañero contaba que aun sabiendo la ubicación de la cueva nunca se había animado a ver si era verdad lo que le había comentado su antepasado. En esa zona el terreno es agreste y complicado de transitar, con pendientes cortadas a pique y largas quebradas estrechas recubiertas de vegetación espinuda, por entre la que se abren pocas sendas para llegar a las aguadas, y además un infierno de insectos y el peligro de los animales salvajes.

Por una parte, Evaristo no tenía tiempo de ponerse a pensar en algo que en su mente no veía con la claridad suficiente y por otra parte presentía que no era bueno andar hurgando entre las cosas antiguas, si es que realmente las había. Además, trabajaba todo el día, pues desde horas tempranas juntaba las vacas y sus terneros, atendía unas cuantas gallinas y las chanchas con crías, y se daba maña para sembrar una quintita con algunas verduras. El resto de su tiempo lo ocupaba en hacer

algunos trabajos en cuero, preparar quesos, embutidos y charqui. Trataba de no darse el espacio de tiempo disponible como para averiguarlo:

-Así lo decía mi tartagüelo y ansina se lu'han dicho a él-

Y según afirmaba, en ciertas ocasiones en que tuvo que pasar de noche por las cercanías de la cueva, pudo percibir un débil y pálido destello como si una vela alumbrase dentro de la oscura boca. Acceder a la entrada de la cueva es difícil, está enclavada en la peña de un cerro a treinta metros del fondo de la cañada y a unos cuarenta desde el filo del paredón que cae como desgajado a cuchillo. La cuestión es que un ocasional cazador trasnochado y alucinado por el vino bajo las estrellas titilantes escuchó la mentada historia de parte del Evaristo, que en esos momentos estaba ablandado por el alcohol y la soledad.

A partir de entonces los viajes de aquél cazador se trastocaron en otros para estudiar la forma de alcanzar la cueva a pesar de las advertencias que reiteradamente le hiciera el dueño de casa. En una de esas idas junto a sus ocasionales acompañantes, encararon decididos la forma de concretar el sueño que los movía y acamparon una tarde, cerca de la base del cerro con todo el equipo que deberían trasladar a la cumbre. Una plateada luna llena alumbraba con mezquindad el negro orificio y al calor de la fogata hicieron conjeturas y planearon la entrada. Luego conversaron sobre lo que cada uno imaginaba hasta que se retiraron a descansar, pero no pudieron dormir porque los animales estuvieron resollando inquietos y pateando el suelo durante el resto de la noche. La siguiente jornada se les pasó de largo mientras estuvieron ocupados en armar y asegurar los palos en que instalaron el aparejo colgado en vertical. Allí mismo dejaron el resto del equipo listo para el momento final e hicieron noche aguardando la claridad del día siguiente. Pero al igual que les sucediera en la anterior, aunque trataron de descansar no pudieron hacerlo, tuvieron que soportar durante horas

el castigo de un fuerte viento, y la madrugada los sorprendió cabeceando sentados y sin haber encendido fuego.

Atado con doble sogá el primero se largó barranca abajo manteniendo las piernas estiradas en ángulo para apartarse del áspero paredón y minutos después desapareció. Enseguida, el segundo repitió la operación y a partir de allí, solamente uno sabe lo que en verdad sucedió:

-Entramos caminando recelosos y alumbrándonos con las linternas. Nos fuimos internando de a poco y revisando el suelo, las paredes y el techo. Avanzamos un buen rato por el túnel y cuando giramos para mirar la entrada, ésta se veía como un punto luminoso. Después Esteban señaló una marca, era una flecha pintada con ocre amarillo indicando hacia abajo. Hicimos unos pasos más adelante el suelo se abre en una grieta de no más de un metro de ancho al lado de una pirca bajita. Esteban se agitó al decir:

-¡Aquí es!-, nos apresuramos en atar la escalera de cuerdas a una roca y la soltamos hacia la oscuridad del pozo. Enseguida se encordeló por la cintura con una sogá y yo aseguré el otro extremo. Lentamente el círculo de luz de su linterna se fue achicando hasta que en un momento sentí que la sogá quedaba suelta, había llegado al fondo y me lo hizo saber. Pasaron unos minutos en los que le pregunté un par de veces que es lo que se veía, pero no respondió. La cuerda se tensó nuevamente y cuando me pareció que estaba llegando arriba comenzó a gritar con desesperación. Repentinamente de la negrura vi aparecer su mano derecha para arrojar algo al lado de mi pie. Me incliné y quedé con la mitad del cuerpo adentro de la grieta, lo tomé por debajo de una axila y lo ayudé a salir. Cuando logré hacerlo salir de nuevo al túnel donde me encontraba, cayó pesadamente. Esteban llegó sin vida, en la espalda tenía clavado un estilete español-

El crucifijo que en su aflicción y apuro por salir del pozo arrojara Esteban a sus pies, lo mantuvo entre sus manos durante varios días. Con la mirada aún perdida nunca volvió a emitir palabra.

Acampando en el Museo

A la memoria de mi amigo y maestro Dr. Alberto Rex González

Siempre recuerdo la ocasión cuando siendo chico recorrí con mis padres durante toda la tarde el Parque San Martín de Salta y antes de finalizar el paseo entramos a visitar el Museo de Ciencias Naturales. Único en su tipo en la provincia por aquél entonces, donde la principal atracción era una niña cíclope exhibida dentro un enorme botellón de vidrio, nacida sin vida en un hospital algunos años antes. La singular construcción en que funcionaba el museo, mostraba por entonces un aspecto bastante descuidado; en realidad, lamentable. Sus paredes eran de un color indefinido debido a la falta de aseo y al tiempo que llevaban sin remozar y con una tonalidad de fondo que no permitía suponer cuál habría sido el color original. Si bien por su apariencia exterior se podía calificar de deplorable, el estado de su interior era casi igual o quizás peor, pues todos los cielorrasos y paredes estaban rajadas y descascaradas. Además, se veían incontables chorreras de agua de lluvia cargada de suciedad que, filtradas desde el techo, daban el aspecto de ser los mechones de una vieja peluca. Todo era grisáceo y apagado, y con aire opaco y mugroso; los vidrios de los escaparates estaban marcados por las huellas grasientas de miles de manos refregadas. Mirando al través llegué a intuir una congoja indefinible en la expresión de los monos y corzuelas, de las iguanas y lagartos y muchos otros animalitos con ojos entristecidos ocupando un ámbito artificial de frígido montaje. Lo observé también en las aves que se alzaban con sus finas patas pegadas a ramas secas, a la par de una inocultable resignación por el apolillamiento de sus plumas. Aquel día me retiré con tan mala impresión que necesité del paso de mucho tiempo antes de volver a sentir deseos de visitar otra muestra.

En años de juventud estudié Arqueología, y al avanzar en la carrera tuve oportunidad de hacer numerosos trabajos de campo acompañando a investigadores y científicos que llegaban de otras provincias y países en recorridas por distintos sitios del Noroeste. A mediados del año 1993 las autoridades provinciales me tentaron con la propuesta de asumir la dirección del Museo Arqueológico de Cachi en reemplazo de su recién fallecido director. Acepté sin pensarlo y viajé al pueblo contento y entusiasmado, aunque desconociendo que prevalecería el peso de lo político sobre lo académico. El mencionado asunto de mi nombramiento tuvo un desenlace previsible y en contados días entendí con claridad cuál era el terreno en que me encontraba parado. Por cierto, la situación era confusa, porque más que los antecedentes, primaba el haber sido nombrado por funcionarios del signo político gobernante y arribando de repente a manejar el establecimiento más representativo del pueblo. Un pueblo en el que se registraba un altísimo porcentaje de afiliados del partido opositor y de ninguna manera me significó beneficioso el ser apolítico y no estar afiliado. Los lugareños, de carácter arisco y tímido, recién comenzaron a aceptarme como el reemplazante del exfuncionario local a medida que vieron avances y cambios alcanzados en la institución a lo largo de tres meses de duro trabajo, mientras tanto, estuve solo como un perro callejero pintado a rayas.

El edificio del museo ocupaba la totalidad de la superficie de una pequeña manzana irregular, de modo que se encontraba aislado de otra construcción. A uno de los costados, callecita de por medio, se levantaban la Iglesia y una casa de familia, todas antiguas edificaciones contemporáneas de fines del siglo XVIII. El desaparecido director, había tramitado un fondo de dinero para terminar las obras que permitirían habilitar otro sector del edificio, con el aporte de una fundación para la compra de los materiales y la mano de obra por parte del municipio. El problema más urgente a resolver se había suscitado durante los meses de acefalía, pues alguien había dispuesto desalojar los predios

destinados al área de reserva y a distribuir las piezas en otras dependencias. Al ver las condiciones en que estaban depositadas, redacté varias cartas buscando dar con el corazón sensible de algún empresario que donase estanterías y otros elementos con que acondicionarlas. Un mes más tarde tres empresas respondieron y enviaron sus paquetes de encomiendas con gran parte de lo solicitado.

Entre los cientos de piezas de alfarería, piedra, metal y madera se guardaba una veintena de cajas con restos óseos humanos recuperados en las excavaciones de cementerios en distintos sitios, realizadas por investigadores invitados. De pronto me encontré con un montón de fémures, tibias, húmeros y otros huesos que manipulé con desagrado, pero igual dediqué varios días a reconocer, embolsar y rotular las piezas y a controlar el inventario con los números asignados. Una tarde en que buscaba el material rescatado en tumbas de un sitio del Período Temprano que había sido habitado en forma de pequeña aldea dos mil años atrás, supe que los mismos estaban en calidad de préstamo. Revisé el archivo de correspondencia y encontré que el Departamento de Antropología Física de la Universidad de Córdoba lo había requerido oportunamente para someterlo a estudios. Casi una década me pareció mucho tiempo y envié una carta de reclamo. Pasaron tres semanas y recibí la contestación junto a una copia de los estudios, además me informaban que la colección estaba acondicionada en cuatro bultos y sería enviada de regreso esa misma semana. Una corta frase de disculpas por el olvido y la demora concluyendo el mensaje y la firma del decano acompañada de su sello personal, cerraban la comunicación. Casi un mes más tarde se detuvo un camión a la puerta del museo y entre varios muchachos descargaron los mencionados bultos. Efectivamente eran cuatro cajones, pero cuatro cajones descomunales en los que entraron todos los muertos del poblado. Con ayuda de algunos comedidos y un ordenanza, los acomodamos en el Laboratorio y comprobamos que contenían los restos de treinta y siete

individuos. Volvimos a taparlos y los dejamos en un rincón hasta disponer del espacio para almacenarlos definitivamente. Lo curioso fue que, a partir de ese momento, la tranquilidad que solía imperar en las soleadas horas de la siesta tuvo marcados altibajos; al principio y sin ser supersticioso no les presté mayor importancia y tomé las extrañas situaciones como resultados de la casualidad, de olvidos transitorios y hasta de secuelas de las leyes de la Física; porque eran cuestiones que sucedían de vez en cuando. Pero la cosa cambió cuando además las percibió el personal de turno; y quizás ante la indiferencia demostrada, los hechos se repitieron a intervalos más cortos. Algunos objetos cambiaban de lugar y otros desaparecían, veíamos sombras fugaces y hasta algún destello provocando sobresaltos. Ocasionalmente escuchamos golpes y gemidos provenientes de los recovecos de las salas y de los patios, aunque, caprichosamente los percibíamos el personal de turno y yo, nunca sucedieron mientras había visitantes recorriendo el edificio. Con el personal hablamos varias veces del asunto cuidando no difundirlo más allá del ámbito de trabajo; y cada uno de ellos y por separado, me confirmó que con anterioridad jamás sucedió algo parecido. Para mayor estupor, los fenómenos cesaron un par de semanas más tarde y de la misma forma en que habían comenzado, de modo que toda cuestión de fenomenología, pasó al olvido.

En la mañana de un día cualquiera a fines del invierno y casi a mediados de mes, recibí la noticia de que no podría continuar ocupando la habitación en que me alojaba, y al no tener los recursos para mudarme a una pensión, decidí instalarme en mi lugar de trabajo. Forzosamente ocupé una de las dos amplias habitaciones a las que se accedía desde las oficinas. En la habitación contigua a ellas dispuse de un anafe, una mesa y algunas sillas para los momentos de descanso, y en la siguiente coloqué una gruesa cortina y armé un campamento consistente en una cama, un precario colgador de ropa y dos sillas sobre las que acomodé las fotos familiares y algunos libros de cabecera; y de

ahora para enseguida, tuve organizado mi nuevo estar. Desde la misma oficina y luego de sortear un oscuro y estrecho pasillo, hacia la mano derecha había un baño de cortesía identificado con un letrero escrito a mano. Justo enfrente, se ubicaba un cuarto atiborrado de cajas, paquetes, cajones y cajoncitos, que apenas permitían entornar la puerta. Nadie tenía idea cierta de lo que durante más de veinte años fue acumulando allí el exdirector, y como la bombilla no encendía y era imposible entrar, el interés por escarbar allí no me resultó inmediato.

La jornada comenzaba cuando el perezoso sol aún no se montaba para asomar por sobre la cumbre del Cerro Negro, entonces abría las puertas del museo y esperaba la llegada del personal para marcharme a desayunar, y las cerraba ya pasadas las siete mientras el astro rey desaparecía cejando su recorrido por detrás de la silueta del Cerro Nevado. Luego tomaba una ducha y me iba a cenar en un comedero cercano. Un hermoso y mortecino atardecer de verano, a media hora larga de haber cerrado el museo, al disponerme a cruzar el silencioso patio y dirigirme a la calle, detuve mi marcha pensando que la claridad agonizante jugaba una mala pasada o que quizás era el producto de una travesura de sombras y reflejos. Fijé la vista y caí en cuenta de que por los viejos y gastados baldosones de arcilla cocida de la galería con arcos que rodeaban el patio, una mujer caminaba apuntando directamente a las gruesas puertas de las salas. La vi hacia el extremo diagonalmente opuesto al que me encontraba, y pensando y dudando si sería cierto, cavilé unos segundos, pero de repente volví a verla recorriendo el último tramo por detrás de las macizas columnas. Convencido de la realidad del momento y creyendo que ingresaría, me apresure y con largos trancos intenté alcanzarla diciendo:

-¡Oiga señorita, el museo está cerrado ¿adónde va?!-

La llamativa figura no se dio vuelta y ni siquiera atenuó la velocidad. La tuve a seis o siete metros de distancia, y aunque en penumbras, alcancé a ver que se desmaterializaba contra las robustas

hojas. Quedé boquiabierto y detuve en seco mis pasos sin entender lo que sucedía, y alcancé a encender las luces del patio para examinar la intersección de las galerías. Repetí el trayecto varias veces hacia uno y otro lado y empujé las puertas queriendo estar seguro de que habían sido atrancadas desde adentro, como se acostumbraba. En ese instante, un total desconcierto me invadió y un hilo helado comenzó a recorrerme el lecho de la espalda desde los talones hasta la coronilla y sentí la boca pastosa como si hubiese masticado un puñado de arena. De todas formas, minutos después y ya pasado el susto aún pensaba en que pude alucinar debido al entorno, la luz mortecina y a un toque de sugestión. Al siguiente día, las cosas continuaron con normalidad, aunque la zozobra llegaba de noche y antes de ser atacado por el insomnio o de levantarme para atender el llamado de la madre naturaleza. Ese era el instante preciso en que pensaba una y otra vez, la cantidad de pasos que debía hacer para llegar al baño caminando en puntillas y pegado de espaldas a la pared; y en simultáneo, mirando a la vanguardia y vigilando la retaguardia. Recuerdo haber calculado los segundos que demandaría encender las luces de la cocina, luego las de la oficina y por último la del pasillo; pero tuve suerte y nunca sucedió nada. Por más rápido que lo hacía, percibía una inquietante presencia. A veces con buena luz y al momento de deslizar la cortina de entrada del campamento, presagiaba el acecho. Más aún, no recuerdo haber estado soñando aquella madrugada en que desperté de frío y me senté de golpe en la cama mientras me abarcaba la horrible sensación de haber sido estrechado en un angustiante abrazo de hielo. Temprano en la mañana fui a la Iglesia y regresé minutos después con dos botellas de agua bendita, rocié todos los rincones haciendo la santa señal; en especial de mi paradero. Luego colgué una cruz por encima de la cabecera del catre y acaso ayudó, pero estaba completamente convencido de que algo rondaba y se mantenía a distancia por mi profunda fe.

Una tarde en que conversaba con un anciano vecino comentó que, hasta levantarse las edificaciones contiguas a la iglesia, los terrenos

aledaños se utilizaban como camposanto desde épocas coloniales; y en las casas que se hicieron con posterioridad, cuando cavaron para hacer los cimientos y pozos ciegos encontraron sepulturas en cantidad. Reflexionando e hilando fino, supuse que no era inusitado pensar que debajo del callejón que separaba la Iglesia del museo y hasta debajo de los gruesos paredones que las soportaban, permanecían finados de muy larga data. Así fue que, durante los meses de invierno, no pude más que dormitar envuelto en frazadas y un grueso cubrecamas. Era como estar adentro de una precaria guarida con los párpados apretados y adivinándola que flotaba de pie a mis pies o suspendida de una de las sólidas vigas del techo mientras practicaba alguna voltereta por encima de mi frágil envoltorio. Fueron horas en las que permanecí con la piel erizada y padeciendo de saberme el centro de su abismal y hueca mirada, y aunque jamás habló ni hizo ruidos ni se dejó ver, yo la sabía rondando. De domingo a viernes la intuía apostada detrás de la puerta esperando mi regreso, y aun así yo ingresaba a los recintos sabiendo que ella vagaba de aquí para allá con absoluto dominio. Casi podía palpar su alegría de fantasma difuminado y sin malas intenciones, pero de asustar, asustaba; por lo que, con resignación, me acostumbré a dormir salteado. A veces y no solo cuando de cansado los párpados se me cerraban, cierta impresión me invadía como un chispazo, pues en varias ocasiones y mientras caminaba por entre espacios y galerías, en alguna de las enormes baldosas del itinerario, salté hacia un lado y giré presintiendo de que alguien estaba a punto de tomarme por los hombros.

En la quietud de una mañana desperté con el antojo de desalojar el oscuro cuartucho del pasillo y mandé a buscar al Sapito, un muchacho lugareño al que pedí ayuda por lo escaso de su talla y menos corpulencia. Primero hicimos palanca entre la hoja y el marco para ensanchar en algo la abertura por la que entró alumbrándose con una linterna, y cambió el mentado foco. Una estantería de madera había

cedido bajo el peso que cargaba y una de sus patas, que había quedado a menos de veinte centímetros de la puerta, actuaba a manera de traba. El Sapito corrió lo que pudo, aserró lo que molestaba y por fin pudimos abrirla. Entonces sacamos a la galería varias cajas con los cuadernos en que el anterior Director describió los sitios recorridos, lo que hizo en cada uno y el material hallado. Mencionaba algunas piezas que le fueron entregadas por campesinos que tenían sus viviendas dentro de los sitios, o mejor dicho, campesinos que tenían sitios arqueológicos dentro de los límites de sus tierras. Nos llevó dos días terminar de limpiar y acondicionar el cuarto. En una de las cajas debajo de los cuadernos y demás escritos, encontré una maltrecha agenda de tapas de cuero negro. En unos croquis del sitio Salvatierra había localizado e identificado las viviendas y tumbas excavadas oportunamente. Al final, en una hoja doblada a lo largo había escrito: “el único sin calavera”. Al desplegarla quedó a la vista un dibujo con la ubicación de un enterratorio y la disposición de un esqueleto incompleto con las siglas correspondientes. Fui al Laboratorio y revisé las bolsas con las osamentas de acuerdo al número y en orden ascendente para ubicar los restos de cada individuo. Al día siguiente confirmé treinta y siete bolsas conteniendo los restos de igual número de personas, de los que sus esqueletos estaban prácticamente completos; solo faltaba el cráneo del sepulcro 02578. Me dirigí a una investigadora que había formado parte de los trabajos de excavación para saber si tenía conocimiento del faltante de un cráneo entre los esqueletos exhumados. Luego volví a repasar con mayor detenimiento los resultados del voluminoso y ordenado informe que establecía el número de inventario de cada uno, su estado general, cantidad de piezas dentarias, entre otros datos, previa identificación del número de tumba, fotografías y demás detalles, y lentamente las repasé hasta encontrar el 02578. La descripción era sencilla: sexo femenino, edad entre 20 y 25 años, esqueleto completo, sin cráneo; y coincidía el detalle con el contenido de la bolsa.

Las primeras horas de la tarde me encontraron recorriendo el sitio para corroborar algunos datos. Los sepulcros eran negros agujeros bordeados por el sedimento y piedras retiradas varios años atrás. Aquellos remotos aldeanos construyeron las fosas con características que no se repitieron en grupos con los que coexistieron ni en los que posteriormente ocuparon la zona; delimitaron las tumbas con piedras alargadas y colocadas en vertical en todas las caras, y tanto para formar el piso como para ocluir las pusieron al través después de colocar al difunto y su ajuar. Este llamativo y particular patrón de enterramiento se repetía solo en tres sitios de los muchos registrados. Pasada una media hora de recorrer el sitio pude detectar el reducto del que exhumaron los restos del 02578, y convencido de que toda regla puede tener excepción, intuí algo que poco más tarde resultó extraordinario. Primero quité dos enormes piedras del piso y profundicé el suelo de la tumba por treinta centímetros, hasta descubrir dos pequeñas lajas que hacían de segunda tapa. Con la paciencia de un pincel y de una espátula trabajé en el reducido cubículo para retirar el sedimento, y encontré el cráneo. Tenía la frente acordonada por una ancha tiara de plata con cuatro plumas de guacamayo color bermellón, perfectamente engarzadas. Inmediatamente traté de responder el primer interrogante que me apabulló al igual que un molinete de cachetadas:

-Quizás ocurrió que, a poco de darle muerte, le fuera seccionado en el transcurso de una ceremonia-,

-Otra alternativa es que la hayan ofrendado a sus dioses-,

-Tal vez le escindieron el cráneo al fallecer por alguna otra causa, o tal vez, quién ofició de shamán al momento de sepultarla, lo escondió intencionalmente pensando que de esa manera el espíritu de la joven no abandonaría el mundo real-

De todas formas, nadie podrá concluir con certeza ni de manera terminante la razón de su ocultamiento en una fosa con doble fondo parcial, por decirlo de algún modo.

Regresé al museo cuando el sol comenzaba a declinar, y dejé sobre el mesón del Laboratorio la bolsa de tela conteniendo el cráneo y su ornamento, y cerré con llave. Me sentía cansado pero satisfecho por tamaña corazonada y el ulterior hallazgo. Cuando me encontraba cruzando el umbral de la oficina para saludar a quienes trabajaban en ese turno, escuchamos un alarido que nos hizo espeluznar mientras crujieron puertas y ventanas. Unos segundos después atinamos a mirarnos e instintivamente corrí a abrir la puerta, por detrás llegaron los otros. La bolsa de tela era un manojo de flecos encima de la mesa, la calavera y la tiara que la ceñía estaban intactas, pero las hermosas plumas de guacamayo habían desaparecido y ni siquiera las mencioné. Siendo tarde esa misma tarde, desapareció del museo la sensación de temor que predominaba hasta entonces; y se acallaron los gemidos y demás fenómenos inexplicables. El espíritu que me mantuviera en vela durante tediosas e interminables noches, se había retirado a descansar para siempre; y también yo volví a dormir tranquilo.

Aunque lejana en los años, de vez en cuando, vuelve a mi memoria la fugaz imagen de una mujer de larga cabellera azabache coronada de plumas rojas.

Anécdotas de don Felipe

Don Felipe era un inmigrante turco llegado al país en 1913, junto a su esposa buscaban un nuevo horizonte para instalarse y comenzar con un comercio; se afincaron en los alrededores del caserío del Lote Santa Rosa y abrieron un modesto almacén de ramos generales. Tuvieron la suerte de hacerlo durante el apogeo del ferrocarril que, con varios trenes al día, aseguraba un movimiento constante de gente y cargas. Con el paso de los años el comercio creció tanto como la familia y decidieron trasladarse al pujante pueblo de General Güemes que se había extendido a ritmo acelerado en poco tiempo. Algunos meses después de establecerse, don Felipe pasó a ser uno de los comerciantes más conocido por lugareños y por los que andaban de pasada. En aquella época comenzó a utilizarse la “libreta del almacenero”, donde el bolichero anotaba los gastos de su titular durante el mes, y por regla sobreentendida debía abonar al momento de cobrar su salario. Entre sus clientes había un remolón que se las ingeniaba para seguir sacándole al fiado aún después de cobrar y no haber pagado. Un día el moroso envió a uno de sus hijos para que don Felipe le anotara dos kilos de azúcar, uno de yerba y cinco de harina. El turquito no sabía cómo decirle al chico que su papá debía pagar la cuenta, y se le ocurrió al momento en que le alcanzó la libreta; don Felipe la hojeó de cabo a rabo y exclamó:

-¡Bero decíle a tu babito que ya no la tieni hoja donde anotar!-, y con toda su inocencia respondió:

-Dice mi papá que le siga anotando en la tapa nomás-

Cuando por algún motivo don Felipe debía trasladarse a Salta, viajaba en el coche motor y ahorraaba haciéndolo en segunda clase.

Vestido de traje y corbata y sombrero, se acodaba en la ventanilla de la estación y le decía al boleterero:

-Vendame una boleto de segunda bara Güemes bara Salta y bara Güemes-, así lo hizo durante mucho tiempo hasta que sus finanzas mejoraron, entonces resolvió comprar una finquita en Aguas Calientes para sembrar papas. Con unos pesitos que venía guardando, compró un Chevrolet 39. Tenía algunos conocimientos de conducción, pero en el primer viaje antes de llegar a la finca le fundió el motor. Un mecánico amigo que había verificado el buen funcionamiento cuando lo compró, le preguntó:

-¡Don Felipe, le digo la verdad!, no sé cómo ha hecho para fundirlo, ¿a qué velocidad venía usted?-,

-M'hajito yo no la sabe un carajo, bero ahora que Felipe la tieni una Chavrolé, la viaja siembre en brimera, ¡ya'stá cansado de la segunda!-

En tardes soleadas, se sentaba en un sillón de mimbre a las puertas del almacén y miraba el atardecer y el ir y venir de la gente. Siempre aparecía un manguero de turno a pedirle plata y don Felipe nunca se negaba, pues del bolsillo trasero del pantalón sacaba la billetera y le alcanzaba unos pesos. Pero había uno por demás cargoso que lo tenía cansado, entonces se propuso darle un escarmiento y guardó en el bolsillo opuesto, una billetera vacía. Así que cuando el muchacho aparecía seguido, don Felipe se la mostraba diciendo:

-¡Mirá m'hajito, ahora no la tieni blata!-

El manguero no se daba por vencido y continuaba insistiendo, y don Felipe repitiendo la misma frase. Hasta que un día se equivocó y sacó la billetera que tenía dinero; al darse cuenta de su error, puso cara de sorpresa y agregó:

-¡Bero vé, ¿quién la buso blata acá?!-

Don Felipe vendía en Tucumán la producción de papas de su finca. Un año, en plena cosecha lo llamó por teléfono un comprador para consultarle:

-Don Felipe, todavía tiene papas para vender?-

-Si m'hajito, si la tiene-,

-¿Y qué tal está?-,

-¡Eeeeh babito linda baba, así de grande mirá osté!-, le respondió abriendo todo lo que pudo una de sus manos.

Con los años y después de mucho practicar junto a un amigo a quién le sobraba paciencia, don Felipe se convirtió en un experto al volante y viajaba en su voituré. Un colero que lo había convertido en su objetivo, solía esperarlo casi a diario a la salida del pueblo y de lejos le preguntaba:

-¡Don Felipe, ¿va para Salta?!-,

-Si m'hajito, la Felibe va bara Salta, ¡suba nomás!-

Así fue hasta el día en que don Felipe, de mal humor y hablando solo, estaba a punto de partir. El colero se aproximó diciendo:

-¡Hola don Felipe, ¿va para Salta?!-, casi sin ánimos respondió:

-No babito, la Felibe ahora va bara Jujuy-, y el tipo, lejos de desistir a viajar gratis, insistió:

-Bueno no importa, llevemé lo mismo-, y abrió la puerta apurado. Don Felipe, aunque resignado no se inmutó; lo miró mostrando una amplia sonrisa y dijo:

-Suba babito suba que vamos bara Jujuy. ¡Bero brimero, vamo bara Salta!-

Años después e imposibilitado de viajar solo, don Felipe enviaba a su hijo mayor para que hiciese diligencias en la ciudad; entonces lo apabullaba con sus recomendaciones:

-Vea babito, tengalá cuidado. No la yeve si no la conoce. Y cuando la vaya bara volver, la mira si tiene toda listo. ¡Bero más que nada, osté va ligero bero desbacio!-

De todas sus anécdotas, la más recordada es la acontecida una tarde en la vereda de su casa, cuando ya viejito y tembleque salía con ayuda de un nieto a sentarse y cumplir con el rito de fumar su narguile. Don Santos, uno de sus vecinos, jubilado del ferrocarril que andaba siempre en camiseta malla, también tenía la costumbre de sentarse a mirar el paso de las horas y saludar y charlar con quién estuviese dispuesto. En esos encuentros solían conversar en voz alta, casi a los gritos para poder escucharse.

Una jornada cualquiera, siempre a la misma hora y recién levantado de dormir la siesta, después de que su nieto colocase el sillón en el lugar fijado a la sombra de la morera y dispusiera su almohadón preferido y la toalla espaldera, don Felipe se sentó a sus anchas tironeando un poquito de las mangas del pantalón, y tosiendo un par de veces se sonó ruidosamente la nariz y comenzó la charla:

-Hola vecino, como la vá'osté querido?-

-Hola don Felipe, cómo anda?, todo bien acá, ¿usted?-

-Bien babito toda bien, toda bien. ¡Ah, babito!, digamé osté Santito, ahora la veo, la bregunta. Ayer la visto que la dejaban baquete grande a su casa, ¿que la combró osté?-,

-¡Aaahhhjajá, turquito curioso don Felipe!, compré una heladera, ¡icompré una heladera!-, respondió exagerando y aprovechando la volada para sacar pecho con su nueva heladera a kerosene; y mirándolo por el rabillo del ojo, golpeó las manos un par de veces llamando a su mujer:

-¡Laurita trae un vaso de agua, y que esté bien fresca!-

Aunque sin demostrar que aquella actitud le hizo hervir la sangre, don Felipe que no podía ser menos, con parsimonia se aferró de los apoyabrazos y enderezando la osamenta todo lo que pudo, infló el

buche a lo que daba y con aire sobrador apuntó al zaguán para llamar a la suya:

-¡Zehíre, venga, venga querida. Venga y traigamé un vaso de anís turco porque la tengo mucha sed. Porque agua..., agua toman las bueyes!-

Changuito de sal

A mi amigo Dionisio Andrónico Puca (Puquita)

En la áspera Región de la Puna, salpicados entre las grandes moles cordilleranas están unos extensos manchones blanquecinos; son los salares que se alternan limitados por unos imponentes conos volcánicos. A pesar de ser inhóspita y árida, es un lugar donde sobreviven penosamente unos pocos nativos corajudos; algunos pasan los días pastoreando rebaños de llamas y ovejas, otros buscan pepitas de oro en los bancos de arena de los arroyos, o arreglan y construyen corrales de animales; solo unos pocos se dedican a extraer sal. Son costumbres transmitidas desde tiempos inmemoriales que les permiten obtener productos para hacer trueque.

Quién no la ha recorrido cree que solo es un páramo lejano, y aunque en parte es así, hay sectores en que la fauna nativa es variada y numerosa. En invierno, el viento helado es casi permanente y las copiosas nevadas llegan a sepultar de pie a los animales desprevenidos. Durante sus cortos días el lento y triste sol alumbra sin calentar. Pero distinto resulta cuando el aire se templó, pues los días son tranquilos y sin viento, y los lugareños salen a trabajar en cuanto comienza a clarear.

Amanecía temprano en el salar, era poquito más de las seis y el sol del verano ya se alzaba sobre las montañas despuntando el nuevo día, y como los anteriores iba a ser caluroso, muy caluroso. Sentado en sus talones y con una pequeña hacha entre sus manos, Silverio ayudaba a su padre en la dura y difícil tarea del cortador de sal. Es algo que había aprendido del suyo y aquél también sabía lo que sabía del de él; y por cientos de años enseñado como oficio desde épocas anteriores a la llegada de los Incas, las manos de los Guitián arrancaban al salar parte de su piel, año tras año para el tiempo de la cosecha. Panes de sal que

su padre llevaba al Valle Calcháqui para vender cargando solo de a cuatro por burro y cruzando en dos días la Sierra de Los Patos y bajando hasta Cachi si llevaba los suficientes para comerciar. Cuando venía pegando la vuelta cobraba con choclos en San José, algún tejido en El Colte, vinito en Seclántas, duraznos para el lado de Molinos y pimientos y papas en la Finca Tacuil; después era un oscuro punto trepando el enorme macizo que lo separaba de su casa, de su salar.

Silverio es un niño que a pesar de su edad tiene responsabilidades de hombre, con nueve años y sin infancia pasó de largar la teta y el calor del kepi en la espalda de la mama a manejar su hachita y limpiar y cuadrar los bloques que son más pesados que él, y que su padre separa a puro tajazo de hacha. Una noche en que volvían de la veguita donde llevan a pastar las llamas y las ovejas, mientras cruzaban las lomadas de la costa en un sector en que brota agua dulce y forma un enorme lago de escasa profundidad, preguntó sorprendido a su padre:

-Tata, ¿por qué hay luna arriba y otra abajo en el salar?, ¡Mirá Tata mirá, si hasta estreayas están áhi briyando como las otras!-,

-Silverio, tenís la suerte de tené cielo arriba y cielo abajo con su luna y su estreyerío. Pero s'están reflejaaando nomá, es como que la agua hace que como espejo ahicito güelvan a está, y si te metís áhi y te mojás la vas a podé tocá-

Silverio Guitián tiene las manitos callosas y ajadas y casi negras por el sol, el viento y la sal, y se mueven habilidosas y conocedoras del oficio; y se ven más negras cuando contrastan con los panes. Su carita redonda no es alegre, no parece la de un niño; sus mejillas son piel curtida y paspada al igual que sus labios, tiene miedo de sonreír, pueden sangrar. De noche, su cuerpito mal nutrido descansa sobre unos pellones de oveja y sus ojitos cerrados solo ven panes de sal, no conocen juguetes. A veces, acostado y antes de dormirse mira las estrellas que relumbran intensas por una rendija que hay entre la pared de piedra y

la puerta de madera de cardón, y se imagina un poncho abierto que agujereado por el uso deja pasar la luz del sol.

Silverio siente que hay otras cosas más allá de los cerros y de las vegas, de las vicuñas y las ovejas; siente que hay otras cosas más allá de las pircas de los antiguos que están en la quebrada, pero las siente y nada más. A veces se pregunta si es que hay niños como él o solo niños de verdad, ¿cómo será?

Quizás Silverio nunca lo sepa. Silverio es solo un niño y no debiera llorar, un niño que corta panes de sal. Silverio no tiene lágrimas, sus lágrimas son el salar.

Decoroso y su ahijado

Cuando los establecimientos madereros comenzaron a talar la exuberante selva del oriente salteño a gran escala a comienzos de 1930, emplearon gente acostumbrada a trabajar soportando la incomodidad del calor húmedo y demás inclemencias tropicales. Aquellos curtidos obreros abrieron picadas y ensancharon las sendas utilizadas por los animales sin más herramientas que pala, pico, machete y hacha para permitir el paso de los camiones que fletarían los troncos. En ese entonces abundaban árboles que superaban largamente los dos siglos de edad, ejemplares extraordinarios por su altura y diámetro; tantos años le llevó a la naturaleza hacerlos crecer, para verlos como se desplomaban en pocas horas bajo el insaciable filo de las hachas. Días aquellos como nunca antes, pues los gigantes comenzaron a ser abatidos en reventones estrepitosos y rodeados de un silencio de camposanto en el que sus ramas sacudían una alarmante agonía. Enseguida el aire se cargaba con gritos de vencedora algarabía de los hacheros que, movilizados por su necesidad de trabajar, se alistaron en ejércitos irregulares, apostados en casuchas rudimentarias. Entre esos curtidos hombres se destacaba un tal Decoroso Aniceto Orellana; uno de los primeros erigidos en caudillo, “y por mi propia voluntad”, según decía. Decoroso era hachero y capataz, cargo que ostentaba vociferando a los demás, pero, más que por cualquier cosa que lo distinguiese, era por pechador y corajudo. Había nacido un día cualquiera del último mes de 1903 en el ancho curso de agua que separaba la costa formoseña de la Rivera Porvenir Mistoral del lado paraguayo. Decoroso Aniceto Orellana hinchaba el buche al momento en que jactancioso decía tener doble nacionalidad, porque su madre lo había parido en el piso de una chalana rotosa mientras cruzaba el Pilcomayo. Entonces, desde chico estaba acostumbrado a presentarse

como un indomable Argenguayo o un salvaje Paragüentino; algo así como “según de qué lado daba el sol”. Decía también que mientras su madre se retorció en esfuerzos por traerlo a la vida, el río hacía lo propio para pasarle su espíritu de bravura; porque aquella tarde el Pilcomayo venía crecido de banda a banda hecho una oscura furia turbulenta.

Decoroso sabía ser un tipo rudo, aunque hablando en criollo, era un perfecto bruto además de cabeza dura, porque si algo estaba en discusión, era fija que se le ponía en la sesera que tenía que ser como él decía y no había poder en la tierra ni en el agua ni en el aire que lo hiciese entrar en razón. En días de descanso cuando los hacheros salían hasta algún pueblito cercano a comprar mercadería y vicios y gastar lo poco que les quedaba de la tarja para invitar a un amigo a tomar unos tragos, luego del apretón de manos y las preguntas de rigor, se formaban ruedas en la que a puro “obligo” consumían hectolitros de vino y cerveza, mientras amontonaban los envases al pie del que oportunamente servía su vaso con el último trago de la botella, mientras tanto, las horas transcurrían en encendidas charlas que reflejaban la amargura y el tedio de la monotonía. Encima del tapete quedaba al descubierto, la crudeza de las necesidades y altibajos de sus respectivas existencias. En una de esas ocasiones, Decoroso retrocedió recordando el tiempo en que trabajaba en la Finca Las Maravillas, cuando debía transitarse un sendero que cortaba el verde descomunal de las Yungas; laberinto natural sin entrada ni salida fija, que atrapaba al caminante igual que una telaraña aferra al insecto. Pues si alguien había estado allí y por suerte sin incidentes para luego comentarlo, podía decirse que resultaba una exageración, pero muchos de los que pregonaron su avezado conocimiento terminaron extraviados, y de no mediar la buena voluntad de sus compañeros que los echaron de menos y salieron a buscarlo, en dos días no hubiesen encontrado siquiera la osamenta. Otros, por desgracia no tuvieron tanta suerte. El peligro no pasaba por el acecho de algún tigre, porque “colmiyudos” había demasiados, y si encima de eso alguno andaba cebado, la cosa se ponía demás fiera; sino

también por la siempre latente furia de las tropas de majanos empacados, la amenaza de las víboras, de los enormes balones de abejas africanas y hasta de las mismas hormigas, que en número de cientos de miles llevaban al nido todo lo que encontraban. Nadie salía de su cubil sin arma o sin machete, aunque fuese a rodear el campamento.

Decoroso Aniceto Orellana era solterón y había pasado gran parte de su existencia recorriendo los obrajes norteños. El resto de sus días, cuando escaseaba el conchabo por estos lados, cruzaba el Pilcomayo dedicándose a chalanear “de ayá pa’cá” lo que podía contrabandear y vender. Según decía que por tanto tener que andar de la seca a la meca no había dispuesto del tiempo necesario para buscar una mujer que le aguantara el traqueteo que acostumbraba proponerles. Su estado civil le permitía alabarse a boca suelta haciendo referencia a que, si la suerte lo dejaba toparse con una pollera dispuesta, él no le daba descanso. Aunque sonaba más a refraneo que al resultado de su experiencia cuando decía que:

-Si la poyera es ajena, después que pasa Decoroso queda funcionando al pelete pa’l dueño; y cuando más la garroteo, mejor se la dejo-, pero por el tono, los gestos y la forma en que relataba, parecía que la cosa solo apuntaba a ensalzarse en galán conquistador y de pararse en el pedestal como el de mayor hombría que pisaba esos obrajes. Contaba las aventuras vividas en momentos en que oficiaba de contrabandista y cuando por las persistentes lluvias no se podía trabajar en la selva. Entonces, quién oportunamente lo escuchaba y hacía el detalle de sus viajes, podía contar que en cada uno había tenido hasta cinco encuentros pasionales con distintas mujeres:

-Las de ayá no lo mezquina nada. Al contrario, siempre le dan el gusto al hombre que va con propuesta de amor; aunque sea por una ratito-

La cuestión era que Decoroso Aniceto Orellana comentaba en rondas de licor que, al terminar cada ocasional y ardoroso enredo, con su cuchillo de monte se hacía un pequeño corte en el muslo. Con el tiempo le quedaron varias cicatrices paralelas, que mostraba alegando que de esa forma tenía presente a cada una de sus fugaces amantes. Según aparentaba preferir que el recuerdo de aquellas mujeres lo lastimase de esa manera antes de sentir que se le rompía el corazón, pues su filosofía luego de haber pasado unas temporadas viviendo del contrabando, era que con la abundancia de mujeres que había del otro lado convenía poner ganas en hacer felices a todas las que uno pudiese en vez de tener una sola y pasar la vida discutiendo y haciéndola infeliz.

Al margen de sus conceptos amorosos, Decoroso comentaba entre otras, algunas peripecias sucedidas en los obrajes y relataba cosas que quizás nadie llegaba a imaginar como parte de la realidad. Tal el caso de la que contó cuando tuvo oportunidad de visitar a su compadre Rosendo, quién también era del oficio. Un chaqueño curtido que, junto a su más curtida mujer y su hijito, ocupaban uno de los puestos de una finca cercana. Decoroso contó que un domingo de mucho calor en que la humedad hacía pegar la ropa al cuerpo, y aunque fatigado por la caminata, entró silbando un chamamé por la senda que desembocaba en el guardapatio de la casa. El llamado puesto era un ranchito de tablas con galería de chapas en el frente. Según contó que en la oportunidad llegó a lo de Rosendo cuando el sol caía a plomo y dejó el machete clavado de filo en un tronco y colgó el morralito que trajinaba. Rosendo lo había escuchado aproximarse por la senda alertado por el anuncio de la perrada y salió a toparlo. Se saludaron como siempre lo hacían y enseguida se dispusieron a matear a la sombra de un curupay, mientras controlaban la media res de corzuela que se asaba despacio al calor de las brasas. La comadre, que había almorzado temprano, después de saludarlo se fue a dormir la siesta con el guagüita.

Rosendo y Decoroso armaron y encendieron un par de cigarros de tabaco negro en la monotonía de la charla mientras continuaban con el mate cebado. El dueño de casa se había quitado los destartalados botines que le había regalado su patrón y jugueteaba con un palito entre sus regordetes dedos:

-¡'Tán que parece brasa. Demá juerte la calor pa'ponése lo botín compadre!-, comentó, y Decoroso respondió afirmando:

-Se'vamo a tené que enterrá bajo la tierra ché-, y agregó:

-¿Y cómo 'tan lo animalito suyo compagre?-,

-Y áhi'tan, vea. Chanchito se'me lo murieron todo, no'ha quedao ni'uno. El que viene pisando lindo y tupido es el gayo que me tráido un trastorista hace tiempo. Ahura se'me lo'han aumentao las gaína; 'tan gorda 'tan. Linda, sí. Pero vea compagre, que me lo dice usted de...,-,

en el preciso momento en que estaba a punto de comentarle que desde algunos días atrás las gallinas desaparecían de manera misteriosa, se cortó en el momento de escuchar unos gritos seguidos de un llanto de desesperado que provenían desde el lado del horno de barro. Con un impulso instintivo los compadres se miraron presagiando el peligro y en el mismo instante corrieron a la par como si les hubieran echado agua hervida. Rodearon el rancho y se dieron de pecho con el horrible cuadro, al que sin pensarlo tuvieron que hacer frente. Estaba a medio pasar el cerco por un agujero hecho después de mucha insistencia contra el ramaje. Decoroso se arrimó por detrás mientras envolvía en sus manos la piola que usaba a cuenta de cinturón y presuroso la pasó por debajo del animal. La ajustó en el tronco de la cabeza y se sentó en el lomo del animal para ajustarla con todas sus fuerzas; en tanto, Rosendo atinó a sacar el cuchillo verijero y se arrodilló aferrando a su hijito por debajo de los sobacos. Sosteniéndolo con firmeza y cuidando de no lastimarlo, con un tajo milimétrico le abrió la boca a la lampaagua que ya lo había tragado hasta la cintura.

La mujer de Rosendo se despertó asustada con el alboroto y apareció presurosa y temblando como hoja sacudida por el viento. El

hachero le alcanzó la criaturita de pasada en su carrera hasta el tocón donde descansaba su herramienta, y enseguida regresó donde Decoroso forcejeaba con el viborón. Apoyó el pie encima de la piola con que la asfixiaba su compadre y abanicando el hacha dio un solo golpe con el que la lampalagua se retorció desesperada por un par de minutos con la cabeza casi desprendida. Estaba un par de metros hacia adentro del cerco y otro tanto hacia afuera. Al quedarse inmóvil el animal, los compadres y la mujer se recuperaron del susto.

-¡Suerte que el güagüita yoró y que con el compadre le podimo dominá a semejante viborón..., ¿qué de'no?..., me quedo sin ahijao!-

La madre se había dormido profundamente mientras le daba la teta y no lo sintió salir del rancho, así pilita en culo y pito nomás. El ahijadito, casi casi no la cuenta.

Don Pantaleón el panteonero

En los años de la década de 1920, Río Piedras era apenas un extenso caserío al que se llegaba siguiendo el camino que pasaba cerca de una corriente de agua. Como todo poblado que estaba surgiendo tenía el cementerio ubicado entre unas lomadas bajas a unos trescientos de metros de distancia y bordeado por una ancha franja de monte hacia un lado de la huella. Este terreno de estadía permanente no tenía alambrada ni cerca que demarcase su espacio. El que oficiaba de panteonero era un hombre llamado Pantaleón, viejo lugareño acostumbrado a estar haciendo algo en todo momento, pintando covachas, arreglando cruces o cavando una nueva fosa porque según decía:

-Hay que tené lista unita, por cualquier ventualidá-

De cortar la gramilla se encargaban los caballos que rondaban los alrededores, sector en que crecía con un color verde más intenso. El trazado que provenía del caserío y pasaba justo por donde se accedía quedaba a una distancia no mayor de un tiro de piedra y se unía con la huella que bajaba de la serranía para terminar en un llano amplio y limpio donde se alzaba la antigua pulpería. A un costado de la construcción había cuatro palenques en los que arribeños y abajeños ataban sus animales, que dejaban bien acomodados una al lado del otro esperando a que sus jinetes apagaran la sed. En horas nocturnas solían andar, de ida o vuelta, sombras agazapadas ansiosas por beber, movilizadas en jardinera, sulki, quizás montadas y hasta de a pie, cualquiera fuese el sentido de circulación, pero seguro buscando el final del recorrido. Algunos parroquianos permanecían entre sus paredes casi hasta el amanecer, entonces, quienes transitaban en la mañana encontraban borrachos orillando el trayecto, en mayor número aún si el día que se iniciaba era domingo. En el lugar en que pernoctaban,

aguardaban el regreso de los sentidos resollando un penetrante tufo de alcohol. Aunque a veces sucedía que se ponían en vertical y hacían los aprontes para continuar la marcha. Cuando alguno lo lograba se perdía de vista en las calles del pueblo o tragados por la verde serranía, aún entumecido.

Un fin de semana aconteció la organización del baile de fin de cosecha en el galpón comunal, situado a las orillas del poblado. Y como todos los años sucedía, al incrementarse la concurrencia automáticamente aumentaba la proporción de borrachos que quedaban clavados en el suelo al igual que mojones y de acuerdo a como caían: de panza, bien estirados, acurrucados, estaqueados y hasta parando el culo ventilando el fermento.

El aire estaba muy seco aquella tarde, como enrarecido, dijeron los lugareños. A pesar de ello había buen clima y la fiesta se desarrolló con normalidad, aunque inevitablemente rodeada por una persistente polvareda a pesar que de a ratos algunos comedidos echaban unos jarros de agua. Previo a clarear el nuevo día y de que la orquesta interpretara el último tema, el cantante dirigió un mensaje de agradecimiento y los invitó a ir desalojando el predio. Muchos se marcharon a descansar, pero los que quedaron con el pico caliente rumbearon sin chistar para el cruce a seguir la chupandina. Dos muchachos arribados en la tarde anterior y nuevos asistentes al baile, mostraban un estado deplorable, y como pudieron caminaron abrazados buscando la pulpería. Marcharon a los tropezones y a los tirones, entre insultos y refunfuñadas, alternadas de a ratos con el tarareo de una canción de moda y mezclada con el sonido de una copla. A la lejanía no tan lejana los gallos comenzaban con la tarea de afinar sus clarines, y los muchachos desconociendo el recorrido, pero apurados por llegar, acortaron la huella y enfilaron por un senderito que atravesaba el cementerio. A poco de andar sintieron que apenas por

encima de sus cabezas pasó una lechuza en vuelo rasante y chillando como mejor le salía. El más supersticioso escupió y atinó a decir:

-¡Juera bicho!-, y tomando del brazo a su compañero, le indicó que parasen a recuperar el aliento. En constante balanceo y con los ojos entrecerrados intentaron averiguar en donde andaban, y uno estiró el brazo a todo su largo queriendo alumbrar los alrededores con la brasa del cigarrillo. Ahí se quedaron como clavados al suelo, hasta que por un destello de claridad distinguieron las cruces:

-¡Mierda!, ¿ta'viendo eso?-, balbuceó uno,

-¿Será un sepultura?-, se sorprendió el otro,

-¿Andi mierda mi'tráido?-, respondió entre queriendo arrancar y cuartear a su compañero, aunque enseguida de hacer un par de trancos el remolcado se paró en seco. La mala suerte y el balanceo hicieron que el poncho se le enganchara en una cruz, y el que lo precedía, apurado se tropezó en un morro de tierra y cayó de boca:

-¡Eh amigo, ¿p'ande va?!-, exclamó.

El otro, en cuatro patas y con la jeta llena de tierra tartamudeó:

-¡Me'stá asujetando l'ánima!-,

-¡Yo lo vuá salvá!-, dijo envalentonado el primero y tomó una de las puntas de la prenda para darle un fuerte tirón, con tanto éxito que la atorada se desenganchó de golpe y el pobre cayó de espaldas dentro de la fosa que había terminado de cavar don Pantaleón. Los muchachos, aferrados de las manos lo intentaron al mismo tiempo, uno queriendo salir y el otro queriendo sacarlo, pero quedó evidente que el de adentro se esmeró más y terminaron con el borde del pozo a la altura del pecho. Al verse dentro de la cavidad de prolijas paredes se desesperaron por trepar clavando las uñas y afirmándose cada uno en el hombro del que tenía al lado. Una vez que pudieron arrastrarse afuera, levantaron la mirada y vieron un farol verdoso moviéndose de derecha a izquierda y viceversa a un metro del suelo.

-¡El aire estaba demás seco!-, habían dicho los riopedrenses. La fosforescencia de algún hueso enterrado a poca profundidad se

manifestó en una luz redonda y de gran intensidad flotando y hamacándose con la suave brisa de la madrugada. Aún echados en el suelo no entendieron el fenómeno y quedaron tiosos y con los ojos desorbitados. Sus alaridos al unísono sacudieron la arboleda al momento en que don Pantaleón, como espanto que surge de la nada preguntó:

-¡¿Qué pasa con tanto grito?, así no van dejá descansar a naide!-

Cuando don Pantaleón el panteonero se encopaba no llegaba a dormir en su casa por temor a una reprimenda de su mujer, entonces aguardaba un poco de lucidez acomodando contra cualquier covacha; pero esa madrugada, ante tanto alboroto no pudo menos que levantarse a averiguar que pasaba. Los pobrecitos que se habían abrazado temblorosos y aún con los pelos de punta, padecieron un nuevo sobresalto en el transcurso de un minuto. Por el estado en que los encontró más la sorpresa que les causara su presencia, para poder regresar a su lugar de residencia debieron someterse a las artes de la curandera más renombrada del pueblo.

La anciana mujer que los atendió hubo de recetarles una infusión al día de una mezcla de yuyos para aliviarlos del “terrible susto”, y por única vez hizo que tomaran un brebaje de su invención, preparado a base de polvo de intestinos y lengua de gato y de sapo entreverado con un menjunje que contenía entre otros ingredientes, extracto molido de testículos de chanco del monte y una mezcolanza de otros yuyos que ella misma recogía del monte. Todo el amasijo macerado a la intemperie en una noche de luna llena y pulverizado en un mortero previamente bendecido. La pócima les hizo efecto para que recuperasen el habla e impedirles que siguiesen con el culo flojo, porque de eso ya habían tenido bastante.

En horas de la tarde el suceso ya había tomado estado público, y fue tarea del delegado municipal en persona el ocuparse de colocar

una alambrada rodeando el cementerio y unos carteles que indicaran su proximidad con la finalidad de evitar futuras indisposiciones y malos ratos. Muchos años después, algunos pobladores todavía comentan lo que oportunamente el mencionado funcionario expresó cuando concluyeron los trabajos:

-A partir de hoy, los que vengan de visita pueden quedarse igual de tranquilos como los que están adentro-

El andariego

El andariego al que menciono era un pintoresco personaje que se podía encontrar en cualquier camino, quizás andando para Quijano, tal vez yendo a Vaqueros, y ocasionalmente a Cerrillos; pero siempre andaba bien montado. Todos los días salía en su incansable corcel, de andar parejo y palangana, al que no le importaba si el camino que les tocaría desandar esa mañana sería asfaltado o ripioso, pues su paso era firme en cualquier terreno. En el transcurso de la mañana, de la tarde o de la noche, jinete y caballo se fundían en una sola sombra cabalgando su destino. Sombra castigada por el calor y las lluvias del verano o aguantando el frío del invierno; parecía que nada los haría detener. El orgulloso jinete circulaba siempre aculado y seguro en el lomo de su monta y clavando la mirada hacia adelante con una expresión que denunciaba sus mutuas intenciones de avasallar el horizonte. Sorprendieron a quienes los encontraban cruzando un puente en alguna ruta y los demoraban hasta terminar de atravesarlo. Más de una vez los esquivaron, más de una vez se salvaron de milagro en alguna curva cerrada o parte estrecha del camino por los reflejos de las tachas del ensillado y los colores chillones de las cintas que adornaban los arneses del encabritado animal.

Recuerdo que, siendo niño, en oportunidad en que iba en auto con mi padre, pasó muy cerca y aproveché para saludarlo:

-¡Chau Caballo!-

El jinete, sin soltar las riendas y por encima de la cruz del caballo levantó una de las suyas.

Marchaba contento y de hecho conforme, pues el animal no le daba trabajo. Desde el instante cierto en que arrancaban, como

inflexible que era, le hacía saber quién mandaba. Su casa quedaba contra una barranca sombreada por añosos sauces y ceibos a orillas del Río Arenales, donde nunca hubo quien los esperase. El Andariego se acostaba en su cama de cartones y trapos, acomodaba el caballo a su lado y cerraba los ojos para soñar con un nuevo amanecer mientras acariciaba sus crines. De mañana muy temprano el jinete se enfundaba en su viejo saco y se colocaba un ajado sombrero de paño, compañeros de años de una corbata negra yutita y de unas alpargatas desflecadas.

Después de revisarlo atentamente y de ajustar la ornamentada armadura se montaba bien erguido tomando las riendas a la altura del pecho. Ese era el momento que más deseaba en sus sueños, el que más disfrutaba sintiéndose conquistador de nuevos territorios. Entonces y como a diario acostumbraba, arrepollaba los labios y con el característico ruido de quién tira besos se daba ánimos para iniciar la marcha.

Lo llamaban Caballo i'palo.

El Cacique

A la memoria de mi amigo José "Pepe" Migliorino

El viento soplaba indefectiblemente a partir de las primeras horas de la tarde y durante todos los días del año. La arena que se había acumulado hasta entonces, taponaba la entrada. Y por cientos de años de bufar, el orificio de acceso a la cueva se había estrechado en forma progresiva, quedando abierto un angosto conducto por el que la única forma de intentar entrar, era reptando. El hecho de encontrar el hueco natural significaba un despliegue de esfuerzo y maña que había resultado de una serie de deducciones y conclusiones basadas en datos sueltos de los comentarios mezquinos de dos habitantes del salar. Charlas sucedidas en distintas ocasiones con algunos meses de diferencia entre una y otra.

En el cordón serrano de los bordes del Salar del Hombre Muerto y hacia la margen izquierda del río Aguas Calientes, luego de buscar por sus orillas durante varias semanas encontré el lugar adecuado donde instalar los instrumentos con que una empresa minera medía el caudal de agua que ingresaba en forma cierta para controlar que el volumen de agua saturada no variaba si se extraía saturada en sales del corazón del espejo blanco. Tarea de medición que debía realizarse sin esquivar jornada alguna. En el tramo que lo separaba del campamento, había un extenso faldeo medianamente apartado de la huella y sobre el que se alcanzaba a distinguir la profunda cicatriz de una quebrada perdiéndose entre las elevaciones. Recién amanecía cuando viajaba de camino al río y contra el perfil de unos murallones, alcancé a adivinar más que ver, la silueta de un ranchito hacia la base del paredón grisáceo; pues a partir de media mañana era muy fuerte la refracción solar. Para despejar las dudas no quedaba más alternativa que entrar cortando a campo

traviesa y a lo bruto; apechugando en el repecho y rogando no quedarse bloqueado por la blandura del suelo. Me desvié del camino y sin complicaciones llegué guiado por una puntiaguda cumbre que se alzaba en otra cadena montañosa antes de que febo terminase de salir, debido a que la construcción pétrea con techo de torta se confundía con el paisaje. Superando una pronunciada cuesta llegué a un peladar coronado por una hermosa vega. Alrededor del recóndito oasis retozaba pastando una increíble cantidad de animales. Entré caminando hasta los enormes corrales contruidos recostados contra un peñón y alcancé a ver al pastor que se encorvaba para atravesar la pequeña portezuela de su también diminuto refugio. Vestía pantalones y chaleco del barracán tejido con la lana de sus animales, según comentó luego, y se protegía del implacable sol debajo de un sombrero de paño de alas angostas, un colorido pañuelo de cuello y anteojos tan oscuros que hubiesen servido para evitar los destellos de una soldadora eléctrica. Luego de presentarnos con Gerardino Canchalagua, ermitaño de nacimiento, me comentó que permanecía los tres meses de verano en la Vega Alta haciendo engordar sus animales. Y por otros detalles, me dejó en claro que era muy buen conocedor de los escasos lugares a que los podía llevar para que se alimentasen; ya que en meses de otoño e invierno y por la escasez de pastos bajaba a instalarse al borde de la Veguita de La Junta; mientras señalaba el otro lado del salar donde se unificaban dos pequeños arroyos. En primavera marchaba con su arreo hasta la Vega del Río Trapiche y se quedaba cerca de la corriente de agua que provenía de las estribaciones del Volcán Galán. Con tanto traqueteo, Gerardino parecía tener una vida complicada, pero era la única que conocía y la única que sabía vivir. Nos sentamos en una pirca y rodeados de la callada inmensidad conversamos fumando un par de cigarrillos. Le pregunté por la mentada cueva en mi intento de averiguar algún otro dato y me respondió conocerla, dibujando en el aire algunas indicaciones sin demasiada precisión y alegando que como hacía mucho que no andaba por allí, no recordaba bien la ubicación. En determinado momento de la

charla, Gerardino Canchalagua se quitó los anteojos para limpiarlos en un intervalo de unos pocos segundos en los que pude mirarlo fijamente; ese corto tiempo me resultó suficiente. Nunca antes había visto un par de ojos tan extraños, pues aparte del color marrón clarísimo y un iris casi inexistente, me perturbó la ausencia de expresión e inmediatamente me vino a la mente el “Axolotl” que relatara el maestro Julio Cortázar y el comentario que hiciera un geólogo durante el almuerzo sobre su encuentro con el “Ojos Marrones”.

Gerardino Canchalagua se veía bien a pesar de ser un hombre que habitaba un mundo lejos de todo y en completo aislamiento y desamparo. En cierto pasaje de la charla, le pregunté cómo hacía para soportar tanta soledad. Ni siquiera pensó la respuesta y tampoco tartamudeó:

-Para vivir acá no necesito más que lo que tengo. Y no hay mujer más fiel y calentita que l’oveja, ahicito la tengo a mano y no me dice que no. Tampoco putea ni me reniega por nada-

Tan espontáneo, natural y directo que no dejó rendija por donde se hubiese podido filtrar cualquier hilacha de vacilación. Después continuó hablando de la costumbre que tenía de anticiparse al otoño y armar caravana con las mulas cargueras. Tropel con el que a mediados de marzo marchaba cargando unos enormes amarros de ropa y abrigo, una mesa, una silla y demás enseres que trajinaba de puesto en puesto. El Ojos Marrones o Gerardino Canchalagua era el clásico pastor nómada de la Puna que se regodeaba mientras afirmaba que su tropa tenía trescientas treinta y ocho llamas y cuatrocientas veintisiete ovejas con sus respectivas crías, contadas y marcadas por mano propia y una por una. A las llamas y ovejas madrinas que encabezaban y lideraban los grupos las reconocía fácilmente por mantenerlas con borlas, trenzas y adornos tejidos en hilos de distintos colores, para identificarlas rápidamente. Además, bautizaba a las madrinas y conservaba en su mente el nombre de cada una, la fecha de nacimiento, el tiempo en que

le tocaba cruzarse y con cuál de los machos reservados. Al igual que cuántas pariciones llevaban y el número de crías nacidas vivas en cada oportunidad. Escuché su desmenuzado comentario solo por educación y apabullado de tantos pormenores inverosímiles; y como la cuestión pasaba por si podía aportarme algo más de la cueva, con el pretexto de tener que regresar temprano, lo saludé y regresé al camino por la recién marcada huella.

Entre una semana de trabajo y otra de descanso fui haciendo algunos intentos ocasionales con quién me acompañaba en ese turno para tratar de localizar el socavón. Trepábamos las quebraditas de algún sector y revisábamos peñas y hendiduras, resoplando como fuelle viejo por andar por encima de los cuatro mil quinientos metros de altitud. Una tarde en que me acompañaba el petiso Villafañe, a punto de recular encontramos el accidente horadado en el corte de un elevado promontorio. Del orificio original de entrada quedaba libre un angosto arco superior, abertura suficiente que permitía pensar en hacer un tanteo ya que el resto del pasillo hacia el interior estaba obstruido. Ni se me ocurrió pensar en quitarla, solo retiramos un poco de la que se acumulaba contra la pirca seca del borde y entre el sedimento, hallamos restos de fibra vegetal trenzada y algunos trozos de alfarería. Luego me arrastré hacia el interior moviéndome con bastante dificultad y limitaciones. Después de seis o siete metros desemboqué en un espacio de forma casi circular y con el techo de tal altura que permitía caminar. Sobre una pared encontré unas piedras renegridas y quemadas que delimitaban el fogón, y hacia el frente, a unos ocho pasos de distancia, encontré algunas gruesas astillas de madera dura y trozos de cuero. En la base de la curva donde comenzaba la cúpula del techo resaltaba una pictografía que representaba una ceremonia de la que tomaron parte varias personas. El color de fondo de la escena era la roca natural y las figuras y algunos detalles se habían pintado en blanco, amarillo y rojo tinto; el resto del boceto en color negro. La figura principal estaba

representada de pie y con la cabeza coronada por un ornamento de plumas en abanico, el torso cubierto por una manta y los brazos extendidos y sosteniendo en sus manos un pequeño recipiente. Al lado del shamán había cuatro figuras con brazos y piernas en movimiento y en aparente baile ritual rodeando a un extraño ser que se destacaba del conjunto. El personaje era de mayor altura y corpulencia y su fiera imagen de ser humano tenía también claras características animalescas. “Un ser humano casi monstruonizado”. En su rostro de simio se habían señalado ciertos rasgos diabólicos, seguramente producto del consumo de bebidas y alucinógenos mientras plasmaban el suceso. Alcancé a tomar unas fotografías y nos fuimos del lugar creyendo que allí concluiría la cuestión de la Cueva del Cacique.

El reflote del asunto sucedió en el transcurso de un viaje a la apartada escuela albergue de Incahuasi llevando algunas cajas de mercadería para los alumnos. El día señalado, Florencio “el Chucha” Casimiro visitaba a sus tres hijos, debido a la enorme distancia que había desde su casa, de manera que los niños permanecían en la escuela cuatro meses dos veces al año. En su juventud, el Chucha Casimiro había sido guía y mozo de mano de un minero alemán que gastó sus últimos años inspeccionando los alrededores de los volcanes, convencido de que encontraría diamantes. Por espacio de cuatro años el Chucha y el alemán removieron toneladas de sedimentos alrededor del Antofalla, Ratones, Galán, Calalaste, Mojones, Incahuasi y Cerro Blanco; y a golpes de piqueta, y a fuerza de pico y pala, recolectaron cristales de granate, aguamarina, lapizlázuli y otras piedras semipreciosas. Aunque la tozudez del alemán se transformó en un chispazo de lucidez casi al finalizar la campaña y utilizaron un tamiz de trama fina; entonces aparecieron los buscados diamantes, aunque demasiados pequeños como para despertar el interés de los operadores del mercado.

Con los datos que me aportara el Chucha terminé de armar el rompecabezas y la certeza de sus palabras volvió a encender la mecha de la intriga. En realidad, no era la cueva, sino que eran dos cuevas. Pocos días más tarde y sin ladero me dirigí al promontorio rocoso donde se encontraba la que ya había visto, frente al nacimiento de la quebrada por la que ascendimos anteriormente. Siguiendo las indicaciones y luego de hacer un amplio rodeo a partir de la pirca seca, continué bordeando el promontorio por otros cuatrocientos metros y algunos más de altura y haciendo equilibrio por una senda que parecía dibujada contra el peñasco. Por capricho de natura, una pared lateral combada semejante a la de un hornero, disimulaba la boca. Había que estar muy próximo para descubrir la entrada. Al estar más expuesta al viento, la arena estrechaba aún más el corredor; a tal punto que, al recorrerlo me invadió una mezcla de ansiedad, emoción, asfixia y desesperación. Si para ingresar a la primera necesité reptar, en ésta además de culebrear tuve que restregar la barba en la arena y en el techo del conducto. De todas formas, valió la angustia de superar aquellas sensaciones, porque después de atravesar el pasillo, que resultó de menor longitud, la cueva se abría también de forma circular y con el techo ganando altura. La iluminación natural era más escasa que en la anterior, pero alcancé a distinguir un bulto que reposaba sobre una enorme piedra plana. Al acercarme supe que las entrañas del cerro eran la tumba del Cacique. El cuerpo estaba contenido en un envoltorio, a excepción de la cara reseca y resquebrajada pero intacta y cubierta de pintura bermellón. Un grueso embalaje protector había sido formado con manojos de paja y cueros de vicuña, y a la vez, todo el paquete ceñido con anchos tientos de cuero. En ese momento asumí el privilegio de observar el paquete funerario y el interior del sepulcro de quien fuera un señor tribal, quizás el último soberano que regenteó la región antes de la llegada de los invasores.

Sobre su pecho yacía un mazo de madera en forma de martillo, símbolo de poder que seguramente habrá ostentado durante su jefatura. El cabo

del cetro estaba recubierto por símbolos grabados y ajustados al espacio entre un par de espesos cinchones de oro. Contra la pared y encima de una piedra laja se habían colocado un vaso, un plato y una cuchara del mismo metal; y a los pies de la envoltura dos mantas prolijamente dobladas, una tejida en lana de vicuña color crudo y delicada trama, la otra de lana de llama en coloridos motivos. Completaban el ajuar otros artefactos y objetos personales: un arco de madera y un atado de flechas adornadas con pintura y plumas casi deshechas, algunos pucos de cerámica de distinto tamaño y aún con restos de vegetales, y varios vasos que debieron contener agua y otras bebidas.

Por lo incómodo, estrecho y complicado que me resultó ingresar a la primera, en ésta última ocasión tampoco llevé elementos de apoyo; como cortaplumas o linterna; y temiendo que se dañase, no ingresé la cámara de fotos. Por suerte, al día de hoy no existe registro de la Cueva del Cacique, y en bien de su reposo eterno, espero haber sido el último en verlo.

El diablo

Aprovechando un fin de semana largo viajé al campo en compañía de Felipe Aybar, un cristiano amigo orillero de mi pueblo más conocido por su apodo de Monseñor. Entramos por la huella que lleva a la Mina de Unchimé con la intención de ver lo que quedaba de sus instalaciones entre el avance del monte y la rapiña de los saqueadores, luego de que quedaran abandonadas hace más de treinta años. En relación a mi ocasional copiloto, quien oportunamente no lo trató en persona y en detalle, seguro habrá de llevarse una imagen equivocada, pues el Monseñor o Felipe Aybar siempre fue un tipo que por boca propia garantizaba tener conocimientos casi universales acerca de los más variados temas que alguien pudiese plantear en discusión. Leguleyo en extremo, solía entrometerse a participar de cualquier conversación que le quedaba a mano, o mejor dicho a la oreja; y según decía, no existía asunto alguno que desconociera como para dejar de emitir opinión. Tampoco había quién pudiese superarlo cuando llegaba la hora de demostrar habilidades, porque si alguien hacía el comentario de haber cazado un chancho del monte de veinte kilos, Felipe afirmaba de manera contundente:

-El mío pesaba treinta-

Si un pescador tenía la suerte de sacar un bagre de dos jemes de largo, él retrucaba que su récord había alcanzado a medir un poco más de tres. O un gaucho hablaba de su caballo y remarcaba que era ligero como el viento, Felipe Aybar se apresuraba a taparle la boca diciendo que había tenido uno que corría tan rápido que daba la sensación de estar viendo un refucilo.

Dejamos atrás los deshechos de las instalaciones de la mina y continuamos la marcha hacia el Cerrito Calaveras, donde en la primera

de las noches nos sentamos en rueda con gauchos de los alrededores a compartir la fogata y unas botellas de vino que desfilaron de ida y vuelta. Por lo general, cuando los campesinos echan un par de tragos al buche entran en confianza y comienzan a contar historias cotidianas, unas propias y otras repetidas por terceros. Como regla implícita, en estas ocasionales reuniones sucede que quién toma la palabra imprime suspenso o arrojo a su versión intentando superar al que lo antecedió; y ésta no fue la excepción. Enseguida de calmar la sed, un gaucho de sombrero retobado comenzó a contar que una de tantas veces en su regreso de la finca del Parque de la Estancia El Rey:

-He'sufrío la persecuta di'un espanto. Viera usté lo que sabe'sé, ¿cómo no lo'va temé a esas cosa?, si son demá julero vea!-,

Y en la cuestión se prendió Felipe Aybar opinando su punto de vista:

-Y si..., si mi amigo!, no es pa'meno, no vaya a creé, ¡pero pa'más, tampoco!-, haciendo acotaciones y dejando descolocado al paisano, que demostró no estar dispuesto a permitir interrupciones. El hombre continuó sin demora:

-Es fiero de'ma pué, ¡di'noche y sin compañía! Me lo'ha salió dende atrás y con ruido e'guardamonte arañao. ¡Que'pué, trecho largo me ha'seguío y mi'hecho pasá momento demá tortuoso, vea'usté!-, vociferaba acompañándose con grotescos ademanes. Pero, como si lo hubiesen apagado terminó de hablar y quedó en silencio y con la mirada perdida, después levantó las cejas a la vez que deformaba la boca en gesto de admiración. Apuñó la botella, le dio un trago y enseguida movió la cabeza señalando que aprobaba su coraje. La pausa permitió un hueco para cualquier comentario. A un lado del muchachón, Felipe Aybar o el Monseñor, estaba sentado en el mismo tronco donde reposaba un señor mayor con el rostro delineado por una descuidada barba cana, que con aire indiferente alternaba en sus manos la tenencia de una larga varilla picoteando las brasas. Por el orden en que se venían acomodando espontáneamente los oradores tuve la sospecha de que el

siguiente sería mi ocasional copiloto, aunque al principio dudé, porque a esa hora había consumido más vino que cualquiera; es decir que ya tenía un monseñor pedo, pero aun así se las arregló para enderezarse y arrancar con su discurso. Mientras lo hacía, el Monseñor, se inclinaba hacia el señor mayor como hablándole al oído, quizás pensando en impresionarlo con su relato:

-Una noche, pa'l día las alma, se'bia hecho óscuro y cerráo, y me'bia perdío n'el monte. ¡Sí señor!, así como usté me vé 'taba justo n'un cruce i'güeyas; no tenía como alumbrí y no sábia p'ande í. 'Taba n'el chaco y no conócia nada; ni festigio e'gente había. Áhi nomá, mi sentáo bajo un árbol y mi quedao dormiendo. Al rato nomá mi'ha despertao una voz juerte, áhi cerquita de mí:

-Güena noche amigo, que'lo andaré sucediendo?-, me prieguntáo el coso, en'demientra me téndia la mano,

-Güena noche, don comué-, li'contestáo sin habé abierto los ojo y estirandolé la mía pa'chocaselá,

-¿Qué lo pasa que se me lo'ha dormío n'el suelo?-, güelto a preguntá con profundidad. Era un coso bien trajeao y en'de corbata, que decía sé de por'áhi, y me ofreció sacáme d'enseguida. Récién lo'i distinguío bien y mi'dáo cuenta que briyaba solo, así medio en colorao,

-Yo lo puedo ayudá a encontrá el camino que usté quiere seguílo por esta soledade lejana-, me ofreció,

-No gracia, dejeló nomá-, li'dicho casi enojao,

-No es molesta cabayero, vengasé conmigo-, meta insistimeló y li' dicho:

-No gracia, yo me vuá quedá acá y vu'esperá que si'haga de mañana-, li'contestáo y mi'negáo a acompañalo. Áhi mi quedáo empacao y enalertao. Entonce el coso ha empezáo a caminá yendosé, pero no ha de habé andáo veinte metro y se'ha efumáo; se'ha dehapareció. Al amanecé recién hi visto las güeya. Eran unas pata i'gayo ansí de grande cad'una.

-¡Qué me dice usted ahura, ¿haaaa?!. ¡Bia'sío el diablo difrasao que me quería yevá pa'la salamanca!-

Felipe o el Monseñor, cuando se emborrachaba podía llegar a sonar poco convincente, pero esa noche nos dejó sorprendidos y con la piel de gallina. Y aunque cargoso con su actitud, no consiguió sacarle ni una sola mueca al rostro de don Saturnino Santos. Ese era el nombre del hombre que hasta entonces había permanecido pensativo. Un antiquísimo poblador de la serranía, que como buen zorro viejo ya les tenía calculado el punto de veracidad. Saturnino Santos se paró con lentitud y estiró las piernas mientras que alargaba el brazo para asir la botella, puso un pie en el tronco y se acodó en su rodilla en tanto las miradas se iban centrando en su estampa; parecía un cura encaramado al púlpito a punto de dirigirse a la feligresía. Don Saturnino acercó la botella a su boca y le dio un beso largo; cuando terminó de paladear el vino, sus palabras sonaron a desafío:

-¡Felipe Aybar dicho se yama usted?, y l'otrito tamién. ¿Qué's lo qui'han contáo?, si como yo..., naide lo'ha tenío tan cerca, ahicito al Sataná! E' jieeeeero el mierda y jediooooondo tamién. Lo tira juego con l'olor de l'azufri y le mira con uno ojos color di'la brasa que pareci lo'stán quemaaando en'demientra lo mira'uno. E'má grandote que cualesquiera cristiano y tiene unas mano ansinota, con un'uña que parecin garra i'cóndore; andi lo toca ya lo ha partío a usted. ¿Y la cola?, ¡haaaaa!, ni se lo'magina, lo latíguia como si fuera c'un látigo; lo azotia sin piedá y capá e'riventáaale las caniya de tan poderosa qui'é. Y se'riye c'una risotada qui'hace ponéee los pelo i'punta en'demientra ostenta unos colmiyo má grande qui majano viejo, y le chóoorrian las baba por la quijadota barbuda. No tieni los piese di'humano, sino pesuñota y pata i'carnero, y sabi'andá como bailandoléeengüelta di'uno, moviendo un cornamenta di'güelta y media, que no la'i visto a dengún animal-, hizo una pausa que duró lo que dos tragos largos y continuó:

-Un di'noche vénia cabalgando solo, arriando l'hacienda qui'andaba hech'un respádamo pa'lao la finca La Cueva. Ya'stába güelviendo y se me lo'hecho tarde y cerráo. Cuando i'mirao pal'alto, 'taba meta rejucilo y trueno y córria mucho viento, 'tonce mi'empresentao n'una casa vieja que'stá pa'l otro lao el Cerro Bayo. N'esa casa no vive naide hace tantísimo tiempo. Me'bian dicho que sábian asustá po'que sábia sé di'un bruja qui'un día l'han hayao muerta, retóoorcida entera, c'un gato en la boca y un lechuza en cada mano. S'ocasión que lo digo era noche di'ánima, pero la tormenta ya'stába ahicito y me vénia pechoniando, ansí que mi'apeao bajo di'una tala grande que da pa'l frente. Li'atao mi cabayo y li'sacao l'apero pa'hechále dibajo un techito que queda áhi entuabía. Endijpué i'juntao unos palito seco pa'podé priendélo juego. Ya me'bia repantigao a l'oriya pa'calentáme, cuando 'taba largandosé l'agua. En'derpronto lo i'visto reculá al cabayo tironiándo el tiento, y al segunda vé lo'ha cortao y ha'salío juyendo pa'l monte. Cuando mi parao pa'reaccioná, dende atrá di'un matorral se me lo'apareció el mismo diablo. Áhi mi quedao duro, impresionao por l'aparicionamiento. Me miraba y se réia y se relamíba con su lengua i'víbora. 'Tonce mi persinao y li'evocao a Diosito y la Virgen, en'demientra se me lo acercaba despacito. Yo i'sacao el puñal con cruz i'plata y me lo i'puesto n'el pecho ¡meeesmo que crucefijo!, ¡áhi si'puesto serio el mierda!. 'Tonce mi'ha dao n'atropeyada y mi'ha tiráo un brazada pa'ventiáme con la capa, y mi'ha vóltiao culo p'antarca c'una latiguiada n'el garrón. Antesito que me pueda paráme ya me'bia claváo la garra n'el hombro y mi'empezao a tironiá pa'yevame pa'l monte. Tantísimo dolor como nunca en'ante. 'Tonce en la tironiada, como si mi'habiera iluminao Diosito li'atravesáo di'un puñalada el brazo. Empezao ha humiá y chispiá, y se lo'piyao con l'otra mano y ha salío juyendo p'al monte, ¡meeesmo que perro azotiao con su cola entre las pata!-

El exclusivo auditorio, dispuesto alrededor del fuego, permaneció inmóvil y en absoluto silencio durante un buen rato luego de escuchar el inusual episodio. Don Saturnino Santos había concluido su narración y con aura de satisfacción empinó la botella para beberse el resto. Después, a la luz de las llamas se abrió la camisa y descubrió su hombro izquierdo, dejando ver una horrible cicatriz que, entre desgarros y quemaduras, se lo cubrían completamente.

El primero fue Segundo

A mi viejo camarada, el gaucho Crisanto Castillo

El comisario del destacamento policial de La Estrella tuvo que trasladarse de apuro hasta el paraje Pozo del Pato con una dotación de cinco agentes a ocuparse del lamentable asesinato de una pareja de vecinos muy conocidos en la zona. Luego de que los uniformados permanecieran en el caserío por espacio de dos días llevando adelante algunas investigaciones, mediando la mañana del tercero, el comisario anunció que afortunadamente tenía el caso resuelto. El sitio del sangriento incidente ocurrido en el transcurso de una noche calurosa, había sido el interior del surtido almacén que abastecía a los habitantes de la región. La costumbre de don Enrique Cabezas al marcharse el último de los parroquianos, era recorrer la casa cerrando y atrancando puertas y ventanas, pero de alguna forma y quizás mediante engaños alguien había entrado para despenarlo junto a doña Juana, su compañera de toda la vida. Era un boliche que desde muy temprano atendía la nutrida clientela que variaba entre lugareños y peregrinos que vivían o andaban de paso en el Pilcomayo. Don Enrique y su mujer hacían trueque de azúcar, yerba, ginebra y tabaco, harina y arroz por plumas de avestruz y cueros de animales; dado que muchos no podían pagar en efectivo. Como única proveeduría estable, la casa de los Cabezas funcionaba además como posta de viajeros y pulpería, aunque todavía no disponían de espacio para hospedar a los viajeros.

Queriendo despuntar el alba en la madrugada del hecho, un paisano de las inmediaciones llegó a dejar un par de atados con cueros de zorro por cuenta de retiro de mercadería. El campesino golpeó la puerta en un par de ocasiones, pero no tuvo respuesta alguna, ni los

perros ladraron. Extrañado del silencio esperó un rato antes de decidirse a entrar por la galería del fondo y tocar las manos mientras llamaba:

-¡Güen día doña Juana, güen día don Enrequi!-

Fue el momento en que arribó un grupo de paisanos y el hombre se les aproximó alarmado a comentarles que parecía no haber nadie, aunque raro resultaba porque ni los perros habían ochado. Los recién llegados desmontaron y cruzaron por la galería hasta la puerta apenas abierta. Volvieron a tocar y a llamarlos por sus nombres, pero los apabulló el silencio. Sin que terminase de clarear y con el interior aún oscuro, uno de los muchachos encendió el farol a kerosene y entornaron la hoja. El haz de luz que se filtró iluminó los cuerpos tirados en el suelo y cubiertos de sangre; no se atrevieron a entrar. Casi a media mañana regresó con su animal a todo galope, el que había ido al destacamento a dar aviso del macabro hallazgo. El comisario con una escolta de cinco milicos llegó en menos de una hora y se abrió paso entre los vecinos y curiosos que se agolpaban. Haciéndose ver, con un saludo de apuro entró a recorrer la casa y luego inició el interrogatorio, mientras un par de agentes y algunos comedidos retiraban los cuerpos. Más que el desorden en el almacén llamaba la atención el revoltijo que habían dejado en el dormitorio en su búsqueda empeñosa.

En la habitación de una estancia que distaba un cuarto de legua de la mencionada posta, improvisaron la oficina del comisario. Con sus modos limitados y sin método alguno comenzó a entrevistar a quienes encontraron los cadáveres y luego continuó con los demás presentes, tratando de saber si habían visto algo raro en los días previos. Después, algunos lugareños de Pozo del Pato se encargaron de hacer circular el comentario de que el señor comisario y sus agentes eran por demás empeñosos en su trabajo y que entonces volverían a dormir tranquilos gracias a su agudeza y poder de deducción en aclarar el hecho. Brillaban los primeros resplandores de sol y el comisario ordenó al sargento y dos agentes que se ocupasen de buscar huellas y rastros por los alrededores.

Los milicos fueron de mala gana cuando el calor ya se hacía sentir, así que solo desmontaron un par de veces para verificar y discutir algún indicio y volverse rapidito. En la cerrazón de la noche, la numerosa caravana de investigadores se orientó a las cercanías de la turbia correntada y rodearon una miserable choza de rama y barro donde vivía el mataco Marcelino. A la mañana siguiente, el veredicto del comisario sonó tajante:

-¡Señore, no hay más qui'hacé ni'decí. L'asesino de los finao es l'indio Marcelino y el caso 'tá cerráoj-, dijo dando un puñetazo en la tapa de la mesa que hacía de escritorio. Marcelino era uno de los tantos de su etnia que vivía en la espesura del monte y solo iba al almacén en contadas ocasiones, por lo que no entendió cuando lo detuvieron. De pronto estaba acusado de ser el autor del homicidio y posterior robo, que eran la causa del revuelo. Mientras terminasen de aclarar su situación y como principal sospechoso, seguiría atado y engrillado en el rincón de un oscuro cuartucho, luego de que un par de milicos brutos le diera una soba a rebencazos y patadas para obligarlo a que confesara haber sido el autor.

Segundo Sarapura era un gaucho de mediana edad, criado entre vacas y caballos, y andando por cerros y cañadas de La Trampa, Palomitas y la cerrazón del Moruno en el Valle de Cianca. Además de renombre en el mañoso y rebuscado oficio de rastreador, Sarapura había llegado trabajando como peón de un arreo que descansaba en las cercanías. Se había arrimado a comprar avíos en la posta y se enteró de lo sucedido. Conmovido por el triste e inusual suceso, fue uno de los que ayudaron a retirar los cuerpos. Queriendo saber si podía colaborar en alguna otra cosa se aproximó a la ocasional y precaria oficina, y entre empujones y codazos pasó por entre el gentío. Al detenerse bajo el dintel, se quitó el sombrero y a modo de presentación, dijo:

-Güenas tarde don comesario, permiso-

El funcionario que se encontraba sentado y de espaldas, al escucharlo giró lo necesario para mirar de costado y responderle con su acostumbrada mala forma:

-Güenas han sé pa'vó-, y con peores modales, -¿quién decí que só que no te'andoy conociendo?-

El forastero se enderezó inflando el pecho:

-Soy Segundo Sarapura de los pagos del Cianca don comisario. 'Tamo de pasada nomá, pero'stoy pa'servíle señor. 'Toy conchabao de arriero pero más mejor soy rastrando-

Sin moverse de su asiento, la autoridad volvió a mirarlo de arriba a abajo y también al revés y en tono socarrón preguntó:

-¡Ahá!, y..., decimélo un cosa Sarpura. ¿Se puede sabé quién te ha yamáo?-

Un tanto incómodo por la sinceridad de la pregunta y alguna que otra risa aguantada que sonó detrás, Segundo Sarapura respondió:

-Disculpemé don comesario, pero quiero sabé si es que lo puedo ayudá pa'encontrálo al que ta'buscando-

-¿Y en qué querí ayudá?, si es por l'asesinato d'Enrequi y su mujer, ya lo'mos atrapao l'asesino y es al puro cuete si querís pechá..., ¿comu dicho que te yamá?... ¿Sarpura?- observó poniéndose de pie. Sarapura ya había desplegado sus conocimientos en una rápida caminata a escondidas antes de ir a verlo y como algo no encajaba en el cuadro, insistió:

-Disculpe don comesario que otra vé lo pida, per'oiga, dejemé vé ande lo'han dao muerte a don Enrequi y doña Juana. Endispué veremo al detenío-

El funcionario no ocultó la molestia urticante provocada por la testarudez del inoportuno desconocido que había caído como una piedra y comenzó a caminar para el lado de la puerta con los brazos en jarra y los pulgares enganchados al cinturón. Segundo Sarapura lo vio venir y retrocedió un paso luego de empujar como pudo a los que estaban detrás. Entonces lo escuchó:

-¡Pero na'vé Sarpura, ¿vó'no tení que má'mierda hacé que metéte ande no t'importa?, ¿ni ande no te'han yamao?. Vó Sarpura va'sé el primero en salí rajando!-

-¡Yo nada más quiero ayudá. Pa'que sepa, yo también le conocía a don Enrequi y a doña Juana!-, respondió frenando su prepotencia. El comisario advirtió que con jetoneadas y pechoneadas no resultaría sencillo persuadir al criollo que permanecía firme y convencido de lo que decía. En presencia de tantos allegados y lugareños accedió, aunque con advertencias:

-Mirá Sarpura, lo que'tas pidiendo 'tá bien. Andá pa'vé. Andáte ahura c'uno de lo agente. No, na'vé sargento, vayasé con Sarpura pa'vé lo que quiere vé; y guay que toquí lo que no sea e'tu cumbencia Sarpura, ¿támo?-

El rastreador asintió y salió caminando detrás del milico que rengueaba a causa de la herida que le abriera un tiro de escopeta en la rodilla, años atrás y cuando con el grado de cabo participó de una trifulca contra una banda de cuatreritos que andaba haciendo desmanes en las fincas de La Estrella. Los milicos rasos a escondidas se referían al sargento llamándolo "el indeciso", porque decían que no sabía si quedarse abajo o arriba.

Una vez en la posta entraron a la habitación en la que todavía se alcanzaba a ver un par de enormes manchones rojizos sobre el suelo apisonado; después pasaron al cuarto de la cocina, de allí a otro contiguo en que guardaban mercadería, y por último, al dormitorio. Recorrieron el almacén y pulpería. Segundo Sarapura permaneció ensimismado y callado todo el tiempo; deteniéndose largo rato y reclinándose a escudriñar el suelo en contadas ocasiones: el lugar donde degollaron a los perros y donde dejaron tendidos a sus amos. Al rengu entrometido, custodio e inquisidor le respondió varias veces con un desgano "ajá" y sin detalles ni datos. Una hora más tarde Segundo Sarapura entró al cubículo en que el acusado se retorció de dolor, aun sangrando y atado como un matambre. Lo ayudó a sentarse en un

banquito, sacó papel y tabaco, armó un par de cigarros, raspó el yesquero y encendió el que le colocó entre los labios; después de encender el suyo le hizo un par de preguntas y pidió al sargento que le desatase las manos. A Marcelino le dijo que extendiera sus brazos e hiciera un movimiento en forma de medialuna. Antes de que el milico volviese a maniatarlo, Sarapura le ofreció un trago de ginebra y saliendo de la celda le arrojó la guayaca de coca para ver como la atajaba. Entonces achicó los ojos, se ajustó el pañuelo y el sombrero, montó su caballo y salió rumbo al rancherío donde vivía el matabaco. Pensando en las muchas cosas que tenía para aclarar en tan poco tiempo, al atardecer regresaron a la improvisada dependencia. El rastreador se aproximó a la autoridad y con la seguridad del hombre que sabe, apuntó:

-¡Don comesario, disculpemé que lo'diga pero tiene detenío un sujeto equivocao!-

-¡¿Qué mierd'é lo'que 'tas diciendo Sarpura?, ¡aclaremélo carajo ante que ti'aplique las jineta y ti'saque rajando o ti'haga engriyá!-, Sarapura no espero una nueva invitación al ruedo:

-¡Ya'nomá hai'sé que se'lo vua'clará comesario. Yo i'stao con los finadito, i'andao 'vestigando y li caminao la casa 'e los dijunto y tuito en'derredor. Tamién el rancherío ande vive el Marcelino. Y no ha sío el que usté lo'stá carculando!-

-¡¿Cómo?, 'tás diciendomé que nu'á sío el Marcelino?!-

Segundo Sarapura, con parsimonia de gaucho cerrero y llanero comenzó a explicar el porqué de sus afirmaciones en su intento por salvar a Marcelino de la complicada situación en que lo habían enredado:

-Primer qui'nada, no lo conozco indio qui'ande montao dí'a cabayo. Y n'el montecito ese qui'da pa'la posta como d'entrando de lao el río, pero en medio l'espesura, hay güeyas di'hace tres día. Eran de cuatro animales y de dos tipo calzando bota. Eran dos alazán, un tobiano amarronao y un cenizo, animale crioyo y con herradura. A los perro lo'ha matao dentro la casa alguno que le'ra conocío. L'otra cosa es que de

l'almacén se han yeváo mercadría y bebida, y en del Marcelino no hay nada d'eso. Los indio cuando tienen pa'comé y pa'chupá no l'escuenden ni l'importa nada, se lo comen y se lo chupan todo áhi nomá. Asegún dice la paisanada que'l Marcelino no trajina cuchiyó, y a los finao lo'han muerto con'uno di'hoja grande. El que ha dijuntaio a don Enrequi y doña Juanita tamién es más pesao, de más altor y más gordo. Endispué, tamién lo qui'han dentrao se'han yevao la plata en alforja, y uno s'ido montao como pa' l'Estreya, l'otro ya ha sacao ventaja y 'ta juyendo rumbiando pa'l norte yevandosé l'otro animale-

-iNa'vé Sarpura, 'tás hablando mucho y 'toy entendiendo poco!-

-Don comesario, por lo qui'visto, el mataco no ha querío tomá giniebra cuando se li'ofreció. Tampoco hábia mercadría ni plata n'el rancho d'él. Las güeya pa'dentro la casa de don Enrequi son de bota y el Marcelino anda con ambargata vieja con la planta casi por la mitár-

Poniendo su mejor cara de sorpresa, el comisario exclamó:

-iPero no ha'i sé que me haiga equivocáo tan julero, carajo!-

-Pare que si don comesario. Y lo digo que'l tipo ha sacao los carguero del monte ya en'de madrugada. El que ha dijuntaio la pobre gente tiene como dos metro di alto y empuña zurdo, el Marcelino es derecho, pa'que usted sepa-

El comisario, sin otros argumentos a mano con que cuestionar las conclusiones del rastreador, tampoco pudo persuadir a los que hablaban de organizar una partida encabezada por Sarapura para darle alcance al asesino. Así que tuvo que sumarse con los agentes a los dieciocho enlistados que saldrían del caserío bien temprano el día siguiente.

Después de unas cuantas leguas, Segundo retuvo a su caballo haciéndolo marchar al paso para mirar el suelo buscando alguna señal. Cuando encontraba algo lo anunciaba en voz alta, aunque la verdad era que nadie veía lo que él:

-Aquí sí'ha parao pa' dormí sin hacé juego-,

Tres leguas más adelante, siendo casi de noche y siguiendo las pisadas del que huía, llegaron a un enorme bañado. Las marcas de botas y herraduras se perdían en el agua. Anticipándose a cualquier comentario, el comisario vaticinó:

-Güeno, ha'i sé que me parece o se'stá por terminá la persecuta-

Sarapura, sin prestarle una pizca de atención al rebuzno del uniformado, le dijo al resto que había que desensillar y pasar la noche. El rastreador se quedó hasta tarde rumiando sus conjeturas, y las primeras luces de la mañana lo encontraron caminando dentro del bañado observando los alrededores. Se internó hasta un macizo pajonal, luego hacia un islote de totoras al que miró una y otra vez y continuó caminando con el agua en la cintura. Se acercó despacio a la orilla hasta pisar terreno firme, caminó casi acuclillado hacia uno y otro lado, permaneció quieto unos segundos y dijo:

-N'esta costa ha salío y s'ido pa'ese monte-, señalando la arboleda que tenían por delante. Los de la partida, mirándose asombrados siguieron sus indicaciones y fueron dejando atrás el bañado para internarse en la espesura achaparrada. Demoraron el resto del día para atravesar el terreno cenagoso, y antes de la oración acordaron dejar descansar la caballada y que algunos salieran a cazar algo con que preparar la cena. El comisario asignó parte de las tareas para que las hiciesen de a cuatro, entre civiles y milicos: desensillar y atar los caballos, juntar leña y encender el fuego.

-Y na'vé si'siapuran ché. Yo vuá d'ir a vé si cazo algún animalito. Que pa'cé tiro mejor andá en grupito día'uno. Yo vu'í p'ande 'tá caendo el sol-, dijo desenfundando su carabina y madrugando otras decisiones. Antes de irse agregó:

-Quién va'í pa' l'otro lao-

Uno de los muchachos le respondió:

-Acá se vamo a repartí las arma pa'que no se tirotiemo entre nootro-

Aparte del comisario que dijo iría hacia el Oeste, salieron tres gauchos con armas largas y cada uno orientado hacia un punto cardinal. Aun habiendo tomado la precaución de que en ningún momento pudiesen andar cerca o cruzarse y correr peligro, una de las primeras detonaciones que se escucharon picó en el tronco de un quebracho a dos pulgadas por encima del sombrero alón de Sarapura, que se había alejado a un tiro de piedra correteando un quirquincho bola. El rastreador se quitó el sombrero y sentado en sus talones se quedó inmóvil y callado. Recién emprendió el regreso a medida que la oscuridad abarcaba la inmensidad del campo. Hasta entonces fueron varios los disparos que se oyeron provenientes de distintos puntos. Cuando Segundo Sarapura apareció en la ronda del fogón con su pequeña presa ya limpia, los demás terminaban de carnear un acutí y un par de corzuelas gordas. Uno de ellos le preguntó:

-Eh don Segundo, ¿and'istaba?-

Sin dar señales de lo sucedido:

-Quirquinchiando por'áhi-, respondió. Lo dejó sobre el rescoldo y se acomodó a la par de los que estaban pendientes de las brasas. Le asentó fijamente la mirada al comisario, cuando con cierto aire de absoluto provocador y oculto traicionero, comentó:

-Se me lo hace qui'hoy i'visto una anta y no li podía dá, se juido nomá-

Sarapura cortó el camino para hacerle saber que tenía la completa certeza de que el disparo que astilló el tronco de quebracho buscaba su cabeza:

-Usté don comesario capá que lo'apuntao muy arriba. A l'anta hay que pegálo n'el codiyo pa'que caiga áhi nomá, sino cuerre pa'l monte y no le ve nunca más, Será qui'usté lo ha hecho al tiro dí'atrás. Y vea qui'es raro que haiga habío un solo, si l'anta es animal qui'sabe andá entropao-

El uniformado, sabiéndose descubierto en su fallido intento solo atinó a bajar la vista. Sarapura agregó a modo de advertencia encubierta:

-La próxima vé que lo vea un'anta, tengaló mucho cuidao don comisario, es bicho por demá jodido y atropeya lo qui'venga. Así que apunteló di'frente y no li'yerre-

Al día siguiente comenzaron a marchar por terreno arenoso, y quizás, no les permitiría saber si alguien había pasado. Bajo un sol implacable que hacía ondear el aire por encima del suelo, Sarapura supo enseguida que el perseguido había intentado limpiar sus huellas, atando con un lazo un manojo de ramas que había arrastrado el último animal de la caravana. Se arrodilló, apartó un manchón de yuyos y sus ojos se achicaron antes de avisar:

-Se'ido pa'queya arboleda, y ya más apurao el ladino-

El comisario iba cada vez más intrigado con los decires de Sarapura, entonces preguntó:

-¡Che Sarpura..., decíme, como mierda sabí que's el que buscámo y qui'anda como vó mismo 'tas boconiando?!-

-Vea don comesario, tengo pa'mi habé muchos año de rastriador. Puedo güeyále'n cualquier lao y de seguro que no mi'equivoco. Hast'ahura nunca ha pasao. Y lo digo que 'tamo 'trá del coso que falta-

Su respuesta tajante y directa lo dejó mudo y conteniendo la respiración. La partida continuó la marcha guiada por nada que no fuese la intuición de Sarapura, y lo siguió siendo durante el largo trecho hasta que de nuevo encontró las huellas. En suelo algo más firme el fugitivo había hecho caminar a sus animales en redondo para que formasen un amplio círculo, dejándolo como talco. Tardó un buen rato en entender la treta del asesino, al ir largando los caballos de a uno y hacia distintos rumbos. Aunque a cierta distancia, las huellas de todos los animales volvían a mezclarse y a formar otro círculo de mayor tamaño. El

rastreador localizó unas marcas de botas que se alejaban del sitio y terminaban contra las raíces de un árbol seco que mostraba señas de haberse caído a causa de un rayo. Observó el tronco sin ramaje y caminó a la vuelta mientras se rascaba la barba rala que le sombreaba la quijada. Aparentemente dudaba, pero aquella era una actitud que le nacía del caracú, según dijo después, cuando buscaba que se le iluminase la sesera al repasar las más rebuscadas y difíciles artimañas utilizadas por los prófugos en su afán por despistar. El comisario, tal vez sin darse cuenta volvió a cometer una equivocación estúpida al soltar una grosera carcajada que sonó a regocijo:

-¿Y Sarpura?, ¿ahura qué'vas decíno?, ¡que'l coso s'ido volando mesmo qui'un pájaro?!-

Sin atender el comentario, Segundo Sarapura caminó a la par de las huellas que dejara marcadas el asesino, marcando las suyas. Se retiró a un lado para las miraras y rodilla en tierra las comparó. Volvió a caminar y a miraras, y otra vez rodilla en tierra con todos los sentidos apuntados. Los demás voluntarios, aunque intrigados no dijeron una sola palabra. Sarapura se puso de pie acomodándose el sombrero y luego de morder el acullico, escupió:

-¡El hij'unagranputa sí'ha güelto pa'atrá!-

-¡¿Cómo decí que'hecho?!-, preguntó inquieto el comisario,

-¡Qui'ha caminao dende aquí pa'l tronco y endijpué sí'ha güelto sobre su mesma pisada, ¿qué no lo ve la projundidá? Fijensé'n las güeya, ha marcao lo mesmo la punta qui'el talón. La punta cuand'iba pa'l tronco y el talón cuando ha reculao!-

-¡¿Ahá?!..., pero bué!, si el coso'ese ya s'ido a la mierda, di'aquí nomá se volvemos nosotros. Total...,¿pa'qué vámo ha seguí siguiendoló?-, acotó. El resto de la partida, habiendo escuchado las razones que el rastreador les diera con tanta seguridad y confiando en su palabra, opinaron a viva voz:

-No don comisario, sigámo como dice don Sarapura que lo vamo a piyá'l sinvergüenza-, dejando entrever que había disminuido el

respeto hacia su investidura y persona, por mostrar tanta indiferencia durante la misión.

Dos días más tarde en los que andar recorriendo los contrafuertes de la selva les habían resultado insoportables por la humedad y las alimañas, la columna ingresó a un humilde y triste rancherío asentado a la costa del Pilcomayo; en la orilla del lado paraguayo se ubicaba un caserío de iguales condiciones. Con disimulo el comisario venía retrasando su posición en la hilera de jinetes que se movía por la picada abierta a machetazos, y al quedar casi en último lugar, le dijo al que pasaba por su lado:

-Me'stoy haciendo encima carajo, andoy con la tripa floja de tanto matiá-, haciendo desviar al caballo para perderse de vista. Nadie lo echó de menos en ese momento. Desde media legua antes de entrar al rancherío, Sarapura encabezaba la marcha montando en una curiosa posición; echado a lo largo del cogote y pisando un estribo, el otro pié sobre las ancas del animal. Con la cabeza a la altura de la cincha y fijando la vista, luego de que al pasar por un corral de palos identificara los caballos del prófugo. Recogió las riendas para hacerlo detener delante de una casucha de palos y barro con puerta de tablas. Enderezó la osamenta sobre la silla y habló muy despacio advirtiendo a los demás:

-Acá'dentro 'ta el coso que buscamo-

El gaucho malandrín que se había desentendido de la caballada utilizada en la fechoría se había dormido dominado por el cansancio mientras aguardaba el regreso de la única chalana disponible para cruzar el río. Los de la partida corrieron la voz y a pesar del agotador trajín, desmontaron y rodearon el aguantadero. Gauchos y milicos patearon la desvencijada puerta y entraron a los gritos, y sin resistencia ni forcejeos, sacaron a empujones al criollo. Sarapura se le acercó y caminó en redondo clavándole la mirada de arriba abajo. Amagó con darle un golpe en la cara y el acusado levantó su mano izquierda para protegerse del puñetazo que nunca llegaría. Con voz segura dijo:

-Est'és el qui'ha dijuntiao a don Enrequi y doña Juanita. No l'erro ni por un tranco i'poyo-

Los de la partida dijeron furiosos:

-¡Asesino!-, -¡Azotienlón!-, -¡Que azotiada ni azotiada, le linchemo áhura mesmo!-, exigió el más bravucón y su decisión de ajusticiarlo fue apoyada por otros que manotearon lonjas y lazos rápidamente. En el revuelo, uno de los agentes que había vuelto a entrar en la tapera salió cargando dos juegos de alforjas con el dinero robado, por detrás apareció uno de los gauchos arrastrando dos costales llenos de mercadería:

-¡Áhi dentro quedan otro costále más!-

Entre cuatro maniataron al robusto delincuente, que viéndose perdido buscó al representante de la autoridad:

-¡Don comesario, ¿y ahura?, ¿me va dejá colgá?!-

Al escuchar su reclamo cayeron en cuenta de que el comisario no se encontraba entre ellos. El que había quedado como último jinete de la fila hasta el instante en que el comisario se iba reculando, desembuchó:

-¡Se'ha desviao e'la güeya antesito 'el corral. Dicho que lo'bía agarrao la cagadera!-

Sarapura entendió al vuelo la maniobra:

-¡Muenten conmigo pa've si l'agarramo, que'l comesario también 'ta metido-

Siete gauchos arrancaron al galope y siguieron la carrera del rastreador; enseguida quedaron cubiertos por una densa nube de polvo. No tardaron en ubicar la senda que había tomado, y protegiéndose en los guardamontes pecharon en tropel el ramaje y los arbustos hasta el arenal en la playa. Detuvieron los caballos en abanico y con una formación como ensayada, y estupefactos presenciaron los instantes finales del comisario y su animal que libraban una desesperada lucha por evitar ser tragados por un remolino traicionero.

El único que no...,

Alguna vez y por esas vueltas que da la vida, me tocó trabajar en un aserradero que estaba radicado en el polvoriento y detenido pueblito de General Ballivián; a mitad de camino entre Embarcación y Tartagal. Allá por los años 80 el mencionado centro urbano estaba lejos de contar con destacamento de policía, sala de primeros auxilios, juez de paz y hasta de un cura. Tampoco había teléfono ni radio, y quién no disponía de un vehículo estaba completamente aislado en la profusa y enmarañada selva que rodeaba el caserío. La mayoría de las construcciones habían sido levantadas con costaneras descartadas de los troncos aserrados. Dos estaban hechas con adobes y la del intendente desentonaba del conjunto, era de ladrillos y tenía aire acondicionado.

Durante los días de semana llegaban camiones procedentes de los distintos obrajes y los choferes acostumbraban estacionarlos en el playón para descargar los rollos seleccionados por tipo de madera. Una tarde, casi cerrándose la oración, Leocadio y su ayudante de turno, el Tontín, entraron con el último viaje. El chofer detuvo el camión cerca del tinglado faltando pocos minutos para las ocho de la noche, aunque, era verano y aún había buena luz natural. Los aserradores y unos cuantos obreros recién se estaban retirando. Tontín cerró la puerta del camión:

-¡Leo, hago andá la máquina y los descargámo ahora nomá!-,

-No Tontín, ahora no-, respondió Leocadio mientras con un trapo se sacudía la tierra de los pantalones. En realidad, no había apuro, ya que podían descargar al día siguiente, pero Tontín no le llevó el apunte y comenzó a aflojar las cadenas. La última que soltó fue la del medio, y en vez de protegerse debajo de la caja del vehículo se puso hacia afuera

y en cuclillas. Al momento en que la desenganchaba sonó el grito de Leocadio tratando de advertirle el peligro, aunque si Tontín lo escuchó, no tuvo tiempo de nada. Lo que sucedió después, sucedió en centésimas de segundo. El palo que coronaba la carga se descolgó de punta y se clavó en tierra por el extremo cercano a la cabina. Quizás fue eso lo que sucedió, quizás haya sido impresión de cada quién lo vio. Me dio la impresión de que el robusto tronco de curupay iba a quedarse en equilibrio, suspendido, quieto y como había crecido..., pero finalmente cayó. Antes de quedar estático en el aserrín, golpeó de lleno el pecho del pobre Tontín. No hubo ruidos, no hubo gritos ni quejidos. Ocurrió de pronto, con un golpe seco, sin rebotes. Sin lamentos ni demandas, sin lamentos ni puteadas, y sin tiempo para el asombro; nada. El infeliz quedó tendido boca arriba, con los brazos en cruz y el pecho destrozado.

En la humilde casita de los Ordóñez, al otro lado de las vías del ferrocarril y después de que el médico forense de Tartagal llegara con un par de agentes de policía a certificar su muerte, sobre un mesón rodeado de velas y cubierto por una sábana, yacía Tontín. Su madre había colocado en el suelo y como única ofrenda, algunos manojos de flores silvestres, amarillas, lilas y blancas, acomodadas en latas y jarras. Afuera en el patio, ardía una fogata. Unas bancas de madera dispuestas en redondo se fueron ocupando lentamente con familiares, vecinos y compañeros de trabajo. El padre del difunto me agradeció por ocuparme de los trámites legales y me invitó a cenar. Rato después destaparon el horno y sacaron dos asaderas enormes, las colocaron encima de un tronco que utilizaron de mesa y se ocuparon de trozar el lechón. Muy poco tardaron en hacerlos circular entre la concurrencia, y hubo que comerlo con las manos. Por detrás de aquellos bandejeros y con disimulo, pero muy generosos, dos muchachos con sendas damajuanas pasaban sirviendo vino tinto y vino blanco. Terminada la cena, con menos recato y como por arte de magia, aparecieron unas botellas de licor, varios platos desbordantes de coca, bolsitas de

bicarbonato y paquetes de cigarrillos rubios y negros de diferentes marcas; todo a cargo de los dolientes. Faltando un cuarto de hora para la medianoche, empezaron a retirarse las viejas, los niños y algunos vecinos que, comidos y bebidos, habían cumplido rezándole al muertito. El triste murmullo del principio fue aumentando de volumen, y con el paso de las horas tornó en bochinche moderado. Tarde en la noche se había formado una sola rueda, y entre trago y trago los aveloriados que quedábamos nos fuimos turnando para contar cuentos. Tarde en la noche el velorio se había transformado en una verdadera fiesta de la que, el único que no participaba, era su principal protagonista.

¿Qué tal el viaje?

A mi amigo Víctor Salas y a la memoria de Chabela

“La Orilla Angosta”, era el nombre de una enorme finca ubicada en el valle Calcháqui camino abajo de Seclántas, a la que Gregorio Pereyra había escuchado mencionar en varias oportunidades en comentarios que alababan los rasgos coloniales acriollados de la casona que siempre había sido el centro de la estancia. Esos mismos comentarios resaltaban lo grosero de su extensión, pues decían que la superficie superaba las setenta y cinco mil hectáreas desde que fuera cedida en merced allá por los años del 1600, aunque posteriormente fuera enajenada por uno de los tantos sucesores. De toda esa extensión solamente podían cultivarse las sesenta hectáreas que formaban un angosto pero extenso callejón sobre la margen derecha de la corriente de agua, el resto eran un suelo árido, en el que no crecía otra planta que las duras especies nativas. El casco de la finca era una amplia y antigua casa de sólida construcción que mantenía la línea original, aunque reconstruida íntegramente en el ocaso del siglo XVIII luego del gran alzamiento Calchaquí, que arrasó con la primera fortificación al querer hacer valer sus reclamos y rechazando los atropellos con que hasta entonces los habían sometido. Sobre unos descomunales cimientos de piedra se habían levantado gruesas paredes de adobe revocado que alcanzaban los sesenta centímetros de espesor. Otro detalle muy particular era que todo lo hecho en madera se había tallado en algarrobo: dinteles de puertas y ventanas y sus hojas, las vigas del techo y el barandaje que guardaba las galerías. El cierre de la estructura del techo se había armado con vigas labradas en crudo y mostraba un revestimiento de cañizos por cielorraso y con una prolija cubierta de tejas de chunca que mostraba una pátina verdosa por el paso del

tiempo. El piso de las galerías en arco era el original, con baldosas de cerámica fabricadas y cocidas en el lugar.

En el dintel que coronaba la entrada principal se podía leer: “Año de Nuestro Señor, 1658”, como antaño se acostumbraba. Casi rodeando la construcción se alzaba un repolludo bosque de algarrobos que en el verano cargaba vainas amarillentas, mientras avanzaban lentos ocupando el suelo circundante. El resto de la extensión, que a partir del río Calcháqui incluía las tres cadenas montañosas siguientes hacia el poniente, no pasaba de ser un páramo, salvo por unos oasis formados en el discurrir de unos arroyitos que alcanzaban a desarrollar una vegetación algo más profusa.

Gregorio aprontó su viejo Jeep IKA o Sapo Yuto como le decía, y aunque tenía el motor fundido armó el viaje a la Orilla Angosta llevando de copiloto a su amigo el Cordobés, que a la vez arrastró a su hermano, el colorado Horacio. Entre los tres se lamentaban de la ausencia de Pepe, amigo en común que había desistido al viaje por una fuerte angina. Como suele suceder al comienzo de cualquier convivencia, las relaciones anduvieron bien hasta el momento en que pincharon una rueda y el copiloto rezongó con las primeras palabrotas; aunque al ver la rapidez con que Gregorio y su hermano la reemplazaron, todo volvió a la calma. Enseguida entraron a circular por el escabroso y serpenteante camino que trepaba la Quebrada de Escoipe envueltos en una espesa polvareda, y recién pasado el mediodía pudieron superar el Pie de la Cuesta. Largo repechaje de casi seis horas, aunque tuvieron que aguantar con estoicismo otras cinco de traqueteo para vencer la pronunciada pendiente; pues en cada curso de agua que atravesaban debían detenerse y agregar agua al radiador. Entonces con Horacio escuchaban a su hermano diciéndole a Gregorio:

-¡Che Goio, ¿cómo has hecho pa'comprar esta basura?, ¿te lo'ha recomendado el enemigo?!-, a lo que Gregorio ni se molestaba para responder. Llegaron al pueblito de Cachi tarde en la noche, agotados y

con las barbas blancas de tanta tierra asentada después de viajar catorce horas con un sinfín de paradas, y se alojaron en una cabaña, donde luego de una ducha y cena relajadoras, durmieron sin dirigirse la palabra.

Al día siguiente vieron el paisaje espectacular que los rodeaba, y recuperaron el entusiasmo y el habla antes de continuar valle abajo por un camino más polvoriento que el anterior. Cuando entraron al pueblito de Molinos, completamente desierto a las tres de la tarde, Horacio miró a su derecha, luego a su izquierda, y al no ver ser viviente alguno preguntó con estupor:

-Che Goio, ¿esto siempre é s'así?-,

-No, a veces es peor-, le dijo en broma,

-¿En serio Goio?, Y que mierda'ce la gente acá?!-, preguntó más intrigado.

-Vive tranquila y como puede. Cría chivos y ovejas, toma vino y festeja los carnavales y su Santo Patrono-, le respondió en tanto detenía el jeep e ingresaba a un boliche a compró una damajuana de vino tinto elaborado en una bodega casera; un vino espeso como sangre de toro. A media tarde llegaron al displayado del Churcal para cruzar el río, que en esa época tenía un caudal superior al habitual. Gregorio dudó y le comentó a los hermanos la alternativa de hacer un rodeo de 20 kilómetros para pasar por un puente, pero queriendo apurar el paso, el Cordobés bajó del jeep y miró las huellas de los vehículos que habían cruzado con anterioridad. Caminó por el lecho con el agua por debajo de las rodillas y comenzó a hacer señas animando a Gregorio para que lo atravesara. Horacio permaneció en el asiento trasero y con la barbilla apoyada en el respaldo delantero más asustado de lo que parecía, y preguntó:

-Che Goio..., pasamos?, Goiiiito, ¿pasamo o no pasamo?-,

-Si tu hermano indica bien, pasamos tranquilos-, trató de calmarlo. Puso primera, aceleró a fondo y largó el jeep a favor de la

correntada, pero a poco de entrar quedó evidente que el oportuno guía no había revisado bien, porque una de las ruedas delanteras quedó encajada entre dos piedras y bloqueada para avanzar o recular. Así anclado comenzó a entrar agua por todos lados:

-¡Pero Goio..., ¿qué te pasó?!-, gritaba el Cordobés,

-¡Parece que no has visto bien!-, reclamó,

-¡Pero si ió te hacía así, así. Y te decía por aquí, por aquí. Soi'un pilotudo Goio!-

Resignados a poder sacarlo, se sentaron en la arena sin tener idea clara de cómo continuar, mientras, Horacio encendió un fueguito con champas y raíces y calentó agua para el mate. Llevaban cerca de tres horas sin hablar, cuando un camión avanzó por la misma huella para vadear el río. El que manejaba accedió a cuartearlos, y una vez en la orilla opuesta recorrieron los últimos ochocientos metros hasta la sala de la finca. Cuando la tarde anunciaba su partida, Gregorio Pereyra detuvo el jeep delante del cuidado jardín, y los polvorientos viajeros bajaron del vehículo al momento en que un lugareño se acercó a recibirlos. Sin saber de donde apareció, a contraluz distinguieron que detrás de su cabeza sobresalía una abultada joroba. El hombre descansó del dificultoso andar, se quitó el sombrero y con una voz nasal que les costó entender, dijo:

-Güena tarde, ¿qui'andarán queriendo los señore?-

Escuchó con atención las explicaciones de Gregorio y alguna que otra observación que hicieron sus acompañantes acerca de que andaban paseando y querían conocer la finca. El hombrecito movió la cabeza con gesto de afirmación, les dijo que aguardasen allí y se marchó rengueando. Como la espera se hizo larga y la noche ya se había cerrado, insistieron golpeando las manos una y otra vez hasta que la potente luz de un farol a gas los encandiló. Un criollo bajito lo llevaba en alto alumbrándole el camino a un señor mayor, grandote y con aspecto de alemán recalcitrante que los miró como si estuviese delante de un trío de sarnosos. Debió sonarle a ruego que Gregorio le pidiera que los

dejase acampar por lo avanzado de la hora. Una vez que concluyera, no tuvo inmediata respuesta del alemán, que no les quitó la mirada de asco en ningún momento, sin embargo, le ordenó a Regino que los alojase en uno de los cuartos disponibles.

Los muchachos terminaron de quitarse el molesto y fino sedimento con la aplicación de una ducha. Al salir de la habitación los aguardaba el casero para anunciarles que era hora de cenar. Aunque sorprendidos por tanta amabilidad, allá fueron Gregorio, el Cordobés y su hermano Horacio cargando la inquieta damajuana de vino. Después de cenar agradecieron al dueño de casa y se repantigaron en un rincón de la galería a fumar y a escuchar a Regino. El Cordobés y Gregorio iniciaron el interrogatorio para que les contara la versión cierta de los burros de la zona. Horacio preguntaba lo suyo, que ansioso por conocer las costumbres de los vallistos, llevaba el hilo de la charla y trataba de tener el jarro siempre lleno, pero no por abstenerse, sino por agregar a cada rato lo que bebía. Era la primera vez que coqueaba, y el acullico que había puesto apenas le permitía hablar, y bebía y fumaba como si fuese lo último que haría en este mundo. La mezcla, en vez de sedarlo le provocó el efecto contrario y se aceleró a tal punto que no dejaba que otro hablara. En una pausa para hacer un trago, Regino alcanzó a decir:

-Sediento 'bia sío don'Horacioso-, mientras terminaba ese jarro y se quedaba como si le hubiesen inyectado un paralizante.

Entre otras historias contó que en sus años mozos y en ocasión de asistir al padre de su patrón y a un grupo de amigos provenientes de la Capital, una mañana temprano se les ocurrió salir de excursión a cazar guanacos después de estar tomando whisky casi hasta la madrugada:

-Rato largo 'mos tenío que andá por la montaña hasta que'mos dao con un tropa grande y le'mos encerrao n'un cañadón. Áhi han entrao a tirá y han voltiao cantidá de animale. Como..., cuarenta han de habé sío lo que'han matao. Meta tiro y tiro, y no han tenío piedá. Han hecho cuería dos, y los demá han quedao áhi, apilao y jediendo. Pero el

Coquena lo'ha castigáo l'hombrecito que más disparaba. Si'apunao fiero, le'agarráo un tiembladera que no se'staba quieto; así como cagao e'frío. Endispué si puesto blanco y ha d'entrao a doléle su pecho y si'ha revolcao mesmo que perro envenenao-,

-¿Y qué le pasó al cosu'ese?-, interrumpió Horacio con esfuerzo y acomodando el acullico, mientras una espesa baba verde chorreaba de su rojiza quijada. Regino respondió naturalmente:

-¡Si'ha muerto. Ha quedao duro áhi nomá y con su culo pa'rriba!-

-¡'Ta que lo reparió!, ¿cómo se morió sasí?-,

-Ansi ha'sío doncito, áhi nomá ha cagao fuego. Claro pué, pa'que ha matao tantísimo guanaco. Coquena no lu'ha perdonáo-

Tarde en la estrellada noche Regino se soltó de boca y contó un asunto que involucraba a sus antepasados y a los antepasados de los propietarios de la Orilla Angosta. Inclinandose hacia adelante y en voz baja, con gestos de suspenso contó que:

-La mujer del patrón de mi tartagüelo o la tartagüela de mi patroncito di'ahura, decía que por culpa de su hombre, entoavía le quedaba mucho pa'ndá penando por las travesura que'l viejo hácia con las mujere que trabajaban acá en la finca. Picarón demá pare que'ra el viejito, hasta que si muerto. Ambo 'tan enterrao n'el cementerio detracito la casa. Áhi tamién 'tán todito los hijo y los hijo de los hijo. Montonera de finadito hay. El patroncito di'ahura no quiere que anden d'entrando naidés-, y fue lo último de aquella bien estirada y regada noche. Un tanto sugestionados con el relato, los muchachos se retiraron a la habitación; y con el traqueteo del viaje, la ducha, la cena y el vino, el sueño los venció enseguida.

Unos secos y rudos tirones de las cobijas despertaron sobresaltado a Gregorio, que de un brusco manotazo tomó la linterna que había dejado sobre la mesita. Al encenderla, el haz de luz centró la figura del Cordobés sentada en la cama y mirando la puerta que

comunicaba con la habitación contigua. Gregorio Pereyra se erizó en el momento en que el Cordobés susurró con voz aterrada y apagada:

-Goio escuchá. Escuchá Goio, escuchá-

Por la rendija de uno de los tableros, la amarillosa luz de unas velas provenía del mismo sector de las voces que lo habían despertado. Entre que Gregorio no lograba entender el motivo de los sacudones con que lo alertara su amigo, trataba de tomar conciencia del lugar y el momento que estaba viviendo y extendió el brazo para ver su reloj; un par de minutos faltaban para las cuatro. Comenzaba la hora del cuarto de la modorra. Superado el suspenso inicial se levantaron y salieron a la galería en puntas de pie revisando frente y retaguardia, y avanzando agachados y sigilosos hasta arrodillarse bajo el sardinel de la ventana. Asomando como si no quisiesen hacerlo, miraron a través de los agrisados vidrios, un tanto ocultos por las gruesas cortinas color terracota que permanecían recogidas a los lados. Entonces vieron a una mujer con aspecto de cuarentona, alta y rubia vistiendo ropa blanca y bordeada por abultados encajes, que sostenía un candelabro de plata mientras caminaba gastando el mismo semicírculo cerca de la mesa que ocupaba el centro la sala. Lo hacía sin pausa y dirigiendo la mirada al sillón que estaba de perfil a la posición de Gregorio y el Cordobés. Alcanzaron a ver parte del pantalón y del saco de un hombre que permanecía apoltronado y con las piernas cruzadas. Les pareció que el generoso busto de la mujer, a pesar de estar contenido en el corsé, en cualquier momento reventaría el escote del camión. Quizás fue la débil y tembleque iluminación que había en el interior la que hizo que la piel de la mujer les resultase desagradable y pálida y resaltasen sus largas uñas negras. Ella se expresaba con voz tan aguda que no les fue posible entender lo que dijo, pero por sus ademanes adivinaron que se trataba de una áspera reprimenda. Confiados en su escondrijo, Gregorio y el Cordobés pegaron sus narices al vidrio en el preciso instante en que la mujer se apartaba de su regular recorrido y alcanzaron a verla de cuerpo

entero. En realidad, casi entero, porque estaba suspendida y sus largas ropas ondularon hacia atrás al momento que avanzó en esa dirección.

Con el pretexto de sufrir repentinos ataques de insomnio, el tatarabuelo del patrón de Regino se levantaba a cualquier hora de la noche para cometer sus picardías, habiendo citado de antemano alguna de las tantas mujeres que por entonces vivían en la hacienda – encomienda, y que lo esperase en uno de los cuartos. Su esposa, después de varias noches de desvelo y habiendo encontrado ciertas diferencias con los argumentos con que el viejo trataba de justificar sus largas caminatas de noctámbulo, comenzó a seguirlo en las penumbras con la intención de agarrarlo en el instante preciso. Hasta que así nomás fue. No por causa de las posteriores recriminaciones ni por los encendidos reclamos que su esposa le hiciera, salió de su sano juicio. Sino por el hecho de que, en aquella frenética búsqueda completamente a oscuras, su mujer no hizo un solo ruido que le advirtiera su proximidad. El corolario, en una de las tantas discusiones que tuvieron luego de aquella noche, una tarde su esposa caminaba siguiéndole el paso por debajo de una de las galerías mientras lo increpaba. Sin dudas que el tatarabuelo se sintió presionado, de pronto y fuera de sí, reaccionó como nadie supo jamás de manera cierta lo que quiso hacer; quizás solo asustarla. Cuestión que el desquiciado viejo asió la guadaña que el jardinero en su descanso había dejado apoyada en un pilar y sin detenerse volvió hacia ella al tiempo que tiraba el inoportuno guadañazo con que la despojó de la posibilidad de trasladarse por sí sola.

Mucho tiempo después, luego de curarse y de esperar a que cicatrizasen las heridas, la mujer juró no abandonar la cama y tampoco intentaría movilizarse con la ayuda de otra persona, de alguna prótesis o artefacto de complemento, dejando que de a poco se transformara en su lecho de muerte. Pero, de allí en adelante nunca volvería a caminar con su esposo o por motivo alguno. Cuando ella lo dispuso, su marido nunca más vio la luz. Una fresca tarde de otoño en que la brisa comenzaba a hacerse sentir con la puesta de sol, la mujer, que había estado recostada sobre

unos almohadones leyendo un libro, le pidió una manta con que abrigarse y un topu de plata para abrocharla. El tono de la voz sonaba a desamparo y se enterneció como nunca antes. Con suavidad posó el abrigo encima de sus pálidos hombros descubiertos, se sentó a su lado y le entregó el puntiagudo alfiler. Cerró los párpados adelantando el torso y aguardando a que ella asentara los labios en los suyos diciendo dulcemente: "Eres la luz de mis ojos". Aunque instintivamente el tatarabuelo se arrojó hacia atrás al sentir los agujazos, fueron dos estocadas impecables, veloces y profundas.

Gregorio y el Cordobés vieron que el hombre de la poltrona se incorporó para asentar su pipa sobre la mesa y quedó mirando la ventana. Su cara y sus manos eran tan pálidas como las de ella, aunque las cuencas de sus ojos estaban completamente vacías. La mujer se deslizó bordeando el salón y les pareció que tomaba impulso apoyando sus manos en las paredes, y cuando pasó por la ventana moviendo la cabeza, vieron que su boca excesivamente abierta y oscura era casi un abismo interminable del mismísimo infierno. Aquella horrorosa visión les hizo aflojar hasta los pensamientos y se orinaron encima.

En todo el tiempo que habían estado con Horacio esa noche, su voz no les había sonado tan agradable cuando a sus espaldas, descalzo y en calzoncillos, dijo:

-¡Che pilotudos, ¿qui'hacen acá cagándose del frío?!-

Los espiones se dieron vuelta sin pronunciar palabra y limitándose a señalar la ventana. Horacio se acercó a ver y preguntó:

-¿Que's lo qui'hay?-, al momento en que se ponía entre medio. Cuando los tres miraron hacia el interior de la sala, en el lugar reinaba una tenebrosa oscuridad y un silencio de camposanto. Gregorio y el Cordobés, estupefactos cruzaron miradas y sin entender lo que había sucedido, y volvieron a escuchar a Horacio con aliento de lanzallamas:

-¡¿El vino les caio mal a ustede o me parec'ía mí?! ¡Vamo pa'dentro!-

Por la mañana, durante el desayuno estuvieron enredados en la maraña de sus propias conjeturas hasta que el alemán se presentó en la cocina para invitarlos a recorrer el fundo al enterarse por Regino que se habían interesado en el asunto de los burros. Gregorio subió con el alemán en la estrecha cabina del camioncito Unimog, el Cordobés y Horacio se acomodaron en pelo sobre la caja creyendo que no demorarían en regresar. Se enteraron de cuán equivocados estaban luego de que el chofer se apartara de la huella que llevaba hacia "la aguada de abajo" y sin avisarles apuntó siguiendo a campo traviesa, sin reparar en los marcados tumbos y sacudones. Envueltos en una nube de polvo anduvieron por espacio de cuarenta minutos, controlados a reloj por Horacio. Durante ese tiempo, el alemán demostró su pericia de conductor esquivando infinidad de arbustos y cardones, además de algunos accidentes naturales y sin el menor atisbo de hacer pausa. Con el golpe de un pisotón al pedal del freno detuvo el Unimog, desplazó un par de palancas y enganchó la tracción delantera y la marcha de bajas revoluciones para encarar por una pronunciada cuesta. Llegaron al abra del cerro y enseguida hizo que el camioncito cambiara de posición. Si bien el trastornado chofer no dejó de sonreír en todo el itinerario, los muchachos sufrieron de una manera inigualable hasta que estuvieron en el abra. Por unos segundos pensaron que el paseo había terminado, pero de nuevo erraban; pues sin decir pío el chofer volvió una de las palancas, la dejó en neutro y rozó apenas el acelerador para que tomase velocidad en el descenso. Si estuvieron a punto de tirarse del móvil en la subida, ni que decir mientras bajaban en tercera y a como el motor se lo permitía. Peor aun cuando parecía disminuir la velocidad, porque inmediatamente el alemán apoyaba el botín en el acelerador. En un pequeño promontorio atravesó el camioncito y lo detuvo. Desde la elevación se dominaba el fondo de la estrecha quebrada en que se situaba la llamada "aguada de arriba". El chofer se bajó, se quitó las antiparras y señaló hacia el costado de un pajonal:

-¡Ahí está la tropa!-, exclamó. Volvió al Unimog, corrió el asiento y sacó el estuche que guardaba su arma: un fusil Mauser de caño largo. Arrodillado y afirmado en el paragolpes, acomodó el alza de la mira y disparó; luego poniéndose de pie, ordenó:

-Bajen a buscarlo, ahí van a conocer lo que es un revolcadero de burros, ¡y esta noche, comemos asado!-

El Cordobés y Horacio todavía se quejaban por haber decidido aceptar su invitación, y antes de terminar de refregarse brazos y piernas, rumiando sus protestas bajaron con Gregorio y recogieron la presa. Subir acarreando el tochi muerto fue casi una tortura y demoraron más de lo que cualquiera hubiese creído. El cazador los aguardaba tranquilamente sentado y fumando y cuando se echaron al suelo, comentó:

-Hubo una época en que nadie quería hacerse cargo y abandonaron la finca. Uno de los primeros herederos trajo una recua de burros con la intención de cruzarlos con yeguas criollas para vender mulas al Alto Perú. Cuando ese tío murió, el que quedó al frente no quiso lidiar con los burros y los dejó sueltos para que se vayan. Se fueron, se internaron en las montañas y se reprodujeron en estado salvaje y en tropas de varios cientos de animales comenzaron a transitar por los bajos y a rivalizar por alimento, entre ellos y con los chivos y ovejas. Excedieron los límites e invadieron las vegas y pastizales de los alrededores y las propiedades vecinas, los potreros de alfa, los potreros de hortalizas y todo lo que pintaba de verde, transformándose en una plaga que amenazaba con extenderse a todo el valle. El único modo en que pude controlar sus empeñosos embates fue organizando una campaña de persecución y cacería para reducir drásticamente el número. Pero lo peor fue que de tan salvajes se habían hecho agresivos. De eso nos dimos cuenta una mañana, cuando acá cerca nos atropelló de costado una estampida y tumbaron la camioneta. Estábamos sin armas con Regino y otros dos peones; a mí no me pasó nada y Regino la sacó barata con que le quebraran la pierna en cuatro partes; los dos que

venían en la caja, sin tener donde protegerse fueron muertos a mordiscones y patadas. A la semana siguiente vinimos con un amigo en motocicleta y cargando sendos morrales con cartuchos de dinamita.

Después mi amigo me dijo que era la primera vez que veía burros volando.

Como todavía quedaban varias tropas dando vueltas, comenzamos a cazarlos y a sacarles provecho, y dos veces a la semana despachábamos la carne en camiones refrigerados a frigoríficos de Santa Fe y Buenos Aires; así pudimos controlar el crecimiento de los burros. Ahora solo quedan un par de tropas de treinta animales. Desde entonces tratamos de mantenerlos restringidos aquí en la zona de la aguada para que no salgan a hacer desastres, pero cada tanto algunos se escapan y van a dañar a la orilla del río-

Cuando regresaron a la casa, los muchachos fueron a su habitación y se echaron sobre las camas tendidas a lamentarse de las consecuencias de la cacería:

-¡Mirá los chichonazos que tengo. Cuando frenó ahí en la bajada le pegué unos golpazos a la cabina, y eso que iba bien agarrao. No sabí como duelen!-, se quejó Horacio. Y aunque viajaba adelante, Gregorio aportó lo suyo:

-Sí, en la subida nomás yo le di con el hombro al borde de la puerta. Y en la...-, el Cordobés lo interrumpió:

-¡Caíate Goio, de que te quejái, sí'stabas mejor que ninguno áhi al lado del alemán! Mirá como me han quedao a mí los brazos y el culo de tanto rebotar en esa jaula de mierda que tiene la caja de ese camión sorete y la recontramilpu...,-

Por largo rato compararon lastimaduras como en una competencia por saber quién había recibido el mayor número de moretones.

Regino preparó y adobó los costillares del burrito y los colocó en las espadas para cocinarlos despacio a las llamas. Cenaron en una mesa

servida a cielo abierto y con el vino que algún vecino bodeguero le obsequiara al alemán. Los invitados se chuparon los dedos con el asado, aunque al terminar, el Cordobés y Gregorio se retiraron a descansar. Horacio se acomodó en la cabecera de la mesa para continuar la conversación con el dueño de casa. Regino en su papel de asistente se mantuvo a un costado sentado y callado como el más fiel de los perros, tomando lo que fuese y cuando su patrón le servía y hablaba para responder si es que le preguntaba. Después de un pocillo de amargo café de campo, comenzaron con la primera de las botellas de whisky que trajinó Regino esa noche de la cava. Y entre la curiosidad de Horacio y el licor que consumieron se encendió la llamarada del fervor alemán por dialogar de ciertos temas. En aquella solitaria inmensidad bajo las estrellas el dueño de casa protagonizó una clase magistral de Historia del Valle Calcháqui hasta que se retiró del podio cuando comenzaban a cantar los gallos. Contrariamente a lo debió haber sido, se marchó caminando a escuadra con la ayuda de un bastón y a pesar de haber vaciado dos botellas. En cambio, su unipersonal auditorio, falto de costumbre para empinar el codo con bebida blanca terminó portando una descomunal borrachera. La solución que se le ocurriera a Regino para no dejara Horacio tirado al frío de la madrugada fue cargarlo al igual que una bolsa de papas en su rústica carretilla de madera y llevarlo a la cama.

Los primeros rayos de sol comenzaban a calentar las endurecidas plumas de las aves posadas en el ramaje de los algarrobos cuando el Cordobés y Gregorio se despertaron sintiendo el desagradable olor de una laguna de vómito fermentado. Afligidos por la salud de Horacio pensaron que la comida le había caído mal, pero no tardaron en darse cuenta del verdadero motivo y se ocuparon de baldear el cuarto y hacer las camas. Mientras, enrollado de pies a cabeza en las frazadas, el ocasional alumno del alemán siguió durmiendo con la rigidez de un muerto de varias horas. Durante el resto de la mañana se sentaron y ventilaron a la sombra de la galería. Rato después, Regino apareció

barriendo el suelo con una escoba gigante armada con varillas de pichana. Se acercó extrañado de no verlo y preguntó:

-¿Y don'Horacioso el pelo i'choclo, andi'anda?-,

-Todavía duerme la mona. Se agarró un pedosononón de aqueios-, respondió su hermano,

-Ha'i sé brava la resaca entonce-, dijo sonriendo el lugareño, el otro agregó:

-Che Regino, ¿que's lo que'stuvieron tomando anoche estos dos?-, se dio vuelta con cara de no me asombra y respondió:

-Es qui'el patrón cuando si'alza, le pega duro al chupete. 'Ta'costumbrao pué, l'Horacioso séra blandito entuavía-

Los muchachos aprovecharon de que se encontraban solos con Regino, para contarle que la noche que llegaron y antes de que saliesen a atenderlos con su patrón, los recibió un desdichado que cargaba una joroba y hablaba con dificultad. Le dijeron que se había presentado cojeando y con el sombrero en la mano. Previo a comentar algo del extraño personaje, Regino se acodó en la rama de un añoso árbol y apoyó una alpargata en el tronco del algarrobo que se había desarrollado a ras del suelo. Se quitó el sombrero de fantasía y con la manga de la camisa secó la transpiración de su frente, y con agrandados aires de filósofo rural tomó el cigarro de chala ajustado en la oreja y lo encendió. Soltando una gruesa bocanada relató el triste episodio:

-iAaahh doncito!, así'é pué. L'alma del Fortunato si'aparece po'aquí si yega alguien que no le's conocio. Receloso parece que'ra el finao. Fortunato Chiliguay los atendió cuando han yegáo, po'eso han esperao tanto. Er'un hombrecito curcuncho, tórcido y jorobao, qui'andaba renguiando con su pata tiesa y calzando sombrero gris de paño. Décian que'ra enriedao pa'blá y casi no se lo comprendía. El tartagüelo le teniba de ladero-, poniendo una mano del revés al costado de su boca y hablando suave, siguió:

-No van queré decí nada, pero decíban que'l Fortunato er'hijo del viejo, que se lo'biá parío pa'él la mujercita que aténdia en la casa, al

año nomá que'bíá tráido su esposa. La india teniba su apediyo de Chiliguay, y un día lo'avisao al viejo que'staba empreñada. Décian que la sacao de los pelo pa'lao l'rió y la'lonjiao a puro azote. Y que tanto lo'ha pegao, que'l Fortunato ha salío así comu'era. 'Sa noche que'bian descutió los finadito áhi'n la sala a las cuatro la madrugada, decían que'l Fortunato ido pa've que'biá pasao con tantísimo griterío que'bia óido. Dentrao y sí'ha dao con sangre por too'lao. Décian que'l mesmo viejo le odiaba al Fortunato Chiliguay, porque como nu'era hijo suyo y de su mujer propia d'él, que no le podía da'familia, el viejo si'alterao y lo'ensartao de lao a lao c'una bayoneta que téniba dí'adorno. Naide sabe dendera comu'ha sío, pero el viejo ha'dijuntiao a su propio hijo. El Fortunato se muerto a l'otro día despué de'sa noche. No sí'asusten doncito, que l'ánima del Fortunato Chiliguay sale de cuando en vé, pero no lo va'ce nada. Ayacito nomá 'ta su tumba-

Mientras el Cordobés y Gregorio trataban de asimilar y de ubicar en sus mentes la terrible historia familiar que acababan de escuchar, aunque en otros tiempos había ocurrido en ese mismo escenario. Entonces aparecieron los restos tambaleantes y demacrados de lo que hasta el día anterior formaba parte de Horacio, caminando sobre sus piernas flacas y descoloridas de choquezuelas deformes. Cubriéndose los ojos del sol del mediodía preguntó:

-¿Que's lo qui'acen?-

Una carcajada al unísono fue la primera respuesta, luego habló su hermano:

-¿Cómo'stás, mejorcito?-

-¡Ooooooyhhh papá!, 'toy hecho mierda como nunca. Parece que me habieran agarrao tres negro a los championazos; 'toy reventáo!-

El Cordobés y Gregorio, hasta que fue la hora de partir se la pasaron atendiendo al copiloto número dos. Una vez que almorzaron, agradecieron y se despidieron del alemán y de su inseparable Regino y arrancaron a toda máquina dejando atrás una cortina de polvo. Después

de media hora de andar avistaron la recta de Tin – Tin y lo primero que dijo el Cordobés fue:

-¡Ma'ver como se porta el yipito. Ojála que no joda porque quiero iegá rapidito!-

Como en las veces anteriores su apreciación era errada. Estaba muy lejos de lo que en realidad tardarían en regresar. A las incontables nanas que aquejaban al vehículo, esa tarde agregó la rotura de la bomba de nafta y no tuvieron forma de hacerlo andar sino llenando un bidón y colgándolo de la puerta del acompañante. Tuvieron que turnarse en chupar la manguera y sacar combustible del tanque. Pasaban “Los Laureles” cuando se paró el motor después de unos cuantos sacudones, pues no quedaba una sola gota de nafta y eran las nueve de la noche.

Sería muy largo contar la forma en que el Cordobés se acordó de los fabricantes, ingenieros y diseñadores de aquellos fieles vehículos, como también de todos sus familiares. Pudieron continuar gracias a un piadoso viajero que les regaló cinco litros de combustible para llegar a un surtidor. Paradójicamente estuvieron de regreso en casa casi a las cuatro de la madrugada. A la tarde siguiente, mientras Gregorio tomaba un café con Pepe y le hubo comentado en detalle la aventura de la cual no había podido participar, aparecieron el Cordobés y Horacio; se acercaron y saludaron con desgano mientras comenzaban a retirar las sillas en el instante en que Pepe, mostrando su inocultable bocota y con tono incisivo, preguntó:

-¡¿Y muchachos?, ¿qué tal el viaje?!-, haciendo sonar a continuación una repugnante risotada. Como si lo hubiesen coordinado, los hermanos soltaron las sillas con marcado gesto de desagrado, giraron media vuelta y se fueron rezongando.

Un tren que pasaba por ahí

Tomando las manijas de su bolso, Victorino Moya aguardaba a que el tren se detuviera por completo, y palideció viendo a través de la ventanilla y como en una pantalla, el gentío que se agolpaba abanicando los brazos levantados y suplicantes que mostraba y ofrecía sus artesanías apoyadas en las palmas de las manos y colgadas de los dedos; urgidos por venderlas. Manitos de niños y manos de mujeres y de hombres, confundidas en caótica visión; manos callosas y rajeteadas, deformadas y sarnosas que se mantuvieron en alto hasta que el tren volvió a moverse. Victorino llevaba dos décadas de su vida trabajando como encargado de una fábrica de puertas y ventanas, instalada en la calurosa ciudad de San Pedro. La misma empresa extraía madera de las parcelas arrendadas en la exuberante selva oranense.

Por aquél entonces, los Cascotenses se sumaban al resto del mundo a punto del mediodía cuando rumbo a la frontera pasaba la locomotora arrastrando unos cuantos vagones, y casi a la misma hora cuando anunciaba su regreso con roncospitazos. De ida o de vuelta se detenía sólo el tiempo necesario para que los peones engancharan un vagón cargado con madera aserrada y subiese o bajase algún pasajero. En aquellos días eran nada más que quince o veinte minutos en los que las desiertas callejuelas aledañas a los rieles se transformaban en un interminable desfile de nativos que las recorrían de una a otra punta. El tren reiniciaba su marcha y los vendedores se dispersaban entre yuyales y arbustos con la misma velocidad que de entre ellos habían surgido. Algunos se iban contentos, apretando entre sus dedos un par de billetes, en tanto otros marchaban tristes por no haber vendido, y arrugando con los suyos la punta de su camisa. Una triste figura acaparó su atención entre aquél inquieto enjambre humano que lo apabulló. Un joven que

poseía las características físicas más representativas de los de su etnia: estatura, fisonomía, cabello renegrido y tono de piel, pero lo sorprendente era el profundo color celeste de sus ojos; y una sola razón lo justificaba: madre nativa y padre gringo. Alcanzó a verlo durante unos minutos casi arrastrando una de sus piernas y con la osamenta a falsa escuadra, vistiendo harapos y una vieja gorra de guarda, y moviéndose por el costado del tren, golpeando las ventanillas para pedir limosna mientras iba gesticulando y balbuceando frases incomprensibles. Victorino supo que se llamaba Benjamín. Luego de ese día lo encontró con cierta frecuencia en las callejas polvorosas. Se le acercaba presuroso con la intención de que le diese algo de dinero, aunque Victorino nunca le dio un peso, hacía que lo siguiese al almacén y le compraba fiambres y golosinas.

De madrugada y camino al aserradero, Victorino veía como los nativos en número de cinco o más se agrupaban sentados bajo de un árbol a esperar que los llamase para cualquier trabajo; ofreciéndose con insistencia para barrer el predio, retirar recortes de troncos, acarrear y acomodar los palos, estibar los bultos en el vagón que se llevaría el siguiente tren, y hasta quitar el aserrín de las fosas de las sierras y cargar o descargar un camión. Eran voluntariosos, pero su deficiente alimentación les jugaba en contra, pues en un par de ocasiones, alguno que no probaba bocado desde el día anterior y en su apuro por terminar, se esforzó sin descanso y cayó desmayado a mitad de la fajina.

Un atardecer en que pasó caminando cerca de tres criollos que conversaban en voz baja, Victorino escuchó decir:

-Nosotros no nos mezclamos con los matacos-

En varias ocasiones había presenciado charlas en que los hombres se referían a los nativos con un desprecio inocultable, aunque no entendía el argumento con que tomaban esa postura de contrapelo porque de todos modos estaban condenados a convivir en los apretados claros de la selva. Además, advirtió que en días feriados o de celebraciones a las que cualquiera de las dos parcialidades se diese a

festear, los integrantes de la contraria participaban con igual entusiasmo. Y pudo ver que la muchachada criolla luego de tomar unas botellas de vino no denostaba gestos de aversión ante una nativa a la que, con un par de violentos sopapos, obligaban a que se abriese de piernas. Victorino jamás estuvo de parte del solapado invento de superioridad con que los criollos presumían ser mejores que los matacos tratando de mantener la postura de diferenciar su sangre de la otra. Por lógica que excluyendo las forzadas oportunidades en que se cabalgaban a una mujer de la otra parcialidad.

Pasados unos meses se hizo amigo de los nativos menos remisos, y a medida que los conoció y aprendió sus nombres, pensó que eran apodos impuestos por algún foráneo gracioso o que eran resultado de las bromas de mal gusto del agente del Registro Civil. Y aunque le costó creer que en realidad así era, muchos de los nativos tenían nombres y apellidos de fantasía o elegidos al azar. Le sucedió al momento de saber el de Oscar Sendero Angosto, un flaco habilidoso que oficiaba de carpintero y al que no le pudo descubrir la forma en que se las arreglaba para trabajar con un martillo, dos escoplos y un taladro de mano. Aun así, le confió la tarea de armar unos cuantos juegos de mesa y cuatro sillas rústicas cada dos meses, pagándole a la usanza criolla: mitad dinero, mitad mercadería. De modo que cuando Oscar tenía listo un nuevo juego, lo cargaba en un carrito de mano y se lo entregaba a Victorino, que enseguida preparaba una encomienda y la despachaba en el siguiente tren para algún pariente o amigo. Otro al que le había tomado aprecio y con el que conversaba a como se lo permitía su tartamudez, era Asdrúbal Fabriziano Tercero; joven al que le faltaba una pierna por lo que se movilizaba apoyado en una muleta hechiza de palo. La mordedura de una víbora no atendida a tiempo había derivado en infección aguda y el curandero de la misión le salvó la vida amputándole la pierna en medio de la selva con una cirugía de apuro y sin anestesia, practicada con un filoso puñal y un trozo de alambre de enfardar.

Victorino no pudo saber cuál de los conocidos de Asdrúbal, al ver las dificultades que tenía de pronunciar incluso su propio nombre, decidió bautizarlo con un sencillo apelativo que el susodicho emitía vocalizando dos veces la misma sílaba. La cuestión era que Asdrúbal o Pepe subsistía con el despliegue de sus habilidades de talabartero, haciendo fundas de cuchillos, cintos y estuches de cuero crudo.

Otro nativo se acercaba a Victorino a pedirle un cigarrillo cada vez que lo encontraba, diciéndole solamente “papito” y tocándose los labios. Este muchacho había tenido la desgracia de nacer con poca materia gris, pero se las ingeniaba para ahumar y hachar los troncos en que las abejas silvestres ocultaban la miel. Muchos en la reducción se burlaban de él diciendo que era “opa de espíritu alegre”, a causa de que la madre lo había parido una noche mientras bailaba borracha festejando el carnaval. Victorino le compraba miel casi todas las semanas en un intento por entablar una charla, pero nunca consiguió hacer que dijera otra cosa que:

-Botella costando cinco pesos-, y

-Yo Carlos Gardel, así mi nombre-

Entre los pobladores con que a diario se cruzaba Victorino, había una india vieja de cara apergaminada que tenía la costumbre de andar con un manojo de bolsas de plástico en las que guardaba yuyos, amasijos de arcilla y atados de trapos, huesos y plumas, pelo y cueros de animales, y según los comentarios, preparaba hechizos y maldiciones. Aunque la realidad era muy diferente y la conoció el día en que al doblar una esquina se encontró de lleno con la mujer. La vieja le gritó un par de frases en su incomprensible idioma e hizo unos ademanes y le arrojó un puñado de yuyos triturados. Victorino salió corriendo y acudió a uno de sus amigos para contarle el episodio y conocer el significado de la actitud que la mujer había tenido. Al terminar de escucharlo, el mataco soltó una risotada:

-¿Y vos que's hecho?-,

-He salido apurando el paso, ¿por qué?-, el otro rió de nuevo y dijo:

-Vos también te lo's créido. Esa vieja vive sola y algo le falta a su cabeza, por eso así anda. Los cristiano le dicen bruja porque dicen que d'eso oficea y para que no le maldiga le dan plata y regalo. Lo que hace es hacése la mala y sacá provecho. Así vive la vieja Pronunciación-

Pero el que protagonizó un hecho gracioso que se comentó mucho tiempo, fue el linyera Benjamín. Estaba habituado a recorrer el caserío en horas de la mañana buscando algo de comer, en un dificultoso trajinar seguido por una hilera de perros flacos y pulguientos que se alimentaban de lo que sobraba de sus sobras. Tanto el amo como su fiel jauría marchaban arrastrando pesadamente su indigencia; los perros sarnosos lo hacían temblequeando, y Benjamín tenía en una pierna, una herida ulcerada y cubierta de llagas verdosas. Rondaría los treinta años edad y no tenía parientes, por las noches se arribaba a dormir en un rincón del galpón de cargas de la estación de ferrocarril. Aunque cuando sabía de la proximidad del tren, con agilidad aprovechaba los minutos que la formación permanecía detenida, y retozaba de felicidad si reunía unas monedas para comprar unas rodajas de mortadela y pan. Lo memorable del linyera Benjamín, acaeció una tarde en el aserradero mismo y a poco de la partida del último tren de la semana mientras el dueño recorría el establecimiento en compañía de dos empresarios de Buenos Aires que habían recalado con intenciones de comprar un considerable lote de maderas. En determinado momento cuando conversaban animados a un costado de la playa de estiba de troncos, de camino al boliche apareció Benjamín apuñando unas monedas. El dueño del aserradero, que lo conocía desde siempre, al verlo aproximarse pretendió encumbrarse en un anfitrión gracioso, excedido en su alegría por la reciente venta. Hizo unos pasos para quedar casi de frente y lo saludó en tono socarrón:

-¡Adiós, don Benjamín Franklin!-

El joven respondió levantando la mano en que guardaba su tesoro mientras mostraba una sonrisa de huecos que se alternaban con los dientes que le quedaban. Movidito por la curiosidad, uno de los compradores preguntó si en realidad era el nombre del pordiosero. El hombre asintió con la cabeza, y porfiando en su postura de payaso requirió que se acercara. Obedeciendo el pedido, Benjamín Franklin se detuvo a muy poca distancia intentando verlo mejor por entre la costra de lagañas que le enmarcaba los ojos; cuando de pronto el patrón, mientras abanicaba un billete de cien dólares, le dijo:

-Mirá, vos te llamas así por este señor!-

Sin entender el mensaje, Benjamín se esforzó y quiso mirarlo bien porque nunca antes había visto un papelito de ese color; entonces, el chistoso le aproximó el billete a un jeme de la nariz y sucedió lo inesperado. Ni siquiera sospechó el veloz manotazo con que se lo quitó y lo arrebujo y más rápido se lo introdujo a la boca, lo masticó por unos segundos como si fuese un manjar y se lo tragó de un solo impulso delante de su perpleja mirada. El frustrado payaso lo miró con ojos desorbitados, pero sabiendo que por su estúpida actitud no tenía lugar a reprimirlo, y resignado asumió que le había salido el tiro por la culata. Al margen de la supuesta fama impuesta por acarrear el nombre de aquél lejano personaje que signó las páginas de la Historia sin saberlo, a partir de su edad de mancebo, Benjamín había alterado algunas de las costumbres de los Cascotenses y en poco tiempo supo ganar su propia fama, pues en compensación por lo disminuido de su intelecto la madre naturaleza le proveyó un portentoso distintivo de género. Distintivo que al parecer era por demás respetable, habiendo dado origen a comentarios que se difundieron rápidamente. Victorino escuchó de refilón a dos vecinas que conversaban afirmando:

-Que de solo verle su virtud causa pavor-, diciendo también que la versión comenzó a rodar en el mismo momento en que Benjamín, siendo niño salió desnudo correteando por el pueblo. Desde entonces, las madres procuraban resguardar la integridad de sus hijas

enseñándoles que siempre pero siempre, se mantuviesen alejadas de Benjamín Franklin; de alguna manera el privilegiado.

Un mediodía nublado y caluroso, aquél mismo tren que acercaba la alegría, la vida y la esperanza a los pobladores de General Cascote, se llevó entre sus ruedas a Benjamín Franklin y a sus perros.

Volviendo a Iruya

A mis amigos Detectoristas

A poco de abandonar los cerros y hondonadas por entre las que nace la Quebrada de Humahuaca, se ingresa nuevamente en territorio salteño para trasponer el Abra del Cóndor por un camino que supera los 4000 metros de altitud. En esa parte del trayecto la huella se tuerce y se retuerce descendiendo al fondo de la Quebrada del Río Iruya; de allí corre entre la playa y el cauce hasta llegar al pueblo. En el Paso del Toroyoc se alcanza a divisar la aún lejana torre de la iglesia como un blanco manchón que resalta en la aridez de los cerros que la enmarcan. En el lugar, como detenido en el tiempo, la calle principal ha sido empedrada siguiendo la inusual pendiente que obliga a apurar la marcha, aunque una vez que logra superarse hay que frenar en seco al desembocar en el estrecho espacio delimitado por las pircas que bordean el corte. Enclavado sobre el espolón de roca que se forma en la junta de la quebrada de San Isidro con la del Río Iruya, el caserío se construyó sobre los restos de un antiguo poblado Omaguaca que mantiene sus estrechas callejuelas como dibujadas sobre la pendiente y con curvas que suben y bajan abruptamente. La única porción de tierra en la horizontal es La Tablada, antigua plaza que la gente todavía utiliza para distintas actividades que van desde ferias ocasionales hasta reuniones sociales y religiosas. En la otra banda del río y por detrás de las casitas blanqueadas a la cal que se agolpan rompiendo el ocre amarillento de una enorme mole, el incansable trajinar de los lugareños y sus animales han desgastado en zig-zag la ladera que parece terminar en las nubes.

Durante el verano, las tormentas se anuncian con truenos que retumban en los murallones naturales como si los cerros se estuviesen

descerrajando. Revientan igual que tremendos cañonazos que lentamente se apagan, en tanto, ya ronronea su proximidad el que le sigue. Por las mañanas el sol aparece lento y se demora algún tiempo para salir por detrás del descomunal paredón que lo esconde, dejándose ver cerca del mediodía.

Desde algún momento que se pierde en el tiempo, los primeros días de octubre se festeja al Patrono San Santiago en una recordación que congrega gente de los alrededores y de otras localidades que llegan cargados de artesanías y productos para vender o hacer trueque por otros que no hay en su lugar de procedencia. Hasta no muchos años atrás montaban en la playa del río una gran feria de acuerdo a como iban arribando y sin orden alguno; entonces era común escuchar las tratativas y discusiones entre los que querían hacer negocio para proveerse de lo que podrían obtener de nuevo, recién en una siguiente oportunidad:

-Mirá la burra con tochi, damélo do costale i'papa y yevatelá-, ofrecía un muchacho que vestía un pantalón tres cuartos de barracán y unas abarcas que parecían ser parte de sus pies,

-No, costal y medio nomá-, contestaba el agricultor.

-Mirá la manta de dos plaza, suavita y calientit'es. Alborotadora pa'que te yenés d'hijos-, gritaba una gorda tejedora queriendo promocionar sus tejidos; mientras un alegre tallador entrado en copas, se dirigía al alfarero que recién acomodaba su mercancía:

-Tì cambéo un batea di madera po'eso tinajón con tapa-

Otros, sentados frente a frente y sin hablar, colocaban y quitaban objetos y productos sobre una manta, y de acuerdo a cómo cada uno consideraba la oferta y la demanda. En ese revuelto humano se podían encontrar papas y habas de la zona, los típicos gruesos tejidos de lana de llama y oveja provenientes de Colanzulí o de San Isidro, las naranjas perfumadas del lado de Isla de Cañas, los hermosos canastos tejidos en Volcán Higueras abajo, la vistosa vajilla de madera tallada de San Andrés, y una gran variedad de ollas y objetos de cerámica de La

Quiaca. Familias enteras llegaban a pie o a lomo de burro marchando por entre la aridez de los cerros, y en no pocos casos después de viajar hasta tres días para instalarse. Y armaban con lo que traían y con lo que alcanzaban a conseguir unos reducidos abrigos contra las peñas. Por lo general, con unos cuantos palos que acarreaban consigo, levantaban una lona en techumbre para protegerse del implacable sol del mediodía y del sereno de las frías noches.

Fue en el primer viaje que hicimos con Juanito allá por el año 82 que, en horas de la tarde, bajamos a la playa a ver de cerca algo muy particular. Juanito se quedó conversando con unos abajeños que habían llegado con un arreo de animales y se las habían ingeniado para mantener la recua dentro de un curioso corral hecho con coloridas sogas de lana. Mientras él charlaba entretenido, llamó mi atención un anciano que permanecía sentado en una piedra y alejado del bullicio. Vestía unos pantalones remendados y un medio poncho descolorido. Hacia un costado había apilado los pocos bultos de su equipaje, y muy cerca, su burrito se entretenía con el escaso verde que había crecido entre el pedregal de la costa. Solita su alma, el hombrecito de ojos tristes y perdidos miraba el borboteo del curso de agua cristalina que se alejaba bajando por la estrechez del cauce, completamente ajeno al resto de los feriantes. Intrigado por el motivo de su aislamiento, me aproximé:

-¡Hola abuelo, ¿qué vende usted?!-

Sorprendido de escucharme, como un muñeco movió la cabeza para enfocarme con sus rasgados ojos, entrecerrados y húmedos, a la vez que respondió con timidez:

-Orito-, dijo y no entendí,

-¡¿Qué dice que vende?!-, insistí,

-¡Orito!-, respondió alzando la voz, al momento que de una chuspa de lana que mantenía colgada al cuello por dentro de la camisa, sacó una masa informe.

-¿Orito dice?, ¿y a cuánto lo vende?-, le inquirí desconfiado. Apenas lo escuché cuando respondió con su voz cascada:

-Cincuenta pesito demé don-, mientras depositaba algo pequeño pero de buen peso en la palma de mi mano,

-¿De dónde viene abuelo?-,

-Di'acacito nomá, di'un veguita trastornando el Cerro Morao-, (Distancia que para recorrer a pie y traducida en tiempo, corresponde a dos días con sus noches)

-¿Con quién ha venido?-,

-Con mi animalito-, fue lo último que escuché. Dándome la espalda se acucilló y comenzó a desatar uno de sus amarritos. No lo supe hasta poco después, pero esa actitud era para darme a entender que no cruzaría una sola palabra más; el diálogo había concluido, pues le hice un par de preguntas antes de pagarle y marcharme. Las preguntas quedaron en el aire y el saludo no tuvo devolución.

Una vez de regreso en casa, observé con una lupa lo que aquel hombrecito me había vendido. Era una antigua moneda deformada a golpes de piedra. Tuve entonces la seguridad de que el abuelo había encontrado un tapao, quizás con Fernandinos de oro puro. En ocho oportunidades durante igual número de años regresé a la feria, pero nunca volví a encontrarlo.

El día de las Almas

En los dos primeros días del mes de noviembre, la gente del campo suele mostrarse recelosa al hacer acuerdo de las almas de sus familiares y amigos ya difuntos. Las madres y abuelas son las que acuden presurosas a los sitios donde se encuentran las tumbas de sus parientes, que por lo general se ubican orillando un camino o en un cementerio; y llevan frondosos atados de flores silvestres o coronas de papel de colores chillones para dejarle a los muertitos. Adornos que para armarlos en sus casas les demanda varios días de trabajo, aunque luego quedan como distinción por algún tiempo al lado de las torcidas y rotas cruces que marcan los lugares de estadía final. Algunas veces las viejas acostumbran a ir solas y en ciertas ocasiones, van acompañadas por el resto de la familia.

En muchas oportunidades las coronas van quedando descoloridas y desflecadas y con los alambres al aire por el paso de los meses, dejando ver que el extinto, quizás no era tan querido. Quizás pueda ser que el muertito no tiene un doliente cercano y con buena memoria para que todos los años se acuerde de llevarle algo con que adornar la tumba, de echarle una oración, o de hacerle decir una misa para hacer que su almita permanezca tranquila. Pero la gente mayor, recuerda que a las personas que han muerto en ocasiones dudosas, tienen sus almas aún atormentadas, por eso nadie se llega a verlos ni quiere tener que acordarse por un instante de ellos. El asunto es que en la primera semana de noviembre y por unos cuantos días, tumbas sueltas y cementerios cambian su lúgubre aspecto por uno del que podría decirse, emana alegría.

El caso que sigue ocurrió a unos veinte kilómetros de pasar finca La Trampa, en pleno corazón de la Serranía del Cresta del Gallo, donde

hay un pequeño cementerio rodeado con alambrada de cinco hilos para impedir la entrada de los caballos y las vacas. Hacia el frente, contra el camino tiene una puerta hechiza de tablas de cajones de manzanas, con muchas temporadas encima y a la como venga. Todos los años, el primer día del referido mes se reúnen en el predio unos cuantos lugareños como si estuviesen de picnic.

En una oportunidad, un grupo de cinco muchachos y medio emparentados entre ellos y con los finaditos, comenzó a cortar el pasto y a limpiar los alrededores, en tanto, otro allegado se acordó de llevar un tarro de pintura para remozar la descascarada covacha de su abuelo; otro paisano con muestras de remordimiento tomó la desvencijada cruz de una tumba, la acomodó un poco con unos cuantos clavos y la dejó más o menos derecha. Todo el que andaba en el cementerio hacía algo, nadie de brazos cruzados o filosofando; a excepción de los muertos, claro. Al menos circulaban dando vueltas de un rincón a otro, mientras conversaban en voz baja; y hasta alguno, rezando. Un par de gauchos hacía acuerdo de *“cómo podía ser que se haiga muerto, si el finao andaba guapito cuando le ha cáido el guadañazo. Y del mengano, también comentaban que tan redepente que ha pasado a mejor vida, si recién taba por cumplir noventa y tres añitos. Y otro, cómo el perengano ha dejado a su viuda y sus cinco hijos sin tener consideración pa’morise ansí”*. La cuestión fue que quedaron hablando bajito y quizás buscando la respuesta precisa acerca de quién sería el dueño de los huesos que ocupan esa tumba del tiempo i’ñaupa, esa que está pegada al cebil más chueco de la ladera, si “asegún” sabía decir el abuelo de la mamá, que le había contado la tía más vieja de la zona, ya estaba cuando él era chico y nunca había tenido cruz, ni flores, ni corona.

Todo acontece bien temprano, desde que el día comienza a clarear, y termina no más allá de la media tarde; porque a medida que va queriendo hacerse la oración, comienzan a regresar y se encierran antes que caiga la noche. Dicen los pocos que se animan a andar afuera del rancho, es porque aparecen espantos y se escuchan ruidos raros y

“espeluzcantes carcajadas”. Dicen que cuando sucede alguno de estos casos, los animales perciben con anticipación lo que pueda haber de anormal en el ambiente y que los caballos entran a remolonear o no quieren seguir la huella y que a veces se desbocan y arrancan en despavorida carrera pechando monte por un buen trecho, mientras el jinete va haciendo piruetas para no caerse y quedar tendido en el suelo contra su voluntad a tener que ver y escuchar lo que sea que haya provocado esa desagradable situación. El asunto es que con total precisión y sin errarle, justo ese día suelen contarse escalofrantes historias de aparecidos, de almas desgarradas que aún andan penando y llorando en este mundo; otros episodios que mencionan los silbidos más agudos y penetrantes que un cristiano pueda llegar escuchar en su vida, los de gritos de ultratumba que le hacen erizar los pelos al más machito; y hasta algunas que hacen referencia a las trapisondas del mismísimo diablo. Historias populares en las que se enumeran algunos de los repetidos temas que se discantan en todos los ámbitos y con el paso de un almanaque tras otro.

Quién se haya quedado a pernoctar en el campo, pero en campo raso digo, donde hay naturaleza pura y nada más, quizás haya tenido la sensación de ser observado o haya escuchado ruidos que no tenían explicación inmediata; con más razón si su estadía fue en la fecha antes señalada. Pero no hay que sobresaltarse ni sentirse intimidado, y tampoco dejarse invadir por el terror, pues hasta ahora, nadie se ha quejado de que un muerto le haya hecho daño.

¿Ucumar?, ¡yo i'visto!

A la memoria de mi amigo Juan Royano

Cuando los campesinos conversan de acerca del Ucumar lo hacen en tono bajo y con muestras de reticencia. Lo que si dicen clarito es que hay macho y hembra, y afirman que es “algo” a mitad de camino entre el hombre y el mono. Que vive en lo más oculto de las serranías montosas y no quiere molestar ni ser molestado. Que come de todo al igual que cualquier humano, pero más que nada frutas y raíces; y solo de cuando en cuando se come una que otra corzuela, chanco del monte, quirquincho o algún otro animalito, y de no tener hambre no agrede ni corretea a ninguno. Que trata de no andar cerca de los lugares donde habita el cristiano, y si lo hace es que anda por demás hambreado y merodeando los alrededores de una casa buscando ovejas y cabras encorraladas. Todos los comentarios lo pintan de un porte considerable, poco más de dos metros de altura y largos brazos que le rozan las rodillas mientras camina medio acurcunchao. Salvo en parte de la cara, tiene el cuerpo cubierto de pelos que ondean con el viento. A veces camina en cuatro patas, pero por lo general se encuentran dos huellas de casi el doble de tamaño que la de un hombre de las que por su profundidad, según deducen los baqueanos, debe pesar entre 150 y 180 kilos. Otro detalle es que sus enormes manos tienen grandes dedos provistos de uñas duras y filosas que puede usar como armas. Dicen que evita encontrarse con los que pasan por sus dominios y que se oculta entre los matorrales para vigilar que no lo sigan. Las muchas y distintas versiones lo pintan como un ser tímido que cuando se sabe acorralado, no hace frente, sino que huye a gran velocidad por la espesura del monte. Mucho se habla y poco se sabe, como tampoco son tantos los que han tenido oportunidad de verlo para comentar algo sobre seguro.

Un extraño personaje habitante de Talapampa adentro, en el llamado Valle Chico, contaba una noche de fogón y asado:

-Cualesquierita habla y dice de l'ucumar y ni siquiera lo han olfatiao. Yo lo'i visto ahisicito nomá. Chango era toavía, cuando un vé mi ha tocáo dentrá pa'l monte enancao con mi ñaño más grande, andábamo güeyando un toro beyaco que'bia compraó mi tata, antesito de sé dijunto. 'Bia roto la alambrada de siete hilo estando enhorquetao, si se ha yeváo tuito en'delante dé'l. No hábia con que asujetálo. ¡Maaaalo demá era el malnacío!. Los lazo de siete tiento los cortaba como si fueran de papel, mieca. La cosa es que se'mo ido saliendo la sendita y 'mos dentrao pa'l má cerráo del monte. ¡Pero quel, d'enseguida se'mo visto desconociendo el monte. Aaaaah, ¿y ahura?, se'mos prieguntao. Al ratito nomá si hecho noche y no teníbamo ni un cajita i'jójoro. Se'mo desmontao y al potrito l'emo atao a un durazniyo y l'emo sacáo l'apero. Se'mo quedáo sentadiiito y ya no 'mos dormío también, ¡si era tardi que tanto!. Ansina 'tabamo, cuando el cabayo ha empezáo a resoplá y patiá. Pucha que se'mo asustáo demá jule con el Aljonso; y méta mirá pa'l monte pa've que se véia; y nada. Pero endispué ha sío pior que enante. ¡'Mo sentío un jedentina juerti!, y que quiebraban el ramaje pechoniando monte; si se'mo ensuciao encima. Noche óscura, y sin vé, ¡que tanto!. Endispué cuando amaneció se'mo quedáo tranquilo. Al costáo p'ande estabamo, cerquita hábia un aguada ande 'mos ido a abrevá. ¡A la pucha!, ha gritao el Aljonso cuando encontrao un güeyón así de grandi. Era un sola pata del grandor de un alforja que algún bicho habia marcaó ratito enante n'el barro. De áhi, hasta siendo mozo pintón no'i sabío nada má, hasta que un guelta i'tenío que dentrá p'al monte pa'rodiá hacienda pa'la marcada. Cerráo el monte, fieeeeéro 'taba, puro garabato y sacharosa, encoletao d'entero andaba. Que diablo, era tortuoso metése áhi. La cosa que meta pechá, tránquilo nomá con lo guardamonte me iba d'entrando pa'lao las Peña Blanca y casicito yegando al repecho pa'l otro lao la cañada honda. Cuando estaba pa'salí a un claro, ¡áhi li'visto!. De costelada y sentadita

ella, un hembra era. La ucumara mamantiando la cría, mesmo que guagua véia usté. Mi quedao quietito y mi parao viendolá ende meta acariciá al cabayo y hablandoló en l'oreja pa'que no se me lo espante. Y má mejor pa' suerte de mí no córria viento ansí que no nos olfatiao. Rato laaaargo l'oservao, parécia un máma dandolé la teta. Mi quedao mesmo qui'opa viendolá 'ta que el grandote se apareció dende 'trá un matorral. A ése li'visto perfeto, perfeto pero poquito porque se me lo asustao el cabayo y casicito se me lo encabrita. L'ucumar se me lo puesto de jrente como pa'protejéla. ¡Uuuyy mamacita!, julero demá véia. Áhi nomá mi montao y li'clavao l'espuela al chuncho y m'ido rajando. Pero se'bia parao pa'jrentiá nomá no intentao atacame. Se'mo mirao ratito a l'ojo y no li'visto intinto. Ocasione cuando dentro pa'l monte yevo la alforja con verdurita y le dejo n'el mesmo lugar ande 'taban l'ucumare esa vé y cuando güelvo ya no han dejao nada. Saben que no los vuá dañá. Endispué d'esa vé no le'güélto a ve. Tantísima gente no mi sabe creyer, pero de qui'hay, ¡claru qui hay!-

Una alma en pena

A la memoria de Plácido y Santiaguito Arana

Entre tantos viajes de viernes a domingo, en una oportunidad con un amigo que hacía de copiloto nos internamos por la serranía vecina a El Hebro. Luego de cruzar algunos cerros cubiertos de árboles y otros de pastizales llegamos a la Finca La Punilla a pasar el fin de semana sin tener en cuenta que precisamente era el Día de los Muertos. Recién nos desayunamos de la fecha cuando en el camino al pasar por el cementerio vimos unas coronas de coloridas florecillas de papel que adornaban las cruces de algunas tumbas. Pasamos sin prestarle mucha atención al asunto y solo atinamos a persignarnos por costumbre cristiana. Hicimos un comentario sin demasiado argumento ni contenido y repetimos alguna fórmula de esas que vienen de años para ciertas fechas sentidas. La cuestión fue que apuramos la marcha para llegar a destino y una vez que entramos al rancho donde acostumbrábamos a alojarnos ventilamos el olor a encierro abriendo puertas y ventanas. De paso acomodábamos con anticipación el lugar en que dormiría cada uno, porque con cierta experiencia en el tema si no se hace la cama con anticipación siempre es tarde cuando el sueño apura. Entonces no se encuentra nada de lo necesario, aun teniéndolo a mano, pues el cansancio doblega las ganas de tender una catrera después de comer unas tiras de carne bien asentadas con tinto. Aquella noche a poco de comenzar a asentarse el manto de estrellas y con los últimos estertores de claridad sacamos la mesa y unas sillas a la galería. Nos acomodamos a ver crepitar la leña mientras se encendía el fuego a la espera de las brasas para ir poniendo el asado. En el silencio del angosto valle, aunque despacio y como si no quisiese llegar por las

penumbras apareció el gaucho Plácido. Personaje lugareño que en esa oportunidad pasaba de visita, quizás adivinando la inapreciable presencia de una inquieta damajuana a punto de ser descorchada. Lo que sucedía era que la morada del gaucho quedaba cerca del trayecto al rancho donde estábamos parando, de manera que no hay forma de evitar que se entere de la llegada de cualquiera que entra a recorrer las serranías. Y más aún si sospecha sea quien sea, el que se adentra, acarrea algo para poner a la parrilla. Pero lo que sabe de seguro es que el asado viene de manera indefectible matrimoniado con botellas y/o damajuanas y/o ambas. Resignados a hacerle parte lo invitamos a pasar y a conversar tranquilos sin apremios compartiendo el momento. El Plácido que hasta ese instante solo había hecho las preguntas de rigor y nos miraba sin decir pío nos seguía como en un partido de tenis aguantándonos la paciencia para proceder al descorche. Pero de repente mostró su genio de garganta áspera y nos pegó la apurada:

-¿Oiga don comué, que tal ha'i ser ese vinito que ha de habé tráido?-, y por detrás, para no parecer atrevido agregó:

-Es que vengo demasiao sediento, vea. Tamién toda la tarde andando y andando sin tomá nada, tengo demá seco el garguero-, se disculpó.

Se disculpó, pero igual arrancó para no darle descanso al codo. Entre el creciente chirriar de los grillos y el rumor del arroyo que pasa a menos de cincuenta metros hacia el frente, tras servir la segunda ronda de copas para nosotros, el gaucho ventajero ya iba por la quinta. Mi amigo desparramó brasas y abriéndose de piernas para alcanzar toda la parrilla colocó el asado como si fuese a exhibirlo en una vidriera. Disfrutando de la calma que había en el ambiente charlábamos de distintos temas, saltando de uno a otro y sin comentar nada en especial. De pronto la perrada del Plácido se incorporó con las orejas tiesas a contestar unos no muy lejanos ladridos. Aunque ya la noche se había cerrado por completo y no se veía más allá del mezquino círculo amarillento que emanaba de la lámpara colgada de un tirante del techo,

pudimos distinguir que alguien en completo silencio desmontaba y ataba su caballo en uno de los postes de la entrada. Lo vimos aflojando la cincha y sacar algo de la alforja. Crisanto se descubrió y sombrero en mano saludó a todos con un apretón de manos mientras con la izquierda sujetaba firme una botella de fernet:

-¿Cómo están pué?, ¿se han venío los do nomá?-,

-Sí, esta vuelta los otros vienen a pasar el domingo nomás-, le dije.

-Mañana podémo í pa'lao el chorro a buscá los chanco-, nos invitó,

-Bueno, traé un par de caballos y salimos—, contesté aceptando. El Plácido, babeándose y con los párpados que le zapateaban los ojos, cortó la charla:

-¡Que chanco ni chancha con su tropa de chanchito!, Ma've quien me hace convite de algoito pa'tomá-

De costadito y para que no se ofenda el Plácido comenté al recién llegado:

-Viene dura la balacera y acá no mezquinamos el pecho-

El asador sacó unas tiras y unas cuantas papas cocidas al rescoldo y largamos la comilona. Después de cenar y haciendo la sobremesa, el tema principal lo ocupó la hacienda de cada uno de ellos, y más que nada la cruza que Crisanto había hecho el año anterior para mejorar la cría. De a ratos hacíamos una broma que rompía y matizaba la seriedad con que hablaban los lugareños, cuidando que no se sintiesen ofendidos. Por ahí empezamos a escuchar que los caballos resoplaban inquietos y tironeaban las lonjas, en tanto los perros que habían hueseado a gusto y pereceaban adormecidos de repente gruñeron con ímpetu y encararon en tropilla una veloz carrera en dirección al bajo, aunque a pocos metros de pasar la línea de los postes en que estaban atados los caballos tomaron dirección contraria y volvieron como flechas a esconderse debajo de las sillas. Como buenos

opas de pueblo con mi amigo quisimos pararnos en un intento por saber quién venía, y Crisanto nos advirtió:

-Quedensé quietos-

Aún sin saber que podría ser presentimos que nada agradable. Aquellos primeros ladridos de atropellada se convirtieron en un santiamén en feroz llanterío de pateadura. Pero de tal forma que sin dejar de corretear parecían estar enloqueciendo. Peor fue enseguida porque comenzaron a arrastrarse y a mearse del miedo, echándose cerca de nosotros y quedándose en silencio. Me sorprendí de verlos actuar así y pensando que podría ser un león, metí una mano en el morral para sacar el revólver a la vez que en media voz le pregunté a Crisanto:

-Che viejo, ¿que es eso?-

Se inclinó en un amague, pero no llegó a contestarme porque un grito estremecedor y escalofriante retumbó de un cerro a otro como si fuese a partir el cielo. Provenía de la larga ladera al otro lado del arroyo y la recorría en toda su extensión. Se movía desde la quebradita de la izquierda hasta el recodo en el punto opuesto abarcando una ladera que tiene casi ochocientos metros de largo. Lo curioso era que el escalofriante grito se escuchaba sin interrupciones en su desplazamiento de un extremo a otro y llegando al final del tramo mencionado enseguida reiniciaba su trajín partiendo de la quebradita misma para cubrir el trayecto en pocos segundos. Crisanto que también parecía estar clavado a la silla comentó:

-Es la alma en pena de un gaucho que sabía viví acá cerca-, y mirándome de reojo dijo:

-Guardeló al revólver, ¿que'sta queriendo hacé?-, me preguntó,

-Es que yo creía que,...-, traté de justificarme,

-¡Guardeló!-, me dijo de mala manera.

-Ché Crisanto, ¿y si le contesto?--, preguntó mi compañero,

-¡Ni se lo vaya ocurri. ¿Que'ta loco o que mierda le pasa?!-, continuó retándonos. A todo esto, el Plácido con el vino que se había

tomado más los tragos que le daba a la botella de ginebra estaba acompañando a los perros en el más completo mutismo e inmovilidad. El grito se escuchó un par de veces más y en igual periplo pero con menos estridencia, y minutos después volvió la tranquilidad.

-¿Que hora 'tan siendo?-, preguntó el viejo Crisanto,

-Más de las doce-, respondió mi amigo.

-¿Visto? N'el día las alma ésta ha salío a avisá. Si usted lo contesta o lo agrede al espanto, se le va vení a ochenta y lo va dá una revolcada y una aguacada que lo va dejá hecho tira. Son jodido son. ¿Que no vé que los perro se cagan de miedo?. Esto mismo caschi hacen empacá y se fréntian mano a mano con lo lioné. ¿Y ahura?, ¡¡mierda van salí!! No se le debe contestá a l'alma en pena, hay que dejále nomá que como viene se va. No hay que hacé ni decí nada-

El Plácido empuñando el jarro se acercó más y con un insoportable tufo a alcohol acotó en susurros:

-Es que'l compagre Crisanto es demá corajudo vea--,

-Ahá, se ve que si-, contestamos a dúo.

Finalmente, el asunto fue que aquella noche, el Plácido arrancó para su rancho recién al ver que alguien había puesto la damajuana con el culo apuntándole a la luna al igual que la botella de ginebra para que se diese por aludido que ya no quedaba nada más que agua para tomar; y partió de regreso a su casa animando a la perrada para que lo siguiera de cerca. Rato más tarde Crisanto se despidió, le acomodó el apero a su Colorao, enfiló derecho hacia el bajo del frente y enseguida tomó por la senda que corta el faldeo del cuál provino aquel griterío insoportable, por ser ese el camino más corto a su rancho. Nosotros, ¿irnos a dormir?, ¿quién tenía sueño?!

Robo en la mina

El oro siempre deslumbró al hombre y éste lo extrajo de las entrañas de la tierra sin importarle la forma ni los medios. Ni siquiera el sacrificio de otros, ni aún su propia vida con tal de sentir el poder que otorga al tenerlo.

En oportunidad de visitar las ruinas del último establecimiento minero de Incahuasi en el Salar del Hombre Muerto, accedí también en sus cercanías al sitio donde se localizan las ruinas del poblado jesuita que llevó a los sacerdotes a mostrar su arrojo y el esfuerzo más significativo de llegar a instalarse en el ambiente del escalón previo a la cordillera, muy hostil, por cierto. El destino de aquél viaje era la localidad de Antofagasta de la Sierra en Catamarca. En el tránsito por esa agreste geografía detuve la camioneta en la Vega de Paicuqui, a la espera de que se enfriase el radiador, porque a pesar que en las sombras el aire se sentía fresco, a pleno rayo de sol la temperatura era elevada. Unos metros barranca abajo de donde me encontraba se levantaba una construcción que sobresalía de la uniformidad de la ladera en que se asentaba. Me acerqué hasta un pequeño patio anterior para golpear las manos. Luego de un rato y con signos de timidez acudió un señor mayor al que le hablé casi a gritos. Pero solo hizo señas para que me adelantase. Me invitó a pasar por una diminuta puerta que desembocaba en el penumbroso cuartucho que usaba de cocina. El hombre se llamaba Ciriaco Amancio Cachagua. Duro puneño de larga existencia que había sido peón de mina más de la mitad de su vida. Estuvimos charlando por espacio de casi tres horas, tiempo durante el cual me contó algunas anécdotas y pasajes en los que había tomado parte. El que más me llegó, fue el siguiente relato:

-Se han avenío mucho chilenos pa'cuando andaba linda la mina di oro de San Antonio. Aquicito nomá, en Toconquis. Pero 'tonce han

comenzao los lío con los de nohotro, hasta tiro se han tirao. Tiempo jodido el de los año 50 pué, el que se arrugaba 'taba ido. Peoncito ladrone había, pero eran de una granayita o de unas poquitas chala nomás. Los patrone eran los que lo daban escarmiento. Le lonjiaban el lomo a azote y lo mandaban encerra do semana. Un solito caso había que se'han juido con oro pa'la cordiyera. 'Ta que se enterao la comesión de polécia i'Palo Blanco y han salío a corretiálo, ¿andi mierda 'tarían pué los bandido?. Ha sío la güelta que los patrone han juntao unos pione y con un morralcito y un cubija; un de a pié y otro montao en burro lo andabámo güeyandoló. S'emos topao con una partida i'vicuñero chileno pue, sábian andá de áqui y de Chile, y conóciban mucho árdide. 'Toy haciendo acuerdo del invierno que'mos tenío que salí en medio la nieve pa'buscá un chileno. Hemos andao pa'lao del Calalaste arriba y 'mo salío pa'l Salar i'Antofaya, pa' la Salina El Fraile. Áhi casi no se pódia tentá por ande seguí pué, la nieve tápaba tuito. Dispué a la noche dormiendo abajito una peña a lao los animale nomá. El patrón ya se'biá enojao demá. Tarde s'emo encontrao con rastro fresco, bajando un quiebradita estrecha en Quebrada Honda pasando el salar. Dende áhi el rastro crúzaba tuito el blanco hasta perdése en una ladera de la Sierra de León Muerto; güeya de tré animale hábia. Córria viento juerte, no se pódia 'tá montao, así que tironiando las rienda 'mo seguío. Yo me decía pa' mi: ¡Que tanto apuro!, si 'ta que yeguen los comesionao, ¿andi iban a andá l'otro?. Ya casi noche 'mos avistao la d'entrada de un cueva en la peña baja al costao de un espolón del cerro. Áhi 'mos atao los animale cérquita la d'entrada y 'mos yevao los amarro pa'descansá. Al costao se véian resto de comida, d'esa mañana parécia; lata i'conserva y un porrón i'giniebra. Endispué s'emo puesto a registrá bien, no era un solo, eran dó; habian déjao lata yena entoavía, porrone de agua, cuatro manta, tabaco y alcol. Ya 'mos d'entrao pa'Chile, pa'lao el cerro Colorao Chato, y yevabámo dosito que se'bian apunao ma jiero que la mierda. Queríbamo güelvése pué, se'tabámo moriendo po'l jrío. Habiamo hecho siete parada en los mesmo lugare ande habian dejao tirao resterío i'lata,

abrigo, lazo, comida pa'lo animale. Pero se ve que s'ido pa' su pago nomá el Timoteo. Di güelta yo vénia memoriando solo. Claro pué, si'bia dicho mese ante que s'iba a visitá uno familiare. Debe habé hecho el camino i'venida con un compagre. Ya'bian dejao prieparando las parada con comida, agua y abrigo, carculando el camino por día, y apurao pa'que perseguío se escapen. La noche que se deshaparécio el Timoteo, seguro que su compagre lo ido a esperá pa'l otro lao el cementerio-

El asunto es que el mentado Timoteo Vargas, junto al que le hizo de apoyo, huyó por las montañas y pasaron a Chile, habiendo robado veinticinco kilos de oro. Cuando regresaba la partida de mineros que había salido a buscarlos, se cruzó con una nutrida Comisión Policial. Los obreros comentaron en detalle lo ocurrido, y aquellos solo por formalidad continuaron adentrándose en la cordillera. Jamás se volvió a tener noticias de Timoteo Vargas y su ayudante.

Lunita de Carnaval

Cuando se acerca el mes de febrero con su lluvia mojando la tierra, hace que el carnaval palpite en el corazón de los quebradeños que, de a poquito van soltando su alegría. A medida que llega el día del desentierro hace rato que los choclos vienen muñequando y de a poco las chacras comienzan a dar sus frutos. Es la fecha en que los hombres salen a tomar y coplear hasta el alba, a veces por varios días y hediendo a albahaca durante los festejos previos. Es la fecha en que Juan Tolaba viene hasta Agua Negra por el cauce mismo del río Escoipe bajando con paso apurado y unos pesitos en el bolsillo para gastar y macharse cantando hasta la madrugada. Y se vuelve con unos pasos desganados, lentos y tambaleantes orillando el camino y buscando su rancho, aunque a veces cuando siente que su cuerpo no da más hace cama a un lado de la huella y se duerme hasta que el alcohol se decide a abandonarlo.

Llegado el día, la gente se reúne y marcha en procesión a desenterrar el muñeco del carnaval, y ansiosos cavan hasta que lo encuentran. Una vez que termina la ceremonia regresan al caserío precedidos por una alegre y estridente música de redoblantes y cornetas, bailan y se tiran harina, papel picado y serpentina, y beben chicha y vino. Mientras muchos se detienen a descansar otros no se dan tregua, pues el carnaval ha comenzado y es tiempo de alegrarse, de cantar y de bailar. Después dejan salir al duende del amor que, aun entumecido y bárbaro por la bebida engendrará una vida que verá la luz cerca de la siguiente Nochebuena. Por las noches la luna encandila los rincones de la quebrada como desde hace millones de años. Al igual que Juan hay otros que dominados por el espíritu ancestral del rito de la cosecha abandonan presurosos la soledad de los cerros, y para vencerla tienen que encontrar y convencer a una mujer para amicharse.

Otra vez lo mismo, el Juan ya ha hecho el intento dos veces y nada, ha vuelto a quedarse solo. Su primera mujer había andado cargando la guagua en el kepi todo el día por los cerros mientras cuidaba las ovejas, y de regreso al rancho, hacía rato que los truenos reventaban sordos entre los cerros. El destino quiso que en el Mal Paso se despeñara pasando por una ladera traicionera y el Juan los encontró muertos recién en la tarde del día siguiente, guiado por el remolino de caranchos que había divisado al salir de una cañada. Cargó los cuerpos en la mula y se volvió masticando el dolor entre lágrimas calladas que le mojaban su piel reseca. Hacía mucho que no lloraba, tal vez desde la muerte de su madre que los había dejado cuando todavía era un niño y se tuvo que ocupar de cuidar siete hermanos. Hacía mucho tiempo también que su espíritu salvaje tanto como inocente, no tenía una sensación lastimera y dura como la que ahora lo tocaba. Por eso sentía la boca seca y amarga, y le cambiaba el gusto con coca y yista.

Pasó un año hasta que conoció a la Anselma, y aunque con ella fue distinto no tuvieron hijos:

-Tata Dios no'stará queriendo-, decía.

Convivieron cuatro años, cuatro carnavales pasaron cantando y bailando juntos. Ahora bajaban para asistir al próximo, ella luciendo polleras coloridas, una chalina de color crudo de lana de llama y un sombrero panza i'burro; él trajinando un manojo de albahaca y su caja chayera. Esa misma noche arrancaron con los festejos y en el entrevero que se arma mal urdido por la bebida, apareció otro pastor de los pagos de El Alfarcito. Decían las comadres que hacía tiempo que la venía ojeando a la mujer y que ella le contestaba sus miradas. Aquel pastor esperaba agazapado como el león a su presa, en tanto el Juan cantaba coplas chorreando babas. Se despertó después de que el sol le diera un par de vueltas por sobre las espaldas. Tumefacto y confundido por la bebida y creyendo que su mujer andaría en alguna carpa copleando con las comadres, no se preocupó al principio. Al recuperar algo de lucidez salió a buscarla, lo hizo toda la tarde y parte de la noche queriendo

convencerse que había regresado sola al rancho, pero un mal presagio le abarcaba el pecho y lo venía apurando en el camino de regreso. Aunque la oscuridad era total adentro del rancho, poco tuvo que mirar para darse cuenta de que lo había abandonado. Con un profundo dolor que se le acentuaba en el pecho resolvió volver al pueblo tranqueando largo entre repetidos tragos de alcohol que lo quemaban y se le confundía con el dolor del engaño. Enseguida volvió a dominarlo la borrachera, pero, aun así, continuó. Dos luceros brotados repentinamente de la negrura, como quién diría de la nada, en una topada seca lo voltearon y se sintió rodar en la suavidad de un pajonal.

Hoy el Juan Tolaba con la angustia que lo llevó, es una pequeña tumba al costado del camino apenas marcada por una tosca cruz de palos de donde cuelgan unas flores de papel viejas y resacas. Debe saber alegrarse cuando en las noches de carnaval la alumbró el viejo disco de plata.

Tierra de contrabando

En la tierra circundada por el trópico, el sol se siente como fuego a partir del levante y va en aumento a cada hora que pasa hasta que gana nuevamente la línea del horizonte. En ella hay hombres que para ganarse la vida se dedican al contrabando ayudados por la fragilidad de la frontera, marcada por un simple curso de agua. La tentación es irrefrenable cuando hay dinero de por medio. De esta barranca es el Norte de la Argentina y unos metros hacia el frente, el extremo Sur de Bolivia. Superarla transportando bultos y a la vez evadiendo los controles fijos o las patrullas, significa ir de una orilla a otra. El consumo de hojas de coca hace que diariamente los mayoristas del otro lado, se ocupen de trasladar varias toneladas hasta cerca de la costa. Una vez allí los pasadores contratados se ocupan de contrabandearlas. La carga consiste en grandes fardos acondicionados en bolsas plásticas para que no se mojen ni se humedezcan. Cuando los muchachos están listos, vistiendo nada más que pantalones cortos y alpargatas, los cargan en sus hombros y comienzan su trabajo. Parecen ser hormigas portando enormes cargas que les doblan las espaldas con atados que pesan entre cincuenta y ochenta kilos. Caminan en fila india por medio de la selva hasta el curso de agua, después se meten despacio. En el agua, el bulto sirve de flotador y lo llevan agarrado con una mano, en tanto con la otra bracean con fuerza tratando de superar la correntada, los que logran cuerpearla salen unos cientos de metros más abajo, pero también sucede que algunos son tragados por los remolinos y no vuelven a salir con vida a la superficie. Si tienen la suerte de pasar, lo arrastran para cargarlo nuevamente y vuelven a internarse buscando de alcanzar el sitio que les indicaron de antemano, donde los aguarda el comprador.

Los hombres verdes de la ley suelen rastrear constantemente estos lugares y además tienen sus avisadores, entonces esperan a que la hilera vuelva a formarse para tomarlos por sorpresa y es contrabando perdido. Los accidentes del terreno cubiertos por la monstruosa espesura se hacen difíciles de andar y sirven de escudo a los integrantes de ambos bandos, favoreciendo a veces a uno de los grupos, y en otras oportunidades, al contrario. Si atrapan a los pasadores, los intimidan con golpes y malos tratos para que delaten al dueño de la carga, pero en realidad no lo saben, porque les pagan por traerla hasta esta orilla. Entonces enseguida los dejan volver. El problema se agudiza cuando un narcotraficante introduce envoltorios con pasta de cocaína, sustancia buscada por los gendarmes en esos rastrillajes. Obrajeros y puesteros de fincas y aserraderos de la zona trabajan completamente aislados en ese tupido y cerrado manto verde. Andan por senderos casi intransitables para llegar a talar un determinado sector o simplemente para seguir las huellas de las vacas, y ocasionalmente y sin querer, pueden llegar a enterarse de las actividades de buscadores y buscados.

En la zona serrana de Campichuelo, vivía un joven al que sus amigos y conocidos lo llamaban “el Cubija”. Para alcanzar el puesto donde tenía su morada había que abandonar el trazado de la ruta a Tartagal y entrar unos treinta kilómetros por un camino de ripio hasta la casa del capataz; los cinco últimos kilómetros se hacían recorriendo un trazado casi intransitable. De golpe se cortaba y había que continuar a caballo por debajo de una enmarañada techumbre natural de casi veinte metros de altura. Era un ámbito salvaje donde las lentas y pesadas antas rondaban en tropas de hasta quince animales y en las frías noches de invierno los tigres perdían su temor al fuego y se arribaban al campamento para calentarse cerca del fogón. En total soledad, el Cubija cuidaba hacienda. El resguardo en que vivía protegía sus pocas pertenencias: un catre hechizo de palos de mora que se alzaba cerca de un metro por encima del suelo para escaparle a las víboras; a

un costado y de una rama colgaba el rifle y una vieja caramañola. Más abajo un destartado morral de lona y la campera que parecía haber vuelto de la guerra. Hacia el lado más limpio había levantado un armazón de palos atados con tientos que utilizaba de mesa y en la que se desparramaban unos pocos utensilios llenos de suciedad. Por encima oscilaban con el viento unos racimos de pezuñas de corzuelas y quijadas de chanchos salvajes. Algo alejado, un humeante fogón y una parrilla con dos tarros negros y cenicientos, y al lado un recipiente que en sus mejores momentos seguramente fue una pava. En resumen, el Cubija no tenía algo que fuese de interés para robarle, pero igual lo mataron de un tiro en el pecho. Otro puestero lo encontró después de buscarlo un día y medio, al hallar su caballo ensillado en un cruce de sendas. Todo indicaba que en sus tantas andadas por el monte llegó al río y sin querer presencié el momento en que una larga fila de pasadores acomodaba los paquetes en la playa. Entonces aparecieron tres gendarmes que se habían mantenido ocultos, dando la voz de alto y pistola en mano se abrieron para cubrirlos. A casi todos. Al hacerlos enfilear para guiarlos hasta el camión, retumbó un disparo, y el verde que caminaba al último se desplomó alcanzado por el disparo de una pistola de 9 milímetros; dos respiros después, otro estampido terminó con la vida del que lo precedía. Uno de los recibidores del contrabando, esperaba agazapado a algún pasador, que sin saberlo transportaba la droga. El restante gendarme escapó a la carrera. El Cubija reconoció al que disparó a traición.

Al día siguiente la espesura fue invadida por gendarmes que patrullaban buscando al doble asesino. Cuando llegaron al puesto del Cubija averiguando si tenía información sobre el hecho, respondió con la verdad a todas las preguntas que le hicieron; y aunque no era un soplón, el ver matar a dos hombres a sangre fría lo había tenido intranquilo. La verdad es que tiempo después el padre del Cubija como experimentado baqueano que era, colaboró para que atrapasen a los

narcotraficantes que operaban en la zona. Algunos tenían pedido de captura, entre ellos, el asesino de su hijo.

El verdadero dueño

A los “geniales locos” que formaron parte del paisaje de mi pueblo

El valle de Cianca supo ser un extenso ámbito recubierto de monte espinoso, espeso e impenetrable, conocido desde siempre como “El Moruno”. En el ocaso del siglo XIX, llegó un ejército heterogéneo de hombres de países y continentes lejanos y comenzó a talarlo y a extender las vías del ferrocarril hacia la frontera Norte. En poco tiempo dejó de estar alejado y ser desconocido, convirtiéndose rápidamente en el nudo ferroviario más importante de la región. Los obreros y demás que se afincaron, levantaron sus viviendas hacia ambos lados del trazado de las vías y el pueblo creció hasta que sus habitantes comenzaron a distinguirse entre “los de la banda Este” y “los de la banda Oeste”. El Jefe de Estación habitaba una casa contigua al edificio donde funcionaban algunas dependencias centrales y por cuadras aledañas se repartían las de quienes tenían a cargo algún sector. Algo más lejanas instalaron las de conductores, mecánicos, guardas y playeros; por último, foguistas y peones. Los hijos de los ferroviarios solían reunirse a jugar al fútbol en el descampado que había a un costado de la playa de maniobras. Era un numeroso grupo de párvulos en el que sobresalía Juancito, un niño de diez años recién cumplidos, por ser el mejor alumno de su grado y un hábil número nueve casi imparable en la cancha. En el vecindario terminaban las tareas escolares y salían a corretear la pelota de trapo hasta ya cerrada la oración. Juancito, antes de marcharse a casa se sentaba en un banco hecho con traviesas de madera y observaba las maniobras con que su padre dirigía a los conductores de trenes; luego entraba sucio de transpiración y tierra, las piernas lastimadas, la ropa cubierta de cadillos y chorreando mocos. Al igual que su padre, Juancito

había nacido y crecido en una pequeña casa con el fondo pegado al extenso playón. Don Juan, su abuelo, también había sido ferroviario al igual que su padre, y él ya había establecido como meta principal, trabajar en lo mismo. Era la vida que quería, la misma que había vivido su abuelo y entonces vivía su padre. Niño sonriente y feliz, apurado por crecer, quería ser como el mayor de sus hermanos, que había conseguido trabajo en una fábrica a pocos meses de cumplir los veinte; así usaría pantalones largos, calzaría botines de cuero, se enjabonaría la cara para afeitarse, fumaría cigarrillos negros, invitaría al cine a la vecinita y tomaría un par de cervezas con amigos. Mientras tanto, apenas colocaban en la puerta de la cocina el almanaque del año entrante, remarcaba la fecha de la licencia anual de su padre, ansioso por viajar durante días y noches en cualquier coche motor.

En cierta oportunidad escuchó a un anciano cuando dijo: “llegó para los obreros el fin de los tiempos de escasez y de alpargatas para dar paso a los de riqueza y abundancia con Perón y Evita en el poder”. El pueblo deliraba con ellos y no había tema de conversación que no tuviese relación con sus pensamientos, principios, actos y discursos. Las emisoras los nombraban con sonos de la marcha partidaria de fondo en todo momento y sus fotos ocupaban las primeras páginas de los medios gráficos. Los radios a galena parecían explotar después de que el General y Evita aparecían en el balcón saludando a la multitud con el clásico:

-¡Compañeros!-, era entonces cuando cientos de miles de gargantas los aclamaban al unísono durante algunos minutos, después se iban apagando hasta que un silencio de cementerio daba lugar al discurso. En aquellos precisos momentos Juancito se imaginaba en un estadio colmado de gente, festejando su gol de rodillas y con los brazos abiertos frente al guardavalla vencido que lloraba avergonzado escondiendo su rostro mientras la hinchada simpatizante, colgada de la alambrada no paraba de gritar su gol y coreaba:

-¡Juancito, Juancito!-

Los muchachos del equipo lo cargaban en andas por convertir el gol del triunfo vistiendo la camiseta número 9 de su querido Boca Juniors.

Un mediodía gris de otoño recibió con desbordante alegría una pelota de cuero de manos de la “Abanderada de los Humildes”, que a bordo del “Tren Presidencial” viajaba con su esposo por las diferentes líneas férreas, deteniéndose en las estaciones a repartir camas, máquinas de coser, bicicletas y otros bienes que los trabajadores, en otros tiempos, quizás jamás hubieran podido comprar. El abuelo Juan no se afilió, pero apoyaba a ese partido político; su padre, también Juan, se transformó en un activista incondicional y un tipo orgulloso de portar el mismo nombre que el señor presidente. Pero Juan hijo o Juancito, vivía una única pasión, la pasión por la camiseta que cubría su pecho: la gloriosa azul y oro; aunque siempre agradeció aquél maravilloso regalo al que durmió abrazado muchas noches. Por cuidarla tardó en decidirse, en tanto, pasaba los domingos con la oreja pegada al radio y alentando a su equipo con el reluciente obsequio sobre las rodillas. Pasaron tres semanas. Un atardecer en que el potrero estaba desierto resolvió cruzar llevándola como a una canasta de huevos, la acomodó en la gramilla y la miró largamente antes de asestarle la primera patada, que en realidad no fue más que una caricia para verla rodar. El sábado siguiente, con los demás del vecindario pasaron varias horas quitando piedras y yuyos para luego marcar la canchita con líneas de cal. Después aguardaron a que el sol se aplacase un poco y armaron los equipos rodeados de un halo mágico y una casi desesperación que los quemaba por pegarle a esa pelota con olor a cuero nuevo. El crepúsculo se extinguía cuando terminaron de disfrutar aquel partido como ninguno antes.

Juancito cumplió dieciocho años y a la mañana siguiente de egresar de la Escuela de Arte y Oficios, fue a la estación y en la oficina

del Jefe entregó una solicitud de incorporación. El hombre le estrechó la mano y con un tono que sonó a algo más que un pedido, dijo:

-¡Bien, después me firma la ficha de afiliación compañero!-, afirmando con la cabeza, respondió:

-Como no jefe-

Pasaban los inicios de la década de los 50 y el sordo y conmovedor ruido de las máquinas a vapor acompañado de agudas silbatinas anunciaba la partida o llegada de un convoy de carga que se alternaba con los roncos bocinazos de algún coche motor. La Estación era un caldero en ebullición que comenzaba en la madrugada del lunes y concluía la noche del sábado. El silencio no superaba las cuatro horas entre la llegada del nocturno y la partida del primer carguero al ramal norteño. Juancito sabía de memoria el horario de trenes de cada día de la semana, su procedencia y destino, y si era de pasajeros o de cargas. Los días domingo eran distintos y transcurrían en absoluta calma, pues la modorra se adueñaba de las calles y cada tanto se escuchaba el rumor de la transmisión de una disputa futbolera emitida por el radio a transistores de Juancito que vagaba por la plazoleta de la Estación; donde rondaba siempre un pasajero medio perdido, algún cargador de maletas disfrutando del sol o un vagabundo escoltado por sus perros, un borracho tapado con periódicos y durmiendo a sus anchas, uno que se decía adivinador, algún embaucador, un delincuente que aguardaba sin saber a quién, y alguna puta aburrida fumando un cigarrillo tras otro. Meses más tarde se hizo realidad lo que tanto había soñado, cuando leyó el telegrama comunicándole su designación como “Ayudante de Playa”. Se registraba a tomar servicio con media hora de anticipación, pedía la planilla de movimientos diarios y luego marchaba a ocupar su puesto, de noche parecía un fantasma moviéndose entre los vagones con una linterna en sus manos. En días de descanso, su único pasatiempo era jugar largas partidas de carambolas y tomar unas copas de grapa.

Luego de trece años de armar y desarmar trenes, una noche en que él hacía las señales apurado por terminar una formación, don Juan padre se ocupaba de desenganchar los vagones antes de que se detuviesen por completo. En una de tantas maniobras saltó con prisa en medio de los rieles para colgar las cadenas, sin percatarse en que el pesado monstruo seguía deslizándose lentamente y los vagones separados ya se habían detenido, al finalizar el retroceso lo golpearon en seco y prácticamente lo cortaron en dos. Juancito permaneció internado y bajo tratamiento psiquiátrico durante casi un año, después autorizaron a que regresara a su domicilio bajo estricto control médico. Así estuvo casi dos años más hasta que el Servicio Sanitario decidió jubilarlo por discapacidad mental y cierta dificultad en dominar el brazo y la pierna izquierda. Siguiendo consejos médicos, diariamente recorría los lugares que frecuentaba antes del accidente, logrando resultados favorables, pero sin alcanzar una completa recuperación; tampoco volvió a ser el mismo.

Acostumbraba caminar por las adyacencias de la estación y por momentos se detenía con la mirada extraviada y agitando incansablemente los dedos a la altura del pecho. Era inofensivo a pesar de que, al escuchar los pitidos de alguna máquina, su rostro se encendía como brasa y los ojos parecían brotársele a la par que soltaba un violento y atropellado insulto.

De madrugada se lo veía apurar el paso, como cuando trabajaba, aunque entonces con desigual ritmo, pero entre rengueadas y tropezones se daba maña para subir las escaleras de la pasarela elevada que comunicaba las dos bandas del pueblo. Una vez arriba demoraba en contar los vagones hasta donde alcanzaba la vista o su imaginación, luego bajaba y entraba en la oficina de Tráfico y pedía datos de los trenes que habían pasado el día anterior. Del bolsillo de su camisa sacaba una ajada libreta y anotaba el número de cada uno y la carga transportada; y con la cabeza gacha y las manos asidas por detrás

caminaba incansablemente por la vereda anexa a las vías esperando el próximo tren. Su figura firme, decidida e inquieta calzaba un sombrero panameño de alas cortas, aun cuando el pavimento chirriaba ondulante bajo el sol de la siesta o el viento invernal parecía una navaja, entonces se acomodaba una gorra de lana con orejeras y un largo sobretodo gris que le cubría hasta los tobillos. Cambiaba de mano la maltrecha libreta y miraba con insistencia el reloj del andén. Quién no lo conocía quedaba desconcertado y temeroso al escuchar una lejana silbatina cortando el penumbroso silencio de la noche y volviéndolo a la oscuridad de sus recuerdos. Corría como poseído, vociferando:

-¡Que la reparió carajo, que mierda le pasa?, ¿adónde va?, quieta le digo!-, mientras la potente luz se agrandaba con el paso de los minutos, quizás dos o tres, y sus alaridos se confundían con el chiflido insoportable y el ensordecedor trac-trac, trac-trac, trac-trac, con que temblaba el andén. Todo crujía, hasta que comenzaba a detenerse y el recato volvía a apoderarse de Juancito, que permanecía firme con su palidez, su lacia y nívea cabellera, bigotes entrecanos y ojos desbordados, casi ausente. Entonces suspiraba un par de veces con muestras de alivio y abriéndose paso entre el gentío buscaba a quien estaba al mando de la formación.

Sus amigos y conocidos lo saludaban con palmadas y abrazos:

-Hola Juancito, ¿cómo andás?-,

-¡Buenos días señor, todo en orden!-, respondía claramente y haciendo la venia a la vez que golpeaba los tacones de sus desgastados y blanquecinos botines, renegridos de betún en mejores épocas.

Los muchachos de la cuadra se reunían a jugar después de almuerzo y no faltaba el que le atinaba un pelotazo al grito de:

-¡Loco Juan!-

En un intento por tomar desquite emprendía una desarticulada y errante carrera que provocaba el desbande desesperado de los atrevidos a los que jamás lograba alcanzar. Al día siguiente aparecía de nuevo y concentrado en su inofensivo trajín. Era el ferroviario y el hincha

de Boca más conocido del pueblo y sin lugar a dudas el más célebre de todos los tiempos. El que de lunes a domingo cuidaba las instalaciones de “su Estación de Trenes”, paseando orgulloso con su reluciente camiseta y el radio desde la barrera del aserradero hasta la que permitía el paso de vehículos en el cruce con el camino al paraje El Algarrobal y la pista de aterrizaje.

Un lluvioso día de otoño de 1992, por medio de un instrumento legal como el que le diera origen, la máxima autoridad nacional decretó el cierre de casi todas las líneas férreas; sucedió también con el trazado que pasaba por el pueblo de Juancito, y también sus habitantes quedaron sin su esencia, sin raíz y sin trabajo. Meses más tarde, en una confitería de ensombrecido ambiente sepia, un grupo de exferroviarios conversaba recordando buenos tiempos. Alguno preguntó sorprendentemente qué se sabía de Juancito y otro que ocupaba un asiento en la orilla contraria del salón, balbuceó:

-A poco de difundirse aquél funesto decreto presidencial número 666, hallaron su cuerpo en la playa de vagones. Juancito murió de tristeza junto a “su ferrocarril”.

Filomeno

A la memoria de las Mujeres de finca La Punilla:
Guadalupe, Efrigenia, Justa, Severiana, Genoveba y Fortunata

En las serranías aledañas al Parque Nacional de la Estancia El Rey, a partir de diciembre las lluvias que se descargan con una frecuencia diaria mojan los cerros con ganas haciendo verdear los pastos; y el ganado vacuno que allí pastajea engorda de lo lindo. Verde es el color que disfrutaban los paisanos porque sus vacas ganan peso, pero más que ellos se alegran las vacas, porque pasan el día masticando hojas frescas. A mediados del mes de enero, los gauchos comienzan con el destete de los terneros y ordeñan temprano para que las mujeres preparen quesillos y quesos criollos. Yo había recorrido en tres oportunidades el hermoso vallecito durante los meses de invierno y aunque solo de pasada, conocí a una pareja de lugareños que vivía cerca del arroyo; y como todos los que habitaban la zona, estaban dedicados a la cría de ganado en pequeña escala. Con Crisanto y Guadalupe simpatizamos desde que nos conocimos, y me invitaron a pasar el siguiente fin de semana largo. Sus tierras están en medio de angostas cañadas y amplios faldeos serranos donde habitan una construcción de adobes que tiene tres habitaciones, baño y galería, y a un lado se encuentra separada la cocina – comedor. Llegué en la tarde de un viernes y enseguida de dejar la mochila en un dormitorio pasamos a la cocina, mientras la Guada adobaba medio costillar de cabrito, Crisanto cebaba unos mates amargos largos. Luego de comer nos quedamos conversando a la luz de la luna y en compañía de la infaltable botella de vino, entonces me hicieron extensivo el convite del gaucho Plácido, vecino y compadre, que al día siguiente tenía marcaría a sus animales, y por supuesto que asado y empanadas de por medio.

A la mañana siguiente, bien temprano, teníamos los caballos ensillados y luego del desayuno partimos con la salida del sol. Al vernos llegar el dueño de casa se acercó a recibirnos trayendo un jarro lleno de leche, y nos ofreció un trago:

-Tomen que'stá recién sacadita. Usté comadre Guadita vayasé pa'la casa que áhi ta' la Efrigenia matiando con l'otra vieja. Los muchacho siganmén, vengan conmigo-, dijo enfilando para el corral.

Al igual que los demás, nos quedamos cerca del rodeo, pero donde el terreno estaba más o menos seco, mirando como hacían entrar a las vacas y las separaban de los terneros para asentarles el fierro caliente con la marca del Plácido. Además, cerca de ahí había unos gauchos diestros ordeñando unas tamberas. Pasada media mañana una camioneta se aproximó a las patinadas y haciendo zigzag en la barrosa y maltrecha huella para detenerse frente al portoncito del rancho. Bajaron dos parejas y comenzaron a los besos y abrazos con los que andaban haciendo los preparativos para el almuerzo. Me asombré al ver un hombre cenceño y alto, vestido de saco y corbata y calzando elegantes zapatitos de charol. Con el Plácido, cumplió en el momento gritando a la distancia y sin intenciones de acercarse al corral. Pero muy atento, el dueño del festejo fue a saludarlos, y entre besos y abrazos les ofreció de beber de su inseparable jarro que rebalsaba espuma de leche. El que manejaba y las dos mujeres aceptaron y bebieron unos tragos, pero el pasajero engalanado rehusó hacerlo diciendo:

-No gracias compadre Plácido yo no tomaba leche ni cuando era chico-, y el otro respondió casi poniéndole el jarro en la boca:

-Metéle compagre Filomeno, usté que's de los mío hagalo un traguito-,

-¡No compadre!, ya he dicho que yo no tomo leche!-, repitió mirando el jarro con cara de repugnancia,

-Oh pué compagre Filo, ¿cómo no vas tomá?-, volvió a la carga,

-¡Ya te'dicho que no. No tomaba leche cuando era chico!-, y por más que le insistió casi rogándole, obtuvo la misma respuesta, pero el gauchito tenía su fórmula para tentarlo y llamó a un chango y le dijo:

-Ma'vé Benjita, vo que so bien churo, andá y traime la alforja í'lona esa que'stá colgadita n'el alero!-. En la alforja permanecían guardabas varias botellas de alcohol puro. En cuanto el Plácido la tuvo en sus manos sacó una y la destapó. Mientras vertía el alcohol sobre la leche decía:

-¡Compagre Filo!, ahura si le vas dá aunque sea un taco, esta 'tá cortadita. Actitud con la que dejaba en claro que no aceptaba un no por respuesta, y menos que menos cuando invitaba en sus dominios. Tanto cargoseó a su compadre, que al final, para sacárselo de encima aceptó tomar un trago. Agarró el jarro, se tapó la nariz y con cara de asco hizo uno cortito. Sin embargo, repitió con otro trago mucho más largo y saboreado, después dijo:

-Esta buena esta lechita ché, ¿como se llama?-,

-¡¿Aaaahura si te ha gustao Filito?, eso ques'tás tomando se yama leche í'tigre!-, dijo soltando una risotada cómplice por haber logrado su propósito. El Plácido volvió al corral chapoteando en el barro para hacer llenar el envase con uno de los muchachos. Con apuro le agregó un buen chorro del otro líquido y encaró nuevamente en dirección a la sombra del sauco donde se encontraba el compadre. Enseguida repitieron, y enseguida otro, y vaciaron otro jarro más. Aunque con el segundo jarro los compadres se habían aproximado al redil y cuando dieron cuenta del tercero, el Filomeno se había olvidado de sus zapatitos de charol y de su trajecito, porque con el barro hasta los tobillos se afirmaba en los alambres para decirle a su compadre:

-¡Pille Plácido, agarrelá a esa arisca y saquelé otro poquito!-, y el compadre que obedecía su pedido, con el jarro que venía lleno y el jarro que se iba seco, el Plácido ya correteaba con cierta dificultad y parecía moverse en cámara lenta. Habiendo aplacado en cierta forma el fuego de la primera sed, hicieron una pausa, pero durante la pasada de unos animales el Filomeno se percató de que el Plácido lanzó su lazo un par de veces en su intento por enlazar una vaca mañosa. En su intento por ayudarlo, no tuvo mejor ocurrencia que meterse al corral agitando la

corbata y maullando horriblemente para espantarla para el lado donde su compadre la aguardaba con el lazo listo. Cuando la vaca se dio de frente con el Filomeno, frenó su trote en seco y quedó mirando para ambos lados, parecía anclada al suelo. El Filomeno sacando pecho y desprovisto de todo prejuicio, con la ilusión de agarrarla por el cogote se tiró como para atajar un penal al grito de:

-¡Venga pa'cá tetona mía!-, con tanta mala suerte que lo hizo justo en el momento en que la vaca brincó hacia un costado y el Filomeno cayó de boca y con los brazos en cruz sobre la mezcla de barro y bosta que había de alfombra. Con mucha dificultad se enderezó, se puso de rodillas, y entre carcajadas y chocolatosos escupitajos dijo:

-¡Ché compadre, estita me tiene vergüenza porque anda sin corpiño!-

El compadre Filomeno parecía un muñeco de chocolate, con la diferencia de que estaba recubierto de mierda de pies a cabeza. El cuadro no podía ser más cómico, todos reímos y todos aplaudimos. Es decir, casi todos, porque quién no se reía era su voluminosa mujer, que tomaba mate en la galería de la casa y comenzó a mirarlo cuando se metió al corral a espantar la vaca. La robusta señora abandonó la silla que ocupaba y le apuntó derecho al corral moviéndose como elefanta enojada y humeando por la trompa. En tanto unos comedidos entramos para ayudar al Filomeno a que saliese por entre los alambres, pues no había forma de que se mantuviese erguido; estaba desatado y eufórico a causa de la leche de tigre. De esa sucia máscara de hedionda pasta que lo recubría, resaltaban sus ojos claros y sus dientes, y emitía una sonora risotada que completaba el fantasmagórico cuadro de mascarada. De pronto escuchamos a nuestras espaldas:

-¡¿Has visto, papelonero de mierda?, ¿que te he dicho esta mañana cuando he ido a sacarte del cabaret?, ya sabía que alguna otra cagada ibas a hacer ¿No te podías aguantar de seguir chupando?!-

Recién enderezado y sin dejar de reírse, Filomeno repetía sin cesar:

-¡La vaquita no tenía ñocorpi, no tenía corpiño la vaquita!-, sin darse por aludido. Con esa actitud de indiferencia y frenesí del Filomeno, su mujer perdió los estribos y en un abrir y cerrar de ojos le acomodó un sopapo revoleado con el que podría haber frenado la arremetida de un toro en celo. Cualquier árbitro piadoso pudo haberle contado hasta diez mil sin la esperanza de que reaccionase. Después de aquél incomparable y sonoro cachetazo, la mujer se tomó la cabeza y comenzó a llorar desconsolada mientras profería insultos y maldiciones y enfilaba para la galería del rancho entre palmadas y palabras de consuelo de otras mujeres. Entre cuatro comedidos levantamos al compadre Filomeno, alzándolo por los cuartos y lo depositamos como una bolsa de papas sobre unos pellones, encimeras y otros arneses resguardados debajo de un rudimentario y parchado techito. Alguno dijo muy despacito y en sentido contrario:

-Pobre don Filomeno, ha sido víctima de la brutalidad femenina-

El gaucho Crisanto seguido por Guadalupe, caminaba haciéndose el distraído y yendo sigiloso hasta el árbol en que habíamos atado los caballos. Me hizo señas, conteniendo trabajosamente la risa:

-Vamonó pa' en'de Rufino, no vaya sé que d'entre a repartí pa' todos la señora esa-

En lo de Rufino nos quedamos a almorzar y de regreso pasamos por lo de Plácido cerca de las cinco de la tarde, Saludamos desde el guardapatio sin desmontar. Debajo del desvencijado reparo el compadre Filomeno aún dormía su mezcla de curda y nocaute sobre los cueros de oveja y en medio del mosquerío.

El Bisabuelo del Abuelo

A la memoria de mis antepasados
que eligieron a esta bendita tierra

Mi abuelo paterno, de nombre Phillipe, con 25 años recién cumplidos y solita su alma, llegó del Líbano luego de un largo viaje en barco, en el año 1912. Su familia había vivido desde el último tercio del siglo XVI en la aldea de Bahabda, cerca de la costa del Mar Mediterráneo. Campiña donde la mayoría de los habitantes se dedicaba a la cría de corderos y en menor escala a la de vacunos y caballos. Solo en ciertos casos y en pequeñas parcelas cultivaban trigo y hortalizas aprovechando las fértiles franjas ribereñas de arroyos y ríos aledaños que desembocan en el mar. Solo puedo hacer suposiciones de su desarraigo, porque ninguno de los viejos descendiente supo los motivos que lo llevaron a despedirse de su esposa, padres y demás familiares y emigrar a la República Argentina. Como la partida se realizaba desde puertos turcos y con documentación de ese país, se entiende la razón de que todos los habitantes de países por ellos ocupados, fueran erróneamente identificados como “turcos”, sin distinción de procedencia ni de origen.

El apellido con que lo registraron para permitirle ingresar, resultó de un acto que hasta podría considerarse fue a modo de burla por quienes entonces se ocupaban del trámite en un galpón del mismo puerto. Pareciera que, si el individuo no hablaba castellano, en el momento de pisar puerto era rebautizado de acuerdo al humor del funcionario actuante. Así fue que sin muchas vueltas y en un rápido llenado de formularios, mi abuelo pasó de ser Phillipe Corbani a Felipe Flores. Es entendible por la poca información disponible en aquella época, ante la enorme cantidad de gente desembarcada, al escaso personal de

migraciones disponible para tan descomunal tarea sin el auxilio de traductores y por la necesidad de agilizar la cuestión, los hacían formar fila frente a un cierto número de mesas. Salvo raras excepciones, a los que les tocó pasar por la mesa Nº1 fueron registrados como Domínguez, por la mesa Nº2 como Flores, por la Nº3 como solo Dios sabe.

El apellido Nemer Hassan tiene su historia. Durante la existencia de su bisabuelo paterno; hace algo más de un par de siglos; le fue otorgado por demostrar algunas cualidades personales en un hecho que hoy resulta singular y de extrema crudeza, y debido a la participación de aquél lejano pariente en el rescate de la hija de un acaudalado patriarca de la aldea de Baabda. La niña había sido raptada por un temible bandido que pretendía cobrar rescate para devolverla con vida. Al tomar conocimiento de lo sucedido a su pequeña, el notable personaje, de inmediato ofreció recompensar con una fuerte suma de dinero al que la devolviese a su hogar, entre otras cosas. Ofreció algo más, aumentaría significativamente el monto de la recompensa, si además le era traída la cabeza del delincuente; y sobre una alfombra roja hizo depositar el dorado contenido de un par de cofres. Fueron muchos los osados que tentados por el brillo de las monedas de oro se abalanzaron a salir del poblado.

El asunto es que, el entonces joven futuro bisabuelo, aperó su caballo y partió siguiendo las huellas del secuestrador, cruzó extensos arenales y campos pedregosos y se internó en la Cordillera del Líbano, hasta que le dio alcance en el transcurso de la tarde del tercer día. Contaban mis tíos viejos, a quienes también les habían contado, que cuando el bandido y el perseguidor se encontraron de frente, entablaron una feroz lucha a trompadas, patadas, escupidas, revolcones y filo de puñales. La feroz trifulca terminó cuando el bisabuelo del abuelo atinó a darle una estocada en el corazón. Luego, de espaldas a la niña, se arrodilló junto al cadáver para seccionar con rapidez la pieza requerida y guardarla en una bolsa de cuero. En el trayecto de vuelta y durante la segunda noche del viaje, acamparon al amparo de una peña. Allí comenzó a sentir la

fatiga de marchar varios días con sus noches casi sin detenerse, descansando sobre el lomo de su caballo. Se durmió tan profundamente, que no se percató que alguien se había alzado sigilosamente con la niña, la preciada bolsa y su caballo. Aún en penumbras, y ante tamaña y desagradable sorpresa, sin perder tiempo emprendió una veloz caminata. A mitad del trayecto lo auxiliaron unos jinetes que marchaban con igual destino. Llegó al pueblo con las ropas sucias de sangre y la cara hinchada por los golpes que había recibido. Se abrió paso a empujones por entre una multitud que permanecía reunida alrededor de la tienda del padre de la niña, en donde su arrebatador reclamaba a viva voz el pago de la recompensa anunciada.

El bisabuelo del abuelo se adelantó y se presentó como el verdadero autor del rescate, delatando al ladrón de la niña y de la presa por la que tanto hubo arriesgado el pellejo. Se inició entonces una fuerte discusión con mutuas acusaciones. El alboroto desatado no tardó en generar dos parcialidades que los acompañaban enfrentadas y aumentando la confusión con sus gritos. El patriarca abandonó su asiento y se puso de pie para hacer un enérgico pedido de silencio para escuchar a su turno el argumento de cada uno de aquellos que decía ser el que había atrapado al bandido. El supuesto héroe de la jornada pidió manifestarse en primer lugar e hizo alusión a los peligros que había tenido que enfrentar momento a momento en los días de cabalgata, relató la forma en que sorprendió al secuestrador y a la lucha que le ganara en tal propósito, profiriéndolo con lujo de detalles. El otro reclamante lo escuchaba atónito por sus habilidades de inventor y mentiroso, hasta con cierta admiración. Pero lejos de dejar de lado su esfuerzo y honor, y el paquete conseguido en recompensa por el rescate que estaban a punto de serles usurpados, pidió al ocasional juez que sacase de la bolsa la cabeza del bandido. El patriarca, aunque sorprendido por tal solicitud accedió. El bisabuelo le pidió entonces que le abriera las endurecidas fauces. Un murmullo creciente acompañó a la estupefacción de los que estaban cerca, mientras el rostro del patriarca, erigido en juez en la

ocasión, dibujaba una mueca de horror al comprobar que a la cabeza cercenada le faltaba la lengua. El patriarca dirigió su mirada interrogante al joven bisabuelo, quién por toda respuesta y como prueba irrefutable de su argumento mostraba la pieza faltante sobre la palma de su mano. En recompensa, mi antepasado recibió aparte de los cofres con monedas de oro, una tropa de corderos y algunos camellos. Otra compensación fue que, en adelante, a la familia se le otorgaba un nuevo apellido que dejaba implícitos los atributos naturales del tigre: constancia, astucia y valor.

El lavador de arena

Transcurría la estación de otoño del año 1933, y una alfombra de hojas secas, anaranjadas y amarillentas delataban su inicio. La carga que había preparado Catalino en la tarde anterior se amontonaba sobre el lomo de sus mulas, pronto a marchar con rumbo al Cerro Pircas más arriba de la Sierra de Olaroz. Catalino sabía que en condiciones normales demoraría entre cuatro y cinco días para llegar a Payogasta, última posta en la que podía prepararse para enfrentar lo más difícil del trayecto. Había dejado su familia y su querencia, una mermada tropa de chivos que se venía apocando desde un par de años atrás y unas parcelas secas que casi nada producían a causa de marcada sequía que azotaba la zona. La mañana en que partió se alejó con lentitud como si no quisiera hacerlo y cada tanto se volvía sobre la silla de su mulo a mirar cómo se achicaba la imagen de su mujer y sus hijos y la del rancho a sus espaldas, hasta que fueron un punto en el horizonte. Marchó casi sin descanso durante las seis jornadas siguientes para atravesar el Río Calcháqui que entonces venía de caudal chato, y se internó en repecho por una estrecha quebrada transversal a su curso apareciendo de pronto en Palermo, justo al frente de la casa de su compadre Victoriano Guantay. Allí largó los animales a retozar y pastajear en un extenso potrero de alfalfa. En el plazo previsto y antes de que se perdieran de vista las estrellas, con la ayuda del lugareño amarró los bultos y dejó listos sus animales. Regresaron a la cocina a beber un jarro de café acompañado con pan amasado y queso de cabra; entonces hablaron solo lo necesario, sabedores que a partir de allí, el viaje estaría plagado de peligros. Primero por la soledad del viajero, por las variaciones del clima que suele presentar situaciones que deben afrontarse, y también por las ocasionales crecientes de los escuálidos cursos de agua que

descienden de los cerros; o por ahí, las pasadas estrechas y las laderas traicioneras que unen las montañas. Se despidieron sin más que un:

-Gracias por todo compadre, que Dios se lo pague-,

-Pierda cuidado compadre, no ha sido nada. Que la Mamita lo guíe-, y abandonaron los alrededores del fogón. Victoriano Guantay puso sobre las manos de Catalino, un envoltorio con un cuarto de cordero asado y unos panes amasados. Catalino enfiló con sus animales hacia el norte y sin saber más de lo que le enseñaba el paisaje advirtió que marchando a buen tranco, paulatinamente abandonaría el valle y comenzaría a ingresar en el suelo duro y escarpado de las montañas.

Luego de duras jornadas de marcha y frías noches, se encontró en la unión del Río de Las Burras y el Arroyo de Hielo, eligió un promontorio y se dispuso a descargar las mulas. Armó un precario campamento palpitando que no era el sitio buscado, y confirmó sus sospechas en la mañana siguiente al no encontrar rastros de lo que buscaba, después de trillar un par de bancos de arena. Tampoco encontró en las cercanías los pastos suficientes con que alimentar a su recua, por lo que se dispuso a seguir trepando por el cauce del arroyo durante dos días más. Descargó sus amarros y largó las mulas a retozar, en una vega verdosa en la que se sintió a gusto al ver el estrecho curso cristalino que corría manso y formaba unos largos depósitos de arena en la mansedumbre de la mesada. Acomodó su equipaje al amparo de una saliente en la peña y presuroso hurgó en los bultos buscando el plato de madera, se dirigió a la suave correntada y se hundió hasta los tobillos. Levantó un poco de arena y giró el plato casi sumergido, se detuvo y miró el rugoso fondo con ojos atentos, no había nada adherido en él; volvió a intentarlo en varias oportunidades corriéndose unos metros en cada tanteo, pero sin suerte. Probó de nuevo en un banco ubicado aguas abajo en la desembocadura de un estrecho arroyo y unas diminutas hojuelas doradas quedaron pegadas en la concavidad del recipiente. Gritó su alegría a la inmensidad por haber hallado un bolsón aurífero. A medida que pasaban los días construyó un diminuto refugio de piedra que

apenas le alcanzaría cuando tuviese que protegerse del frío, para él y dos mulas, pues las restantes tendrían que quedar afuera, y mejor aún si sobrevivían hasta el invierno, porque entonces tendría charqui y grasa en abundancia. Por las tardes, le resultaban placenteros los minutos que demoraba en guardar su lenta cosecha de oro en una botella.

Una mañana temprano ensilló su mula, preparó una de carga y bajó al pueblo de Susques para aprovisionarse de mercadería y algún vicio. Amarró las mulas a un árbol y entró al único almacén de ramos generales, donde su dueño hacía funcionar un despacho de bebidas. Mientras Catalino aguardaba a que el bolichero preparase su pedido, se acomodó en una mesa y tomó unos vasitos de ginebra. Al momento de pagar extrajo una bolsita de cuero de entre los pliegues de la faja que llevaba a la cintura, y el almacenero, al ver que la desatar y urguteaba en su interior, agrandó sus ojos de tal forma que parecían salirsele, y con diligencia colocó las diminutas pesas para equilibrar los platillos de la balanza, diciendo:

-Amigo, con esto alcanza y sobra. Tomesé otra ginebra por cuenta de la casa-

Catalino demoró bebiendo algo más que otra ginebra, permaneció sentado pesadamente y acodado en una mesa y con la mente extraviada en la figura de su mujer y sus hijos, pensando en cuánto se alegrarían al verlo y lo abrazarían todos a la vez en el momento de su regreso. Cuánta falta le hacían después de..., ni siquiera se acordaba el tiempo que hacía que estaban separados. Entre la ginebra que lo entumecía y los pensamientos que lo acercaban a los suyos, no advirtió las dos siluetas oscuras que con intenciones más oscuras aún, lo observaban desde las penumbras de un cuartito aledaño. Catalino salió contento y corajudo, contento por haber detenido el tiempo para recordar a su familia, y corajudo porque aparte de haberse animado a hacer lo que estaba haciendo para su mujer y sus hijos, también se envalentonaba de estar machadito. Contento y corajudo, así regresó a sus cerros para continuar achicando el aire de la

botella que, a un año y meses de distancia, pesaba bastante más de siete kilos.

Como era costumbre en las mañanas, salió del refugio sosteniendo el gastado plato de madera entre sus manos y comenzó a caminar por el sendero que se perdía en el arroyo; caminaba satisfecho después de comer su desayuno, haciendo humear entre sus labios un cigarro armado con tabaco negro del fuerte. Puso un pie dentro del agua y enseguida se vio tambalear, dio unos pasos cortos y apurados, y aunque más por sorpresa que por dolor abrió la boca sin entender lo que pasaba. Solo atinó a mirarse la enorme flor roja que le brotaba en el pecho de la camisa. Mientras se desplomaba bajo un sol esplendoroso, escuchó como un latigazo del destino, el tiro de un Máuser que le había partido el corazón.

Inútil muerte, pues sus asesinos no pudieron ser también sus ladrones. La botella llena de granalla de oro sigue aún en las entrañas de la Pachamama.

El Molestoso

En una ida al campo que duró todo un fin de semana, llevé de acompañante al Cordobés, encarando la proa hacia un lugar perdido en las serranías de Peñas Blancas. Pasamos el pueblito de Talapampa y entramos por la huella que bordea el Arroyo Ayuza tratando de encontrar un sitio arqueológico del que había escuchado comentar que las paredes de sus recintos se mantenían aún bien conservadas y con una altura considerable. Enclavado en el espeso monte serrano había sido habitado hasta unos 600 años atrás por algo así como dos mil almas. Al recorrer el último tramo del camino nos cortó el paso una enclenque tranquera de palos que no había sido abierta en años, así es que entre agachados y revoleando las piernas pasamos a un potrero y caminamos por la sendita que lo dividía y se perdía en una lomada antes de llegar al rancho donde vivía don Juan Royano con su mujer y un chango de diez años. Los ladridos de la perrada comenzaron a sonar enseguida de que pasáramos y al poco rato salió a recibirnos el Ramoncito que correteaba como cabra, rodeado de los perros que se le cruzaban a cada paso. Como esta familia me había brindado alojamiento en un par de oportunidades en las que permanecí por espacio de dos días, más o menos conocía el ambiente y sabía cómo manejarme. Después de saludar y mientras acomodábamos las mochilas, el cordobés tratando de entrar en confianza con el chango le preguntaba cosas que el chico terminaba respondiendo con un tímido si o un no cortantes. Insistiendo en su postura de ganárselo como sea, el Cordobés empezó a hacerle bromas estúpidas como tocarle la cabeza en un ademán de cariño y terminar despeinándolo, y lo terciaba diciéndole frases que tendían a ser graciosas, pero con regionalismos cordobeses que el chico no entendía en absoluto y que evidentemente lo molestaban sin que el visitante tomase cuenta de ello. El asunto es que el Ramoncito lo miraba

callado y seguía juntando herrumbre mientras lo escuchaba hablar con aquella particular tonada provinciana. El chango mañero lo estaba midiendo del mismo modo en que el puma aguarda la oportunidad de dar el zarpazo, y por ahí tal vez queriendo ver hasta el punto que se animaba a agredir el foráneo, el Ramoncito le amagaba con una devolución; pero se frenaba al escuchar la voz de la vieja:

-¡Ramón!, no ti haga l'atrevido con el señor que te viá acomodá un guascazo-, a lo que el chico respondía:

-¡Pero máma, él empieza pué, es molesto!-, y de nuevo la madre, como excusando a la visita le decía:

-¿Pero que no veí que'stá jugando, tonto i'mierda?-

Por supuesto que la madre y por atención con las visitas, trataba de justificar algo que al chango no lo tenía contento para nada, y continuaba en su postura de defenderse a toda costa y ocultaba en cierta forma su agresividad, que no era otra cosa que practicar con su instinto de protección. De ello nos dimos cuenta en horas de la tarde, luego que encontráramos algunas de las pircas que buscábamos, pero eran tan espesos y rebujados los arbustos y el ramalaje que las cubrían, que solo tomamos algunas fotografías y comenzamos a volver. Mientras avanzábamos despreocupados por una senda, advertimos que Ramoncito se había quedado parado mirando al suelo a un costado de un estrecho círculo despejado. Al acercarnos entendimos el porqué, y pusimos rodilla en tierra al borde del pozo donde había parte de una urna funeraria. Ahí mismo comenzó el Ramoncito a sacarse el gusto con el Cordobés, y era tarde cuando vi que, sobre la cabeza y la espalda del molesto, desparramaba una bruta palada de tierra. En principio y al sentir el peso encima, el Cordobés se quedó quieto como agarrotado y me miró de reojo, quizás queriendo convencerse de que realmente pasaba lo que creía que estaba pasando. Después de este acto de venganza, el primero, el Ramoncito arrojó la pala a un costado y se perdió en rápida carrera en la espesura, y aunque al rato salió de su ocultamiento, continuaba esquivo y escapándose del renegón, que a esa

altura de los sucesos había prometido darle varias patadas en el culo si por casualidad llegaba a tenerlo a mano. Pero lejos de amilanarse, Ramoncito desde sus distintos escondites gritaba alguna palabrota y se reía burlándose del cordobés, que tuvo que aguantar sus ocurrencias. Regresábamos al rancho al declinar la tarde y aunque en una parte del trayecto el chango se nos perdió de la escena, estábamos con la intriga de saber si andaba por las cercanías. La verdad no se hizo esperar más que hasta bajar el sendero por un corte del cerro que salía al arroyo para atravesar el arenal. A mitad de la bajada, un ruido seco sonó en la cabeza del cordobés, el chango con inmejorable puntería le había atinado un pocotazo. De inmediato se dio vuelta y vociferó al vacío aumentando en buen número la cantidad de golpes prometidos; en respuesta escuchamos los gritos victoriosos Ramón, provenientes de un macizo de arbustos por encima de donde nos detuvimos. El humor del cordobés empeoró:

-¡Te viá recaagar a paaaatadas chango i'mierda!-, tal vez convencido de que al elevar sustancialmente su oferta, Ramoncito entraría a serenarse un poco. Aunque sin llevarle el apunte, en corto trecho volvió a dar en el blanco en dos oportunidades más. Después dejamos de escucharlo y no le arrojó más proyectiles, así que desde allí caminamos tranquilos el tramo que restaba hasta la base de la lomada. Llegamos al último recodo antes de la subida, cuando terminaba de cerrarse la oración. Hacia el lado que caminaba mi acompañante, advertimos de refilón, que desde un pajonal emergía súbitamente un bulto que emitió un fuerte gemido. El bulto logró asustarnos y pegamos un par de alaridos, entonces oímos la risita de Ramón mientras se desenfundaba la bolsa de arpillera. El Cordobés, tembloroso y maldiciendo, reaccionó e inició una veloz carrera sin lograr alcanzarlo, y como la vieja había escuchado el alboroto, al llegar al patio nos preguntó:

-¿Se'stá portando mal el Ramón?-,

-No doña María, está jugando nomás-, contesté,

-Avisemé nomá si le anda molestando este chango atrevido así le acomodo unos azotes pa'que se deje de macaneá-

Debía ser nomás que doña María le convidaba de vez en cuando unos azotes al chango, porque después de amenazarlo, estuvimos con el cordobés en el patio y cerca del fuego sin que nos tuviese en cuenta. Al día siguiente nos quedamos a comer unas espectaculares empanadas al horno de barro y las asentamos con unas jarras de vino tinto. Rato más tarde, la modorra se adueñó de nosotros sin piedad y nos recostamos sobre la gramilla a remolonear bajo la sombra de un algarrobo cargado de vainas, manteniendo una conversación entrecortada por la pereza y cabeceando un sueño que nos tenía a maltraer. Habremos dormido cerca de media hora, hasta que alertado por unas risotadas abrí los ojos sin entender lo que pasaba, el Cordobés se había sentado, estaba ensopado y chorreando agua por todos los costados, Ramoncito reculaba sin prisa y balanceando el balde vacío en señal de regocijo. El Cordobés tomó impulso y se paró enfurecido queriendo manotearlo, pero cayó de pecho en el barrial donde se bañaban los patos, aunque ensayó unas graciosas piruetas de muñeco descuajeringado para no perder el equilibrio. El chango le había atado las trenzas de las zapatillas en un solo manojito. Sería grosero comentar las palabrotas que masculló y escupió el cordobés con inocultable nerviosismo, mientras por lo bajo me pedía que nos fuésemos cuanto antes. Una vez que se cambió de ropa nos despedimos de don Juan y de doña María, y espero que la vieja haya hecho ese circo, nada más que para dejar contento al quejoso que me acompañó, cuando la vimos revolear la guasca diciendo:

-¡Ramón, vení saludá que ya se van lo señore!-

El volcán de Volcán Higueras

A los desconocidos pobladores nativos que marcan Soberanía Patria en recónditos parajes

En uno de los varios puntos extremos de la provincia, cercano al desnivelado pueblito de Iruya y siguiendo el curso del río de igual nombre por unas cuatro leguas aguas abajo, se llega a un caserío más desnivelado aún conocido con el nombre de Volcán Higueras. Las pobres mulas y caballos acostumbrados por obbligo a marchar por el cauce pedregoso, van equilibrando la carga para no caerse ni voltear a su ocasional jinete. Pasando aquella primera localidad, el Río Iruya se pierde en un cañón de pocos kilómetros de extensión, pero de una altura impresionante. Los cursos de agua, cualquiera sea su tamaño, discurren bordeados por formaciones naturales que han sido erosionadas de forma brutal en cada creiente, dando por resultado una geografía cortada a pique, y altísima o muy profunda según el puesto del cuál se mire. Existe otro camino que es igualmente difícil pero que requiere en su primer recorrido un esfuerzo mayor, debido a que aquí se deben sortear a pie los casi setecientos metros de diferencia de altitud entre el lecho del río y el trazado el camino del Inca construido con sorprendente horizontalidad por encima de la intrincada serranía; es una vereda perfecta, lisa y regular con refuerzos de pirca en las torrenteras. El terreno es muy inestable por la constante acción del viento y de las lluvias que hacen que se desprendan enormes porciones de cerros que son tragadas por el agua en alocada corriente. Entonces se forman los volcanes, masa de barro y piedra que baja arrastrando y sepultando todo a su paso, y que ocasionalmente disminuye la velocidad cuando se produce un taponamiento en el cauce ingresa a una geografía de menor pendiente. En el lugar conocido como Las Juntas, las

ocres casitas de las catorce familias que allí habitaban estaban como clavadas de una manera inexplicable en las barrancas y los cortes de los cerros, desafiando las leyes de gravedad. Acceder a cualquiera de ellas significaba subir hasta cien metros desde el fondo de la quebrada y superar una inclinación que a veces sobrepasaba los 45 grados.

Andrés Soto con su mujer y unos cuantos de sus hijos regresaban de la zafra, guiando las mulas que le había prestado un compadre para que llevaran la mercadería, unas herramientas, las bolsas con semillas y muchas otras cosas que habían comprado con el dinero ahorrado después de casi siete meses de trabajo duro en los surcos de caña de azúcar del ingenio. En su casita de Volcán Higueras había quedado el mayor de sus hijos, Andresito, de trece años recién cumplidos, para cuidarla y hacerse cargo de los animalitos después de ir a la escuela. Mientras bajaba la caravana, Andrés ya se había percatado de los grises nubarrones amenazantes que venían tapando la angosta franja de cielo que por tramos alcanzaba a ver entre los cerros. En realidad, lo andaban queriendo oscurecer desde la mañana temprano, pero pasado el mediodía los truenos comenzaron a retumbar en las paredes del cañón con reventones de cañonazo que se iban apagando en ecos cada vez más lejanos, aunque se solapaban con el ruido del que comenzaba a sonar por detrás. Apurados entraron a la casa cuando se largaba la lluvia. La mujer trataba de serenar a los más chicos, que asustados se retorcían y escondían entre sus polleras. Allá cerca, en la escuela albergue, los changos y las chinitas se amontonaban alrededor del maestro, que leyendo un libro de cuentos intentaba distraerlos. Era una tormenta inusual, tan inusual que al atardecer la lluvia llevaba varias horas de mojar el suelo. Andrés Soto regresaba de los potreros del Zapallar adonde había ido a buscar sus mulas para devolver las del compadre. Venía intranquilo y taloneando a su animal sin que aflojase el tranco, cuando de repente se sacudió en bruscos escalofríos al escuchar el sordo ronroneo. Por su intuición y experiencia de coya

cerreño supo que quebrada arriba se estaba formando un volcán, y se enajenó taloneando la panza de la mula. Iba derecho a la escuela, y de a ratos miraba hacia atrás rogando que no apareciese la punta de la oscura lengua. Gruesas gotas de lluvia sesgadas por el viento se deshacían en su rostro y la senda se le perdía de vista, pero confiaba en las firmes patas de la Porota. Aproximándose a la unión de los arroyos, gritaba con las fuerzas que le daba el pecho:

-¡Maistro, maistro se'stá viniendo un volcán. Juyamos pa'rriba, vamonós pa'l alto!-, pero su voz de alarma era apagada por el estrépito del volcán que colmaba la estrechez de la quebrada en las sombras de la noche. En su cara mojada por el agua de lluvia, hacía rato que se confundían unas desesperadas lágrimas lloradas de ansiedad por llegar. Al bajar el último recodo de la senda, apenas tuvo tiempo de entrar al patio de la escuela con la alerta:

-¡Maistro vamosé pa'rriba que'stá yegando un volcán. Subamosé pa'Sarcari!-

El maestro, que se mantenía atento y entreteniendo a los niños con su lectura, con ayuda de Andrés sacaron a los niños de la escuelita. Como pastor que arrea sus ovejas los llevaron al alto por el angosto sendero que sube hasta las ruinas del antiguo pueblo. El descomunal estrépito con el que pareció reventar el cerro apenas les dio tiempo a resguardarse bajo un enorme alero de roca viva. Por el resplandor de los refucilos pudieron divisar el momento en que la incontenible masa de barro y piedras sepultaba la escuela y la capilla.

Días después, el maestro y los pobladores iniciaron la reconstrucción de la escuela en una amplia ladera treinta metros más arriba.

Andando por Unchimé

A mi hermano de la vida Julio Alberto Córdoba

Unchimé es el nombre de un paraje ubicado en la Sierra del Gallo donde hasta el año 65 se concentraron las actividades de la etapa previa a la explotación de unos afloramientos de hierro, pero el proyecto fue dejado de lado a pocos años de iniciarse porque los métodos de extracción eran sumamente costosos. Entonces abandonaron las instalaciones y hoy solo quedan algunos restos. La camioneta que nos trasladaba no pudo atravesar un inoportuno arenal formado durante la torrencial lluvia del día anterior cortando el camino casi a tres kilómetros de distancia de la huella que bordeaba el río. Así fue que cargamos las mochilas y continuamos la marcha de a pié. Retomamos el rumbo luego de hacer una rápida recorrida por lo que había quedado del campamento de la mina. Con mi amigo Julio acordamos buscar un puesto para que nos alquilaran un par de caballos. Refunfuñando y maldiciendo encontramos un ranchito donde paramos a descansar. Golpeamos las manos y después de esperar un rato apareció un hombrequito curcuncho que caminaba en balanceo y tosía como si fuese a tirar los pulmones afuera de su arrugado cuero. Habló con una voz que apenas escuchamos:

-¿Qué désian?-,

-Buenos días señor, queremos saber si nos puede alquilar dos caballos para ir hasta el puesto del Cuerito. Se los traemos pasado mañana-,

-¡No!, tengo uno solo y yo vuí con ustéde a la carga-, contestó de mala gana el anciano y con todas las fuerzas con que se lo permitieron sus fuelles escupió algo amarillento y espeso como la miel. Aguardamos a que preparase sus alforjas y a que montara su brioso corcel, que aparentaba ser igual de viejo. Por un momento tuve la

fantástica visión de la versión criolla de don Quijote, aunque sin lanza ni escudero. Al verlo, Julio lanzó una sonora carcajada y se dirigió al jinete:

-¿Y lo va a aguantar a usted y a las mochilas?-,

-Claru, mansitu es po’-, le respondió.

-¡Pero que mierda no va a ser mansito si tiene como ochenta años. Está más para mortadela que para montar!-,

-¡¿Qui diz l’hombri?!-, me preguntó frunciendo el ceño,

-Que está churo su caballo, gordito y bien aperao-,

-Aaaah, ‘tonce yo’bia óido mal-, apuntó con cara de enojado y taloneó la monta. A poco de andar y habiendo retomado la senda que subía por el arroyo mismo, escuchamos que alguien se aproximaba. Era un grupo de cuatro cazadores que marchaba en la misma dirección. Eso creímos al ver que tres de ellos llevaban armas largas cruzadas a la espalda, aunque por el resto del equipaje dudamos que sus intenciones fuesen practicar la caza, pues cargaban cuatro damajuanas de vino y conversaban a los alaridos como si quisiesen espantar a los animales del monte. Según dijeron, ya llevaban embuchadas dos botellas de ginebra de un litro. Estos ocasionales acompañantes acamparon al lado de una tapera que en alguna época fue el puesto del cuidador de ganado. En la oportunidad estrenarían una carpa. El gaucho Predefindo se acomodó debajo de un par de chapas sueltas que habían formado parte del alero del rancho. Con Julio armamos una pequeña carpa y resto del día nos dedicamos a ubicar un sitio arqueológico que quería conocer. Regresamos casi de noche al campamento. “Los cazadores” habían encendido una fogata en la que se asaban unas tiras de carne. Se sentaron en rueda y conversaban ruidosamente, como lo habían hecho en todo momento. Hacia un costado se veía el esqueleto de una damajuana, y al lado otra bien arrinconada a punto de ser noqueada. El arrugado Quijote con su desgarrada y torcida figura permanecía sentado en un tronco mirando fijamente las brasas con ojos inexpresivos, quizá recordando otros tiempos, mientras sostenía en sus manos un destartalado jarro que lentamente perdía el contenido:

-¡Don Predefindo, que pasa que está tan cayao?!-, gritó uno. El viejo compuso la garganta y arrojó una escupida que cortó el aire. Después de hacer un trago dijo:

-‘Toy haciendo acuerdo del pobrecito finao que ocupaba este ranchito. Solito vivía l’hombri, era corajudo era. Yo lo conocíba y de tanto a tanto lo vesitaba pa’ cuando rodiába hacienda. Diz que un güelta lo’bian asustao fieru, que en noche d’invierno lo han patiao la puerta como queriendoselá voltiá, y que sentiba que un persona caminaba dagüeltandoló al rancho y haciendo ruido con las yorona, c’un flete que andaba meta resoyá y escarbá de puro brioso. Que ha mirao por un bujerito de la paré y con la esclaridá de la luna ha visto un gauchero grandote con ropa blanca y sombrero aludo. Que’l cabayo era un sola humiadera l’hocico y le salíban yamarada i’fuego. Diz el finao que se miaba po’l susto y los perro se’bian apeñuscao en’dabajo su catre y que’ran un sola yoradera. Que ansí ha pasao tuita la noche. Dende entonce diz que l’espanto le cáiba seguido y que temíba de la ánima di’un coso que’bia dijuntao disputandolé su mujer cuando vivía pa’lao Las Virtiente. Diz que lo ha matao di’un puñalada. Que despué l’espanto se montaba y a la gritadera se métia n’el monte y se d’iba. Dispué mi contao que un noche le dolíba demás fieru su panza, y ha salío del rancho pa’cé la necesidad, y que cuantito se ha sentao n’el yuyaral se le ha güelto aparecé l’ánima. Áhi mesmo lo ha tirao culo pa’ntarca y ansí acucliyao con lo brazo cruzao y como atajandosé que no le gólpie, ansí ha quedao. Los ojo grande abierto demá po’l susto; d’eso si muerto pué el finao Pantoja. Si pué, d’eso nomá. Mmmmse-,

-Pero, ¿adonde ha sido eso?-, preguntó el más joven, esforzándose por retener las babas,

-Aqicito mesmo pué, áhi cerquita de’ande han armao su casita- Un tanto temerosos nos fuimos a dormir, pero los cazadores estaban muy sensibilizados por la bebida. Al día siguiente y ya pasado el mediodía regresamos al campamento habiendo recorrido el lugar que buscábamos. A poco de estar escuchamos unas voces que provenían de

la carpa de los cazadores, aunque en realidad era apenas un murmullo. Aunque enseguida comenzó a subir el tono en cierto momento la lona de la carpa se movió como si tuviese contracciones. Aparecieron unos chichones deformes en las dos alas del doble techo y uno de los tipos cayó afuera y a cuatro pies. El dueño de la carpa le había propinado un feroz empujón y salió por detrás del otro tirándole manotazos y retándolo como a un perro. No tardamos en enterarnos del motivo, había vomitado adentro. Enseguida aprontamos el equipaje y le pedimos don Predefindo que lo cargase de regreso, pues lo que hasta allí nos había llevado estaba cumplido. Me prometí volver, pero una cosa es segura, será en día de semana para no encontrar “cazadores”.

Hombre Muerto, en el Salar del, ...

Hermosa y soleada tarde, aunque fría en extremo al Norte de Polonia; en la tranquila Bahía de Pomerania, cerca del límite con Alemania. En el puerto de Dievenow los marineros del buque mercante Wajdanen conversaban y fumaban distendidos en la cubierta. Algunos sentados, otros recostados aguardando la orden de partida. Corría el año 1923. Andrei Paderewkij era una delgada figura reclinada en la baranda y con la mirada perdida en el horizonte. En su mente rondaba una pregunta: ¿Qué tiempo duraría el viaje?, pues le había resultado difícil prepararse para éste, más que todos los anteriores; aquellos le habían parecido paseos. Andrei había cumplido veinte años y ya llevaba tres enrolado para trabajar como ayudante del capitán. Pero el regreso a su casa le resultaba cada vez más incómodo, pues su padre nunca estuvo de acuerdo con la importante decisión que había tomado y se lo repetía cada vez que tenía oportunidad. Así las cosas, resolvió pasar diez meses al año en alta mar. En el último tiempo, su ánimo y su carácter habían cambiado como por arte magia. Con la hija de un comerciante, de buena posición económica, había entablado una relación que muy pronto se transformó en noviazgo. Andrei comenzó a ahorrar casi todo el dinero que ganaba y se esforzó con ahínco cuando sus intenciones tomaron un cariz que ineludiblemente acabarían en casamiento. Al cabo de varios meses y numerosos viajes había reunido la suma suficiente para comprar una casa e iniciar algún negocio modesto. Su novia le prometió hablar con sus padres para darles a conocer las intenciones de ambos, y lo presentaría oficialmente a su regreso del viaje a América. Antes de zarpar, Andrei ansiaba estar de regreso, y permanecía parado en la cubierta mirando la línea del horizonte, donde cielo y mar se unen, pensando en un futuro cercano. Era la primera vez que le sucedía y la primera que en su partida llegaría tan lejos. Durante las quietas y

tediosas noches en que vigilaba el rumbo de la nave, su curiosidad lo llevaba a hojear y leer los libros adormecidos que ocupaban un pequeño mueble con estantes en la cabina del Capitán.

En el viaje debían entrar al puerto de Cherbourg al norte de Francia para descargar la mitad del carbón de piedra que transportaban, el resto, tenía que llegar en las próximas tres semanas al puerto de Santa Catarina en Brasil. Entregada la primera parte del embarque el trayecto que restaba cubrir sería tranquilo y cumplirían con las fechas del contrato, incluso podrían adelantarse. Luego de permanecer anclado durante tres días en aquella ciudad el buque fue comisionado para embarcar trigo en Buenos Aires. Posteriormente rodeando el sur de la Argentina y con rumbo Norte, bordearían las costas chilenas y recalarían en Iquique para retirar lingotes fundidos con el cobre extraído de las minas de Chuquicamata. Llegaron a Buenos Aires en la fecha prevista pero demorados por el desperfecto de una de las máquinas. El capitán acordó con los funcionarios de la aduana ir llenando las bodegas, mientras se les asignaron dos mecánicos locales para colaborar con los encargados del mantenimiento de la nave. A pesar de sus esfuerzos no pudieron repararlo, debían reemplazarse algunas piezas y estimaron que tornearlas llevaría no menos de una semana.

Al transcurrir el cuarto día, la tripulación solo cumplía tareas de rutina y sus ánimos no eran los mejores, por lo que un numeroso grupo fue autorizado a descender para buscar entretenimiento. Entre ellos estaba Andrei que entendía y hablaba castellano, aunque con cierta dificultad. De los dos días de permiso, durante el primero los marineros recorrieron las cantinas que encontraron a su paso, pero el alcohol los llevó a buscar otra diversión: mujeres. Entraron a uno de los tantos recovecos lejanos al puerto que funcionaban con el servicio y continuaron con el vodka y los bailes. Mientras Andrei disfrutaba del mejor momento un emisario del capitán apareció por el cabaret con la premisa de anunciarles la inminente partida. En la borrachera, nadie se acordó.

Mientras la resaca lo abandonaba, Andrei tomó conciencia de que lo habían dejado y corrió al puerto, pero el buque ya llevaba varias horas en alta mar. Sin desesperarse buscó una cantina y pidió café. Al acomodarse la chaqueta tomando asiento, se percató del pequeño libro en su bolsillo y comenzó a pasar las hojas buscando la Región Noroeste. Miró detenidamente unos croquis a mano alzada y se decidió. Sabía que a sus compañeros le demandaría entre doce y quince días arribar al puerto de Iquique. Inmediatamente pensó en adelantarse viajando en tren a Salta, cruzando la cordillera y pasando a Chile, lo que tal vez le llevaría una semana, a lo sumo diez días. Por suerte había cambiado una buena cantidad de dinero, aquí los zloty no servían de nada.

Luego de tres jornadas sacudió su ropa del polvo del viaje, ya parado en el andén de la ciudad de Salta. Se alojó en un hotel de las cercanías y estuvo tratando de averiguar la forma de viajar al Valle Calchaquí. En su media lengua entabló conversación con un campesino que a la mañana siguiente partía en su Ford A rumbo a Molinos. En el trayecto hablaron poco con el hombrecito de inexpresivo rostro cobrizo, casi nada. Una vez que arribaron al pueblito, entró a un almacén en penumbras atendido por un indio de ojos inexpresivos y trenza renegrida que lo saludó con desgano. Andrei se hizo entender hablando un complicado castellano y muchas señas para comprar algunas latas de conservas, un poco de chalonga, amasijos de pan, dos paquetes de tabaco y tres porrones de ginebra. Luego buscó al lugareño que le habían indicado, le alquiló una mula y le pagó con los últimos billetes que le quedaban para que lo guiase al otro lado de los cerros; queriendo decir de la cordillera. Cruzaron el ancho cordón montañoso que separaba los altos valles de la puna sin darle tregua a los animales, y recién en la tarde del día siguiente bajaron a la costa de un salar. Dejaron sus huellas repetidas en la arena formando una larga hilera y se refugiaron en la oquedad de un cerro. Con unas cuantas tolas encendieron la fogata que los ayudaría a pasar la noche. Por la mañana

temprano, el hombrecito ensilló su mula y tomando el atador de la otra y sin darle explicaciones, arrancó presuroso ante la atónita mirada del forastero. El polaco quedó parado como una estatua de tierra en la orilla de la blanca inmensidad maldiciendo en su idioma, en tanto el viento había comenzado a soplar más fuerte y jugueteaba con su rubia cabellera. El verse abandonado no lo acobardó y más decidido aún retomó la marcha. Pasado el mediodía vio como rápidamente se alzaban unos densos y grisáceos nubarrones por sobre las montañas del oeste. De regreso en Molinos, el lugareño apoyado en el mostrador del boliche comentaba:

-¡Medio loco demá el gringu'ése!, quería que lo yeve po' Arizaro pal'otro lao la cordiñera! ¿De'ande po'?, si ya vienen las nevada-

Andrei se prometió que ningún contratiempo lo induciría a desistir de su meta, nada le impediría reembarcarse. No podía faltar a su palabra y no quería fallarle a la mujer que amaba, mientras con largos y forzados trancos superaba el arenoso terreno en la dirección correcta. Al ir cayendo la oración dejó su escaso equipaje en un hueco al resguardo de una peña. Caminó por los alrededores recogiendo ramas de tolas y trozos de yaretas para encender una fogata. Al calor de sus llamas y sentado en el suelo terminó de comer e hizo unos largos tragos de ginebra. Mientras los copos de nieve caían más abundantes, lo venció el cansancio y se durmió abrigando un mismo pensamiento: regresar.

A varios días de aquella copiosa nevada unos pastores de la zona encontraron su cuerpo abrazando el porrón. Sus manos endurecidas aferraban algo deformado, una acartonada fotografía sepia, en la que sonreía una jovencita de dulce mirada. Traducida cerca de cuarenta años más tarde, la dedicatoria escrita en el reverso decía: "Con todo mi amor, para que no me olvides en tu último viaje".

La Promesa

El caminito que entonces pasaba por Pampa Blanca cortando por Ojo de Agua, era una traza confusa y polvorienta que lastimaba la cerrada vegetación del Moruno. En dirección de la puesta del sol y a una carrera corta se alzaba el almacén de ramos generales y bar “El Paso Obligado”. Distaba a una legua y media del pueblo, saliendo para el norte. Una antigua casona de amplia galería de adobes carcomidos y barandas de madera, en la que hacia un costado estaban los palenques y abrevaderos, y más allá los establos y apeaderos, donde los gauchos dejaban a descansar sus animales. Era un ir y venir de campesinos y labriegos haciendo compras, y de viajeros que día y noche se acodaban para suavizar la garganta con unos tragos de ginebra o caña. De noche no llegaba nadie y eran menos los que se iban, porque seguro tendrían algo para contar al día siguiente, si amanecían cuerdos o vivos. El monte era tan tupido que ni la gente del lugar se atrevía a buscar a los animales que se extraviaban, o a intentar apurar la marcha. Solían decir que se escuchaba:

-Ya vuá vení, o mejor, vamo a dagüeltá po'l otro camino nomá-

Contaban por ahí que un espanto aparecía de vez en cuando tropeleando por el monte. Contaban que era el ánima de un gaucho alzado y de mal andar que después de muchas trapisondas, robos, duelos y asesinatos sobre sus espaldas, fue despenado debajo de un algarrobo. El sitio quedaba pasando la curva después del arroyo y dejando atrás el almacén por una media legua, antes que la huella se estrechase para el paso de un solo animal. La versión que corría era la de aquél finado de pésima menta que asolaba a los pobladores de la zona y a los que allí transitaban. Entre otras historias sabían contar de la oportunidad en que despachó a cuatro arrieros que arriaban una tropa de vacas y se habían detenido a que bebieran agua. El Anastasio

no tenía preferencias, arremetía a lo que se movía. Gente que andaba de a pie o a caballo, a los que transportaban mercadería en carruajes, troperos y hasta familias que pasaban en carreta. Sembraba el terror y nadie se animaba a perseguirlo, porque aparte de malo y mañoso, conocía a todos y cada uno de los que vivían en los alrededores. Carlos Lencina actual dueño del almacén recordaba que:

-Mi abuelo lo había conocido. Calzaba ropa rotosa, pañuelo de cuello y sombrero chotiao. Lo único que le relumbraba de su persona era la hoja del cuchillo, lo mismo que la plata a la luz de la luna. El abuelo decía que era de temerle al Anastasio, pero después que ha muerto ha resultado igual nomás. Desde que lo han difuntiao, a veces de noche tarde y ya oscuro d'entraba gente a cruzar el monte, pero que había que ver como salían: los ojos grandes por el susto, la carretilla cruzada y una sola tembladera igual que caschi apaleao. Más de uno se ha tenido que hacer curar del julepe que se ha agarrao por ver la ánima. Ahora todavía sigue saliendolé, más que todo si no hay luna, pero que de mala?, mala es. Los perros se desaparecen y la caballada se encabrita y le entra a hacer redondeles sin avanzar un tranco. A veces se ve y a veces no se ve. Pero memoraban otros viejos que son tantísimos los que han quedado medio tocados de su cabeza, que mal andaban y mal se han muerto. Esos son los que se han hecho los corajudos y lo han querido frentiá, y peor los ha dejado porque además de paliza y revolcada, los ha dejado demás loquito. Dicen algunos que el Anastasio todavía sigue buscando al que lo ha difuntiao a traición-

Anastasio Moreyra murió apuñalado en 1897 a manos de José Gambarte, único conocido en el que confiaba y que lo atacó por la espalda tentado por el dinero que lo vio guardar en sus alforjas. Cuentan también, que en su agonía prometió volver.

El Antiguo

A la memoria de mi amigo Humberto Teruel

En la Puna salteño – catamarqueña, Agustín y su amigo subían a pie las estribaciones de la Sierra del Trapiche tratando de llegar a la vieja mina de oro de Incahuasi en la costa del Salar del Hombre Muerto, antes que cayese la noche. Eran las horas de pasado el mediodía de una calurosa jornada de noviembre. Queriendo vencer el imponente cerro en un último repecho, hicieron un alto para cambiar el aire cuando pasaron cerca de un alero natural, al que el viento, para darle forma debió haber tardado siglos. En medio de la magnífica aridez habían encontrado una visera de piedra que daba la suficiente sombra donde cubrirse del implacable sol. Mientras terminaban de subir cortando camino por la quebradita, recién vieron las pircas de casitas y corrales que los pastores de antaño alguna vez construyeron para habitar y criar animales. Era la primera vez que tomaban ese atajo, por lo que a la distancia no distinguieron las pircas hechas con rocas que el volcán Galán había arrojado miles de años antes. Entre resuellos, el amigo dijo:

-Agustín, se sentémo aquí bajo el piegrón-, el suelo a la sombra de la enorme roca estaba cubierto de lajas que sobresalían unos pocos centímetros de la superficie arenosa y formaban algo parecido a un mosaico. El amigo se sentó en una saliente y Agustín para aumentar el nivel de su asiento se dispuso a levantar una laja con intenciones de encimarla a otra. Al hacerlo, girando para acomodarla, se estremeció con el grito de su compañero, que pálido y con ojos desorbitados señalaba el lugar del que la había quitado. Agustín, acuclillado se la apoyó en las rodillas para mirar y quedó de una sola pieza al ver la mano oscura y seca, huesuda, flaca y de uñas negras que parecía brotar de la tierra. No dijo nada entonces, pero su amigo asustado lo apuró:

-¡Miesca que'stará siendo. Vamonó Agustín!-

Agustín obedeció y tapó el hueco. Siguieron caminando y apurando el paso sin importarles el calor ni el cansancio. Una vez en la mina y dentro de la casilla que era su vivienda, conversaron de lo ocurrido y en voz baja para que no se enterasen los demás; aunque la actitud respondía a un sentimiento de respeto hacia el muerto que habían hallado ocasionalmente. La imagen de un difunto que arañaba la tierra queriendo salir de su sepultura los siguió durante varias noches, pero de a poco, con el tiempo y a fuerza de borracheras lo fueron olvidando.

Cuando se cerró la mina en el 56, el amigo de Agustín regresó a Antofagasta de la Sierra a buscar trabajo y Agustín volvió a su puestito en la vega de Hombre Muerto, donde después de veinte años de minero se las arregló para mantener a su familia vendiendo la lana de las llamas y ovejas que había ido comprando mientras acarreaba bolsas de arena aurífera, y junto a Daniela terminaron de criar los doce hijos que el cielo les fue enviando. Corría el año 70 igual que los anteriores, cuando Agustín hacía sus tareas y supo que se acercaba un vehículo por la polvareda que se levantaba detrás del cerro donde la huella serpentea antes de desembocar en el arroyito. Cuando se detuvo, primero bajó ese amigo al cuál no había vuelto a ver, después lo hizo el que conducía. Se estrecharon la mano y los invitó a pasar y a tomar asiento en su humilde morada. Al cabo de conversar durante unos minutos, Agustín estuvo enterado del motivo de la visita: querían que los guiara hasta el alero en que aquella vez encontraron la sepultura:

-El dotór quiere véla-, repitió con insistencia. Al principio los miró con extrañeza y sin emitir palabra, rascándose la barbilla y dudando de perturbar el eterno sueño de aquél pobre diablo, pero un rollito de billetes de cien pesos lo ayudaron a decidirse. Se encaminaron a la serranía aledaña a la que el lugareño conocía en detalle, porque en invierno y verano entropaba su ganado para buscar pastos y lo

trasladaba alternativamente entre las vegas de los ríos Trapiche y el de Los Patos. Ni media hora demoraron en llegar.

-Aquí es señor. Esita son las piegra andi abajo tá l'antiguo-, dijo señalando el sitio a unos metros de distancia; luego se sentó sobre sus talones a observar. Al cabo de algunos minutos, los guiados habían quitado todas las piedras de su lugar, enseguida retiraron una capa de arena y dejaron al descubierto una momia amortajada con una manta de lana tejida de tres colores. Al lado del envoltorio encontraron un carcaj de cuero calzando siete flechas con puntas de obsidiana y adornadas con plumas de aves desconocidas en la región. El doctor se arrodilló, cuidadosamente envolvió el cuerpo con su campera y lo cargó hasta el vehículo. Una vez que llegó, pidió que abrieran la puerta, la colocó en el asiento trasero y acondicionó la momia con almohadas y frazadas de la mejor forma que pudo para trasladarla. De vuelta en su rancho, Agustín los vio partir sintiendo un remordimiento que se aliviaba mientras sus ásperos dedos acariciaban la punta de los billetes.

Varios meses después y en ocasión de pasar por el pueblito, con su inocencia de arribeño, Agustín le preguntó a su amigo por “El Antiguo”, y el otro, como acostumbraba respondió:

-¡El dotor la yeváo pa'la ciudá, a un de eso museo lo dicho!-

Lo que ellos nunca supieron, es que la momia fue vendida a uno de los museos más renombrados de Europa.

Sin respuesta

A mi amigo el cacique mataco Martiniano Pérez

Hace ya un par de décadas que estuve trabajando en medio de la profusa Selva de Yungas, a cargo de un aserradero ubicado en un pequeño poblado cercano a la ciudad de Tartagal. Como ámbito tropical sus características climáticas permiten el desarrollo de una variada y frondosa vegetación, en la que, al reparo de su sombra, se multiplica un gran abanico de especies animales. La selva comprende una región serrana, en donde las cosas no deben haber sido fáciles para los que descerrajaron los primeros golpes de hacha. Pero, con el tiempo surgieron pequeñas comunidades que desde sus inicios emplearon como mano de obra a los criollos que estaban establecidos en las cercanías. Y al igual que ellos, tuvieron que transitar por desperejas y polvorosas huellas, soportar temperaturas extremas y nubes de insectos, y luchar contra enfermedades como el paludismo y la fiebre amarilla. En muchos casos, de estas aglomeraciones que comenzaron siendo obrajes forestales estratégicamente ubicados, nacieron caseríos que luego pasaron a ser importantes localidades conectadas por rutas y trazados ferroviarios de carácter internacional. De todas maneras y por alguna razón que desconozco, los habitantes de cualquiera de ellas nunca integraron a los habitantes de las aldeas nativas circundantes. Recuerdo que en aquel paraje y cuando apenas quería erguirse la mañana, algún mataco madrugador rondaba buscando hacer un trabajo que le ayudase a pasar el día. Por ese entonces, de algún modo los nativos se las arreglaban para convivir arrimados a la población estable de criollos. Quienes decían que, los indios se concentraban en una misión en la que había algo más de mil personas. Algunos lo comentaron oportunamente y creí que exageraban, pues la población de cristianos (como llaman al hombre blanco) no alcanzaba a totalizar el número de

trescientos; poniendo buena voluntad y contando los finqueros, funcionarios, concejales, y bolicheros y tenderos. El asunto es que, por mi actividad tenía buena relación con los matacos, y al cabo de algunos meses terminé siendo amigo de los menos remisos. Pero de los que conocí, el que atrajo mi atención y con el que pude conversar de muchos temas, era Martiniano Solo. Nombre y apellido del orgulloso mataco que quizás continúa cazando con arco y flecha, y lanzas; como acostumbraban los antiguos. Era un joven listo y apuesto, y aunque todavía no había sido elegido cacique, se adivinaba como el candidato firme a ocupar ese lugar entre los suyos. Tras horas de escucharlo, conocí crónicas que no figuran en los libros de antropología. Algunos de esos relatos y leyendas le venían desde épocas remotas, transmitiéndose de boca en boca y de una generación a la siguiente. Entre otras cosas, me enteré de las razones que los hicieron abandonar unos de sus enraizados hábitos culturales. Las amenazas de los nuevos propietarios, terratenientes impiadosos, los marginaron de sus territorios, obligándolos a apartarse y sufriendo desde entonces el terrible acoso del hambre; un fantasma desconocido al que aprendieron a temer. En la soledad de mi cuarto, esa noche recordé a don Alberto Rex González, cuando en una conferencia expresó:

-Hacen siglos que el hombre blanco utiliza un gastado libreto de progreso para reducir los espacios naturales que por diez mil años compartieron en completa armonía, hombres, animales y plantas. El equilibrio que los grupos nativos mantuvieron con cada uno de los ambientes que ocuparon fue un principio elemental de índole constante y perduró a lo largo de cientos de generaciones que actuaron con profundo respeto. Ninguno se aventuró en tomar más de lo que en realidad necesitaba, o bien, de lo que el medio le ofrecía-

Al terminar mis tareas, me sentaba en alguno de los rollos de madera apilados en el playón y contemplaba las nubes que reflejaban los mortecinos rayos de sol, aguardando la brisa refrescante. Una tarde

apareció el matabo Martiniano y nos quedamos charlando, pero su voz reflejaba resentimiento y resignación cuando dijo:

-Matabos andando mal. Viejos dicen que antes era mejor y vivían tranquilos hasta que ha yegao cristianos con toda su máquina. A veces dan trabajo a matabo, pero muchos no pagan; apenas dan tabaco, coca y yerba. Plata no quiere pagá, porque dicen que el matabo se la gasta en vino y no vuelve a trabajar por montón de día y le perjudica su obraje. Pero es mentira, cristiano sinvergüenza siempre engaña a matabo, nunca le da lo que tiene que sé. Yo junto otros matabo pa'cer trabajo, vo 231ace bien que así es. Al cristiano siempre le pidiendo antecito de empezá, un bolsa i'coca, cigarro y dos gaseosa. Plata no, porque todavía no vamo a gastá. Pero hace así, dos, tres veces y embromando. Entonce, ahora primero que pague y matabo va a trabajar. A vece nos han tenio sudando dos día pa' después decino que no tiene plata. Así no, pa'eso, mejor se quedamo en la choza.

Yo ando el monte buscando chaguar, que por aquí ya no hay; a veces tengo que andá día entero para ir y volvé, y juntá un poco. Mi mujer lo prepara y teje. Yo también tejo y hacemos yicas, chaleco, falda y un montón de cosa pa' vende, pero nos pelean precio y pagan pa'que compremo kilo de azúcar nomá. Pijotero son. Con mi mujer no tenimo chico. Yo trabajo cuando hay changa, sino salgo a caza o pescá. Nootro comimo bien, pero el que tiene varios hijo, ¿Qué hace?. Se recagan de hambre. Mucho de los chico matabo casi ni comen. Por'ahí se enferman y se mueren peor que perros. En el monte hay que andá cada vez más lejo. Los animale se van por que cristiano d'entra a cortá palos con su motosierra y le espanta. A vece se puede piyá un caraguay o una corzuela, pero 'tán voltiando todo, y despué traen tratore y aran pa'sembrar poroto y soja; no dejan nada. Casi no se encuentra miel; panale de palo casi no quedan, mucho hay que buscalos pa'saca un damajuana o dos; y nadie paga bien-

-¿Cuántos son en la misión?-, pregunté,

-Mil y quinientos-, respondió con seguridad, y agregó:

-¡que misión ni misión!, así dicen desde que yo mi'acuerdo, pero 'tamos desparrao po'l monte de acá a la vuelta y viviendo como podimo. Hace año que no hay nadie que nos ayude-

-Pero..., ¿estás seguro que son tantos como decís?-

-Vos no me creendo?. Vamos, así conocé casa y ves como vivimo-

Nos alejamos del caserío caminando por una senda polvorienta que parecía de talco y entramos a un sector despejado en el que, en total desorden se levantaban unas precarias construcciones armadas con recortes de troncos y retazos de chapas, mezcladas con las que antaño se hacían con ramas y barro. Éstas tienen la apariencia de un huevo enterrado a la mitad, con un agujero que se utiliza de puerta y sin ventanas u otro accesorio. De igual forma, una u otra no parecen viviendas. Solamente entran a dormir, y lo hacen sobre cueros, trapos, cartones, papeles y cualquier otro material de desecho que les pueda servir para acostarse.

Las mujeres y los niños ocupan la mayor parte del tiempo en acarrear agua y buscar leña, tejer las fibras del chágua y juntar frutos silvestres. Sino simplemente sentados debajo de un árbol, viendo pasar los días. Es un ámbito impregnado de la más completa miseria, en el que el fuego parece arder con tristeza para calentar con desgano un tarro ennegrecido que solo contiene agua. A veces, si tienen suerte y consiguen cazar algún animalito o vender una artesanía, los desborda la alegría de cocinarlos. Nos sentamos en sendas banquetas con patas hechas de troncos y asientos de trozos de tablones:

-En ocacione chicos hambread fiero. Hay algunos que andan piel y güeso nomá. No tienen pa'dale de comé, a vece se saben morise de hambre. Cristiano ni se acuerda de matabo. Nos abandona y no traen ayuda. Cuando vendemo artesanía o cazámo, o traemos pescao, dando de comé a chicos y yenámo la panza, pero si no se vende o no traemos pescao?, no podimo hacer nada. Hasta los viejo se enojan y yoran cayadito, pidiendo a diose que den comida. Dotore no tenimo, maistro tampoco; los religioso vienen a vece pa' hablan de Dios y sus leyes.

Políticos no sirven pa'áca. ¿Qué vamos a 233ace233op a comé?, ¿con que se van a curá los chico enfermo?, ¿quién quiere vení pa'enseñále a mataquito?. Triste 'tamo porque cristiano viene y arrasa monte. De áhi sacábamo de comé, de ahí teníamos como viví. El monte es sagrao pa'nootro, pero cristiano lo va matando. Mataco sufrimo cuando vemo palo hachaos por montón o cuando prienden fuego y queman cordón de porque espantan animale. Espantan corzuela, chanchos y caraguay. Loro y tucanes quedan poco; anta y tigre casi nada. Cuando éramo chico vivíamos con animales cerca. Eyo nos daban pa'comé y nootro cuidábamo de no dañale. Acuerdo que en invierno, en las noche que hacía mucho frío se poníamos al lao del fuego a dormí envuelto en un cobija. Si te despertaba a eso la medianoche, a vece aparecía un tigre que se acercaba tiritando y s'échaba cerca el rescoldo. No nos hacía nada, pa'que vos veás. Todavía cazamo, cuando podemos y no ante de que tengan cría o cuando están güeviendo. Pero parece que cristiano no conoce ni entiende, porque cualquier día mata animales. Nada respetan y casa de mataco 'tán destruyendo. ¿Qué no sabe que al monte no hay que sacale más de lo que puede dano?, ¿entonce mataco, que 'tamos esperando?, ¿quién va veni a danos ayuda, si pa'eyo 'tamos estorbando?. 'Tán esperando que todos los mataco se mueran de hambre, igual que los demás indios que andan por áhi en el monte- Se le quebró la voz y quedó en silencio. Lo miré y estaba como hipnotizado. Sus ojos brillosos permanecieron extraviados en algún punto entre las brasas de la hoguera. Luego de una larga pausa dijo:

-Un sola pregunta te hago:

-¿por qué el cristiano a mataco y a su casa matando, si la Biblia dice que hijos de Dios, somo todos hermano?-

Un comisario de aquellos

En los primeros años de Medialuna, una de las tantas poblaciones rurales de nuestro Noroeste, la mayoría de las viviendas se habían repartido sin orden entre los campos de sembradíos y solo unas pocas construcciones formaban lo que se podía llamar el casco urbano. En el primer asentamiento que se hiciera hacia los años 40 cerca del curso medio del Río Pilcomayo, los edificios comunales se distribuían alrededor de una plaza enmarcada por irregulares callecitas polvorientas. Callecitas que, para recorrer en épocas de sequía, daban el mismo trabajo que caminar pisando un colchón de talco de diez centímetros de alto. Pero a finales de la primavera y con el inicio de las lluvias, las fastidiosas polvaredas se transformaban en unos todavía más fastidiosos y pegajosos barriales, en los que con frecuencia se podía encontrar el zapato que dejara abandonado algún parroquiano en su apuro por liberarse del fango. El trazado a partir del cual se había formado el pueblo, consistía en algo semejante al tradicional reparto de tierras que hicieran oportunamente los adelantados españoles, salvo que, en este caso se había originado sobre una despereja porción que en principio era disputada por los propietarios de las cinco haciendas vecinas. Con el paso del tiempo la zona adquirió un notable desarrollo, produciendo un rápido crecimiento de la población, que a su vez necesitó mayor espacio; y el llamado casco urbano comenzó a expandirse en un rancherío que ocupó las áreas aledañas hacia cualquier dirección. O sea que, la relativamente pequeña zona que se litigaba, alcanzó a convertirse en un pequeño monstruo que fue devorando sus alrededores. La mal trazada y malhecha plaza central, tenía hacia uno de sus lados una antigua casona de adobes con amplio frente colonial, descascarado y ulceroso, que a modo de cabildo concentraba las oficinas del Delegado Municipal. Instalaciones que la

autoridad comunal compartía con los titulares de otros despachos, pues allí se había acomodado y acondicionado el del señor Juez de Paz y el de la señora encargada del Registro Civil. Dos puertas selladas de por medio y en dirección al naciente, en la siguiente puerta funcionaba el Destacamento de Policía, con celdas y demás dependencias. Del otro lado de la plaza y enfrentada con las mencionadas oficinas públicas, se erguía el sencillo edificio de la Iglesia sobresaliendo por entre las demás construcciones colindantes; la que al fondo tenía pegada como un apéndice, la casita del señor Cura. Saliendo hacia la esquina y a pocos metros de doblarla, se había establecido la “Sala de Primeros Auxilios” donde atendía el único matasanos que había en varias leguas a la redonda. El médico rural vivía en ese mismo sucucho sin terminar, amontonado con sus pocas pertenencias en un rincón que se había separado con unas costaneras de troncos.

Las actividades que integraban el motor de su economía eran la siembra de granos, la cría de ganado vacuno y otros menores, y las derivadas de la tala del monte. La primera era la más importante, de manera que, al aproximarse el tiempo de cosecha, solían acudir trabajadores golondrina provenientes de provincias y países limítrofes; por lo que no era raro escuchar discusiones entre un arribeño del norte contra un duro correntino, o de un cuyano contra un santiagueño montaraz. Pero cualquiera fuese el dudoso pedigree de los enfrentados, el pleito solía tornarse casi siempre interminable. Decían recordar aún, la ocasión en que una resonada controversia llegó a extenderse por el lapso de tres días. La cuestión era que, a mediados de los meses de abril, julio y noviembre, llegaban mercachifles con sus carruajes, procedentes de todas las latitudes y armaban una feria descomunal y bullanguera que desbordaba la calle principal del pueblo a todo su largo, durante al menos dos semanas. Mercado temporario en el que se conseguía una impensable variedad de artículos; se ofrecían desde botones hasta arados, pasando por agua florida, géneros, semillas, remedios caseros,

herramientas y algunos productos novedosos. Luego de desenganchar sus animales y de encerrarlos en un potrero ya acondicionado para la ocasión, los comerciantes acomodaban sus carros de tal forma que les sirviesen de lugar de hospedaje y de pared de fondo. Por último, armaban las mesas de sus puestos. Al día siguiente y cuando ya tenían todo ordenado aparecía el señor Comisario, haciendo como él mismo decía, la “inspección reglamentaria” en una recorrida que indefectiblemente concluía con el agente de su escolta acarreado un par de bolsones que había llenado a su antojo. A su antojo y sin pagar, aprovechándose del escudo argumental de que como autoridad pública debía retener muestras de los productos que se vendían en la jurisdicción bajo su mando. Sabían comentar también los lugareños, que a nadie se le ocurría siquiera intentar proferir palabras de reclamo, porque el señor Comisario cuando se enojaba se salía de quicio y nadie sabía que es lo que sería capaz de hacer. En una de las ferias en que el señor Comisario cumplía con sus deberes de funcionario público, un paisano que había llegado por primera vez a vender sus productos, se retobó a sus caprichos y antojos, y terminó detenido y apaleado como el peor de los delincuentes. Es decir que actuaba con total desparpajo, a su antojo y con el conocimiento de las demás autoridades que hacían la vista gorda ante cualquiera de sus procedimientos. Exhibiendo su panzota caminaba con parsimonia por entre los puestos y con su inconfundible tono de milico soberbio, preguntaba:

-Ma've vo, que has traído pa'yo quedá bien con mi patrona-, y también, -Vé que suerte tengo, justito lo que andaba queriendo tené-

En el mes de julio, el cura del pueblo, junto al delegado municipal, el Juez de Paz y el Comisario, organizaba los festejos del santo patrono y los hacían coincidir con un fin de semana de la feria. En la fecha establecida, antes de clarear el día, ya el gentío se agolpaba en los recintos que se habían preparado para las fondas y las bailantas; uno en cada extremo de la calle. Esos lugares no pasaban de ser un amplio espacio rodeado con bolsas de arpillera blanqueadas a la cal y

sostenidas por unos cuantos palos, donde cubiertos por endeble techumbres se habían dispuesto largos mesones alrededor de los cuáles el paisanaje se amontonaba consumiendo fuentadas de empanadas, de asado, de pescado a la parrilla y de cazuelas de barro con la irremplazable sopita picante de gallina. Los días domingo se agregaban algunas de las típicas actividades de esparcimiento: cuadreras, riñas de gallos y el juego de la sortija, el del pato y la tabeada. Entonces, el señor Comisario y sus ayudantes tenían tarea extra, porque a la par del deber que decían cumplir, participaban apostando igual que cualquier vecino. Mientras se llevaban a cabo las festividades, recién pasado el horario del almuerzo y previo a dar inicio al esperado bailongo, se hacían los preparativos para realizar por segunda vez consecutiva la gran rifa preparada por las autoridades comunales. El premio para cada uno de los tres números ganadores, sería una rebosante y vaquillona, y al igual que la primera vez, el Señor Gobernador había enviado en donación los animalitos. El año anterior y con igual modalidad se habían rifado tres caballos, y fue por esos caprichos inexplicables del azar, que el señor Juez de Paz tuvo la suerte de ser el digno ganador de los tres premios. Ocasión aquella en la que, tanto los medialunenses como los visitantes, desconcertados y apabullados por su tremendo gollete, exclamaron casi al unísono:

-¡Que suertudo que'biá sío el Señor Juez!-

Ahora, asistirían al próximo sorteo. Por detrás de la única fila de sillas que ocupaban las autoridades invitadas y las del propio pueblo de Medialuna, que aguardaban sentadas delante del precario escenario, el resto de la concurrencia se agolpaba a su alrededor. Entre el populacho hubo quienes aún sin proponérselo y ni siquiera mencionarlo, le vino a la memoria aquel momento en que el señor Juez se vio tan pero tan favorecido, debido a su excesiva buena fortuna, de acuerdo a lo que manifestó en su discurso de agradecimiento un rato antes de hacer que le llevarsen los caballos al establo de su casa.

Eran las primeras horas de la tarde y el sol también pegaba fuerte, aunque soportando el calor, cada cuál con su taloncito en mano, esperaba ansioso el pronto anuncio de los números que resultarían ganadores. La señorita secretaria del Juzgado de Paz, sacudió la bolsa de tela, la dio vuelta, la puso del derecho y extrajo el primer papelito de su interior, luego procedió a desdoblarlo cuidadosamente, se aproximó a la bocina de hojalata utilizada a modo de altavoz y cantó a grito pelado el número favorecido:

-¡397!-, muchos estiraron el cogote y las orejas buscando entre la multitud para ver la mano en alto o escuchar el grito emocionado del ganador. Para su asombro, fue el señor Comisario el que levantó una de las suyas al grito de:

-¡yo!-, y un profundo silencio se adueñó de los asistentes. Algún chupamedias que se encontraba cerca del funcionario lo aplaudió y lo felicitó. Para el segundo premio, la señorita secretaria anunció de igual modo:

-¡399!-, el uniformado repitió:

-¡yo!-, un silencio de suspenso en el que se cruzaron miradas de excesiva sorpresa y hasta de incredulidad, envolvió a la paisanada, pero nadie se animó a abrir la boca. La secretaria procedió a sacar el siguiente papelito y a anunciar el número ganador del último sorteo:

-¡398!-,

A pesar de que todos masticaban su bronca y su disconformidad hasta ese momento, nadie dijo nada cuando el mismo funcionario volvió a decir:

-¡yo!-

La mujer pidió un aplauso para el feliz ganador y dio por terminado el acto, proclamando a continuación el pronto inicio del baile. Quizás en su intento por minimizar el asunto de la rifa y distraer la atención de los presentes. Hubo seguramente quienes en su inocencia habrán pensado:

-¡Que tanta suerte tiene don Comisario!-

Aunque, era por demás evidente el descontento de aquella multitud, que comenzó a retirarse del mismo modo que había permanecido, en silencio, con la cabeza gacha y mirando al suelo. Cuando todos creían que las cosas iban a ser del mismo modo que el año anterior, de pronto desde el fondo del gentío y desde ¿Qué un árbol, con tonada paraguaya resonó una exclamación acusadora:

-¡Manga de trampo!-,

-¿Quién ha dicho eso?!-, dijo el señor Juez, incorporándose y mirando a la vuelta para saber quién sería el atrevido.

-¡Zoy yo, Cristino Clodomiro Santacruz. ¿Qué acaso el mismo tipo se va ganá todo?!-, increpó de nuevo el rezongón, avanzando mientras se abría paso entre la gente que apuntaba para irse al bailongo.

-¡Cuestión de suerte carajo. Si se compran boletos, se gana!-, respondió como para justificarlo el funcionario.

-¡Zon una manga d'estafadore!, llo compré mi boletito y toda esta montonera de gente también, igual que el año pazáo, y ninguno ha zacáo nunca nada carajo!-

En tanto esto sucedía, el señor Comisario, advirtió que el rezongón le estaba pateando el avispero con sus imputaciones. Le hizo señas a uno de sus asistentes y por lo bajo le dio la orden:

-Cipriano, andá con l'otro agentes y acayenló al coso ese pa'que deje de agitá-

Los tres milicos aparecieron de la nada y rodearon al paraguayo que estaba jetoneando. Quisieron atorarlo para llevárselo a la celda, pero el tipo no era de los que se dejaban arrear a los silbidos. Los agentes del orden entraron a manotearlo, de prepo, pero enseguida de un breve forcejeo se revolcaban como chanchos en el barro, luego de que recibieran unas cuantas trompadas de las muchas que les repartió el agitador. Alertado por el griterío, llegó de refuerzo un milico petiso haciendo la venia, y por detrás otros dos:

-Mi 239ace239op, que lo ha pasáo?-, exclamó sorprendido al ver al sargento con un ojo negro y los labios chorreando sangre,

-¡Deháte e'peguntá opeía y agaenlón!-, lo mandoneó mientras se cubría la cara con un pañuelo. Los otros dos milicos estaban desparramados, uno completamente noqueado y el otro encogido y agarrándose la panza. El paraguayo se les zafó y salió corriendo hasta alcanzar la tarima donde las autoridades se habían subido para ponerse a resguardo, y sin darles tiempo a reaccionar, el atrevido saltó como el mejor de los caballos y en un segundo estuvo a la par. Encaró derecho hacia donde se encontraba el comisario, lo tomó por las solapas de la chaqueta y sin mediar palabra le asestó un cabezazo en la nariz que sonó como si hubiesen partido una tabla, y con tantas ganas, que la sangre salpicó a los que estaban a la vuelta:

-¡Gordo zorete y metetrefe, vení zacando ventaja por tu uniforme. Llo te via enseña a sé correto, mierda!-, dijo el paraguayo poniéndole en la garganta un cuchillo de casi dos cuartas de hoja.

La batahola terminó con las fuerzas del orden y demás autoridades de la comuna encerradas en los minúsculos calabozos, luego de que algunos comedidos que ya habían sido víctimas de sus atropellos, intervinieron secundando al paraguayo. Los funcionarios comunales permanecieron alojados en la Comisaría, hasta que casi una semana más tarde llegó una comitiva enviada por el Gobernador, para intervenir en el despelote, calmar los ánimos y normalizar la situación. El señor Juez de Paz con su señorita secretaria, el Delegado Municipal y el señor Comisario con toda su dotación de agentes fueron trasladados a la capital en calidad de detenidos. Al señor cura lo trasladaron a un pueblito de la Puna. Con el paraguayo no tomaron represalias, en una frágil embarcación lo hicieron cruzar el Pilcomayo para dejarlo en su país.

Rescate en Tacuile

A la memoria de mi amigo José Pascual Lorenzo

En fecha cercana a la Nochebuena del año 80, recibí la invitación del Director del Museo de Antropología de Salta para participar de un viaje de campaña que se realizaría en febrero del año siguiente. Este funcionario había viajado durante el anterior mes de noviembre a pedido del maestro de la escuela que funciona en la Finca Tacuile, oportunidad en que el educador hizo de guía por la serranía para mostrarle una tumba al mover una sola piedra asentada en el arenoso suelo. Alumbrando con una linterna el interior del hueco alcanzó a ver lo que me contó en detalle:

-Un esqueleto semiflexionado rodeado de los objetos que formaban el ajuar del finado. Sobre su cabeza tenía un delicado tocado de plumas de aves extrañas en la zona y un pectoral metálico sobre la carcasa del pecho, una lanza que, apoyada por sus extremos en la base y la pared del habitáculo, tocaba los huesos del hombro derecho. A sus lados, sendas urnas funerarias de párvulos, cuencos con granos de maíz y varios otros vacíos-

Y dijo que no era la única tumba, pues unas suaves ondulaciones de la arena alrededor de la recién abierta parecían delatar algunas otras. En la segunda quincena de febrero partimos formando un grupo de siete integrantes entre los que estaba José, un arquitecto de Buenos Aires que haría los dibujos a mano alzada registrando esas estructuras desde adentro.

Después de pasar Molinos hay que desandar unos cuarenta kilómetros hacia el Suroeste e ingresar a la finca siguiendo una estrecha huella, luego hay que descender por la misma cuesta que subió el caudillo Felipe Varela con su montonera cuando avanzaron para atacar

la ciudad de Salta. El curso del Tacuil desciende con un caudal de agua considerable que viene de las montañas, pero suficiente para que en sus márgenes se haya formado un verdadero oasis donde instalamos el campamento; tres carpas sobre una barranquita de la izquierda cuando se iba la calurosa tarde. A la mañana temprano y con el equipo alistado para comenzar a trabajar en las cistas que nos habían llevado hasta allí, caminamos poco más de diez minutos por un sendero que viborea entre las reseca lomas. Luego de cruzar un cerro chato encontramos una quebrada temporaria de poca profundidad donde los antiguos eligieron una ladera para emplazar los sepulcros. Nos llevamos una sorpresa, y mala. Desazón y bronca al ver seis oscuros agujeros resaltando en el blanquecino color de la arena. Era cierto y confirmamos la presencia de otras tumbas, aunque todas ellas habían sido abiertas y saqueadas entre los meses de noviembre y enero. Rastreamos en los alrededores con la esperanza de que alguna se hubiese salvado de la rapiña, pero no, tuvimos que conformarnos con fotografiarlas y describirlas, y los dibujos detallados de José. ¿Rescatar?, no rescatamos nada. Al ser tan pocas y de características tan particulares en su construcción y ubicadas lejos de otros enterratorios comunes, era seguro que estas tumbas guardaban restos de especial significado. Indudablemente era el lugar donde la parcialidad de los Tacuiles había sepultado a personas distinguidas de su pueblo: sacerdotes y jefes.

Teniendo que esperar una semana para que el vehículo que nos hubo trasladado volviese a buscarnos, accedimos a lo largo de tres jornadas al espectacular pucára siguiendo el escarpado sendero que zigzaguea sobre la áspera ladera casi vertical. Recorrimos las estructuras y todos los rincones de la reducida meseta, de la que, según menciona una fuente histórica, después de casi dos meses de permanencia y debido al constante acoso de las tropas españolas unos quinientos nativos se arrojaron a un precipicio de cien metros de profundidad, en su último vuelo de libertad y antes de verse obligados a abandonar sus posesiones.

El día antes de emprender el regreso, y por esas cosas que suceden de manera inexplicable, un viejo pastor al que cruzamos en una senda y con el que nos detuvimos a conversar, nos dio la noticia:

-el maistro de la escuelita andaba urgueteando por'ái ande'stán los antiguo y lo ha vaciao las sepultura-

Al regresar a la ciudad se hizo la correspondiente denuncia, y si no son nuestras leyes las que hagan justicia, más adelante lo harán las almas del Consejo de Ancianos formado por los parientes de aquellos nativos a los que profanó sus tumbas. Las piezas que acompañaban a los esqueletos, sin dudas que dieron muy buenas ganancias al maistro huaquero y deben estar adornando la vitrina en la casa de algún neófito adinerado.

Buscando oro en Las Arcas

A la memoria de mi querido cuñado Tito Pitzzú

En una de mis tantas idas al campo, alguna vez escuché un comentario interesante acerca de un riacho que desemboca en la Quebrada del Toro; algún tiempo después repetí lo escuchado aquella vez, con lujo de detalles delante de mi amigo Pepe. A partir de entonces fue una sombra insistiéndome que hiciéramos un viaje con el propósito de disipar las dudas y ver si ubicábamos el bolsón del que procedían las chalitas de oro que eran arrastradas por la bermeja correntada. En realidad, hacía tiempo que buscábamos dar con algo así y vimos entonces una buena oportunidad. Durante semanas observamos una carta geográfica y calculamos una y otra vez las distancias entre cerros y quebradas. Organizamos la expedición, aunque un tanto en el aire por la urgencia de saber si la ilusión se transformaba en realidad. Entramos por Corralito arriba un sábado por la mañana, siguiendo las indicaciones de una mujer que cruzamos en el camino y continuamos la marcha hasta cerca del diquecito. Nos detuvimos en el rancho de don Valerio Guitián, buscando un par de mulas. El hombrecito estaba en el corral renegando con varias de ellas y hasta que hablamos, no aparentaba arrastrar una bruta borrachera. Bajamos del auto entusiasmados y disimulando el apuro. Medio canchero, Pepe se afirmó en un poste y levantó una mano saludando:

-¡Buen día señor!, ¿me puede decí si...,-, pero el criollo lo cortó en seco:

-¡¿Qué's lo que quiere?!-,

Pepe, haciendo como que recién comenzaba, le dijo:

-¿Cómo le va don?. Necesitamo que nos alquile unas mula... -, y de nuevo respondió con actitud chocante:

-¡¿Y quién lo ha dicho que yo las vua álquilá, su gringuito?!-,

-Acá nomás antecito de la curva, una señora nos ha dicho que...,—, y no lo dejó terminar, inquiriendo de mala forma:

-¡¿Y andi mierda van?!-

-Vea don comué, queremos entrá por La Estancia del Manzano a ver si yegamo a la Quebrada de Las Arcas, y de ahí...,—, aunque el Pepe se esforzaba en estar calmado, evidentemente ese era su forma en el trato, y respondió:

-¡Vé pué la hora e'salí pa'l cerro!-, a esta altura de las cosas, Pepe quiso apurarlo:

-¡Mire señor, nosotros necesitamos ir y queremos 245ace..., y como en las anteriores, no lo dejó concluir:

-¡Mirá gringuito tonto i'mierda, vaya a traé los bulto que ya salímo, de'no que hora vamo a yegá. Yo vua vé unos animale que tengo áhi!-

Sin demoras regresamos con las mochilas, el viejo las tiró encima de la mula carguera después de acomodar sus bolsas y un par de costales de maíz; y entre gritos y mandoneos, ajustamos las cinchas. En una mula petisa y fiera me subí al toque, mientras Pepe; abrazado al cogote del macho arisco y con un pie en el estribo; saltaba sobre la punta del otro siguiendo sus movimientos. A la legua se notaba que el robusto animal tenía la costumbre de complicarle la vida a su ocasional jinete, aunque con un trapo le había tapado los ojos para evitar que se espante; cumpliendo además las indicaciones que le diera el dueño. Que, como buen curda, se estaba poniendo espeso. Antes de enfilar la senda dijo:

-¡Meta pué gringuito, subite de una vé, ¿Qué'tás esperando?, ¡taloníalo así arranca!, Puta digo..., ¿de'ande veniran estos a jodé acá?-

Don Guitián guiaba la caravana, así que lo veíamos sacar de la alforja una botella de vino que le duró hasta que superamos los primeros repechos. Le discurseaba a su mula revoleando los brazos y dándose la razón; por momentos se detenía, tiraba de las riendas, la hacía poner de costado y decía:

-¡Che gringuito vos que la veí, ¿cómo va la carga?!-,

-¡Se está ladeando, paremo un rato pa'que la arreglemo!-, dijo preocupado Pepe. Sin haberlo escuchado o entendido, le respondió algo que fue como ponerle más leña al fuego:

-¡Ah bué, sigamo nomá su tonto i'mierda!-

A más de tres horas de cabalgata por la estrecha senda que asciende la cadena del Cerro Negro, la vegetación se va tornando rala; solo crecen pastos, arbustos y uno que otro grupo de nogales al resguardo de alguna peña. El viejo levantó un brazo y dio la orden:

-¡Pare la caravana que m'estoy cagando y el que quiera, también baje!, al rato apareció esquivando uno de los extremos del tronco que había usado de baño y acomodándose la ropa se dirigió a Pepe:

-¡Fieeero sé pobre y arrecho!, ¿no gringuito?-, y solo se contestó

-¡claro pué!-, mientras tanto, mi amigo refunfuñaba:

-Este viejito me está cayendo pesadito-

Don Valerio Guitián se demoró a un lado de la huella y haciendo equilibrio se acercó a la mula para verificar las ataduras:

-¡Vé pué como vá la carga, gringo tonto i'mierda, ¿Qué no has dicho pa'que parémo?!-, sin contestarle me miró, tal vez pensando que podría haberlo escuchado a su debido momento, y como buen tano le estaba subiendo la presión. Cuando entramos a la Estancia de El Manzano, bajamos a estirar las piernas, comer algo y abrigarnos, pues ya estaba oscureciendo y todavía faltaban unas horas de camino. A poco de continuar se cerró la oración y de golpe nos cayó la noche sin luna, y la oscuridad no nos permitía siquiera vernos las manos. En esa inmensidad serrana lo único que se escuchaba era el golpeteo de los cascós en las piedras, hasta que el silencio fue quebrado con:

-¡Ché gringuito, ¿cómo va la carga?!-,

-¡Pero que lo reparió, que me pregunta si no se ve nada!-,

-¡Entonce, sigámo nomá su tonto i'mierda!-, retrucó.

La luna nos alcanzó apareciendo detrás de una áspera cumbre, casi a media noche y cuando entrábamos a recorrer el fondo de una

cañada ancha y poco profunda. A causa del frío, las laderas tenían el color dorado del pasto seco que las recubría, y la silueta de las moles en contraste con el azul abismal en el que las estrellas parecían poder alcanzarse con solo darse un estirón. Subimos por una senda bordeando el arroyo y nos dimos con el perfil de un rancho rompiendo la suave línea del faldeo donde se asienta. Para entrar tuvimos que reubicar el catre de don Valerio, un montón de pellones, cajones, bolsas y otros cachivaches amontonados detrás de la puerta. Una vez acomodada la suite, comimos unos sándwiches y al poco rato nos metimos a dormir en las bolsas. Teníamos las nalgas hinchadas de trajinar casi doce horas.

Al día siguiente, luego de desayunar casi a media mañana, ensillamos para cubrir el tramo que restaba y llegar al objetivo. A don Valerio Guitián se lo veía bastante recuperado y pronto retomó su lugar. Durante la media hora que demoramos, no dijo nada. Al detenernos en un llano estrecho para atar los animales, volvió a abrir la boca:

-¡Ahura seguímo en'de a pié. Vamo nomá!-, y nos llevó por una senda encajonada. Al salir al despejado, por el ruido que hacía el viento, tuvo que gritar:

-¡Est'és la Quebrada Las Arcas, ¿pa'que mierda quieren?!-, parado en un morro de piedras y con los brazos en cruz, señalándola con uno y a nosotros con el otro. Nos preguntamos lo mismo al ver aquél impresionante precipicio abriéndose enorme y profundo varios cientos de metros. Pepe se aproximó:

-¡Don Guitián, ¿por donde podemos bajá?!-,

-¡Y por ande usted guste pué gringuito!-, contestó relajándolo.

Con ese "no me interesa lo que hagan", volvió a mirar el majestuoso escenario, dio media vuelta y se vino trotando. En rápida deliberación decidimos no bajar. Al vernos resguardándonos apichonados detrás de un montón de piedras, inquirió:

-¡¿Qué no van bajá?!-, señalando la quebrada con la cabeza,

-¡No don Guitián, no vamo a bajá, ¿'tá loco que le pasa?!-,

-¡Putá, veanló a los cagóne!-, dijo mojándonos la oreja,

-¡No que, si yegamos a perdé pié, cuando terminemo de bajá no van a encontrá ni los botine!-,

-¡Bah carajo, tanto que'bian 248ace248opa'vení!-, dijo en tono de desilusión.

Además del miedo que producía verla; uno se siente insignificante; bajar por esa pronunciada ladera de sedimentos sueltos y con un viento que zamarreaba sin piedad, contaba el poco tiempo que disponíamos. Pero, indudablemente era más lo primero que lo segundo. Sin decir palabra reculamos y nos preparamos a regresar. En una de las tantas paradas que hicimos para descansar y caminar, Pepe después de ir al baño inició la ceremonia de montar. Con su bufanda le cubrió los ojos y asentando un pie en el estribo, le susurró en la oreja:

-Machito lindo, quedáte quieto un ratito--, en tanto, trabajosamente revoleaba la otra pierna. Cuando casi lo hubo logrado, el mulo bellaqueó un par de veces y enseguida agarró por la huella a toda carrera. Atiné a decirle:

-¡Meta Pepe, suba, suba!-, pensando en que lo había dominado, pero era un macho por demás mañero y encaró hacia un recodo del arroyo. Con un brusco movimiento hizo que el jinete pasase volando por encima de unas cortaderas verdosas y se diese un par de revolcones en la arena. Se puso de pie entre que se sacudía la ropa y se colocaba bien la gorra de cuero que tenía metida hasta las narices. Estaba colorado por el susto y la bronca, y solo atinó a decir:

-¡Que lo recontramilparió a este hijo de una yegua puta!-, don Guitián, que se aproximaba quizás adivinando el desenlace, detuvo su mula y le dijo:

-¡Gringo bestia, ya ti'dicho que tení que 248ace pa'montálo!- Preocupado, bajé y me acerqué a preguntarle si estaba bien, pero Pepe me apartó diciendo:

-¡Este viejo ya me ha cansao con sus tonteras, le vua meté un guante pa'que aprenda!-,

-Pará Pepe, ¿cómo le vas a pegar?, apenas anda-, dije bajito mientras lo tomaba de un brazo. Pero mi amigo ya venía cuesta abajo:

-¡Me tiene harto este viejo pelotudo, ¿Qué le pasa?!-, y alcanzó a caminar tres pasos en dirección al anciano. Don Valerio Guitián, al ver las intenciones que traía mi amigo, se abrió el chaquetón como al descuido, puso una mano en la cintura y dejó al descubierto una lustrosa funda sobaquera que calzaba una añosa pero reluciente pistola calibre 45. Con su voz ácida que retumbó en un paredón natural, dijo:

-Subasé y vámo nomá su gringuito-

Sorprendidos, confundidos, enmudecidos y quietos, con el Pepe solo cruzamos miradas. Don Valerio Guitián repitió la frase con más energía y mala forma:

-¡Que lo suba i'dicho su gringo tonto i'mierda. Y pa'usté también alcanza, ¿Qué'stá poniendo esa jeta?, ¿no han escuchao o que'stan esperando?!-

Aparentemente la cosa iba en serio, así es que rapidito y tranquilos buscamos los animales, y en cinco segundos acomodamos el culo en la montura. En absoluto silencio marchamos el resto del trayecto al punto de partida. Después de encorralarlas, don Guitián nos cobró carísimo el alquiler de cuatro de sus mulas. Doloroso importe que pagamos sin regatear. El hombre guardó los billetes en el bolsillo de su camisa y nos dio la mano, en ese momento nos dimos cuenta de que sonriendo dijo:

-¡Güelvan cuando gusten sus tonto i'mierda!-

Ahí entendimos que ser buscadores de oro es un oficio peligroso.

¡Flor de candidato!

Cualquier similitud con los verdaderos, es pura coincidencia

Conocedor de la zona y maestro de profesión, el Fausto Acuña enseñaba desde su juventud en una humilde escuelita de Rivadavia, ubicada en un alejado lugarejo conocido con el nombre de El Yacaré, muy cerca del Río Teuco. Sus alumnos formaban una escalera de edades que iban desde los 6 a los 15 años, y eran hijos de matacos y criollos de la zona. Con excepción de los sábados y domingos, todos los días llenaban el casi derruido edificio con sus cuerpiitos cubiertos con harapos. La asistencia a clases era más que la obligación de aprender, era la imperiosa necesidad de sentir a la mañana temprano y luego al mediodía la satisfacción de acallar los ruidos de la panza vacía con un jarro de mate y un plato de comida caliente. Los pobres lugareños le acercaban de vez en cuando lo que tenían a su alcance, desde gallinas hasta pan amasado, pasando por zapallos, huevos y algunas tiras de charqui para aumentar la escasa mercadería que con que el comedor de la escuelita contaba mensualmente. El apoyo incondicional que le brindaban las familias de su alumnado constituía el valor más importante, pero hacía un tiempo que el maestro Fausto los había comenzado a mirar a través de otro cristal.

En sus años mozos y hasta que terminó los estudios en la escuela normal con orientación pedagógica que le permitieron desempeñarse como maestro de grado, integraba un grupo de jóvenes militantes de un reconocido partido político, y fue entonces un encendido activista defensor de la democracia. En los primeros meses del año siguiente en que Fausto Acuña se recibió, sobrevino un golpe de estado y se hizo cargo del gobierno una junta militar. Buscó la manera de ser nombrado para enseñar en una escuela del más remoto paraje de la provincia, solucionando sus problemas financieros al tener que autoabastecerse y

evitando las represalias que los gobiernos de facto siempre aplicaron a los cabecillas y dirigentes de los partidos políticos. Así que por siete largas temporadas, Fausto Acuña se recluyó en Rivadavia Banda Norte, y si bien no debía agitar las aguas para mantenerse en el anonimato, tenía un plan establecido, del que iba extendiendo sus tentáculos. La cuestión es que supo ganarse la amistad de los pobladores, quienes lo categorizaban como su máxima autoridad, por que actuaba como el que los orientaba para que solucionasen los problemas que se les presentaban inesperadamente, era el que llegaba a visitar la gente de algún rancho y lo recibían con reverencias y atenciones sin par, ese caballero distinguido era el “señor maistro”. Tenía el afecto de todos, en realidad de casi todos, porque siempre hay uno con la nariz más larga y alcanza a sentirle el mal olor al paquete. El de la nariz prodigiosa era un cacique matabo, y aunque los niños de su caserío recibían su dedicación, sus enseñanzas y algunos alimentos, le había encontrado una rendija por donde veía que sus intenciones escondían algo; veía en él algo más que una persona decidida a ayudar al prójimo desinteresadamente. El viejo Eladio presentía que alguna otra intención rondaba a la vuelta de aquella cabeza y el Fausto sabía que el viejo también lo sabía. Ese indio que parecía una bolsa de huesos que caminaba, era el único de la costa del Bermejo que no había podido meter en la bolsa.

En aquella zona, la falta de agua en verano se convierte en una terrible calamidad, de manera que la gran mayoría de sus pobladores se mantiene bebiendo la que queda empozada en los madrejones del río después que pasa la creciente, con las consecuencias que implica tomar agua estancada y del mismo recipiente del que abreva el ganado y otros animales silvestres. Situación que se tornaba peor en los años de sequía. Cuando los militares dieron por concluido su mandato y llamaron a elecciones para entregar el gobierno a un presidente electo por el voto popular, Fausto Acuña volvió a ser el político que era y con un poco más de trabajo comunitario y mucho “bla bla bla”, logró ser elegido senador

provincial por el departamento. Honorífica investidura por la que tuvo que abandonar su noble oficio de maestro de escuela. El primer pedido que recibió en su nueva función fue de la misión mataka en la voz de su cacique Eladio: hacer un pozo y colocar una bomba para tener agua potable.

El “señor senador” se hubo dedicado de lleno a su nueva actividad y solo aparecía en recorrida por el rancharío muy de vez en cuando, sobre todo antes de las elecciones. Muchos problemas de la comunidad fueron quedando en el relego, y aunque andaba por las misiones no dejaba de hacer promesas y más promesas a la población que lo había ungido su representante. Con una sonrisa falsa que le quedó como marca registrada, unos tibios abrazos y besos a viejas y niños, decía que por la burocracia y las trabas que le ponía algún funcionario de turno para tal o cuál trámite que estaba apurando, se le hacía imposible cumplir a pesar de aportar todo su tiempo, trabajo y voluntad, ¡ah! Y esfuerzo, más que nada esfuerzo.

En las pocas ocasiones en que el viejo cacique lograba verlo le pedía:

-Che senador, hace pone un pozo con bomba pa'sacá agua, así los chico no se mueren embichao por tomá la que queda del río. Duele la panza con ésa, le dejamos asentá y le echamo penca, pero igual hace mal-,

-Mirá Eladio, mi cacique querido, vos no te preocupes que voy a hacer todo lo que esté a mi alcance para darles una solución a mis hermanos maticos-, respondía.

Pasó otro período legislativo hasta el tiempo de los nuevos comicios y llegó el momento de abrir y hacer funcionar el mismo circo de cuatro años atrás. Resultó electo nuevamente, y se preparó a repetir las palmadas, las sonrisas y otra vez las promesas. Cuando entraba a la misión, la insistencia del viejo Eladio recibía la misma respuesta, eso si, más elaborada:

-Lo que sucede es que necesitamos proceder de la manera correcta ante los funcionarios e instituciones nacionales, para que conozcan la realidad regional en cada provincia, y por su digno intermedio y accionar se toquen los resortes indicados para que sean ejecutados los programas de asistencia a las comunidades marginales y nativas. De este modo, lo único que podemos hacer es esperar a que los estudios pertinentes lleguen a manos de quienes son los encargados de darnos una salida para afrontar los problemas-

Pero el pobre viejo, con su apariencia de momia de cuero seco y huesos puntiagudos, lo oía sin escuchar, y sus ojos tristes se perdían a lo lejos, desesperados y húmedos, pobre cacique desesperanzado que no alcanzaba a entender el motivo por el que no se le daba solución a su pedido, y repetía:

-Che don Senador, no tenimo agua-

En la siguiente campaña electoral, el Fausto llegó en su acostumbrada recorrida para dar a conocer al cacique su decisión de postularse nuevamente al cargo, y como siempre para pedirle que lo apoye con toda su gente. Con pesadumbre salió a recibirlo un sobrino de Eladio, y casi tan flaco y huesudo como era su tío. El muchacho se le acercó señalando una mugrosa charca de agua verde en la que se revolcaba una chancha con varias crías y le dijo:

-El tío Eladio se muerto. Es que'mos tenío demás seca, no'mos tenío agua, y la que tomámo era d'esa-, y continuó: -Asi'é don Fausto, el agente sanitario dicho que si enfermao por tomále de'sa agua-,

-Qué lástima che, porque yo venía a comunicarle que ya nos han llegado las partidas de dinero para hacer los pozos y comprar las bombas para que tengan agua potable. Qué lástima, ¡bué, que va'cerle!. Ya nos vamos a ver de nuevo, prontito nomás. Toma, te dejo este paquete de votos así se los das a mis hermanos matacos. Chau, que anden bien-

Entre burros y polleras

A mis parientes que ya partieron

A lo largo de su historia, el hombre utilizó en provecho propio el esfuerzo de muchos animales, aunque, sin lugar a dudas, del que obtuvo los mayores beneficios, fue del caballo. En aquellos tiempos ya guardaban un significado especial para sus orgullosos dueños, razón por la que Atila y Alejandro Magno, entre otros renombrados personajes de las crónicas universales, bautizaron a sus correspondientes cabalgaduras como si fuesen personas. El bárbaro, al ingresar a un nuevo territorio solía recitar a sus pobladores un mensaje intimidatorio y para amedrentarlos aún más, finalizaba diciendo que en donde pisaba su caballo no volvía a crecer la hierba. Por su parte, el macedonio, en medio de las descontroladas bacanales a las que era afecto, acostumbraba a resaltar la participación de Bucéfalo en sus campañas y ordenaba que lo llevasen ante los presentes para que pudiesen admirarlo y tocarlo. Una cita de líneas aparte, la marca el genio italiano Leonardo Da Vinci, que dedicó una etapa de su vida a profundizar los estudios sobre la anatomía de la especie. Extasiado realizó minuciosas observaciones y miles de detallados bocetos para lograr los dibujos y pinturas más extraordinarias que se conocen. En la literatura castellana, los cuadrúpedos tienen a su principal exponente en la figura del gracioso y sumiso Rocinante, que trajinaba al desgarrado Quijote de la Mancha a cuestras de su desgachado lomo. Todos los grupos culturales que de ellos dispusieron, hicieron uso de su fuerza y resistencia para el desarrollo de diversas labores tanto rurales como citadinas, y los ocuparon en tiempos de paz y de guerra como medio de transporte o fuerza de tracción de los distintos modelos de carruajes. Carruajes con capotas, carruajes abiertos y carruajes con habitáculos. Unos para transportar personas y otros en los que se cargaban granos, frutas,

verduras y mercaderías. Sin olvidar de mencionar a los unipersonales de color negro lustroso que tenían por destino la morada de descanso eterno del infortunado que viajaba en la parte trasera, pasando por las elegantes carrozas de reyes y reinas a las que dos, tres o más pares de animales de igual pelaje eran amarrados a la vara de tiro y enjaezados con plumas y bandas de colores llamativos. En los incontables viajes que desde principios del siglo XVI hicieron los españoles, trajeron al Continente Americano, caballos de pura sangre que descendían de los que introdujeron los árabes durante su permanencia en la península. En el Nuevo Mundo volvieron a ocupar los espacios que conocieron y disfrutaron sus extinguidos antepasados, y se reprodujeron rápidamente en cautiverio y en libertad. Por mucho tiempo, la facilidad de trasladarse en ellos, tuvo para el hombre una dependencia exclusiva, y sus cascos marcharon por valles y quebradas, cruzaron selvas, montes y serranías, y atravesaron cerros y montañas. Es decir, no quedó un solo ambiente que no haya sentido el repiqueteo acompasado de sus trancos, al paso, al trote o al galope.

Algunos años más tarde, en el extremo sur americano muchos caballos despertaron arraigados sentimientos en sus propietarios, entre los que puedo nombrar al incomparable “Palo de Punta” que perteneciera al General Martín Miguel de Güemes, al “Peluca” de don Facundo Quiroga, al “Cholito” del Coronel Tarijeño Eustaquio Méndez, al “Corazón” de la heroína Chuquisaqueña doña Juana Asurdui, al “Demonio” del caudillo Felipe Varela, al “Ventarrón” de doña Victoria Romero; y a los de tantos miles de centauros que lucharon en defensa de una causa y ampararon el nacimiento de las naciones americanas sentados en sus lomos y sin alharaca alguna.

Marchando por diferentes sendas conocí caballos que fueron testigos del amor de parejas que los utilizaron para alejarse buscando intimidad, a otros que protagonizaron veloces huidas y pusieron a salvo

el pellejo de sus ocasionales jinetes, y a unos pocos que en nocturnas y fugitivas carreras salvaguardaron la virilidad de algún amante secreto. Hay pasajes históricos, cuentos y leyendas que los incluyen como el personaje principal, en tanto, en otros fue su representación la que adquirió relevancia y vaya uno a saber que extraños influjos llegó a producir en el ser humano para que aquella maximizada reproducción artística fuese ingresada por los Troyanos en su fortaleza; citando el echo a modo de referencia. Otro caso curioso es el de la escultura del jefe nativo Caballo Loco y la cabeza de su corcel, que aún se tallan en la pared rocosa de algún cerro de un estado norteamericano. La obra les va insumiendo al autor y a su equipo, algo así como quince años de trabajo y estima que aún le restan otros diez. Los escultores abocados a tamaña labor calculan que en el tiempo estipulado removerán un volumen de rocas cercano a los dos millones y medio de toneladas. Parece cosa de locos, o por decirlo mejor, de locos por los caballos. O quizás, de locos por el jefe Caballo Loco.

Personalmente me tocan de cerca algunos ejemplares que conocí en mis andadas por el campo y que merecen ser nombrados: “El Comandante”, de Josito Martínez, un pinto malacara con el que se conocían hasta la médula; el “Ají Yuto”, de propiedad de Crisanto Castillo, alazán de cola corta, brioso y ligero; “El Fantasma”, un moro criollo que me prestaba Rufino cuando iba a recorrer los cerros de La Punilla, y el “Picadillo”, de don Predefindo Robles, rosillo huesudo y horrible que el viejo montaba para trasladarse por los alrededores de la Mina de Unchimé. Tampoco quiero dejar de nombrar a doña Severiana, que para montar a su “Tostado”, se ayudaba con un banquito maltrecho; ni a doña Efrigenia, que aún desanda huellas serranas sobre su “Overito Upilo”; y menos aún a mi Alejandra, que aguantó sin quejas largas horas de cabalgata sobre el espinazo del “Cenizo”. Animales estos que, a pesar de ser producto de mixturas al azar de distintas razas, con sus defectos y reveses, dejan entrever su mansedumbre y un particular

entendimiento con su amo o su ocasional jinete. Un campesino amigo me dijo alguna vez: no hay secretos para tener caballos fieles y obedientes, nada más es necesario darle afecto y cuidados.

Escarbando entre los muchos pasajes y anécdotas escuchadas en distintas oportunidades acerca de algunos animales, solo sé su nombre por referencias. Una de ellas involucra a mi abuelo paterno que era afecto a las carreras, un burrero como suele decirse. Por su apego a la actividad hípica mantenía cierta rivalidad con un vecino de Río Piedras. Pero este hombre además de ganadero era criador de caballos criollos. Dicen que decían que en las canchas de cuadreras se jactaba de que no había uno que le ganase a los potros que salían de sus establos. En oportunidad en que se corrían unas cuadreras, mi antepasado confió una fuerte suma de dinero a las patas del caballo de un primo, que hicieron correr con un criollo de aquellos, perdiendo apenas por un pescuezo. El viejo aguardó ansioso la fecha de las siguientes carreras y contando con la colaboración de dos primos postizos apareció esa esperada tarde con su nuevo crédito por el Callejón de la Bulla para que se midiesen las patas. El abuelo, sabiéndose ganador desembolsó un par de fajos de billetes. Luego de que el marcador de línea bajara el pañuelo señalando en el primer puesto al nuevo caballito, mi abuelo y sus laderos tuvieron que hacerlo más rápido para salvarse de los puñales de los supuestos perdedores. Pues enseguida de concluida la justa, los partidarios del riopedrense descubrieron que “Refucilo” era uno de pura sangre de hipódromo cuando una de sus orejas cayó a causa del sudor en el preciso momento en que terminaban de contar el dinero. La triquiñuela utilizada entonces consistió en pegar en sus recortadas orejas sendos trozos de cuero de igual color, pero de mayor tamaño. Así camuflado su aspecto era el de un pesado mulo.

Más acá en el tiempo y siendo aún pequeño, mi padre me llevó en un viaje que hiciera a Pichanal en compañía de su primo Chicho. Debo

haber tenido siete, quizás ocho años, y no sé cuál habrá sido el motivo cierto, pero de todas formas era ajeno a mi interés de salir de paseo. El entusiasmo que me produjera el día anterior la noticia de ir a visitar unos parientes, se había empañado después de viajar desde antes del amanecer y habiendo ya pasado el mediodía en una travesía bajo el implacable y abrasador sol tropical que a poco de alzarse hacía sentir el calor de sus rayos como castigo divino. De entre los muchos temas que charlaron, me quedó grabado el comentario que hiciera el tío Chicho acerca de un primo llamado Jorge. Recordó que el pariente se animó a contraer matrimonio habiendo pasado los cuarenta años de edad, con una mujer a la que aventajaba por un par de décadas. Enfático expresaba lo linda que era Amalita, y a pesar de los años, aún mantenía una figura envidiada por las mujeres del barrio. Pero, parecía ser que la señora parienta, tenía además de un carácter de mierda, una boca con la que podía contrapuntear y amedrentar al más guarango de los malevos de la época; agregando que le había resultado bravucona y contestona como ella sola. Entonces, el tío Chicho se acordó también de lo que le manifestara en ocasión de comentarle lo bien que veía como se mantenía Amalita, y tan simpática y agradable. A lo que el primo Jorge respondió:

-Si, sigue linda como siempre, pero le falta la cola para ser caballo-

Al llegar a ese triste y achatado caserío de madera con casitas armadas a los lados de calles polvorientas en las que se salteaban unos pocos árboles, aunque paradójicamente rodeado por una profusa floresta, inocentemente me pregunté si había valido la pena el esfuerzo de tanto andar y transpirar. A las puertas de un pequeño almacén que se identificaba por unos carteles de bebidas, deslucidos y despegados en gran parte, el tío Chicho detuvo el automóvil, apagó el motor e hizo sonar la bocina un par de veces. Antes de que pisáramos la desgastada vereda de ladrillos apareció un hombre alto, robusto y peludo como hasta entonces no había visto antes. Más impresionado quedé cuando

con abrazos de oso saludó a mi padre y al tío a los que por un instante envolvió con sus descomunales extremidades. En la puerta del negocio la mamá del gordo Juan esperaba su turno. Retrasado algunos pasos aguardé sin convencimiento alguno llegar a formar parte de ese tierno cuadro. Mi padre y el tío Chicho se apartaron para que saludase a la increíble figura que me había quitado el habla y casi la respiración. Y a pesar de que el tío Juan mostró su mejor sonrisa y aflautó la voz para dirigirme una frase cariñosa, al agacharse para tomarme de una mano desaparecí raudamente. Los tres me persiguieron por distintos recorridos y luego de unos minutos me encontraron en un lote baldío de la calle opuesta escondido detrás de un camión abandonado. Accedí a conocer la mencionada parentela sobornado por una bolsa llena de caramelos y galletas. Detrás del pequeño almacén de comestibles y bebidas, donde además se habían acomodado algunos artículos de inequívoco uso rural se extendía un amplio patio de tierra recién mojado. La sombra de las plantas de papaya y otros árboles aseguraban una agradable sensación de frescura y alivio. En la larga charla que mantuvieron durante la sobremesa del almuerzo me enteré que el padre del tío Juan había venido de Siria en 1920 y se hizo comerciante proveyendo de mercadería y ropa a los trabajadores de fincas y obrajes de las cercanías. Con esa rutina y el transcurso de los años logró ahorrar una considerable fortuna que en gran parte guardó en dinero contante. El resto lo invirtió para instalar un almacén de ramos generales y comprar la mejor finca de la zona. El muchacho seguía la senda que su progenitor le marcaba, pero cuando el viejo falleció, Juancito contaba con veintitrés velitas en su haber y era muy poco lo que había visto de la vida. Mucho menos aun lo que había disfrutado fuera de su entorno familiar. En el transcurso de unos meses y luego de viajar a Buenos Aires en un par de ocasiones descubrió que el dinero permitía acceder a ciertas diversiones de las que solo estaba anoticiado por boca de otros. A partir de entonces esos nuevos pasatiempos hicieron que se ausentara del pueblo y abandonara sus actividades en dos ocasiones al

año: una, porque debía cobrar la cosecha de tomates que enviaba al Mercado Central, la segunda, porque se sabía incapaz de aguantar hasta que tuviese que cobrar la cosecha del año siguiente. De todas formas, en ambas solía quedarse por espacio de unas semanas o bien hasta que se le acababa el dinero gozando de sus dos debilidades: mujeres y caballos, y también viceversa. En cada una de sus permanencias en la ciudad salía del hotel con una acompañante distinta, aunque siempre caminando con destino a su asiento preferido en las tribunas del hipódromo. Después de tanta insistencia por convencerse de buen ojo en su libertad de obrar y en sus corazonadas, por supuesto que sin éxito, mi nuevo tío llevaba perdido casi todo lo heredado y lo que había ganado en esos pocos años en apenas una docena de viajes: la mejor finca llena de vacas, el obraje maderero, las maquinarias, el almacén de ramos generales, los vehículos y la cuenta bancaria. Lo único que no puso en la arena de carreras o en la cama, fue la rústica casa en que vivía junto a su madre y la escasa mercadería con que armó el almacén para poder subsistir, solterón por supuesto.

En los últimos minutos de claridad o los primeros de penumbras de aquella lejana jornada, iniciamos el viaje de vuelta. A buen rato de andar, acostado en el asiento trasero y antes de que el sueño me venciera, escuché al tío Chicho decir:

-Pobre primo Juancito. No lo critico por que se haya gastado casi todo lo que tenía, como tampoco lo critico por elegir lo que ha elegido para gastarlo. Pero digo, si solamente han sido dos los motivos de su desdicha, es para reprocharle que tanta insistencia en sus pálpitos y corazonadas no le resultaran correctos, al menos en aquellos momentos de su vida. Su perdición fue empecinarse en apostar a caballos lerdos y a tener amoríos con mujeres demasiado rápidas-

El tío Abraham

Algunas veces, pero solo algunas veces siento nostalgias de aquellos lejanos atardeceres de invierno, en que el único tío abuelo que llegué a conocer, relataba el viaje que junto a su hermano mayor hicieron en barco desde su libanesa aldea natal de Bahabda a tierras americanas en los primeros años del siglo XX. Integraban un contingente con algo más de cuatrocientos inmigrantes que, al momento de abandonar la cubierta del barco, fueron alojados en un galpón del puerto hasta que la Dirección de Migraciones aclaró la situación de cada uno de los recién llegados, pues ninguno tenía otra documentación aparte del pasaporte turco. Luego de unas cuantas semanas de aguardar, tuvieron los papeles que les permitieron caminar libremente. No hablaban una jota de castellano, aunque durante los días que estuvieron demorados, aprendieron una que otra frase. El tío Abraham, más joven y de carácter abierto y suelto, entendía medianamente el idioma y se hacía entender y actuaba de intérprete y traductor del dueto; en tanto, el parco y duro abuelo, aprendió a hablarlo no más de lo que le resultó suficiente para desenvolverse en una mixtura graciosa. En su venida al Norte, rodaron por polvorientas calles de pueblos, ciudades y caseríos y se quedaron lo mínimo necesario para descansar y hacer algunos trabajos indeseables en hoteles de poca monta, posadas y conventillos, ante la necesidad de hacerse de unos pesos fuertes. Pero las aspiraciones que cada uno tenía, los llevaron a tomar rumbos muy distintos; el abuelo ancló en un poblado floreciente cercano a Salta, donde se asentó, formó familia y se dedicó al comercio de alimentos; que sería lo mismo que decir que acomodó su osamenta para terminar sus días en pleno sedentarismo rodeado de tranquilidad. El tío Abraham merece un capítulo aparte, fue el extremo opuesto y su caso merece ser revistado en detalle. Aún veo su enjuta imagen vestida de traje negro,

de pie y maldiciendo los malos momentos acontecidos en la primera etapa de su vida, la que finalizara al culminar aquella travesía en la costa rioplatense. De todas formas, no dejaba de agradecerle a Alá el haber cuerpeado todos esos años y manteniendo una salud de toro y el vigor de una tropilla, mientras se jactaba orgulloso del despliegue de su hombría con sesenta y ocho años de existencia. Edad que erróneamente figuraba en su documento y le permitía quitarse unos cuantos, de manera que le venía de perillas para andar galanteando con el mujerío; en tanto, por otro lado, se lamentaba del triste accidente que sufriera cuando tenía doce años, y alguna lágrima bajaba errante por entre las arrugas de sus mejillas. Traspíé sucedido en la tarde que sus hermanos terminaban de variar un potro; casi lo habían domado y ante su insistencia dejaron que lo montara. En cuanto Abrahamcito se afirmó en el sudoroso lomo cubierto por un roto pelero, el animal corcoveó furioso y resolló el aire que le quedaba para lanzarlo por los aires. Con tanta mala suerte que cayó con todo su peso y con las piernas separadas encima de un tronco de la cerca. De nada sirvieron todos aquellos meses en que lo sometieron a incontables baños de asiento, con agua fría y sales curativas aún en invierno, como tampoco los no menos numerosos y vergonzantes emplastos de hierbas y plantas medicinales que le aplicaba una curandera de la aldea, a la vista de quién pasara y mientras lo mantenía reclinado y en cueros sobre el mismo tronco en que sufriera la contingencia. En pocos meses, su imposibilidad de procrear trascendió los límites de la aldea donde vivían, y hasta los límites de las aldeas aledañas. Fue una dolorosa e irreversible deficiencia por la que su estado de ánimo declinó sensiblemente en algún momento, aunque siendo mozo, su espíritu sagaz terminó de templarse con la experiencia que adquirió explorando redondeados y pulposos senos a punto de reventar, anchas caderas temblorosas, y húmedas e impacientes entrepiernas, en cada uno de los enredos amorosos en que colmó los tálamos de jóvenes casaderas y esposas desatendidas; unas superadas por la peligrosa curiosidad de develar en carne propia ciertas cuestiones

del género opuesto y los placeres del sexo, otras buscando lo mismo para enmendar su ausencia. Pero todas rendidas a la tentación de disfrutar sin peligro del simple uso o del reiterado abuso. Entonces, el joven Abraham, pasó rápidamente de ser el hazmerreír del lugar y se convirtió en el hombre más popular y requerido en forma clandestina por el mujerío de los alrededores. La triste consecuencia del día en que su mala estrella hizo que le quedaran los huevos secos, de cierta manera se transformó en una bendición a partir de sus años de adolescente.

En alguna oportunidad, habló acerca de los tiempos y circunstancias compartidas con las cuatro mujeres con las que convivió, aunque sin dejar de lado, los amargos motivos de su viudez en igual número de ocasiones. Con la primera se casó de acuerdo a los principios de su religión, y las tres que le siguieron, se conformaron con compartir un estado de simple concubinato. Repetía haberles dado mucha felicidad, de igual manera y a todas, aunque se lamentaba de no haber podido empreñar a ninguna. Se regodeaba de unas furiosas arrinconadas, donde se le presentaba la oportunidad para arrebatables la ropa, buscando el sosiego de su dolido animalejo.

La historia de sus historias amorosas comenzó cuando respondiendo a ciertas costumbres de tiempos inmemoriales, sus padres, de común acuerdo con los de una niña, los comprometieron antes de ocurrir el mencionado porrazo, para que contrajeran matrimonio, en cuanto la elegida se rodease del encanto y el perfume de sus primeras quince primaveras. Una vez que se unieron, habitaron una casita rodeada de corrales y parcelas sembradas en su aldea cercana a Beirut, donde Abraham, se dedicó por completo a atender a su esposa y al hogar de ambos, abandonando de cuajo el hábito de consolar mujeres ajenas. La noticia de su nuevo estado civil y de su alejamiento del inagotable mercado disponible, no se difundió con la misma velocidad que sucediera con la que le diera fama. El problema sobrevino, cuando una mujer, que en cierta ocasión hubo recurrido a sus dotes, insistió en

disfrutar nuevamente del voluptuoso sofocamiento del fuego infernal que la consumía. Tal vez actuó desconociendo el nuevo estado civil de Abraham, o quizás dominada por la indiferencia o buscando paladear nuevamente el agri dulce sabor del riesgo de la perfidia, pero la negativa a prestarle servicio no la desalentó, sino que la encendió todavía más. Cegada en su deseo, rechazada y sin oportunidad de halago, se armó de una daga y atacó a la niña y la degolló de un solo golpe. El joven Abraham cargó desde entonces un sentimiento de culpa por la muerte de su joven esposa, y principalmente, debida a la popularidad que alcanzara en el buen manejo del portentoso armamento con que Alá lo había dotado; aunque con impedimentos.

Se alejó de su hermano y viajó hasta las cálidas tierras fronterizas con Bolivia, atraído por los rumores de hacer rápida fortuna comerciando con gentes del otro lado. Lo que el tío no sabía, era que debía contratar pasadores bolivianos para que trasladasen la mercadería, y además, que para cobrar su dinero, debía hacerlo en la otra orilla. Aprendió también que, para dedicarse a contrabandear en grande, necesitaba estar apadrinado por un funcionario; algún jefe de una fuerza armada; en ambas bandas del río; y de torcer la rigidez castrense de la guardia de turno con un sobre inflado de dinero para mantenerlos ciegos, sordos y mudos. Conoció los conductos de pasadas y todos sus recovecos y llegadas a los puntos de entrega. Lo peligroso era que, aun arreglando los detalles, no podía estar seguro de que una operación tuviera el éxito esperado, por la siempre latente posibilidad de que apareciesen los bandidos, o los que decían no serlo, pretendiendo quedarse con el dinero, con los bultos o con ambos bienes. Unas semanas de permanencia en la zona le bastaron para saber que no sería sencillo entrar en el ruedo. Tenía que vender a precios competitivos, cumplir con la entrega en el tiempo pactado, y asegurarse de cobrar la carga completa; aparte debía calcular el costo del producto para que dejase ganancias una vez que hiciese el correspondiente reparto de

porcentajes, tanto aquí como allá. Una mañana, en que sus pensamientos se encontraban ocupados en esos menesteres, su mirada quedó atrapada en la ondulante figura que cruzaba la calle, dirigiéndose desde el mercado hacia la vereda en que reposaba tranquilamente. Aquella hermosa aymara de trenzas renegridas y piel de barro, se llevó su cortesía y su corazón. Fue su segunda mujer durante los años que siguieron, hasta que en el transcurso de una oscura noche de cuantiosas coimas, contravenciones y muchos disparos, el de un arma reglamentaria le partió el pecho. Abraham no tuvo consuelo al verla morir entre desesperadas bocanadas, intentando tragar aire. Antes del amanecer, el tío Abraham cargó un par de alforjas y huyó para salvar su pellejo de las manos que los habían traicionado. Las circunstancias lo llevaron a internarse en la selva y a vagar entre los puestos de los cuidadores de hacienda y de obreros forestales. Un viejo hachero paraguayo lo cobijó en la humilde morada en que habitaba con su mujer y su descendencia. Eran tres ranchitos enfrentados alrededor de un patio, y al tío Abraham lo alojaron en el más pequeño, que cerraba el diminuto conjunto urbano cerca de la palizada de los corrales. Con su dedicación, demoró poco tiempo en aprender a ensillar, enlazar, rodear, encerrar los animales y a marcarlos, y se acostumbró a llevar el coleteo puesto y un puñal a la cintura, y a comer carne asada casi a diario. Algunos golpes, un par de patadas, unos cortes y estuvo listo. El tío Abraham era un gaucho más que solo quedaba al descubierto cuando abría la boca. La soledad de las noches de la selva, encontraron la calma en las faldas de la hija mayor del hachero, pero la noche más solitaria y tenebrosa, no tardaría en cubrirlo. Una tarde en que la muchacha regresaba en su caballo luego de recorrer la senda que desembocaba en la proveeduría, distante unas cuatro leguas del rancharío, el tigre que la acechaba enarbolado la desmontó de un zarpazo. A contraluz de los rayos del sol en los últimos minutos del ocaso, el tío Abraham siguió un rastro sanguinolento sobre la oscura alfombra de plantas y árboles podridos, y encontró un raído trozo de vestido y unas pronunciadas

marcas en el rojizo suelo, que señalaban el momento en que la joven había intentado resistirse al poder de sus mandíbulas asesinas. A lo largo de las dos jornadas siguientes, continuó la búsqueda, perdiendo y hallando el rastro varias veces, sin otros resultados. Desconsolado y aterrorizado, el tío Abraham apuró su arribo a las luces y ruidos del primer pueblo que encontró, dejando atrás a la salvaje y bárbara naturaleza y a los valientes que se arriesgaban a vivir en ella.

Pasaron muchas tardes y muchas madrugadas, y sobre todo muchas copas de licor para que se armase del valor que requería un nuevo comienzo, y a pesar de los contragolpes que tuvo que sortear, lo logró. Su enérgica esencia y su enfermiza adicción al sexo, pronto le permitieron arrancar de vuelta y continuar inquiriendo el consuelo del inagotable manantial femenino. En cuanto Abraham conoció a una viuda llamada Princesa, quedó flechado y comenzó a cortejarla hasta lograr que fuese la cuarta mujer de su vida, entonces se atrevió a pensar en cierta estabilidad que le permitiera asentarse de una vez por todas. Princesa también se encontraba en la madurez de sus años, y se atrevió a probar una nueva convivencia. En las ciento de oportunidades que lo hicieron y a medida que iban incrementando el número de sus íntimas batallas, el fragor de las mismas se tornaba aún más encarnizado. Una mañana en que se encontraban dentro del establo, se desnudaron entre besos y caricias y dando vueltas sobre una parva de pasto. Cuando hubo pasado el momento ardiente, Princesa quiso comenzar a vestirse y se inclinó para asir sus prendas. El desbordante cuadro de sus muslos desnudos, provocaron al calentón del tío Abraham, y al deseo irrefrenable, le siguió otra erección. Sin avisarle la embistió abruptamente, Princesa cayó en la parva con todo el peso del tío en un cataclismo de amor. Aunque desdichado, pues golpearon una pared de la que se desprendieron algunas tablas que cayeron rozándolos. El tío Abraham se incorporó a medias sin dejar de estar unido e intentó levantarla por la cintura, en el preciso momento en que otra se descolgó del desvencijado parapeto. La tabla cayó de lleno en la cabeza de su

prometida, sin darle tiempo a gozar de aquella dulce, aunque brutal arremetida. Con la pérdida de Princesa, el tío se resignó a ser un solitario dedicado a consolar el dolor y a llenar el vacío de cariño que padecían las mujeres de otros. Mientras, pasó algún tiempo filosofando acerca del porqué se le morían las propias, si de todas las ajenas con las que había estado, jamás se le produjo una baja en combate. Resignado a seguir con su viudez, se afincó cerca de Urundel a vivir de lo que vendía en un boliche armado con cuatro chapas y costaneras de troncos, donde había colgado un letrero que rezaba: “Avierto las 24 horas”. Por las noches, si no tenía cita para un encuentro a escondidas, se convertía en el parroquiano número uno del único cabaretucho en el que don Juan, dueño y amigo incondicional, le hubo habilitado una cuenta corriente con crédito ilimitado. El tío solía contar que, don Juan, lo había declarado públicamente ciudadano ilustre de la comunidad y junto al comisario del pueblo, le habían entregado un diploma con los correspondientes honores en el transcurso de una festichola. Más que cliente, decía que don Juan lo consideraba socio capitalista.

Un fin de semana en que el tío Abraham regresaba de una marcada en una finca cercana, casi a mitad de trayecto se cruzó con el lavacopas de la cantina, y lo anotició de la repentina muerte de don Juan. El tío, al escucharlo con ojos sorprendidos, no hizo gestos ni emitió sonido alguno, se limitó a bolsiquear su garibaldina para sacar una petaca de licor y vaciarla. Taloneó a su caballo y continuó bajando hasta la última curva de la huella, allí se detuvo al ver el cortejo fúnebre que guiaba a don Juan rumbo a su última estancia. Por detrás de la renegrida carroza que transportaba el féretro, en un enorme carruaje marchaban los familiares íntimos y algunos allegados. Siguiendo aquella solemne fila y a un trotecito corto de caballo manso, en un negro y brillante calesín seguido por otro igual, las chicas del local se amontonaban llorando y profiriendo declamaciones desgarradoras que azoraban a cualquier ser viviente. Cerrando las honras fúnebres, marchaban varios paisanos

montados y unos cuantos de a pie, en apesadumbrado cortejo que se alejaba dejando atrás el último de los ranchos en el trayecto al cementerio. Era un tramo del camino donde desembocaban varios senderitos montanos, y precisamente por el que se iba o se venía del Vallecito de los Cuchis. En sentido contrario al del séquito, el viejo tío Abraham apareció de sopetón, trayendo el brazo cansado de tanto embuchar anís y tratando de cantar en su media lengua de árabe acriollado. Sin dejar de lado sus intenciones de coplear, tiró suavemente de las riendas e hizo recular al caballo y lo acomodó entre el follaje, cediéndole el paso al cortejo. Enseguida y con ceremoniosa actitud descubrió su cabeza gacha y apoyó el sombrero en el pecho, y aunque de reojo, miró hacia los vehículos en que iban las plañideras de colorido y escotado polleraje. El genio putañero del tío Abraham se despabiló por completo, y presumiendo de su espíritu de conquistador, ensayó el dibujo de una pomposa reverencia con su sombrero de alas anchas, mientras con voz áspera y avinagrada de sesentón superado, cantó una estrofa compuesta al vuelo:

-¡Juancito, Juancito,
dejelá que yoren, déjela que yoren,
que bara consolarla a todas,
la va yegando Abraham Flores!-

El tío Abraham duró algo así como ochenta y ocho años, según los cálculos que hicimos entre los primos, pues a los sesenta y ocho que figuraban en el documento, le sumamos los dieciocho que alcanzamos a deducir por la fecha del viaje desde su tierra natal y a la edad que hubiese tenido el abuelo. En el poco tiempo que hubo que retenerlo en la habitación del hospital, conversábamos en voz baja condoliéndonos a que terminaría sus días sin mujer propia y acompañado de sus largas y dudosas historias. En medio de ahogadas risas, escuchamos sorprendidos las que creímos iban a ser sus últimas palabras. Con esfuerzo movió apenas los párpados y dijo susurrando:

-Bara que ostéde la séban, manga de belotudos, Abraham la dicho la bura verdá. Ha tenido más mujeres que todo ostéde junto y aunque no la baresca, yeva embocado casi doce mil tiros-,

Reclinó su cabeza en la despedida, pero enseguida y con un suspiro agregó:

-Hasta hoy-

Cosas de los obrajeros

A la memoria de mi querido cuñado Silvano Morales

En las tierras por donde pasa el trópico, y en épocas en que las condiciones climáticas lo permitían; entre los meses de mayo a octubre; los propietarios de los aserraderos contrataban unos treinta o cuarenta obrajeros y los organizaban en grupos que trasladaban y distribuían en la selva para que cortasen los árboles. Eran hombres acostumbrados a las rudimentarias y duras condiciones en que debían sobrevivir aislados de todo, contactados solo a través del chofer de un camión que diariamente entraba a cargar los rollos reunidos. Pasaban de veinticinco a treinta días inmersos en la espesura que era solo habitada por animales salvajes, y salían de descanso por unas cuantas jornadas en que arreglaban la tarja para cobrar su salario. A fines de los años 80, resultaban ser criollos de la zona, aunque con frecuencia empleaban chaqueños, formoseños y uno que otro paraguayo; que ni sabían cómo habían ido a parar ahí. En ocasión de formar los piquetes de trabajo, la cuestión se tornaba dificultosa debido a la diversidad de costumbres. Mientras se hacían los preparativos, no era raro escuchar discusiones referidas a temas que habían quedado pendientes del año anterior, entonces las continuaban en acusaciones que solían terminar “a la corta”; y en el mejor de los casos a las trompadas. No era frecuente encontrar lerdos, pues enseguida de un par de frases se armaba la polvareda o echaban mano a los cuchillos, azuzados como perros por los que supuestamente eran sus compañeros.

Recuerdo que, en años lejanos, tenía entre mis tareas una que consideraba la más difícil, pagar la mensualidad a los trabajadores de un establecimiento maderero cercano a Tartagal. Cuando les correspondía descanso, aparecían como en gotera y amontonaban sus atados y bolsas

en un galponcito algo retirado del predio, donde a cada uno se le antojaba. Al rato se presentaban en la oficina a reclamar la paga. El dinero era enviado desde Jujuy en algún vehículo de transporte que la empresa mandaba; y como no tenía ese fin en especial; podía llegar en camión, quizás en camioneta y a veces en automóvil; en manos de un testaferro que siempre se las lavaba cuando demoraban. En realidad, nadie más que los propietarios eran responsables de ello. Pero en el lugar y delante de los ocasionales obrajeros transformados en acreedores, la cara visible debía responder. Acostumbraban a remitir una caja bien envuelta y atada conteniendo el dinero, junto al listado de los obrajeros con el monto que debía cobrar cada uno y el correspondiente recibo para la firma. A veces, el tan esperado paquete llegaba de un día para el siguiente, en raras ocasiones demoraba dos; pero no más de eso.

Comenzaba diciembre y la sequía permitía seguir con la extracción, aunque a esa altura del año, la gente ansiaba regresar a su casa, con la faltriquera llena. Los primeros en llegar se acomodaron aguardando a que saliesen del monte los demás grupos. Entonces la única noticia que yo tenía; y ya andaba de boca en boca; la trajo un camionero: mañana mandan la platita. Sabiendo la buena nueva, se quedaron tranquilos y contentos. Se fueron en procesión al boliche de Joaquín a pedirle que les fiara algo de comer y beber. Esa noche, Joaquín atendió su negocio en horario corrido. Los muchachos iban y venían, volvían a ir y a volver, trayendo pan, fiambre y vino; sardinas, pan y vino; caballa y pan, pan y viandada, pan y vino; una que otra gaseosa y más vino. A la mañana temprano era sorprendente el desparramo de borrachos en los alrededores. Cerca del mediodía, al ir recuperando la compostura, comenzaron a desfilar por la oficina a preguntar si ya estaba pagando. Ante mi negativa, la mayoría tranquilamente volvió sobre sus pasos, con la cabeza gacha, tristes. La resaca aún no los abandonaba. Algunos se retiraban refunfuñando con desagrado; pero

un grupo, los más ásperos en el trato, se fueron luego de echar una amenaza, aunque les expliqué la razón con la ayuda de un delegado. Daba la impresión que se ponían de acuerdo y se turnaban en abrir la puerta y repetir la pregunta de manera incansable, recibiendo de mi parte la misma respuesta. Transcurría la tarde de la tercera jornada y ninguno de los camioneros sabía decir quién ni cuando vendría la paga. Esa noche, el ambiente estaba bastante caldeado y más de uno; impaciente y perdido por la bebida; se animó a insultarme desde el montón, al momento que me alejaba del lugar. Entendía esa actitud debido a su triste situación, y entendía cuán peligrosa era la mía. Pero la cuestión no pasaba en confiarme de la aparente comprensión de algunos; y menos aún, de la incompreensión de los que, con actitud de insistencia, me salían al cruce donde fuese.

A media mañana del nuevo día, un griterío con puteadas precedió el golpe que abrió la puerta de la oficina, era un chaqueño grandote transpirado y resollando alcohol, seguido por unos cuantos laderos. El capataz lo tironeaba del brazo intentando detenerlo, pero el chaqueño parecía un toro. Puso un pie adentro y dijo:

-¡Dejemé don delegao, quiero mi plata!-,

-Pero no le han mandao todavía, dijo tratando de tranquilizarlo.

-¡Que mierda me importa. A vos te digo que quiero mi plata ahora, sino te viá degoyá como un cabrito!-, antes de terminar la frase había desenvainado su cuchillo. En ese tira y afloje, le ganó al que intentaba defenderme y encaró en dirección al escritorio que nos separaba. Sin perder la calma me puse de pie al momento en que el bruto arqueaba su brazo para darme un puntazo. Pero su ímpetu descontrolado se apaciguó y se detuvo en seco al ver el caño de un 38 largo amartillado apoyado en su cabeza:

-Tirá el cuchillo o te cago de un tiro-, dije

Con desconcierto miró el caño del revólver con los ojos cruzados y recuperó la cordura o al menos, algo de ella. Dejó la herramienta encima del mueble y se disculpó:

-Perdonemé doncito, es que ya me quiero ir-,
-Tenés razón, pero hay que esperar. Andáte afuera-.
Salió del cuarto dejando un reguero de orín.

Entrada la noche y en la casa donde me alojaba, apareció una camioneta y bajó el chofer llevando una caja con dinero y otros papeles. Me fui hasta el aserradero llevando el revólver a la cintura y la escopeta de dos caños al hombro y comencé a pagarles.
Aún hoy, cuando pienso en aquél chaqueño, no se responderme si hubiese tenido el coraje de gatillar.

Tiburcio, el vicuñero

En un alejado y soledoso paraje enclavado entre los estrechos vallecitos intermontanos de Catamarca, un rancho de adobes carcomidos y desvencijado techo, era la morada de Tiburcio Escalante. Vivía inmerso en la aridez de la extensa región de la precordillera; vecina al aún más áspero altiplano. Corría el año 1934, y aunque sus posesiones sumaban un par de cientos de hectáreas, una angosta parcela de casi una hectárea de superficie al lado de un arroyo cristalino de deshielo, era lo que podía cultivar. Esto más un par de mulas y una veintena de cabras hacían el total de sus pertenencias. La difunta Josefa lo había dejado viudo y sin descendencia unos años atrás, y Tiburcio la recordaba en tediosas, largas y cansadas noches de borrachera, durante las cuáles solía rebalsarle la humedad de los ojos en dos hilos silenciosos y brillantes que le cortaban las mejillas a la luz del mechero. Ni siquiera se le había ocurrido pensar en tener otra mujer, ni siquiera lo había intentado. ¿Para que buscar?, pensaba, ¿para compartir penas y miserias?, mejor no. Para eso seguiría trajinando su propio cuero nomás, si casi no podía con él. Después de haberla perdido en la mejor etapa de sus vidas, la suya casi no había tenido cambios y tampoco los había buscado. Las finquitas de los vecinos más cercanos distaban a varias horas de andar por huellas de herradura. Para llegar a cualquiera debía trasponer dos y hasta tres cerros; subir y bajar y volver a repechar. Entre ellos se abrían unos amplios peladares en los que el viento frío sabía silbar a sus anchas y cortajear la piel como si fuese un cuchillo.

Habían pasado dos años malos en los que la sequía y la falta de pastos redujeron su majada en algunas cabezas y las cosechas eran cada vez menos cuantiosas. En un cuartucho aledaño al rancho guardaba ocho costales de maíz, y de un alambre colgaba el charqui preparado

con seis animales que había carneado antes que se muriesen de flacos. Se venía manteniendo apenas, resignado a su triste suerte y esperanzado en un milagro que le permitiese mejorar un poco. Cada tanto bajaba a la casa de los Alancay donde vendían alguna mercadería para aprovisionarse de yerba, azúcar y harina. Por ahí y de pura casualidad se encontraba con alguien que lo invitaba a tomar un par de copas. En una de esas escapadas, una noche demorado por el aguardiente y la charla de un compadre, se enteró que un comerciante de Belén pagaba cinco pesos por cada cuero de vicuña que le traían los cazadores que se aventuraban a recorrer aquella inhóspita región.

En la sobriedad de la tarde siguiente, el comentario comenzó a darle vueltas en la cabeza. ¡Cinco pesos fuertes cada cuero!. Si se animaba y conseguía lo mínimo para ir, al primer viaje y andando bien las cosas podría tener más dinero que el que había imaginado en toda su vida. Con sus escasos ahorros, y la venta de los costales de maíz y los animalitos que le quedaban, compró un Máuser, tres cajas de balas, dos mulas cargueras, varias latas de conservas y unos porrones de ginebra. De su ahora abandonado rancho sacó las cobijas, alguna ropa de abrigo y el cuchillo de monte, y partió a buscar las codiciadas vicuñas. No le fue fácil sin conocerla. Anduvo durante semanas dando vueltas sin rumbo fijo, llegando a cada rancho que avistaba y haciendo que los lugareños le contasen de las tropas que andaban por la zona. Primero tuvo que aprender la geografía entre salares y montañas, y donde estaban las aguadas y cañadas, y donde los pasaderos de las vicuñas. En interminables, solitarios y fatigosas jornadas con sus noches, Tiburcio vagó por la Sierra de los Pastos Grandes, los estrechos salares de Pocitos y Diablillos; y por los de Incahuasi, Hombre Muerto y Tolar Chico por espacio de tres meses, cazando las que encontraba por fortuna. Con incertidumbre, pero sin bajar los brazos, unos pocos cueros andaban apilados y amarrados sobre el lomo de las mulas. Por boca de unos mineros que cruzó en el camino cercano a Incahuasi, se anotició que los

patrones de la mina compraban carne de vicuña para racionarla y distribuirla diariamente entre los obreros del socavón. Providencialmente había encontrado un motivo para no desperdiciar la carne de los animales. De tanto andar encontró una cueva recostada sobre la peña de una quebrada seca y después de explorarla armó su campamento. Salía por las mañanas a dar unas vueltas por los alrededores, cuando el mezquino sol del invierno calentaba un tanto el aire. En una de ellas y antes del amanecer se alejó con las mulas rumbeando hacia una aguada, las dejó atadas en un bajo y trepó un empinado faldeo. Se acodó en una roca alta envuelto en su poncho vallisto y esperó con paciencia la salida del sol. La suerte lo acompañó, con la lenta claridad apareció el relincho de una cuantiosa tropa; entonces sintió acelerársele el pulso y secársele la boca. Sacó el porrón y se mandó un par de tragos que le quemaron la garganta. Aunque temblando, apuntó cuidadosamente a la silueta recortada contra el celeste del cielo, la enmarcó con precisión y aguardó a que los animales cruzaran ladera abajo a beber, protegida por la atenta mirada del macho que oteaba los alrededores. El viento en contra le hizo favores al cazador y presionó el gatillo de la pesada arma en un seco movimiento de su índice; el disparo le destrozó la cabeza mientras varios retumbos llenaban la inmensidad. La tropa quedó desorientada en la cerrada hondonada, de forma de embudo y fondo vertical, que impedía un pronto escape. Sacando tajada del momento de confusión, Tiburcio apostado en la angostura volteó veintiocho animales adultos. Las manos le sudaban de tanto abrir la cámara del Máuser y colocar las balas; volvía a abrirla y disparaba sin resuello. Al pasar la locura y la desesperación por matar, y se hubieron ido las crías en frenética carrera, se tumbó hacia un costado bañado en sudor. Resopló profundo varias veces y sintió el aire frío recorriéndole el pecho. Se levantó cuchillo en mano y comenzó a desollarlos, en una tarea que le llevó el resto del día. Pasada la medianoche llegó a la cueva, bajó la carga y encendió fuego con unas tolas y preparó café. Se tendió y quedó dormido entre los cueros

manchados de sangre seca. Al día siguiente tuvo que hacer varios viajes, ocupado en trasladar la carne hasta la mina.

Al armar la caravana de regreso, tuvo que caminar todo el trayecto, porque las mulas venían sobrecargadas con ochenta y siete cueros que había reunido. Al entrar a Belén se dirigió al local del comprador, marchando pesado y tosco por la polvorienta huella que desembocaba en el almacén de ramos generales. Descargó los atados y cobró cuatrocientos treinta y cinco pesos. Jamás había soñado tener tanto dinero. Lo guardó en una bolsa que llevaba al cuello, oculta debajo de la camisa. Dejó los animales a buen resguardo y se alojó en una casa de familia donde pagó para descansar y alimentarse bien durante los quince días que permaneció en el pueblucho.

La larga estadía en la cordillera, había dejado unas inconfundibles marcas en su cara y manos. Recién volvía a mirarse en un espejo, y vio su imagen de piel tostada y curtida, con la barba y el cabello crecidos que lo protegieron del frío y del sol. Achicó los ojos repetidas veces para convencerse que era el mismo de unos meses atrás. Una navaja y unas tijeras bien afiladas, una tina de agua caliente y un jabón, lo trajeron de vuelta. Compró algunas mudas de ropa y abrigo, otro Máuser, un Winchester 44, un revólver con funda, varias cajas de balas para cada arma y suficiente alimento para tres meses. Luego eligió seis mulas de las mejores que pudo encontrar, preparó todo cuidando el mínimo detalle y arrancó de vuelta a las montañas.

Las autoridades policiales de las provincias que comprende la vasta región puneña, habían comenzado a enviar grupos de hombres para desalentar y combatir la caza de la vicuña, buscando además evitar que los cazadores chilenos cruzaran la frontera. Esas patrullas recorrían asiduamente sus caminos y huellas, las pasadas entre cerros y valles, y todos sus recovecos. Era un tipo avisado y aprendía rápido, y alcanzó a conocerla como la palma de su mano como así también a la gente que la habitaba. Las ganancias se multiplicaron rápidamente, y al tercer viaje

contrató ayudantes para formar un grupo de seis, que marchaban guiando veinticinco mulas. A partir de entonces, Tiburcio quedó como jefe de un piquete que le respondía fielmente, y los organizó tan bien, que en pocos días reunieron una importante cantidad de cueros. Cazaban en dos grupos que se juntaban al final de cada jornada, y en algunas oportunidades pernoctaban en campamentos alternativos durante dos o tres días; de acuerdo a los lugares donde debían dirigirse. En la cueva, que era utilizada como centro de operaciones, se reunían a programar las salidas, guardaban todas las provisiones y preparaban los amarros de las caravanas.

Con el paso del tiempo supo tener una compañera que lo seguía a todas partes, y aunque su actividad principal era la cocina, en los momentos que podía tener libres ayudaba a despellejar animales con tanta destreza como el mejor de sus hombres. Soportaron inviernos durísimos con treinta grados bajo cero, y pasaban los temporales de viento y nieve metidos en la guarida, a veces por varios días, mientras afuera la nieve se acumulaba casi tapando la entrada. Alumbrados por la débil y tembleque luz de las velas, se entretenían jugando a los naipes y consumiendo bebidas o simplemente durmiendo. Aunque el clima mejoraba, el aire seco les quemaba las manos y la cara cuando montados y envueltos en sus ponchos cruzaban salares y montañas siguiendo las huellas de las tropas, buscando sus sendas y las vegas adonde iban a tomar agua y alimentarse, rumiando los duros pastos que crecen en ellas. Cada uno de los que integraba el grupo, tenía una paga mensual de cien pesos. Era tanto el dinero que ganaban, que lo seguían adonde fuera y hacían lo que su jefe les pedía. Tiburcio recibía de los lugareños en gratitud a sus favores y algunas cuestiones que les resolvía, la invaluable y precisa información acerca del movimiento de las fuerzas del orden que solían aguardar su regreso. En sus recorridas y viajes había hecho amistad con los puesteros, y éstos le pasaban las novedades, permitiéndole esquivar a los agentes. En una oportunidad

bajaba con una abultada carga, y una comisión catamarqueña lo esperaba escondida, tratando de sorprenderlo. Pero como él estaba al tanto, se detuvo en uno de los puestos. Luego de tres días de vigilia y sin tener resultados, los comisionados se retiraron.

Tiburcio Escalante sabía andar sin apuro, no le importaba hacer rodeos o detenerse a esperar que la comisión regrese de donde había venido. Demostró su astucia e inteligencia teniendo siempre expectantes a las policías de Catamarca y Salta; las que nunca pudieron atraparlo en actos ilegales. En los años que van del 35 al 42, llegó a ser el más famoso vicuñero conocido por los pastores puneños, quienes pintaban al Tiburcio como un verdadero caudillo; que a más de andar desarrollando sus actividades era recordado como un hombre íntegro y derecho que muchas veces rechazó atropellos a los lugareños. Don Dionisio Gualimay, nativo de Palo Blanco; quebrajead y achacoso por su edad; rememoraba sobre este hombre:

-Era demás corajudo, pechador y sabedor de árdides. A mí me defendió un güelta qu'estaba en mi puestito del Tebenquicho, ande tenía una majada de ovejas y yamas; numerosa demás era. Ocasión se había apeao con sus muchachos a descansar. Yo he carneo una oveja y la'mos comío asada. En eso han bajao di'una ladera unos chilenos pa'quitame los animalitos. Galopiaban apuraos y mostrando armas. Viera usted de decedidos esto hombre. Tanto o más pior que aqueyos. Densseguida nomás han pelao los rifles y han empezao a tirotealos. No sé si don Tiburceo y los suyos tenían mala puntería o tiraban pa'sustalo nomá, porque no han voltiáo a denguno. También sé que a mucha otra gentecita pastora ha sabido ayudáله este hombre-

Que fue del Tiburcio después de 1944, nadie lo sabe de manera cierta. Se le perdió el rastro y quedó en la memoria de la gente como una figura que ocupó una época en la historia de la región. Unos viejos dicen que se fue con su mujer a vivir a Chile una vez que reunió una considerable cantidad de dinero. Otros, quizás los más fantasiosos,

cuentan que un día bajó a Belén para compartir un almuerzo en la casa de un compadre, donde surgió una discusión, en la cual resultó muerto de varias puñaladas. Lo cierto es que, en la tradición oral de los puneños, es recordado como alguien fuera de lo común, y en los oficios policiales quedó registrado que “don Tiburcio Escalante está sospechado de cazar vicuñas”.

Del Pila y el Chiquito

A mis hermanas Yaya, Nono y Silvita

Durante su permanencia en el poblado, por espacio de siete días cada treinta de trabajo, el Pila Ortellado tenía la virtud de olvidarse de todo lo que estuviese relacionado con el significado de la palabra trabajo. En cuanto se acercaba a la recta del camino desde donde se veía el caserío, lo invadía la urgencia de tener en sus ásperas manos la platita ganada a lo largo del mes que finalizaba. En todos sus descansos, llegaba a Tartagal y se hospedaba en la misma pensión, aunque la dueña había adquirido la costumbre de cobrarle por adelantado la estadía, luego de que en una oportunidad tuviera que esperar hasta el mes siguiente para que el Pila abonase la cuentita. Aquella noche sucedió que, excedido en su alegría, el Pila se pasó de copas y volvió a la pensión sin un peso en el bolsillo. Se disculpó con la dueña diciéndole que había quedado seco, hasta de vientre. Peor aún, la mujer tuvo que prestarle dinero para que pagase el boleto del ómnibus que lo dejaba a unos kilómetros del obraje. El asunto es que el Pila en la primera noche, bien afeitado y bañado se vaciaba la mitad de un frasco de loción y se empilchaba como para un casorio. Repetía sus actos casi religiosamente gastando buena parte de la mensualidad en su permanencia mientras recorría todos los cabarets de las inmediaciones. Fuese de día o de noche era atendido con dedicación y alegría, porque en unas cuantas horas, el Pila dejaba la misma plata que recaudaban en el transcurso de dos noches hasta la madrugada y con salón lleno.

En el lejano y desconocido paraje del Poyo Colgao, huella adentro de San Antonio, rodeado por la densidad selvática y antes del alba, se sentaba cerca del fogón y agitaba un cartón avivando las brasas que había resguardado con cenizas la noche que se iba. Con su otra

mano sostenía la manija de alambre del tarro de agua en que preparaba el mate cocido para el desayuno. Mientras aguardaba a que estuviese caliente, bostezaba y se rascaba la cabeza, la espalda y los brazos con la vista fija en los brillantes puntitos que de a poco se iban borrando del cielo. Todos los días lo mismo. Al terminar de estirarse miraba hacia abajo y con su vozarrón de analfabeto cabeza dura, casi a los gritos decía:

-¡Chiquito, ¿ha visto que lo fleco de las ampargata son más mucho y están demás largo? Cuando vaya al pueblo via compráme otra parcito!-

El Chiquito era un perro flaco que permanecía echado y graciosamente enroscado a un costado de los palos encendidos. Cada tanto salía de su adormecimiento y se rascaba un costillar con enloquecido empeño, se daba vuelta y se rascaba el otro y por último, el cogote. Después se relamía, miraba a su amo y volvía a echarse con la misma placidez. El Pila lo contemplaba con cariño y objetaba:

-¡¿Ve Chiquito?, ¿ve que hay bicho n'el monte?, po'eso lo digo que no se me lo meta al champerío!-

Su necesidad de atenuar tanto silencio y soledad hacían que viese en el animalito alguien con quién conversar. El Chiquito era su única compañía durante su permanencia en la selva, pues desparramados por las serranías trabajaban otros seis motosierristas, que también vivían solos y habitaban un sucucho parecido al suyo. Lo que llamaba "mi casita", era en realidad un cuchitril armado con unas cuantas ramas sobre las que había extendido un plástico negro para proteger de la lluvia unas pocas cosas: el catre con dos colchas, la valija de cuero hinchada de ropa y un montón de chucherías que con el tiempo fue juntando. De mañana temprano se tomaba un par de jarros de mate cocido con tortillas al rescoldo. Al rato procedía con el ritual de embucharse unos largos tragos de agua, y a golpearse el pecho y despedir unos sonoros eructos que según decía, le alivianaban el cuerpo. Después sacaba la motosierra y el morral en que acarreaba el

mate, la bombilla, un poco de yerba y una ración de coca. Con la gorra calzada por encima de los ojos caminaba por el estrecho sendero que se abría en la corpulenta arboleda hasta su obraje, donde comenzaba a talar y a desgajar los troncos para que el tractor entrase a rodearlos. Así se le pasaba rápido la jornada, aunque a medida que se aproximaba la semana de descanso, las tardes le parecían interminables. Andando por los senderos, el perro se le adelantaba saltando y olisqueando el aire, y cuando estaba en presencia de algún animalito ladraba en señal de aviso. En ocasiones, si se le perdía de vista, el Pila lanzaba un grito agudo como roto lamento de su alma, y el Chiquito le anunciaba su posición con un par de ladridos. A poco de llegar al cortadero comenzaba a retumbar el molesto ronquido de la máquina que inundaba el aire. Cada tanto, el estampido de un árbol a punto de caer ocupaba la inmensidad con un agónico quejido, y el Pila, se sentaba por espacio de unos minutos antes de comenzar el desgaje.

Una tarde, cerca de fin de mes, se ayudaba con sus endurecidos dedos para poder contar los rollos. Los volvió a contar hasta quedar convencido. Luego calculó la fecha en que entraría el tractor, y una sonrisa se dibujó en su ajado rostro. Tenía apuro por verlo salir con la carga, y más aún, por cobrar la tarja. Hacía una semana que venía pensando en esa morocha venida de Tucumán. En la última madrugada de su anterior descanso, en el penumbroso salón, el Pila demostró sus habilidades de bailarín al ritmo de una música que siguieron bien acaramelados, pero su marchita billetera no le permitió invitarla a la pieza. Ahora se tomaría el desquite. Con sonrisa de ganador le dijo al perro:

-¡Chiquito, faltan do palo nomá!-, y estrelló un espeso escupitajo en las palmas de sus manos. Curtidas, callosas y sucias de tierra y aceite. Las refregó y se palmeó la camisa como para secárselas, echó bicarbonato al acullico y se encaminó a buscar la motosierra. De refilón miró al perrito cuando se aprestaba a corretear un conejo de palo. Esa noche comerían estofado. A lo mejor se distrajo pensando en la cena, o

tal vez se distrajo con la imagen de Mariela; pero también viceversa. Fueron dos segundos en los que su atención estuvo en otro lado. Nada más que dos segundos los que demoró en agacharse con el brazo izquierdo estirado para asir el soporte de la motosierra. Sentir los pinchazos en el talón de la mano lo trajeron de vuelta:

-¡Yará y que te remilparió!-, gritó con las fuerzas que le permitieron el susto y sus pulmones.

El Pila y su inseparable Chiquito llegaron al aserradero en el último camión viguero que entraba a descargar. Descendió con el antebrazo dentro de una bolsa de plástico, colocado hacia arriba y pegado al pecho, envuelto en unos trapos sucios. Había logrado detener la hemorragia con unas ataduras de alambre de enfardar y una generosa untada de grasa roja. El encargado del aserradero lo llevó al hospital de su querida Tartagal. Luego de una dificultosa cirugía y poco más de un mes de internación, estuvo recuperado y le dieron el alta. Una mañana, apareció por el establecimiento para agradecer. En la ocasión contó que aquella tarde se asustó, y mucho. Al darse cuenta de que lo hubo mordido una víbora, corrió a buscar el machete, afirmó la mano en un tronco, respiró profundo y dio el golpe. Desde entonces le dicen el Manco Ortellado.

Carmelo

Aquella tarde, Carmelo tuvo que ir con su mujer al hospital del pueblo a que le cosieran la cabeza al travieso de Albertito, que luego de treparse a la rama de un árbol, tuvo la mala fortuna de caer y golpearse la frente con el borde de una rueda de carro que adornaba el jardín. Aunque por suerte, el percance ocurrió en el rato que el encargado de campo se encontraba en su camioneta haciendo la recorrida por los puestos, y enseguida los trasladó hasta la guardia del hospital. Horas más tarde, Albertito quedó cosido y con una venda envuelta alrededor de la cabeza. Ya entrada la noche, el médico le dio de alta y Carmelo trató de conseguir un vehículo de alquiler que los llevase de regreso a casa, pero debido a que era una hora muy avanzada, no había ninguno y tuvieron que volverse caminando. Carmelo lo cargó a upa, y al poco rato de salir del pueblo la guagua se durmió abrazando la bolsita de caramelos y chupetines que le compraron tratando de distraerlo y conformarlo, para ver si se olvidaba del susto y del golpe. La mujer de Carmelo estaba bastante cansada por la fajina diaria, y caminaba con su mano derecha ajustada en el hueco que quedaba entre las piernitas del chico y el musculoso brazo de su hombre. El agobiante calor de la tarde había comenzado a aplacarse ya casi anocheciendo, con la llegada del aire sureño que venía cargado de humedad, y había hecho desaparecer el olor a bagazo de caña que impregnaba el ambiente por días enteros.

Carmelo y su familia caminaban bajo un cielo nítido y sin luna, en el que resaltaba el blanquecino trazado de la Vía Láctea. Mirándola de a trechos, marchaban sin apuro, pero sin pausa, mientras conversaban de algunas cosas que ese día les quedaron pendientes; a medida que cada uno repasaba mentalmente sus asuntos. Así anduvieron desde que desviaron el tranco para seguir por el polvoriento

camino que se internaba en la extensión de los potreros de caña dulce, aunque Carmelo venía lardeando porque el chico le parecía más pesado a medida que avanzaban. Al llegar al vadito que cortaba el callejón, antes de cruzar se percataron de que las puntas de las varas se agitaban con mayor ímpetu:

-S'está poniendo medio fresquito el viento-, dijo la mujer refregándose la piel erizada de sus brazos, pues con el apuro de ir al hospital, se había olvidado de cargar algún abrigo liviano. Carmelo se detuvo y colocó un pie sobre la pared de la alcantarilla, apoyó al niño en su pierna para acomodarlo y de paso descansar un poco:

-Los brazos se me lo'stán entumiendo-, dijo con un resuello de alivio. Pasados unos minutos y por el blanquecino tono de la hojarasca de los sembrados, hacia un costado pudieron ver la curiosa forma en que las cañas comenzaban a ladearse en sentido contrario, justo a partir de la línea cóncava de un surco. Era como si las estuviesen separando dos enormes rastrillos. El fenómeno les provocó asombro y temor, pero igual sostuvieron la mirada. Por instinto, Carmelo la imitó, al ver que su mujer se persignaba. Recién entonces echaron de menos el alboroto del bicherío, los rodeaban el silencio y la penumbra nomás. La brisa fresca del principio, se tornó helada y les traspasó la ropa, igual que una llovizna de agujas. Como campesinos de toda la vida, sospecharon que no eran signos de buenos augurios; además tenían cierta experiencia en "cosas raras", al presenciar un par de casos inexplicables en las cercanías de su casa. Cosas de las que solo tenían conocimiento por las rumoreadas de otros lugareños y allegados, pero ahora era distinto. Aguardaron quietos y apretujados por unos instantes, hasta que un rechiflar más agudo que el viento los abarcó de sopetón, y apareció suspendida por sobre aquella colosal cicatriz del cañaveral, la fantasmal y horrible imagen de una mujer de pálida piel y envuelta en largos harapos blancos que les pasó por encima llorando y profiriendo un lamento tan extremadamente desgarrador, que creyeron que se les reventaban los oídos. Ahí permanecieron inmóviles y estupefactos. No

supieron cuánto tiempo. Quizás un minuto, quizás treinta. No tenía objeto, pues la visión los dejó boquiabiertos y desencajados. El horroroso espantajo que rasgó el cielo a su paso, se esfumó por sobre un lote aldaño junto con las sensaciones que lo acompañaban.

A la mañana siguiente, luego de comentarle lo sucedido a su compadre, Carmelo y su mujer se enteraron de que habían presenciado una aparición de La Llorona.

Don Tito Alejo o el castigo del antigal

A la memoria de Cristina Bianchetti

Invitado a participar en la excavación de un sitio arqueológico ubicado en el borde de las Salinas Grandes a orillas del Río de Las Burras, con mi hijo el Cuchi llegamos al lugar indicado en el transcurso de una soleada tarde de noviembre. Ya en la tarea de organizar el campamento, nos dimos cuenta que la estadía no sería fácil con treinta grados durante el día, bajo cero en la noche y un viento que soplaba casi permanente. Esa misma tarde, antes de comenzar el trabajo específico, caminé por entre las ruinas para reconocer el lugar y en una suave hondonada me llamó la atención la disposición de unos montículos de piedra, sospechando que se podía tratar de un grupo de tumbas. Elegí uno al azar y corrí las piedras para excavar. Entre el sedimento encontré varios tiestos dispersos, unos centímetros más abajo aparecieron trozos de huesos mezclados con cenizas de hueso, era nomás un sepulcro. Dejé de toquetear y volví a taparlo colocando las piedras como estaban y fui a ver los restos de la vivienda que excavaríamos durante la siguiente semana. En los primeros días todo marchó de acuerdo a lo previsto, hasta que, en la tercera de las mañanas al sacar un balde de tierra de la cuadrícula, un fuerte dolor en la espalda me dificultó realizar cualquier otro movimiento. Con el Cuchi abandonamos las tareas y regresamos al campamento. Esa noche no encontraba la postura para aliviarlo, solo se apaciguaba si me mantenía caminando, así que no tuve más alternativa que arroparme bien y caminar mirando el cielo estrellado mientras fumaba y coqueaba como si estuviese de velorio. Dejé marcadas miles de huellas en el extenso y antes liso arenal, tantas que parecía un revolcadero de burros. Los tenues rayos del sol comenzaron a calentar el aire mientras iluminaba los primeros minutos de esa mañana. A poco

de desayunar nos fuimos al pueblito de Castro Tolay a buscar un médico para que me diese un calmante. Al llegar preguntamos en el destacamento de policía y enseguida supe que no podía recurrir siquiera a un enfermero. Al ver mi desánimo, un agente sugirió que viese a don Tito Alejo, el curandero de la zona. En esos momentos apareció Cristina, antropóloga amiga que había viajado en otro vehículo y estaba haciendo registros presenciales para un trabajo sobre “medicina autóctona”, su especialidad; me dijo lo mismo que la autoridad. La miré extrañado y un tanto incrédulo, pero aun así hice que me acompañara a la casa del shamán. Luego de golpear un par de veces las rajadas tablas que formaban algo parecido a una puerta, la empujé hacia un costado y golpeé las manos lo más fuerte que pude. Al rato salió a atendernos un señor mayor, del que su sangre india se adivinaba a la legua, era don Tito Alejo. Al trasponer la entrada pasamos a un patio de suelo irregular con hondonadas y agujeros, y delimitado por paredes de adobes carcomidos que estaban apuntalados en varias partes con refuerzos de piedra. Hacia un costado había dos cuartuchos colindantes y otro algo separado que aparentaba ser la cocina. Entramos al primero y nos invitó a tomar asiento en unos cajones de madera. Le conté lo que me sucedía mientras él se mantuvo quieto como una estatua y en completo silencio. Al terminar mi perorata, dijo con voz rasposa:

-Jodido es ponése a jodé con lo antiguo, y pa'pior no ha chayao, su pelotudo. A vos ti agarrao el mal de la tierra. 'Ta fiero demá. Vamo'a vé que podimo hace-

Seguimos conversando mientras con un trozo de trapo envolvió una piedra de alumbre del tamaño de una nuez. Me hizo poner de pie y levantar la camisa para colocarme el envoltorio sobre el estómago, después lo ató con un cordel de lana de llama que había estado hilando. Por encima de la atadura con alumbre hizo un par de vueltas con unas tiras de trapos que rasgó en el momento, y me advirtió:

-Esto no te lo vas sacá, ni lo toqués. Pa'la tarde traé yerba, cigarro, coca y alcohol; veníte temprano pa'que te cure. Yo vua buscá un ayudante-

Bajo un cerrado techo de nubes oscuras, la hora de la siesta me encontró golpeando de nuevo la desvencijada puerta de la casa de don Tito Alejo, llevando una bolsa con todo lo que me solicitara. Un muchacho joven acudió a atender y adiviné que se trataba del que oficiaría de agente. El curandero estaba en el interior del mismo cuartucho donde me había atendido a la mañana, permanecía sentado en una inclinada silla e hilaba una fina cuerda de lana de dos colores. Apenas levantó la cabeza para mirarme, y con un gesto suyo entendí que debía pasar a la habitación contigua, donde solo había una destartalada mesa y un par de sillas en iguales condiciones. Entró don Tito y encendió una vela, por detrás, Cristina, y el ayudante cargando una pava de agua caliente, un jarro y una bombilla. El reducido cuarto con piso de tierra no tenía ventanas, solamente dos pequeñas puertas, que al estar cerradas no dejaban entrar ni un rayo de luz natural. Cristina en una inmejorable ubicación para sus propósitos, se acucilló en un rincón del cuartucho. El viejo se escupió las manos, se aproximó mirando:

-Ma've que's lo que has tráido en tu amarrito-, y procedió a desatar la bolsa que había dejado sobre la mesa. Permaneció unos segundos mirando con recato, hasta que metió la mano, sacó los paquetes y los colocó como si tuviesen un lugar reservado de antemano. Desarmó uno y comenzamos a coquear y enseguida a fumar; en tanto, el agente preparaba el mate. Echó yerba y cebó el primero con agua caliente, los que siguieron, cebados con alcohol puro. Continuamos coqueando y yapando y me hizo fumar cuatro o cinco cigarrillos sin descanso alternados con uno que otro yerbeao. El ambiente iluminado por la esquivada luz de una vela y en total silencio, transmitía tranquilidad. Me sentí en un apacible estado, casi de borrachera. Don Tito me tomó

de un brazo e hizo que me parara encima de un trozo de cartón, quitó la atadura que tenía desde la mañana, tomó otro trozo de alumbre de mayor tamaño y comenzó a frotarme la cabeza, luego los brazos y el torso durante varios minutos; en tanto, murmuraba una oración que no alcancé a entender. Cuando terminó de refregarme, se dirigió al ayudante:

-¿'Ta listo el juego en la cocina?-,

-Si don Tito-, contestó,

-Traigalá la lata-, ordenó, y arrojó la piedra en el recipiente diciendo:

-¡Yevelá. Meta, meta, rápido, y pongalá encima el juego!-, el muchacho salió al trote y el viejo clavó un cuchillo en el suelo del lado de afuera de la puerta y por delante de las lajas que hacían de umbral. Una vez que me vestí y todavía en ese raro y apacible estado, hizo que me sentara en una silla colocada contra la pared. Los escuché rezar. En determinado momento y sin explicación, aquella agradable sensación del principio se trocó en un desenfreno incontenible. Bufaba y gritaba e dominado por una furia que desconocía. Los tres me tomaron por los hombros queriendo impedir que me incorporase, pero un fuerte impulso me llevó a ponerme de pie al momento que ellos empujaban en contrario para evitarlo; no pudieron detenerme y los llevé a la rastra hasta hacerlos chocar en la pared. En pocos segundos y con mucho esfuerzo me trajeron de vuelta a la silla, aunque enseguida y con la misma sensación los llevé por el aire hasta hacerlos rebotar de nuevo. De vuelta me empujaron hasta sentarme, y no sé cuántas veces habrán sido ni cuánto tiempo corrió. Recuerdo con alguna claridad que los veía como figuras difusas. Sentía una sed terrible y se los dije, alguno me alcanzó un abollado jarro lleno de agua. Sentado y calmado y a la vez muy confundido, miré a don Tito mientras me colocaba unas finas pulseras en manos y tobillos. Al terminar, me recomendó:

-Estito lo tené que tené nueve día. Áhi te lo sacá y lo tira leeeeejo. Fiera la agarradura que te agarrao, ¿pa'que andá destapando sepultura de antiguo sin chayálo?; dí'no, ¿vé que pásas?-

No presté un mínimo de fe a lo actuado por ese ocasional facultativo, aun así, el dolor y las molestias se fueron haciendo más leves con el paso de los días. Y lo más sorprendente fue que a los tres días de la inusual sesión curativa, manejé todo el camino de vuelta sin molestias. De regreso y de acuerdo a sus indicaciones, el décimo día corté y tiré lejos las pulseras, y lo increíble fue no haber tomado medicamento alguno.

Tiempo lejos, después de veinticinco años recién tuve el coraje de hablar el tema con Cristina. El registro de aquel día culminó en una presentación para un congreso y publicado en una revista especializada. Recién entonces me enteré el significado de algunas cosas y otras que me dijo, aparecieron en medio de la ceremonia. Su comentario, de mucha importancia, por cierto:

-La piedra de alumbre, después de haberse frotado en el cuerpo del afectado se coloca al fuego. Una vez derretida permite que se forme una figura que muestra cuál es el mal que ha provocado el daño. El cuchillo que se clava del lado de afuera de la puerta es para evitar que el mal se apodere de nuevo del paciente. Te había “agarrado el mal de la tierra”, por no chayar entonces y pedirle permiso a la Pachamama-

Dicen que las brujas no existen, y menos aún los brujos. Pero de que los hay, les aseguro que hay.

100 años de perdón

A mis hermanos Angelito y Sergio

En aquel apartado y mísero pueblito que luchaba por emerger a duras penas de esa enorme formación selvática en el norte salteño, Juan Carlos Ordóñez era un niño que había nacido con un cierto grado de deficiencia mental, al igual que muchos de sus paisanos. Y como todos ellos, creció envuelto con unos trapos por pañales y mimado de a ratos por alguno de sus hermanos, aprendiendo a jugar con lo que tomaba de la naturaleza: tierra, barro, hojas, palitos y uno que otro insecto, que finalmente iban a parar a su estómago. Su madre, bien de mañana y antes de partir a su trabajo de doméstica, despachaba los otros chicos a la escuela. Más que nada, la impulsaba el interés de que tomasen un buen desayuno que la idea de que aprendiesen a leer y escribir. Y también, que al mediodía sintiesen como un plato de comida le calentaba las entrañas, aunque fuese de lunes a viernes. La mujer se ocupaba de limpiar la casa de un matrimonio mayor, al que la vida le había negado concebir descendencia. Aprovechando su presencia, el hombre distraía buena parte de la mañana, entretenido con el niño. Desde el momento en que lo vio se dio cuenta de que, como quién lo pariera, su intelecto distaba de ser normal. En varias ocasiones, aunque atenta al diario trajín, mientras el patrón jugaba con su hijito, lo había escuchado decirle:

-Tú ni harás..., tú ni entenderás..., tú ni tendrás-

Sin saber a lo que realmente se refería, le comentó a su marido y a sus otros hijos:

-Don Manuel me le dice Tuni al Juancarlito. A mi me gusta el apodito-

Desde ese día y con el paso de treinta carnavales, el Tuni se hizo hombre, aunque su desarrollo no alcanzó a mejorar siquiera un ápice. Era uno de los tantos ejemplos de que cuando las espirales genéticas fallan por distintas causas provocadas, como el alcoholismo, los vástagos nacen ineludiblemente con problemas incurables como la opería. La cuestión es que, con mucha voluntad se las rebuscaba oficiando de ayudante de aserrador, en el único establecimiento maderero que subsistía rodeado por ese desvalido caserío. Salía caminando por alguna de las intrincadas huellas que lo llevaban a su casa cuando se detenían las máquinas; y arrastraba una tristeza indescriptible en sus alargados ojos, mostrando sus dientes amarillentos y sucios en una sonrisa de yeso. Era cumplido con los horarios, de lunes a viernes llegaba anticipándose en media hora; el primero de todos. Con el correr de los minutos, sus compañeros se reunían afuera esperando el silbato, y como pasatiempo lo hacían objeto de sus bromas y bufoneadas. Esa actitud contra su persona, parecía divertirlo. Pero, durante una de estas rondas, Leonardo, un camionero se excedió, luego que el Tuni le respondiera con una grosería. Aquél le propinó un sonoro cachetazo que le dejó la cara marcada por varios días. Y si bien para el agresor la cuestión terminó allí, al Tuni le quedó grabada a martillo y cincel. Sabiendo que, una vez concluida la jornada, al irse apagando la oración, los camiones comenzaban a regresar del monte y se estacionaban para ser descargados a la mañana siguiente, aguardó con paciencia su oportunidad. Leonardo y el Carpincho; su asistente; volvieron en la tarde de un sábado, jactándose de haber hecho descuidar a un hachero del obraje donde completaron la carga para robarle una corzuela que había cazado al mediodía. Debajo de un alero de chapas, los ladrones comentaban el hecho y sin reparos reían a carcajadas, imaginando y comentando lo que estarían pensando sus víctimas mientras se contentaban con cucharear un lánguido guisado de fideos. En cambio, ellos tendrían una gran comilona. De camino al boliche donde solían aprovisionarse, el Tuni acertó a pasar por un

costado del playón y haciéndose el descuidado miró de reojo cuando preparaban al animalito para atarlo de un tirante del techo. Saludó con aire indiferente levantando una mano y siguió con su andar desastrado, como si nada le hubiese llamado la atención. Del otro extremo, Leonardo le voceó una chanza sin lograr que se diese vuelta. Aunque sin alejarse mucho se perdió de vista detrás de un macizo de árboles. Se acomodó en cuclillas detrás de un tronco y se quedó como una estatua. Con el correr de los minutos, su condición de ser vivo se delataba por el largo hilo de baba colgándole de la boca, por debajo del hirsuto y ralo bigote. Allá cerca de la luz, cuando el chofer terminó de atarla, llamó al sereno y le pidió que se ocupase de prender el fuego para asarla. Cuando terminaron de higienizarse volvieron relamiéndose, pero se llevaron una desagradable sorpresa al ver que solo estaban los tientos flameando por la brisa. Increparon al viejo sereno por su descuido y salieron a buscar al responsable. Detuvieron a cada uno de los que se les cruzó mientras rastreaban, dando vueltas por el poblado durante casi dos horas, hasta que pararon en el rancho donde Carpincho vivía con un hermano al que llamaban Incancho. En un árbol cerca de la entrada, sujeta a una de sus ramas se balanceaba la cabeza del animalito. Le preguntaron quién la había colocado ahí, a lo que el muchacho respondió no saber nada. El Carpincho entró al cuartucho del fogón y encontró el cuero envuelto al lado de uno de los bloques que usaban de asiento. Volvió afuera con la prueba en sus manos y comenzó a increparlo, y con la ayuda de Leonardo lo obligaron a decir la verdad amenazándolo con golpearlo. En realidad, no quería quedar como un pobre estúpido que había sido burlado por alguien que era el hazmerreír del pueblo. Luego de disculparse, les comentó que en realidad había sido engañado por el Tuni, quién sabiendo que, los sábados por la noche el Incancho compraba para él solo una damajuana de vino, muy poco le costó convencerlo que podían comerse la corzuela asada. Descorcharon el primer envase y brindaron por la cena que compartirían. Una vez adobada, lista para asar, con dos palabras lo alentó al Incancho a que

fuese al boliche por otra damajuana, aduciendo que era más que seguro que una no alcanzaría. Al retornar, el otro comensal había desaparecido con la cena y la primera damajuana. Al concluir su confesión, una sensación de bronca les encendió los ojos a los tres. Continuaron buscándolo por el resto de la noche y durante el siguiente día en caminatas sin rumbo fijo, de rancho en rancho y en todos los recovecos conocidos, pero sin resultado alguno.

El primer día hábil de la semana, como de costumbre, el personal estaba reunido en el taller de afilado haciendo los aprontes para comenzar. Curiosamente el único que faltaba, era Juancarlito. A punto de sonar el silbato, una figura comenzó a surgir del horizonte con los pies envueltos en una nubecilla de polvo levantada por la perturbación que provocaban sus alpargatas. A medida que se aproximaba, vieron que tenía la gorra colocada al revés y traía en sus manos el gastado delantal de cuero. Cuando entró al tinglado, sus damnificados quisieron asirlo para darle una golpiza y resarcirse de la travesura. Además, el rumor que ellos mismos se encargaron de difundir el día anterior entre algunos conocidos, ya había tomado estado público habiéndose transformado en los mamarrachos del pueblo. El Tuní, ni lerdo ni perezoso comenzó a gritar como chanco atado con alambre para llamar la atención. El propietario, alertado por tamaño alboroto descendió rápidamente y los muchachos se callaron formando un círculo alrededor de quién protagonizara el bullicio. Se acercó al Tuní hasta donde le dio el estómago, pues la transpiración le caía a chorros y tenía un fétido aliento a alcohol. En tono de reto preguntó:

-¿Que has hecho con la corzuela?-,

-Me la he comido en el monte-,

-¿Toda?-,

-Si pues-, asintiendo con la cabeza,

-¿Y la damajuana?-,

-Pa'sentá la comidita-,

-¿Y porque te la has llevado con la corzuela si no eran tuyos?-

Del mismo modo que un chico que hizo algo indebido, levantó un brazo y cubrió parte de su rostro como atajando un golpe sorpresivo. Sus ojos adquirieron una expresión distinta cuando mirando a su alrededor y con una risita socarrona, respondió:

-¿Qué tiene el que le roba a un ladrón?-

Cosecheros

En un establecimiento rural en pleno crecimiento, cerca del caserío de Las Víboras, Florindo Tapia en su oficio de capataz se abría paso entre la muchedumbre tratando de ordenar la batahola que se había armado más rápido que el canto de un gallo. Intentaba informar a los hombres que se apeñuscaban, que debían formar una sola fila en su afán de conseguir conchabo para la cosecha que se avecinaba. Pasaron diez minutos largos en los que Florindo pidió que hicieran silencio, aunque la bulliciosa tromba continuaba empecinada en discutir. Cualquiera de los muchos presentes discutía con cualquiera de los que estaba a su alrededor, lo que hacía inútiles sus esfuerzos, quizás era su poca estatura o quizás su voz aflautada no lo ayudaba a desempeñar el cargo que esgrimía. Florindo había llegado a ser un soldado de confianza del dueño del establecimiento; como quién diría, un perro fiel. Trataba de imponerse en las complicadas situaciones que se daban cuando alguno de los revoltosos intentaba erigirse en líder y lenguaraz de esa heterogénea multitud que aparentaba ser como un partido de fútbol de todos contra todos; algo así de “cada uno pa’su buche”. En cierto momento los ánimos se habían espesado y daba la sensación de que iba a ser difícil llegar a poner orden. Hasta el año anterior a Florindo le había bastado la misma cantidad de peones que ocupaba desde algunas cosechas atrás, pero la que iban a levantar, era la primera en la que el hijo del patrón había duplicado la superficie de cultivos, y en lugar de los cuarenta hombres con que sabía terciar las tareas, necesitaba contar con cien pares de manos hábiles bien dispuestas. Con los peones conocidos no había problema porque sabían proceder, aunque al agolparse tanta gente en demanda de trabajo, Florindo se vio superado en su capacidad de organizador y traspiraba unas gruesas gotas que le surcaban la frente por debajo de la gorra. De

repente, hacia un costado de la avalancha humana que profería gritos e insultos, resonó un reventón que expulsó una columna refulgente de escupitajos grotescos que abrieron tremendos florones en el chaperío. Un ámbito de cementerio se apoderó del galpón y la multitud que hasta entonces se manejaba sin disciplina permaneció gacha y en posición de alerta, aguardando lo que sería que vendría. Se incorporaron al escuchar:

--¡Ma've si se cayan carajo, 'tán igual que bandada i'loros. Decíles nomás Florindo!-

El capataz, con acostumbrada sumisión comenzó:

--Si niño Juaquín, como ustesito lo diga, ¡Quién son los que han venío pa'trabajá e' cosechero, haganló cola-,

el mensaje redundó en el motivo por el que aquellos trabajadores golondrina buscaban un lugar para tarjar y parar la olla durante los próximos meses. Aunque por un momento permanecieron callados, con gestos y ademanes medidos, no disimulaban lo caldeado de sus ánimos. Y se sabía oculta la amenaza de que se gestaba otro alboroto más bravo que el anterior. La mirada chica y filosa de algunos delataba a las claras su intención de echar mano al cuchillo para hacer retroceder a los avivados que en el entrevero y a fuerza de codazos y esquives se habían acomodado para asegurarse los primeros lugares delante de los distraídos. La mayoría de los hombres calzaba un arma blanca a la cintura, luciendo desde el cuchillo verijero hasta el machete que provocaba pasmo de solo verlo. Con el paso de los minutos se fueron repitiendo algunos actos de disconformidad, y podían intuirse empujones y patadas por lo bajo, denunciando el arranque de otra oleada que podía tornarse incontenible. La imponente escopeta calibre 12 escupió al unísono una nueva fogarada rojiza que hizo saltar al aire una chapa entera. Entonces, al apagarse el estampido resonó la orden del patroncito:

-¡Los que quieran trabajá hagan un solo hilera de la mesa pa'lao la puerta. Y si no se lo pregunta, se quedan mudo y quieto!-

Viendo que comenzaba a reinar la obediencia, Florindo infló el buche al mejor estilo quiquiriqui y dijo lo suyo:

-¡A ponése así p'este lao, ande lu'a dicho el niño Joaquín!-, a los gritos y mientras caminaba para obligarlos a formar una sola hilera. Apenas terminó la frase, le llegó con dureza la voz del patroncito:

-¡Florindo ma'vé si la terminá de una vez con eso de niño, carajo!-, la advertencia le cayó como baldazo de agua helada al hombrecito que se detuvo en seco y permaneció inmóvil unos segundos. Luego giró al mejor estilo castrense, y aunque confundido, respondió tartamudeando:

-Co..., co..., como usted lo..., como usted lo diga niño Joaquín-

La estruendosa carcajada hizo que Florindo se pusiera pálido y como de cemento, sabiendo que al final de la jornada y casi con seguridad su espalda tendría que aguantar unos cuantos rebencazos a causa de la estúpida respuesta. Muchos años para el tiempo de cosecha, Florindo tuvo el rol de organizar a toda la peonada fija y ocasionalmente, a la peonada golondrina que permanecería en la estancia por dos o tres meses. De allí en adelante iba disminuyendo el número de gente que se ocupaba y hasta casi concluir las tareas, y quedaban los cinco peones estables con sus familias, y bajo la dirección de Florindo Tapia. Aunque algunos suponían que el capataz gozaba de ciertas regalías, su cargo no podía ser peor, porque si el patrón ordenaba algo, Florindo tenía que hacerse hilacha para cumplir, si algún peón se quejaba o necesitaba algo se lo pedía a Florindo y lo presionaba hasta conseguirlo; si el patrón andaba de mal humor lo paseaba por la galería de la casa a puntapiés y revoleando su rebenque. Los que se quedaban a trabajar lo tenían entre ceja y ceja y, por otro lado, los que no eran seleccionados, entre dientes prometían desquitarse. Y de seguro, el “niño Joaquín”; perdón, “el patroncito”, en algún momento lo haría arrodillar o saltar a golpes. La cuestión se había hecho una costumbre para esa época y Florindo Tapia ligaba una golpiza propinada por alguno de los lados de aquél

complicado triángulo. Es decir, Florindo siempre resultaba ser el fiambre del sánguche.

El penumbroso fondo contra una de las paredes y el oscuro color de la madera de una maltratada mesa contrastaban con la huesuda blancura del secretario del patrón y la pulcritud de la camisa que vestía. Se mantenía inmóvil y con el rostro tan estático que cualquiera lo podía tomar por un muñeco de cera, si no fuese porque sus dedos repiqueteaban sobre el cuaderno a la espera de la voz de ahora. El hombre se ajustó los anteojos, dispuesto a trabajar cuando escuchó a Florindo:

-¡Ma'vé vo, el primerito de'áhi. Si vó, vení pa'cá y decíle a don secretario nombre completo con apeyido y todo. Y decíle de'ande so y de que lu'oficeá!-, volvió a gastarse con la obviedad de su aclaración. El muchacho se acercó con timidez y arrebujaando la gorra entre sus manos, comenzó:

-Soy Fortunato Vega, patroncito. De Aguaray pa'dentro. Soy hachero y cosechero, y tamién..., -

Florindo lo apuró:

-¡Bue' listo. Vámo, corréte de'áhi y ansete p'un lao. Mavélo al que lo sigue!-, dijo apartándolo de un empellón, en tanto tironeaba la manga de la camisa del siguiente. Ya parado el hombre de turno frente al cadavérico y callado anotador, Florindo volvió a la carga:

-¡Meta che!, decílo al señor lo que te yamá y lo que sabí carajo. Ahura que tení que abrí la jeta pa'decílo 'tás mudo sonso i'mierda!-, el que seguía en la fila era un paraguayo, que encorvado se acercó lo más que pudo para presentarse diciendo apenas:

-Soy ..., ..., ..., ..., ¿?-,

-¡Má juerte que don secretario no ti'escucha-, dijo Florindo. El tipo mirando a los lados repitió de igual forma:

-Soy ..., ..., ..., ..., ¿?-, Florindo lo encaró de mala forma,

-¡Tí'dicho que má juerte carajo!-, el paraguayo, aunque se puso colorado, se enderezó como recluta para decir:

-Soy Cristino Encarnación Gamboa, patrón...-, las carcajadas lo interrumpieron. De la multitud surgió el ronroneo de un par de comentarios por lo inusual del nombre:

-¡Mavé'lo la poyera!-, y un -¡¿Comu'ha dicho güenamoza?!-, el tipo respondió en voz alta:

-¡Capricho e'mi mama. Y al que se riya lo ensarto!-, aclaró hirviendo de bronca y abanicando un cuchillo.

El siguiente escopetazo abrió otro agujero en otra chapa y Florindo en su trámite de abreviar el trámite, lo sacó del galpón a los empujones. El paraguayo fue descartado de plano y el capataz, a su regreso, desapareció en un santiamén entre el gentío; pero a Cristino Encarnación Gamboa le alcanzaron esos segundos para jurarle un desquite. Florindo el capataz retomó su tarea haciendo trastabillar al primero de la fila:

-Eduardo Cansino, señor. De Santa Rosa vengo. Soy hachador y desramo pa'leña, y soy cosechero y aguador-,

-¡Güeno listo. Meta ma've quién l'otro!-, apuró Florindo,

-Yo doncito, me yamo Fidelio Benítez. Soy extranjero y...-, Florindo lo frenó en seco:

-¡Pero que mierda va'sé extranjero Fidelio, si vo'só boliviano carajo. Extranjero de'ande, dejá de vení a querete hacé l'importante!-, propinándole una samarreada.

Cerrada la oración y a la luz de unas lámparas a kerosene, luego de sortear una serie de contramarchas, terminaron de incorporar la gente que necesitaban para levantar la cosecha. Habían demorado más de lo previsto. Al día siguiente, alguien pudo pensar que fue de común acuerdo esa primera vez en que, el pobre Florindo, ligó tres aporreadas al hilo.

De parientes y consanguíneos

Modesto Farfán era un criollo robusto y retacón, de facciones aindiadas perfectamente marcadas, ojos rasgados, pómulos salientes, cabello negro retinto y espeso, y la piel curtida y áspera con el color del agua turbia. Agustín Guanca también era un criollo fogueado y de rasgos parecidos, y aunque algo más alto y delgado, en su rostro podían adivinarse las inconfundibles huellas de algún lejano antepasado español. De acuerdo a lo que ellos mismos manifestaban, mirándolos con mucha paciencia, y arriesgando una opinión piadosa, quizás se hubiese podido llegar a ver entre ellos cierta parejura; pero más fácil, era ver que a la legua resaltaban unas marcadas diferencias. Modesto, al igual que Agustín, había edificado su estancia en un playón cercano al arroyo que carcomía el faldeo del poniente, sobre la serranía en que antiguamente se asentara una Reducción Jesuita. Ocupaban las tierras de la finca que heredaran de un tatarabuelo, en las inmediaciones de la Estancia de Yaquiasmé. Como los bisabuelos nunca se pusieron de acuerdo para hacer una división equitativa de las tierras, el diferendo pasó a cada una de las siguientes generaciones que mantuvieron aquella repartija de hecho, que a cada una de las generaciones subsiguientes le resultó conflictiva. Pero de alguna manera se las arreglaron para convivir.

Las casas de Modesto y de Agustín se encontraban separadas por un par de vados cenagosos y una franja de espeso monte, y distaban a un cuarto de legua. Además de estar unidos por algún grado de parentesco, eran sus vecinos más próximos. Su parentesco flotaba disperso en las tinieblas de una genealogía casi salvaje que, a lo largo de los años, se supo entretejer con los hilos del deseo y la satisfacción de los impulsos carnales. Por esos antojos a contramano de las ocasiones, los conocí por separado. En una primera oportunidad a Modesto, y luego de un tiempo

a Agustín; y aunque sabía que vivían en la misma zona no había estado con los dos a la vez, hasta la tarde de un sábado en que llegué a la morada de Modesto Farfán para quedarme durante el fin de semana, pues hacía tiempo que me había ofrecido alojamiento cuando anduviese por allí. El peón que salió a mi encuentro, dijo que su patroncito se había marchado esa mañana temprano a su puesto de Vieja Mala, a llevarle mercadería al puestero que le cuidaba unos vacunos durante los meses de otoño.

Me senté en la galería con techo de chapas y palos labrados a machete, y piso de tierra apisonada, aguardando a que regresara. Aunque, enseguida apareció Agustín Guanca y se aposentó a darme charla. Cuando el sol caía despacio y a punto de comenzar a ocultarse por detrás de la lomada que cortaba el primer recodo del río, Modesto Farfán asomó desandándolo en compañía de otro jinete, y no tardaron en llegar. El joven que cabalgaba con él, era bien espigado, y mostraba un profuso bigote del mismo color rojizo encendido de su cabellera que le bajaba en sendos mechones gruesos hasta la línea inferior de la cara. En lo que estaba terminando de atar los caballos, le preguntó:

-Oiga papá, ¿usté va fumá?, así lo saco tabaco y papel de su alforja -,

Al escucharlo creí saber a quién se dirigía, pero fue Modesto Farfán el que le respondió:

-Si m'hijo, traigameló-

Asombrado de ver quién era el consultado, con ingenuidad le dije a Modesto:

-¡Ah!, ¿es hijo tuyo el mozo?-,

-¡Claro pué!, estito es m'hijo el Yamarada ¿no vé que's igualito que mi?, nada má que dí'otra colorcito-, dijo con aire de molestia,

-Es que no sabía que tenías un hijo tan grande...,--, tratando de remediar el quedar con el culo al descampado por mi estupidez,

-Ansi'é pué don comué. Usté la'stá conociendo a mi mujer de ahura nomá, y a los chango má chico, que son má oscuroito; pero no la

conoció a la finada mamá del Yamarada, que'ra de más de blanconita. Dí'áhi que'ha salío así como herrumbrío est'iotro pué-

Su respuesta fue tan tajante, que me quedé callado y pensando en las singularidades caprichosas que integran cierto aspecto de nuestro folclore. Luego de un buen rato de conversar con los gauchos frente a frente, advertí que Modesto Farfán se dirigía a Agustín Guanca diciéndole "primo", a la vez que Agustín Guanca hacía lo propio con Modesto Farfán anteponiendo el título de "tío". En ese momento, me pareció poco prudente pedirle a alguno de ellos que me aclarase la razón por la que lo hacían. Estuvieron comentando algunas cuestiones que se habían dado en su entorno en los días anteriores, y Agustín Guanca se refirió a lo que en esa misma tarde le sucediera con un tal Venancio, uno de los tantos parientes en común, y que pretendía cobrarle el pastaje de unos animales en uno de sus potreros. Modesto Farfán le respondió sin vueltas:

-¡Ya tí'dicho más ante que no tí'metá con el Venancio. Esé's comu'era su tata, el finao Pascual, que lo quería sacá un'ojo la cara a cualquierita que le pédia lo que sea que lo pédia-,

Agustín, que era algo menor que Modesto y no recordaba al mencionado pariente Pascual, quiso saber algo más.

-No te'has perdío de nada por no conocélo. Er'un tipo que'ra demás mesquino. Como no quería gastá, no quería tené su mujer propia. Vivía solo y apartao nomás, 'tonce sabía hacése el chancho rengo con la..., prima, tía o..., ¿que's lo que'sería pué la Raquel?- apuntó. Rascándose la cabeza, Agustín acotó:

-Aaahhura que'lo dice. Dice que sábia se más rapidita que la finadita Encarnación-, a lo que Modesto Farfán volvió a hacer su aporte:

-Vo decí la tía'güela Encarnación, si pué, ¡brava la vieja! Y vo'sabía quel'hermano de l'agüelo Rogelio sabía hacése el pelotudo cuando el marido de la Paquita salía p'al campo?-, y de nuevo Agustín dijo:

-Travieso 'bíá resultao el compagre Jacinto que'ra medio hermano de la tía Rusita y que despué se ha juntao con la Rosita-

El asunto fue que, en menos de diez minutos, entre primos, o tío y sobrino, o cualquiera fuese el lazo de unión que los ligaba, se metieron en un terreno pantanoso, y después de que hicieran unas cuantas interpretaciones dudosas al respecto, estuvieron hablando de sus respectivas madres. Que según dijeron, eran hermanastras, aunque con varios años de diferencia y algunos hermanos de distintos padres entre una y otra. Mencionaron a la mamá de Modesto como una mujer sencilla y laboriosa, que había llegado a disfrutar de cinco maridos en su vida; con los que al menos dos de ellos tenía vínculo directo. Aun así, les había parido unos cuantos hijos. Hablando siempre del mismo tema, de la mamá de Agustín se acordaron que también había sido una mujer laboriosa y dedicada a su hogar, y que se había juntado nada más que con tres hombres. Aunque con algunos años de distancia entre uno y otro, en cada intervalo mantuvo relaciones esporádicas, pasajeras y fugaces con un hachero, un tractorista, algún comprador de hacienda, uno que otro fletero; el Flores, un puestero de una finca vecina, y un muchacho que la visitaba de vez en cuando y aducía ser primo lejano. Mientras los pocos que presenciábamos aquél encendido debate entre Agustín y Modesto, nos fuimos quedando en silencio para escuchar el recuerdo de ciertos tíos de nombres complicados de retener para quienes no los conocimos; y siguieron hablando y debatiendo, sin ponerse de acuerdo; y discutieron con respecto a algunos que podrían haber sido sus tíos, a otros que quizás fuesen tíos abuelos, y otros parientes que vaya uno a saber en que grado serían; y conforme a lo que se podía escuchar de la compleja urdimbre familiar, la misma se venía entreverando desde varias generaciones atrás, entre tíos y tías, hayan sido primos en primero, segundo ú otro grado; entre tíos con sobrinas y tías con sobrinos, una vez que enviudaban o quedaban solos por cualquier otro motivo. En ese extenso, confuso y agobiante análisis, que

en un dueto irremplazable hicieran los primos o el tío y su sobrino, Agustín y Modesto, surgió especialmente el de un par de casos de nacimiento en los que también hubo participación cruzada de cónyuges de distintas uniones y que a la vez tenían parentesco en primer grado.

La cuestión comenzó a tornarse en tener una densidad insoportable y a enmarañarse de tal modo, que sobre el tramo final de aquella charla entre Modesto Farfán y Agustín Guanica, en el único momento en que opinaron para la misma orilla fue mientras hablaban de la familia original que dio lugar a que se formase esa magistral y pantagruélica ensalada de parentescos y vínculos. Pero, en síntesis, todo quedó en la misma nebulosa de la que emergió, y creo que no llegaría a desenredarla siquiera, un escribano dedicado a reconstruir árboles genealógicos. Nunca estuve convencido de que fuese posible llegar a saber con certeza cuál era la consanguinidad que los unía, como tampoco creí posible de que algún día pudiese aclararse la progenie en semejante intríngulis.

Amadeo de la Cruz Castro o Castrito

A los valientes Gauchos del Noroeste y del Alto Perú

En oportunidad en que los paisanos rurales hacen referencia a los mitos del campo y relatan vivencias tenebrosas delante de una ocasional audiencia, sean suyas o de otro lugareño, deben ser escuchados con atención. Con más razón aún si el que se encarga de darla a conocer es el locuaz habitante de un paraje lejano y solitario, e indistintamente se ubique en las serranías o en la llanura. Por cierto, que muchas cosas de las que cuentan deben ser tomadas con pinzas y miradas al trasluz, pero aparte de eso, hay que apuntar y poner a consideración la franqueza del que oficia de dicente. En tanto, los que forman parte del ocasional auditorio deben hacer un esfuerzo por tratar de entender el mensaje contenido en el episodio. Pero no hago referencia a las fábulas que en ciertas circunstancias el común de la gente escucha y repite por una cuestión de rebote colectivo, tampoco a aquellas en las que se mencionan personajes reales o de ficción, y que integran las páginas de la fantasía popular, sino a historias basadas en casos puntuales que se revisten de un entorno realista, aunque a veces, el solo hecho de que alcancen popularidad provoca que se revierta el punto de vista con que se enfoca su veracidad. Pero, ¿quién puede posicionarse en ser número puesto para copar la parada y negar una versión, aparte de las mismas personas que se vieron afectadas?, ¿hay alguien que pueda animarse a decir que conoce la verdad indiscutible?

Tengo en cierta forma, la fortuna de haber sido testigo presencial de algunas de estas mentadas cuestiones, y por otra vía escuché los comentarios de experiencias que incluyen varios temas por las que, contra su voluntad, también pasaron amigos y conocidos míos,

gente merecedora de una plena credibilidad; al menos de mi parte. Se trata de episodios que, al escucharlos sin demasiados detalles ya generan intriga, quizás en exceso y a veces hasta extremos impensados, porque se trata de asuntos que de manera permanente se balancean montados en la difusa, frágil e inestable línea que separa lo real de lo que no lo es. La materia puntual bajo la lupa es la que hace referencia a determinados fenómenos que se encasillan bajo el nombre de “espantos”, por designarlos de alguna manera. En ciertos incidentes en que se menciona algún tipo de estos efectos que provocan susto, terror y pánico, suelen estar relacionados con una o varias figuras difuminadas que eventualmente vagan por cualquier parte; aunque me contaron hechos en los que se llegó a percibir una presencia que vaya uno a saber de que más allá provendría. Muchos criollos afirman que, si alguien tiene la mala estrella de enfrentarse con un espanto, siempre conviene que “la cosa” se muestre, que se deje ver, de manera tal que el desafortunado elegido tenga al menos una mínima ventaja para intentar zafar de esa desigual batalla. Lo peor es cuando solo dejan sentir alguna consecuencia de las muchas que provocan, como ser ruidos extraños, voces o alardeos anormales, y otras veces llantos desgarradores, expresiones que por lo general resuenan y taladran los oídos de los que andan con la sensibilidad sobre la piel y saltando por causa de una situación de suspenso. De todas formas, según dicen los que saben de estas cosas, es mejor pasar por distraído y hacerse el de no haber visto ni escuchado nada; y mucho menos jugarse con remedarlos o hacerse el gracioso. Menos que menos insultarlos, porque es evidenciar un rechazo que lo único que consigue es enervarlos, y cualquier acción con que se los rehúsa es motivo suficiente para que se sientan ofendidos y se encaramen en un enojo del que nadie puede prever las consecuencias. Entonces, ya no hay forma de evitar lo que será que está a punto de suceder y no queda otra alternativa que aguardar lo que sea que está por venir. Quienes alguna vez estuvimos en un episodio de este

talle, creemos en los espantos. ¿Suenan poco aceptables?, ¿resultan demasiado ilógicos?, pues que no le parezca tanto.

El caso más renombrado y difícil de aclarar y del que hasta ahora tengo noticias, es el de Amadeo de la Cruz Castro. Hombre de permanente raigambre en un paraje ubicado en el límite de la zona oriental entre Salta y Jujuy, en donde la apretada y desigual geografía se encuentra tapizada por una vegetación alta y cerrada en la que todavía deambula algún tigre rugiendo en libertad. El criollo sujeto de referencia, es un gaucho que de lunes a lunes tenía la costumbre de andar y desandar las ciento de sendas entrecruzadas que hay en la majestuosa e intrincada Sierra del Maíz Gordo. Ahora y a bastante distancia en el tiempo, Amadeo de la Cruz Castro; Castrito para los amigos y sus conocidos, y señor Castro para el resto; aún trata de ocultar algunas cicatrices que en su cuerpo y en su mente le provocó la conmoción de padecer un encuentro con aquello que lo topó en esa amarga e inolvidable ocasión. En el transcurso de algunas noches de luna llena, no en todas por suerte, antes de que comience a albear se despierta gritando de dolor y tembloroso, mojado en su propia transpiración, y a veces en su orín, cuando involuntariamente reaparece a interrumpirle el sueño aquel desgraciado incidente.

Amadeo de la Cruz Castro, desde chango y antes de terminar la escuela primaria ya se ocupaba de vigilar y rodear las vacas y sus crías, de controlarles las pariciones, de atender la ternera, de organizar las marcadas y marcarlas, de vacunarlas y curarlas, de arrearlas para hacerlas pastar en los cerros y traerlas de vuelta al corral, y de cargar las vacas y los novillos en los camiones de la gente que llegaba hasta su casa a comprarle hacienda. De eso nomás se ocupó Amadeo de la Cruz Castro durante toda su existencia.

Antes de enterarme de los pormenores de lo ocurrido, por casualidad me encontré en el pueblo con su hermano menor. Ese día, Panchito Castro me comentó algo extra del asunto, aunque en realidad

tampoco sabía más de lo que Amadeo de la Cruz quiso que supiera: el principio y el final de la historia. Lo cierto es que después de visitarlo en incontables ocasiones en su casa en el transcurso de algunos años, de conversar y de pedirle sin demasiada insistencia que me contase la raíz del hecho, pude escuchar al fin su relato. En estos días, Amadeo de la Cruz Castro o Castrito, ya no quiere trajinar por entre la espesura del monte que tanto conoce y que tanto recorrió; ahora trabaja atendiendo los animales que la peonada encierra en los corrales cercanos a la casa, y repite:

-Ya por los años que tengo, no me distanceo más que media legua-

En aquellos días de mocedad, Castrito era un baquiano que podía andar por el monte guiando un arreo con los ojos tapados; sin embargo, aún no puede terminar de digerir el amargo trago que le quedó de esa noche casi sin recuerdos. Sucedió en el paso de una tarde cualquiera, cuando Amadeo de la Cruz Castro o Castrito, se alejó siguiendo el trazo del sendero que pasa enfrente del último potrero de su casa, yendo a controlar unas vacas que andaban con cría. Se fue detrás de las huellas de una tambera gorda que desde unos días atrás estaba a punto de parir. Cruzó un par de cerros aledaños a sus tierras, luego pasó el siguiente, después anduvo varias leguas en dirección al naciente, se internó repechando una quebrada seca y se orientó por las marcas tambaleantes del animal, hasta que salió a un claro en la cima de un peñón. Desde allí se puso a escudriñar los alrededores y alcanzó a divisar a la vaca blanca overa que buscaba. Pastaba junto su cría a no más de quinientos metros de distancia. El rodeo que tuvo que hacer por vericuetos y cortadas lo demoró hasta que casi empezaba la oración. Desmontó para revisarla, aunque enseguida le dio un par de palmadas en las ancas y se dirigió a ver el ternero que mugía a todo lo que daba. A dos días de nacido ya tenía en el pupo un hervidero de gusanos. Castrito limpió y curó la herida, y terminó de atenderlo cuando la tarde ya se teñía de penumbras. Decidió regresar cargando el ternero para

que no se lo maten los leones, le ató las manos y las patas en sendos manojos y se las ingenió para montar abrazando el bulto. Al ver el cielo sin luna y apenas estrellado, recién se avispó de que se había alejado más que de costumbre, y en total oscuridad se confió al instinto de “El Cachafaz”.

Amadeo de la Cruz Castro o Castrito estaba bien orientado y sabía por cuál huella encarar su regreso, pero no se sentiría tranquilo hasta pisar terreno mejor conocido. Como aplacando su ansiedad comenzó a entonar unas coplas que cantó para él y para su caballo. De a ratos hacía una pausa y conversaba con el animal y de tanto en tanto dejaba flotando en el aire alguna pregunta de la que no sabía la respuesta, aclarando además que, ninguno de los dos. A poco de vadear un arroyo le pareció extraño tanto silencio, hizo detener al caballo y se enderezó en la montura, una ventisca suave le levantó el ala del sombrero. Por unos minutos estuvo sumido en ese vacío de silencio que le picoteó los oídos. De sopetón y a sus espaldas reventó un silbido penetrante, nítido y finito, diciendo que era la primera vez que le sucedía algo así, pero lo que haya sido que les había silbado le hizo erizar hasta los pelos del culo y los dejó duros como la piedra igual que si lo hubiesen clavado al lomo del caballo y al caballo por sus cascos. Quietud que el jinete desconocía del animal y el animal de su jinete. Castrito dijo también que no se había asustado nunca de esa forma y por lo que entonces le estaba haciendo pasar lo que sea que haya sido. Aunque trató de serenarse sintió algún cosquilleo, capacito nomás que por los vinos que a esa hora ya llevaba encima, pues también agregó que de tanto cabalgar había tenido que andar apaciguando una sed perseguidora durante todo el día. Amadeo de la Cruz Castro o Castrito aguardó a que se le calmara el pulso y animó al caballo para que anduviera unos lentos y cautelosos trancos. Enseguida nomás, lo que sea que haya sido volvió a sacudirlos con aquel silbido inhumano, brutal y cortante y otra vez El Cachafaz se ancló al suelo. Castrito miró hacia ambos lados y sin poder frenar sus impulsos de gaucho rudo y curtido,

acostumbrado a enfrentar en solitario las situaciones difíciles y los peligros jodidos que a diario se le cruzaban, más por puro instinto que de puro macho, manoteó el machete caronero e insultó gritando a lo que sea que haya sido que lo venía mal acompañando. En un instante y como si los animales del monte se despertasen, la atmósfera volvió a la normalidad y alcanzó a percibir el trino de unos pájaros, el gorgojeo de las palomas apiñadas en alguna rama y el sonido lejano y alerta de un zorro que parecía andar buscando comida. Amadeo de la Cruz Castro, algo más calmado se dispuso a continuar, acomodó la carga que llevaba sobre sus muslos y lo taloneó suavito al caballo, sin exigirlo. Avanzaron un trecho corto y un olor desconocido y desagradable los envolvió segundos antes de que el silbido lo atropellara. La punta del sonido les llegó de frente y Amadeo de la Cruz Castro recibió un tremendo golpe que lo despegó de la montura con ternero y todo tirándolos a la mierda. Castrito atontado se sintió caer sobre un arbusto espinudo, sin lucidez suficiente para reaccionar. Después no se acuerda otra cosa que, lo que sea que haya sido, comenzó a molerlo a golpes sin darle respiro ni tiempo de amortiguar alguno que otro. Dijo que fueron tantos los que le convidó lo que sea que haya sido, que jamás había recibido una descomunal machucada como esa que lo dejó aboyado y desmayado. Y también recuerda que, mientras estaba tendido, desforzado y sin voluntad, lo que sea que haya sido lo ramiaba y sacudía como si fuese un trapo, y que se estrellaba contra su cuerpo con una furia desmedida y confusa, sonando igualito que una gigantesca bolsa de huesos en cada reventón.

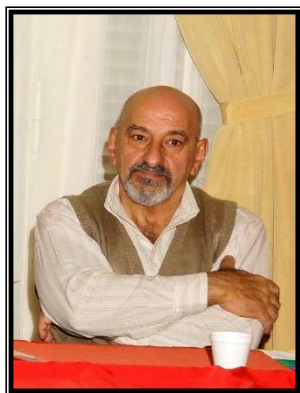
La noche se sacudía la pereza antes de irse, mientras el nuevo día la empujaba en su afán por clarear, cuando un sobrino de Amadeo de la Cruz Castro o Castrito, encontró el caballo de su tío en el guardapatio de la casa. De apuro salieron a rastrearlo con otros muchachos. Cuando el sol caía a plomo sobre sus cabezas, debajo de unos arbustos encontraron lo que dejó él, lo que sea que haya sido que lo topó aquella noche.

-----0-----

ÍNDICE

Unos instantes
Una de leones
Queríamos llegar a El Quejón
Todo por una pelota
Que equivocó
Paulino Llanos
Noche en Betania
No es solo una leyenda
La duda pendiente
Hubo una vez una laguna
El Viborero
Quien quiera creer, que crea
El Pituco
El Fantasma de La Esquina
Desafíos eran los de antes
Aún es una incógnita
Acampando en el Museo
Anécdotas de don Felipe
Changuito de sal
Decoroso y su ahijado
Don Pantaleón el panteonero
El andariego
El Cacique
El diablo
El primero fue Segundo
El único que no...,
¿Qué tal el viaje?
Un tren que pasaba por ahí
Volviendo a Iruya

El Día de las Almas
¿Ucumar?, ¡Yo hi visto!
Un alma en pena
Robo en la Mina
Lunita de Carnaval
Tierra de contrabando
El verdadero Dueño
Filomeno
El bisabuelo del abuelo
El lavador de arena
El Molestoso
El volcán de Volcán Higueras
Andando por Unchimé
Hombre Muerto en el Salar de, ...
La Promesa
El Antiguo
Sin respuesta
Un Comisario de aquellos
Rescate en Tacuil
Buscando oro en Las Arcas
¡Flor de candidato!
Entre burros y polleras
El tío Abraham
Cosas de los obrajeros
Tiburcio el vicuñero
Del Pila y el Chiquito
Carmelo
Don Tito Alejo o el castigo del antigal
100 años de perdón
Cosecheros
De parientes y consanguíneos
+ 1 = Amadeo Castro o Castrito



Gustavo Flores Montalbetti

Nació en la ciudad de General Güemes el 10 de mayo de 1956, cursó estudios universitarios en las carreras de Geología, Arqueología y Museología y se capacitó en las áreas de Historia, Turismo y Gestión Cultural. Realizó las primeras investigaciones arqueológicas sistematizadas en el valle de Cianca con supervisión y apoyo de profesionales provinciales y nacionales a partir de 1982. Director del Museo Arqueológico Pío Pablo Díaz de Cachi, Investigador Adjunto del Museo Antropológico de Salta. Expositor en Congresos Nacionales e Internacionales de Arqueología. Autor de varios proyectos de Cultura y Turismo: “Monumento a Juan Calchaquí”, “El valle de Cianca, Monumento Cultural de la Provincia de Salta”, “Traspaso de la Casa de Magdalena de Goyechea y La Corte al Municipio de El Bordo”, “Promoción a la Investigación Histórica”, “Programa de Desarrollo Sustentable de Cultura y Turismo del Valle de Cianca”. Traspasó la “Colección Arqueológica y Paleontológica Cianca” y diagramó el montaje del “Museo Profesor Osvaldo Ramón Maidana”, reinaugurado en 2016 con Seis (6) Salas de Arqueología, Paleontología e Historia. Entre otros proyectos, es autor y gestor de la Creación del Consejo Científico Asesor del Museo Ramón Maidana, de la Creación del

Departamento de Investigaciones Históricas de Campo Santo y de la Creación de las Áreas Protegidas del Municipio de Campo Santo. Proyecto de Traspaso de Titularidad de la Casa de El Sauce al Municipio de El Bordo, Inicio del Expediente de Restauración y otras obras en el Fuerte de Cobos año 2017, entre otros.

Publicó artículos de Historia en la Revista Legado y en la Revista Histopía del AGN. Investigador Científico del COFAM (Concejo del Folclore de América) – del COFFAR (Concejo Federal del Folclore de la Argentina) – del CPAS (Centro de Patrimonio de Salta) y del IECFA (Instituto de Estudios Científicos del Folclore de la Argentina y de La Senda Gloriosa de La Patria).

Investiga documentos de distintas etapas de la Historia y a sus protagonistas, y escribe sobre varios temas: “La Orden de San Ignacio de Loyola en Salta”, “Los enemigos del General Martín Miguel de Güemes”, “Historia Documentada del Ferrocarril en la Provincia de Salta”, “Gertrudis Medeyros Documentada”, “Caminos y Fuertecillos en el Camino de La Plata, entre los ríos Salado y Las Pavas”, y “El Valle de Cianca en la Historia del Gran Chaco” (a publicarse en breve).

